The cover features a central illustration of Sherlock Holmes in profile, wearing his iconic deerstalker hat and smoking a pipe. The background is a deep blue, framed by an intricate gold border containing various symbols: a horse-drawn carriage, a magnifying glass, a violin, a revolver, a teapot, a pipe, a key, and a cityscape with a bridge. The text is in a classic serif font, with the author's name at the top and bottom, and the title in the center.

SHERLOCK  
HOLMES

LAS  
MEMORIAS DE  
SHERLOCK  
HOLMES

SIR ARTHUR  
CONAN DOYLE

Lectulandia

*Las Memorias de Sherlock Holmes* (1894). El gran éxito de los relatos cortos recopilados en *Las Aventuras de Sherlock Holmes* obligó a Conan Doyle a prolongar *Las aventuras* con 12 nuevas aventuras, publicadas igualmente en la revista *Strand*, y luego en el tomo recopilatorio. Doyle, autor de muchas otras grandes obras, veía eclipsada al resto de su obra por su gran detective, así que tomó una decisión absolutamente radical: Sherlock Holmes iba a morir. De este modo, Doyle podría concentrarse en el tipo de libros que de verdad prefería escribir. Sería en el último de los relatos, *El problema final*, donde Doyle tomaría una decisión de la que pronto tendría que arrepentirse.

*Estrella de Plata* (1892). El inspector Gregory de Scotland Yard solicita la ayuda de Holmes para resolver el caso de la desaparición del caballo de carreras Estrella de Plata, y el asesinato de su preparador. Contiene referencias a algunos de los personajes de *El aristócrata solterón* y es una de las varias apariciones del inspector Gregory, mucho más competente que Lestrade.

*La aventura de la caja de cartón* (1892). Una historia un poco fuerte para la época, no fue incluida en la primera versión del recopilatorio en Reino Unido, pero sí en América. Luego se incluyó en *Su último saludo* y, actualmente, suele venir en *Memorias de Sherlock Holmes* en las versiones británicas y en *Su último saludo* en las americanas. Una mujer de 50 años recibe una caja de cartón conteniendo dos orejas humanas. Inicialmente, todo parece apuntar a tres estudiantes de medicina a los que la señora canceló el alquiler. Con unas cuantas preguntas, un cable a Liverpool y una visita a la hermana de la señora, a la que no podrá ver por estar enferma, Holmes encuentra tan fácilmente una solución totalmente distinta al problema que le pide a Lestrade que, por favor, no mencione su participación en el caso.

*El rostro amarillo* (1893). El señor Munro acude a Holmes en busca de ayuda porque le está ocurriendo algo muy extraño. Casado con una viuda cuyo marido e hijo habían fallecido por fiebre amarilla, el señor Munro se encuentra desconcertado porque su mujer, con quien jamás ha tenido ningún problema ni secreto, le pide 100 libras y le ruega que no le pregunte para qué son. El señor Munro se da cuenta de que la mujer se dirige a una cabaña en las afueras, donde parece entablar relaciones con quienes la habitan. Celoso, decide acercarse a la casa, donde se encuentra con el rostro amarillo de uno de sus habitantes. Sin embargo, al entrar, no encuentra a nadie, pero hay una foto de su esposa...

*El oficinista del corredor de bolsa* (1893). Hal Pycroft, un corredor de bolsa que acaba de tener que abandonar su empresa de correduría de bolsa,

consigue un buen trabajo en otra nueva. Cuando está a punto de firmar, es seducido por un tal señor Pinner, que le ofrece un trabajo excelente y muy bien pagado en una empresa de distribución de materiales en Birmingham. Sin embargo, su oferta tiene algunas cosas muy raras, como la exigencia de que no podrá mandar una carta de renuncia a la empresa para la que iba a trabajar o que, al desplazarse a Birmingham, conoce a un hermano del señor Pinner que es tan parecido, que hasta tiene un diente de oro en la misma posición...

*La corbeta Gloria Scott* (1893). El *Gloria Scott* era una corbeta llena de presos de Australia que se hundió debido a una explosión durante un motín. James Armitage, uno de los presos, consigue sobrevivir y establecerse en Inglaterra bajo el apellido Trevor. Años después, su hijo Víctor, compañero de estudios de Sherlock Holmes, será el primero en darse cuenta de las habilidades deductivas de Sherlock y quien le propondrá por primera vez dedicarse a ello profesionalmente. Pasados unos años, Víctor le pedirá ayuda a Holmes para que investigue la muerte de su padre, que ha muerto por una apoplejía producida al leer un mensaje cifrado que le habían enviado.

*El ritual de los Musgrave* (1893). Todos los miembros de la familia Musgrave, al cumplir los 18 años, han de celebrar un ritual que consiste en leer un extraño texto secreto, y que ha de perdurar de generación en generación. Reginald Musgrave, antiguo compañero de estudios de Holmes, acude a éste en busca de ayuda, ya que, tras sorprender a su mayordomo leyendo dicho ritual, y tener que despedirlo dándole una semana de gracia, éste y una de sus doncellas han desaparecido misteriosamente...

*Los hacendados de Reigate* (1893). Holmes se encuentra enfermo y abatido en un hotel de Lyon, hasta el punto de tener que pedir ayuda a Watson para que vaya a por él y lo traiga de vuelta a Inglaterra. Ya en Inglaterra, Watson acepta la oferta del coronel Hayter, para pasar unos días en su casa de campo y poder así lograr una más pronta recuperación de Holmes. Sin embargo, pronto se produce un extraño robo y el asesinato del cochero de la familia Cuningham, lo que pondrá otra vez a Holmes en acción...

*La aventura del jorobado* (1893). Holmes se presenta a horas intempestivas en la casa del matrimonio Watson. Al día siguiente, ambos parten hacia Aldershot para investigar la muerte del coronel Barclay, muerto sin motivo aparente. Tras una discusión con su mujer, ambos fueron encontrados en el suelo de la habitación, ella desmayada y él fallecido. La habitación tenía las ventanas cerradas y la llave echada, con lo cual todo apuntaba hacia la esposa...

*El paciente interno* (1893). El doctor Trevelyan no cuenta con dinero suficiente para abrir una consulta en la zona adecuada de Londres. Un caballero apellidado Blessington le ofrece el dinero para poner la consulta en Brook Street a cambio de las tres cuartas partes de sus ganancias. Blessington cae enfermo y se queda a vivir en la consulta para estar mejor vigilado. Un día, dos clientes de origen ruso se presentan para preguntarle sobre un extraño caso de catalepsia y poco después, la habitación de Blessington aparece totalmente revuelta...

*El intérprete griego* (1893). Esta aventura supone la aparición de Mycroft Holmes, el hermano mayor de Sherlock, quien resulta incluso superior a Sherlock en cuanto a poderes de deducción, pero no resulta tan efectivo ya que no es un hombre de acción y prefiere hacer investigación de «sillón». Mycroft trabaja para el gobierno británico y pasa su tiempo en el Club Diógenes, un club social de lo más extraño. La historia trata sobre Mellas, un intérprete griego que acude a Mycroft, tras haber sido requerido para hacer de traductor en un secuestro...

*El tratado naval* (1893). Percy Phelps, miembro del Foreign Office y antiguo compañero de estudios de Watson, ha sufrido el robo en su despacho de un importante tratado naval con Italia, que se encontraba copiando en esos momentos. Las consecuencias de que dicho tratado fuese conocido por Alemania o Francia serían desastrosas y, por supuesto, la carrera profesional y la reputación del señor Phelps...

*El problema final* (1893). La más importante de todas las aventuras de Sherlock Holmes. Conan Doyle no aguantaba más y estaba dispuesto a dar un giro a su carrera literaria eliminando a Sherlock Holmes de ella. Por tanto, escribió esta historia en la que nos introduce, de repente, a Moriarty: un *Napoleón* del crimen que anda secretamente detrás de casi todos los delitos que se producen en la ciudad de Londres. Holmes ha recopilado pruebas suficientes para ponerlo entre rejas, y está dispuesto a presentarlas, pero pronto descubre que su vida corre serio peligro y tiene que huir de Inglaterra junto a Watson para salvar su vida. Comienza una persecución a través de Europa que culmina en las cataratas de Reichenbach, junto a la población suiza de Meiringen, donde se produce el encuentro mortal entre Sherlock Holmes y Moriarty...

Lectulandia

Arthur Conan Doyle

**Las Memorias de Sherlock Holmes  
(Ed. Ilustrada)**

Canon Sherlock Holmes Ilustrado - 4

ePub r1.0

Titivillus 22.04.2017

Título original: *The Memoirs of Sherlock Holmes*

Arthur Conan Doyle, 1894

Traducción: María Engracia Pujals

Arthur Conan Doyle

*The Adventure of Silver Blaze*

Publicado en *The Strand Magazine* en diciembre de 1892

*The Adventure of the Cardboard Box*

Publicado en *The Strand Magazine* en enero de 1893

*The Adventure of the Yellow Face*

Publicado en *The Strand Magazine* en febrero de 1893

*The Adventure of the Stockbroker's Clerk*

Publicado en *The Strand Magazine* en marzo de 1893

*The Adventure of the Gloria Scott*

Publicado en *The Strand Magazine* en abril de 1893

*The Adventure of the Musgrave Ritual*

Publicado en *The Strand Magazine* en mayo de 1893

*The Adventure of the Reigate Squire*

Publicado en *The Strand Magazine* en junio de 1892

*The Adventure of the Crooked Man*

Publicado en *The Strand Magazine* en julio de 1893

*The Adventure of the Resident Patient*

Publicado en *The Strand Magazine* en agosto de 1893

*The Adventure of the Greek Interpreter*

Publicado en *The Strand Magazine* en septiembre de 1893

*The Adventure of the Naval Treaty*

Publicado en *The Strand Magazine* entre octubre y noviembre de 1893

*The Adventure of the Final Problem*

Publicado en algunos periódicos americanos el 26 de noviembre de 1893  
y en *The Strand Magazine* en diciembre de 1893

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

4



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublicre

Proyecto Scriptorium

# LAS MEMORIAS DE SHERLOCK HOLMES

*Arthur Conan Doyle.*

Las ilustraciones que acompañan los textos de los relatos son obra de Sidney Paget, publicadas en *The Strand Magazine* en 1892 y 1893, y de W. H. Hyde, aparecidas a lo largo de 1893 en *Harper's Weekly*.

\*\*\*

Los distintos juegos de ilustraciones no siempre son compatibles, pues generalmente representan las mismas escenas, a veces con imágenes casi idénticas. En este ePub se ha preferido privilegiar la labor de Paget por ser el ilustrador original. Las ilustraciones descartadas se encuentran en un apéndice al final del ePub.

\*\*\*

El frontispicio es una ilustración coloreada de Sidney Paget.

Los relatos que componen *Las Memorias de Sherlock Holmes* se han ordenado respetando escrupulosamente su fecha de publicación original.

LAS MEMORIAS  
DE SHERLOCK HOLMES  
Parte I

ESTRELLA DE PLATA  
LA CAJA DE CARTÓN  
EL ROSTRO AMARILLO  
EL OFICINISTA DEL CORREDOR DE BOLSA  
LA CORBETA GLORIA SCOTT  
EL RITUAL DE LOS MUSEGRAVE



# ESTRELLA DE PLATA

— **M**e temo, Watson, que voy a tener que marcharme —dijo Holmes una mañana cuando nos sentábamos a desayunar.

—¿Marcharse? ¿Dónde?

—A King's Pyland, en Dartmoor.

No me sorprendió. Ciertamente, lo único que me extrañaba era que aún no se hubiera visto mezclado en aquel caso extraordinario, único tema de conversación a lo largo y a lo ancho de Inglaterra. Durante un día entero mi amigo había deambulado por la habitación con la cabeza gacha y el ceño fruncido, cargando y recargando la pipa con el tabaco negro más fuerte, completamente sordo a cualquiera de mis preguntas o comentarios. Del quiosco nos llegaban las nuevas ediciones de los periódicos, pero sólo recibían una ojeada antes de ir a parar a un rincón. Sin embargo, a pesar de su silencio, yo sabía muy bien que estaba meditando sobre aquello. Había tan sólo un problema ante el público que pudiera retar su poder de análisis, y era la singular desaparición del favorito para la Copa de Wessex y el trágico asesinato de su entrenador. Por tanto, cuando anunció repentinamente su intención de partir hacia el lugar del drama, no hizo más que lo que yo había supuesto y esperado.

—Estaría encantado de bajar con usted, si no le resultara engorroso —dije.

—Mi querido Watson, me haría un gran favor si viniera. Y creo que no perdería el tiempo, pues hay algunos puntos en este caso que prometen convertirlo en único. Creo que tenemos el tiempo justo para coger nuestro tren en Paddington; durante el camino entraré en detalles. Me gustaría que se llevara consigo sus excelentes prismáticos.

Y así fue como, una hora más tarde aproximadamente, me encontraba en la esquina de un compartimento de primera, *en route* hacia Exeter a toda velocidad, mientras Sherlock Holmes, con su rostro aguileño e inquieto enmarcado por el gorro de viaje con orejeras, se sumía en el montón de nuevos periódicos que se había procurado en Paddington. Lejos quedaba ya Reading cuando dejó el último a un lado y me ofreció la petaca.

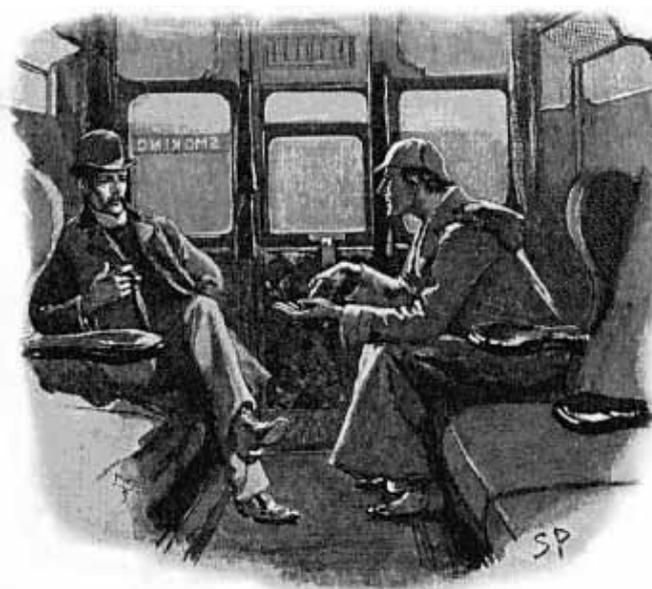
—Vamos bien —dijo—. La velocidad es de cincuenta y tres millas y media por hora.

—No me he fijado en los indicadores de distancia —dije.

—Yo tampoco, pero en esta línea los postes de telégrafos están situados cada sesenta yardas; lo demás es un cálculo fácil. Supongo que usted habrá pensado ya sobre este asunto del asesinato de John Straker y la desaparición de *Estrella de Plata*.

—He leído lo que viene en el *Telegraph* y el *Chronicle*.

—Es este uno de esos casos en los que el pensador debiera aplicar su ingenio más al examen de los detalles que a la adquisición de nuevas pruebas. La tragedia ha sido tan insólita, tan completa y tiene tal importancia personal para tanta gente, que padecemos una avalancha de suposiciones, conjeturas e hipótesis. La dificultad estriba en deslindar los hechos, los hechos absolutos e



innegables, de los aderezos que aportan los teóricos y los periodistas. Partiendo de esta sólida base, nuestra obligación es ver qué conclusiones podemos sacar y cuáles son los puntos especiales sobre los que gira todo el misterio. El martes por la noche el coronel Ross, dueño del caballo, y el inspector Gregory, que se encarga del caso, me telegrafieron pidiendo mi colaboración.

—¡El martes por la noche! —exclamé—. Pero si estamos a jueves por la mañana. ¿Por qué no partió usted ayer?

—Porque cometí un error, mi querido Watson, algo bastante más frecuente, me temo, de lo que pudiera pensar quien sólo me conozca por sus memorias. El hecho es que no creía posible que el caballo más magnífico de toda Inglaterra pudiera permanecer escondido por mucho tiempo, sobre todo en un lugar tan poco poblado como es el norte de Dartmoor. Hora tras hora esperaba oír ayer que lo habían encontrado y que su secuestrador era el asesino de John Straker. Sin embargo, cuando esta mañana no trajo más que el arresto del joven Fitzroy Simpson, pensé que había llegado el momento de entrar en acción. De todos modos pienso que no perdí del todo el día de ayer.

—¿Tiene, pues, alguna teoría?

—Al menos conozco los hechos fundamentales del caso. Se los enumeraré, pues nada aclara tanto un caso como el exponérselo a otra persona. Además difícilmente podría esperar su colaboración, de no explicarle la postura de la que partimos.

Me recosté sobre los almohadones y me dispuse a fumar mi cigarro, mientras Holmes, inclinado hacia delante, hizo un esbozo de los sucesos que motivaban nuestro viaje, enumerando los datos sobre la palma de su mano izquierda con el índice largo y fino.

—*Estrella de Plata* —dijo— es de la cuadra Isonomy y tiene un historial tan brillante como el de su famoso antecesor. Tiene cinco años y uno a uno le ha ido llevando al coronel Ross, su afortunado dueño, todos los premios hípicas. Hasta el momento de la catástrofe era el favorito para la Copa de Wessex, las apuestas estaban

tres a una. Siempre ha sido un gran favorito entre el público de las carreras, y no le ha defraudado nunca, de modo que incluso en apuestas cortas se han movido en torno a él enormes sumas de dinero. Por tanto, es evidente que era mucha la gente interesada en evitar que *Estrella de Plata* estuviera allí el martes próximo cuando se diera la señal de salida.

»Por supuesto, esto se sabía en King's Pyland, lugar donde se encuentran las cuadras de entrenamiento del coronel, y se tomaron todas las precauciones para proteger al favorito. El entrenador, John Straker, es un *jockey* retirado, que montó con los colores del coronel Ross hasta que pesó demasiado. Ha servido al coronel durante cinco años como *jockey* y durante siete como entrenador. Siempre ha demostrado ser un fiel y honrado servidor. Tenía tres muchachos a sus órdenes, pues el establecimiento era pequeño; no habría más de cuatro caballos. Uno de estos muchachos permanecía toda la noche en el establo vigilando, mientras los otros dormían en el desván. Todos tenían una excelente reputación. John Straker, que estaba casado, vivía en una



pequeña casa a unas doscientas yardas de las cuadras. No tiene hijos, tiene una criada y vive con desahogo. Es un lugar muy solitario, pero como a media milla hacia el norte hay un pequeño conjunto de casas, construidas por un contratista de Tavistock para uso de inválidos y quienes quieran disfrutar del aire puro de Dartmoor. El pueblo de Tavistock está al oeste, a dos millas, y cruzando el páramo, también a unas dos millas de distancia, está la cuadra de entrenamiento de Capleton, que es más grande y pertenece a *Lord Backwater*. La lleva Silas Brown. Por lo demás, el lugar está completamente deshabitado, a excepción de unos cuantos gitanos errantes. Ésa era la situación general el pasado lunes por la noche, cuando ocurrió la catástrofe.

»Aquella noche, como de costumbre, habían entrenado a los caballos y les habían dado de beber. Las cuadras se cerraron a las nueve. Dos de los muchachos se fueron a casa del entrenador, donde cenaron en la cocina, mientras el tercero se quedaba de guardia. Poco después de las nueve la criada, Edith Baxter, le bajó la cena al mozo que estaba en la cuadra, un plato de cordero al *curry*. No le llevó líquido alguno, pues en la cuadra hay un grifo, y la regla es que el chico de guardia no beba más que agua. La criada llevaba una linterna, puesto que estaba muy oscuro y el sendero cruza a campo traviesa.

»Edith Baxter se encontraba a treinta yardas de las caballerizas, cuando de la oscuridad salió un hombre que le hizo detenerse. A la luz amarillenta de la linterna pudo comprobar que era una persona de porte señorial. Vestía un recio traje gris y se

tocaba con una gorra de paño. Llevaba polainas y empuñaba un grueso bastón con abultada empuñadura. Sin embargo lo que más le impresionó fue la gran palidez que reflejaba su rostro y lo nervioso que se mostraba. Pensó que debía de tener algo más de treinta años.

—¿Podría decirme dónde me encuentro? —preguntó—. Casi me había hecho a la idea de dormir al aire libre, cuando vi la luz de su linterna.

—Está cerca de las cuadras de entrenamiento de King's Pyland —le respondió Edith.

—¡Qué golpe de suerte! —exclamó—. Tengo entendido que un mozo duerme solo en las caballerizas todas las noches. Incluso puede que lo que usted lleva sea su cena. Estoy seguro de que el orgullo no le impedirá ganarse el precio de un traje nuevo, ¿verdad? —Y sacó del bolsillo del chaleco un papel blanco doblado—. Encárguese de que el chico reciba esto esta noche y tendrá usted el traje más bonito que se pueda comprar.

»La criada estaba asustada por la insistencia con que hablaba el desconocido y corrió hacia la ventana a través de la cual solía pasarle al mozo la cena. Estaba ya abierta y Hunter se encontraba dentro, sentado a una pequeña mesa. Había empezado a contarle lo ocurrido, cuando se acercó el desconocido.

—Buenas noches —dijo mirando al interior desde la ventana—. Quisiera hablar con usted.

»La chica ha jurado que, mientras hablaba, pudo ver que el hombre escondía en la mano cerrada un pequeño envoltorio.

—¿Qué se le ha perdido a usted aquí? —preguntó el mozo.

—Algo que quizá puede llenar sus bolsillos —fue la respuesta—. Aquí hay dos caballos que participarán en la copa de Wessex, *Estrella de Plata* y *Bayard*. No me engañe y saldrá ganando. ¿Es cierto que, en la carrera con hándicap, *Bayard* podría darle al otro cien yardas en cinco estadios y que la cuadra ha apostado por él?

—Así que es usted uno de esos malditos pronosticadores, ¿eh? —exclamó el muchacho—. Le voy a enseñar cómo los tratamos en King's Pyland.

»Se levantó de un salto y corrió hacia donde estaba el perro para desatarlo. La criada huyó hacia la casa, pero, echando la vista atrás, vio que el desconocido se empinaba por la ventana. Sin embargo, cuando un minuto más tarde Hunter salió con el perro, el desconocido ya no estaba y, aunque dio una vuelta alrededor de las caballerizas, no encontró ni rastro del hombre.

—Un momento —exclamé—. Cuando el chico salió corriendo con el perro, ¿dejó la puerta abierta?

—¡Excelente, Watson, excelente! —murmuró mi acompañante—. La importancia de este punto me pareció tan grande, que telegrafíé ayer a Dartmoor para cerciorarme. El chico cerró la puerta al salir. Y añadiré que la ventana no es lo suficientemente grande como para que pueda entrar un hombre por ella.

»Hunter esperó hasta que los otros mozos de cuadra regresaron y entonces avisó

al entrenador de lo que había ocurrido. Straker se inquietó al oír el relato, aunque no pareció haberse dado bien cuenta de su verdadero alcance. Sin embargo, estaba intranquilo y, cuando la señora Straker se despertó a la una de la madrugada, le encontró vistiéndose. Respondiendo a las preguntas de su mujer, dijo que no podía dormir debido a la preocupación que sentía por los caballos y que iba a acercarse a las caballerizas para asegurarse de que todo andaba bien. Ella le rogó que no saliera de casa, ya que se oía la lluvia golpear contra las ventanas, pero, a pesar de su insistencia, se puso la gabardina y abandonó la casa.

»La señora Straker se levantó a las siete de la mañana y vio que su marido aún no había regresado. Se vistió con rapidez, llamó a la criada y partió camino de las caballerizas. La puerta se encontraba abierta. Dentro, arrebujado en una silla, estaba Hunter, sumido en un estado de completo atontamiento: la casilla del favorito estaba vacía y no había señal del entrenador.

»Pronto se despertaron los dos mozos que dormían en el desván que queda encima del cuarto de los arreos. Ambos tienen el sueño pesado y ninguno de ellos había oído nada durante la noche. Evidentemente Hunter estaba bajo la influencia de alguna droga fuerte y, puesto que era imposible obtener de él ninguna información coherente, se le dejó dormir hasta que se le pasara el efecto. Mientras, los dos muchachos y las mujeres salieron en busca de los desaparecidos. Aún mantenían la esperanza de que el entrenador, por alguna razón, se hubiera llevado el caballo para entrenarlo. Mas al subir a la colina cercana a la casa, desde la cual se divisaba la vecindad circundante, no sólo no vieron señal alguna del favorito, sino que percibieron algo que les avisó de que estaban en presencia de una catástrofe.

«Como a un cuarto de milla de las cuadras, la gabardina de John Straker ondeaba colgada de un tojo. Al lado de éste el páramo formaba una pequeña hondonada, al fondo de la cual yacía el cuerpo inerte del desafortunado entrenador. Tenía la cabeza destrozada por el salvaje golpe de una pesada arma y estaba herido en el muslo, donde aparecía un corte largo y limpio, evidentemente producido por un instrumento afilado. Sin embargo estaba claro que Straker se había defendido vigorosamente contra sus asaltantes, pues en la mano derecha sujetaba un pequeño cuchillo, bañado en sangre hasta el mango, mientras que en la mano izquierda tenía una corbata de seda roja y negra, que la criada reconoció como la misma que llevaba el desconocido que la noche anterior había visitado las cuadras.

»Hunter, al recobrar el sentido, también estaba seguro respecto de a quién pertenecía la corbata. Igualmente estaba seguro de que había sido el mismo desconocido el que, desde la ventana, había echado algún estupefaciente en el cordero, privando así a las cuadras de su vigilante.

»En cuanto al caballo desaparecido, había abundantes pruebas en el barro de la hondonada fatal de que había estado allí durante la contienda. Pero falta desde esa mañana y, a pesar de que se ha ofrecido una gran recompensa por él y de que todos los gitanos de Dartmoor están sobre aviso, no ha habido noticia alguna. Finalmente,

el análisis de los restos de la cena que dejó el mozo ha demostrado que contenían una considerable cantidad de polvos de opio, mientras que los que cenaron en la casa, y tomaron lo mismo, no sufrieron síntomas de enfermedad.

»Éstos son los hechos principales del caso, desprovistos de toda conjetura y expuestos del peor modo posible. Paso ahora a recapitular la labor de la policía en el asunto.

»El inspector Gregory, a quien se le ha encargado el caso, es persona extremadamente competente. De estar dotado de imaginación, podría llegar muy lejos en su profesión. A su llegada, de inmediato encontró y arrestó al hombre sobre el que naturalmente recaían las sospechas. No hubo dificultades para encontrarle, pues era muy conocido en el vecindario. Parece ser que se llama Fitzroy Simpson. Es un hombre de buena familia y excelente educación, que ha despilfarrado una fortuna en carreras y que vive en la actualidad de sus discretas gestiones como corredor de apuestas; revela que había registrado apuestas de hasta cinco mil libras en contra del favorito.

»Al ser arrestado confesó que había ido a Dartmoor con la esperanza de obtener información acerca de los caballos de King's Pyland, y de *Desborough*, el segundo favorito, que estaba a cargo de Silas Brown en las cuadras de Capleton. No intentó negar que había actuado tal y como se había declarado, pero añadió que no tenía malas intenciones y que simplemente quería obtener información de primera mano. Cuando se le enseñó la corbata palideció y fue incapaz de justificar por qué se encontraba en la mano del hombre asesinado. Sus ropas húmedas atestiguaban que había pasado la noche bajo la lluvia, y su bastón, hecho de madera de palmera y plomo, era el arma apropiada para poder infligir, mediante repetidos golpes, las terribles heridas que hicieron sucumbir al entrenador.

»Por otro lado, no mostraba herida alguna sobre el cuerpo, mientras que el aspecto del cuchillo de Straker demostraba que al menos uno de sus asaltantes debiera llevar su marca. Éste es el resumen, Watson, y si de alguna manera puede usted arrojar alguna luz sobre el asunto le quedaría muy agradecido.

Con enorme atención seguí el relato que Holmes, con su característica claridad, me había expuesto. Aunque la mayoría de los hechos me eran familiares, no había apreciado suficientemente ni su relativa importancia ni la relación existente entre ellos.

—¿Sería posible —sugerí— que la herida de Straker la hubiera ocasionado su propio cuchillo durante las convulsiones que siguen a cualquier lesión cerebral?

—Es más que posible; es incluso probable —dijo Holmes—. En cuyo caso, uno de los principales puntos a favor del acusado desaparecería.

—Sin embargo —dije—, no alcanzo a comprender cuál puede ser la teoría de la policía.

—Me temo que cualquier teoría que formulemos tropezará con graves objeciones —respondió mi acompañante—. Supongo que la policía imagina que este Fitzroy

Simpson, tras narcotizar al muchacho y habiéndose hecho con un duplicado de la llave, abrió la puerta de la cuadra y se llevó el caballo con la intención de secuestrarlo. Falta la brida, de modo que debió de ponérsela Simpson. Luego, dejando la puerta abierta, estaría ya alejándose con el caballo por el páramo cuando, o bien se encontró, o bien le alcanzó el entrenador. Como es lógico, surgió una pelea, en el curso de la cual Simpson le abrió la cabeza al entrenador con el bastón, sin que el pequeño cuchillo que Straker utilizaba para defenderse le hiriera a él. Después el ladrón pudo llevarse el caballo a



algún lugar escondido o quizá éste se escapó durante la lucha y esté ahora errando por el páramo. Así es como la policía plantea el caso y, por improbable que parezca, las demás explicaciones lo son más aún. No obstante, una vez me encuentre en el lugar de los hechos, pronto los comprobaré. Hasta entonces no creo que podamos ir mucho más allá.

Era ya de noche cuando llegamos al pueblecito de Tavistock, situado, como el tachón de un escudo, en el centro del inmenso círculo que constituye Dartmoor. Dos caballeros nos esperaban en la estación; el uno, un hombre alto y rubio con barba y cabello leonino y penetrantes ojos azules; el otro, una persona menuda y avispada, pulcra y aseada, llevaba patillas y monóculo, y vestía levita y polainas. Este último era el coronel Ross, conocido deportista; el otro era el inspector Gregory, un hombre que con rapidez se estaba haciendo un nombre en el departamento de detectives inglés.

—Estoy contentísimo de que haya venido, señor Holmes —dijo el coronel—. Aquí el inspector ha hecho todo lo humanamente posible, pero no quiero dejar piedra por remover para intentar vengar al pobre Straker y recobrar mi caballo.

—¿Ha habido nuevos acontecimientos? —preguntó Holmes.

—Lamento decirle que hemos hecho muy pocos progresos —dijo el inspector—. Afuera nos espera una calesa y, puesto que sin duda usted querrá ver el lugar antes de que se haga noche cerrada, podemos hablar de esto durante el camino.

Un minuto después nos encontrábamos todos cómodamente sentados en una calesa, cruzando el pintoresco y antiguo pueblecito de Devonshire. El inspector Gregory estaba inmerso en el caso y profirió un sinfín de comentarios, a los que Holmes respondía con alguna pregunta ocasional. El coronel Ross permanecía recostado, mientras yo escuchaba con interés el diálogo entre los detectives. Gregory formulaba su teoría, que coincidía casi exactamente con lo que Holmes había pronosticado en el tren.

—Fitzroy Simpson está muy acorralado —comentó— y yo personalmente creo que es nuestro hombre. Al mismo tiempo reconozco que las pruebas son circunstanciales y que cualquier nuevo acontecimiento podría anularlas.

—¿Qué hay del cuchillo de Straker?

—Estamos casi convencidos de que se hirió él mismo al caer.

—Mi amigo, el doctor Watson, sugirió eso mismo en el tren. De ser así, iría en contra de ese Simpson.

—Indudablemente. No tiene ni cuchillo ni señales de ninguna herida. Pero las pruebas en su contra son muy fuertes. Tenía mucho interés en que desapareciera el favorito, se halla bajo sospecha de haber envenenado al mozo de cuadra, estuvo fuera toda la noche bajo la tormenta, iba armado con un grueso bastón, y se encontró su corbata en la mano del hombre asesinado. Verdaderamente creo que tenemos elementos suficientes como para ir a juicio.

Holmes negó con la cabeza.

—Una defensa aguda lo echaría todo por tierra —dijo—. ¿Por qué iba a sacar al caballo de la cuadra? Si quería hacerle daño, ¿por qué no lo hizo allí mismo? ¿Se le ha encontrado un duplicado de la llave? ¿Qué farmacéutico le vendió los polvos de opio? Y, más importante, ¿dónde iba él, un forastero aquí, a esconder un caballo, máxime un caballo como ése? ¿Cuál es su explicación acerca del papel que quería que la criada le entregara al muchacho?

—Dice que era un billete de diez libras. Se le encontró uno en su monedero. Pero las otras objeciones que usted pone no son tan formidables como las pinta. No es un forastero aquí. Durante el verano se ha alojado en Tavistock dos veces. El opio probablemente vendría de Londres. La llave, tras haber surtido su efecto, pudo ser desechada. Y puede que el caballo yazga en el fondo de alguna hondonada o de alguna de las minas antiguas que hay en el páramo.

—¿Qué dice él de la corbata?

—Admite que es suya y declara haberla perdido. Pero ha surgido un elemento nuevo en el caso, que pudiera explicar el que se llevara el caballo de la cuadra.

Holmes aguzó el oído.

—Hemos encontrado huellas que demuestran que un grupo de gitanos acampó el lunes por la noche a una milla del lugar del asesinato. El martes habían desaparecido. Pues bien, suponiendo que hubiera algún tipo de conexión entre Simpson y los gitanos, ¿no sería posible que él se dispusiera a llevarles el caballo cuando fue alcanzado y que los gitanos lo tuvieran ahora en su poder?

—Es muy posible.

—Estamos batiendo el páramo en pos de los gitanos. También he examinado todas las caballerizas y cobertizos de Tavistock y en diez millas a la redonda.

—Tengo entendido que hay otra cuadra de entrenamiento muy cerca.

—En efecto, y ése es un factor que no debemos descuidar. Puesto que *Desborough*, su caballo, iba segundo en las apuestas, ellos tenían interés en que

desapareciera el favorito. Se sabe que Silas Brown, el entrenador, había apostado fuerte y no era amigo del pobre Straker. Sin embargo hemos inspeccionado a fondo las cuadras y no hemos encontrado nada que le relacione con el asunto.

—¿Tampoco se ha encontrado relación entre ese Simpson y los intereses de las cuadras Capleton?

—Ninguna en absoluto.

Holmes se recostó en el carruaje y la conversación terminó. Unos minutos más tarde el conductor se detuvo ante una pulcra casita de ladrillo rojo con aleros salientes que había junto a la carretera. A poca distancia, cruzando el prado, se levantaba un cobertizo alargado de color grisáceo. Los helechos marchitos teñían de cobre el páramo suavemente ondulado que se extendía en todas las demás direcciones hasta rozar el horizonte, resquebrajado tan sólo por los campanarios de Tavistock y por un conjunto de casas hacia el oeste que indicaban las cuadras Capleton. Todos bajamos de la calesa, a excepción de Holmes, que seguía recostado con la mirada clavada en el firmamento, totalmente sumido en sus pensamientos. Cuando le toqué el brazo, pareció despertarse bruscamente y descendió del carruaje.

—Perdóneme —dijo, volviéndose hacia el que le miraba extrañado—. Estaba soñando despierto.

Había un brillo en sus ojos y una agitación contenida en su manera de actuar, que a mí, que conocía bien su forma de ser, me convencieron de que acababa de dar con alguna pista, aunque no lograba adivinar de dónde la había sacado.

—Señor Holmes, quizá preferiría que prosiguiéramos de inmediato a la escena del crimen —dijo Gregory.

—Creo que prefiero quedarme aquí un poco más y entrar en un par de detalles. Supongo que a Straker le traerían aquí, ¿no?

—Sí, está arriba. La encuesta judicial será mañana.

—Ha estado a su servicio varios años, ¿verdad, coronel Ross?

—Siempre ha demostrado ser un criado excelente.

—Supongo, inspector, que harían un inventario de lo que llevaba en los bolsillos cuando murió.

—Tengo en el salón todo lo que se le encontró, si quiere verlo.

—Encantado.

Pasamos a la habitación y nos sentamos alrededor de una mesa central, mientras el inspector abría una caja de hojalata cerrada con llave y hacía un montoncito con las cosas que sacaba de ella. Había una caja de cerillas, un resto de vela, una pipa A. D. R, de raíz de brezo, una petaca de piel de foca con media onza de tabaco prensado, un reloj de plata con cadena de oro, cinco monedas de oro, un estuche de lápices de aluminio, unos cuantos papeles y un cuchillo con mango de marfil, de hoja rígida y muy delicada, que llevaba estampado «Weiss & Co., London».

—Es un cuchillo muy curioso —dijo Holmes, examinándolo con atención—. Puesto que veo que está manchado de sangre, supongo que será el que tenía en la

mano el hombre asesinado. Watson, seguro que usted conoce este tipo de cuchillo.

—Es lo que llamamos un cuchillo de cataratas —respondí.

—Eso mismo pensaba yo. Tiene una hoja muy delicada, pensada para trabajos muy delicados. Raro instrumento para que lo lleve un hombre que se lanza a una escabrosa expedición, sobre todo si tenemos en cuenta que no es uno de esos cuchillos que se pueden doblar y meter en el bolsillo.

—Tenía la punta protegida con un corcho, que encontramos al lado del cadáver —dijo el inspector—. Su esposa nos ha dicho que el cuchillo llevaba varios días encima del tocador y que lo había cogido su marido al salir de la habitación. No era una buena arma, pero quizá no pudo echar mano de otra mejor en aquel momento.

—Es muy probable. ¿Qué hay de esos papeles?

—Tres de ellos son recibos de tratantes de heno. Uno es una carta del coronel Ross con instrucciones. Este otro es una factura de la modista, firmada por *Madame Lesurier*, de Bond Street, y extendida a nombre de William Darbyshire. La señora Straker nos dice que Darbyshire era un amigo de su marido y que de vez en cuando daba esta dirección.

—*Madame Darbyshire* tiene unos gustos algo caros —comentó Holmes mirando la factura—. Veintidós guineas es bastante para un solo traje. En fin, no parece que haya nada más, así que podemos ir al lugar del crimen.

Al salir del salón se acercó una mujer que había estado esperando en el pasillo y puso su mano sobre el brazo del inspector. Su rostro delgado, cansado y expectante mostraba la huella de un terror reciente.

—¿Los han cogido? ¿Los han encontrado? —dijo casi sin aliento.

—No, señora Straker, pero el señor Holmes ha venido de Londres para ayudarnos, y haremos todo lo que esté en nuestras manos.

—Creo que la conocí hace tiempo en Plymouth, señora Straker; en una fiesta —dijo Holmes.

—No, caballero. Está equivocado.

—Vaya, pues lo hubiera jurado. Llevaba un traje de seda gris rematado con plumas de avestruz.

—Nunca he tenido un traje así, caballero —respondió la dama.

—Entonces no caben más dudas —dijo Holmes y, disculpándose, salió con el inspector.

Una pequeña caminata nos llevó a través del páramo hasta la hondonada donde se había encontrado el cadáver. Al borde estaba el tojo en el que se hallaba colgada la gabardina.

—Tengo entendido que no hacía viento aquella noche —dijo Holmes.

—No, pero llovía mucho.

—En ese caso no es que el viento arrastrara la gabardina hasta el tojo, sino que debieron de colocarla allí.

—Sí, estaba colgada encima.

—Estoy preso de interés. Veo que hay muchas pisadas. Sin duda habrá venido aquí mucha gente desde el lunes por la noche.

—Pusimos un felpudo aquí al lado, sobre el que nos hemos situado para no pisar la tierra.

—Excelente.

—Tengo en esta bolsa una de las botas que llevaba Straker, uno de los zapatos de Fitzroy Simpson y una herradura de *Estrella de Plata*.

—¡Mi querido inspector, se supera usted a sí mismo!

Holmes cogió la bolsa y, bajando a la hondonada, centró un poco más el felpudo. Luego, apoyando la barbilla en las manos se agachó y estudió minuciosamente el fango pisoteado que tenía ante sí.

—¡Hombre! —exclamó repentinamente—. ¿Qué es esto?

Era una cerilla de cera, a medio quemar, y tan embadurnada de fango, que al principio parecía una pequeña astilla de madera.

—No sé cómo se me ha podido pasar —dijo el inspector con aire molesto.

—Era invisible; estaba hundida en el barro. Yo la encontré sólo porque la estaba buscando.

—¡Cómo! ¿Esperaba encontrarla?

—No lo creía descabellado.

Sacó las botas de la bolsa y cotejó el dibujo de la suela con las huellas que había en la tierra. Después trepó hasta el borde de la hondonada y gateó por entre los matorrales.

—Me temo que no hay más pistas —dijo el inspector—. He examinado detenidamente el terreno en cien yardas a la redonda.

—¡Comprendo! —dijo Holmes levantándose—. Después de lo que dice no tendría yo el descaro de hacerlo de nuevo. Pero me gustaría dar un pequeño paseo por el páramo antes de que anochezca, para no perderme mañana. Creo que me llevaré esta herradura; a ver si me trae suerte.

El coronel Ross, que había dado muestras de impaciencia ante el método de trabajo tranquilo y sistemático de mi acompañante, miró el reloj.

—Me gustaría que regresara conmigo, inspector —dijo—. Hay varios puntos sobre los que desearía tener su opinión. En especial creo que por respeto a nuestro público deberíamos retirar el nombre de nuestro caballo de la carrera.

—En modo alguno —exclamó Holmes en tono firme—. Pienso que debe mantenerlo.

El coronel hizo una pequeña inclinación.

—Agradezco mucho su opinión, señor. Cuando dé por finalizado su paseo, nos encontrará en la casa del pobre Straker. Podemos volver juntos a Tavistock.

Él y el inspector se fueron y Holmes y yo empezamos a caminar lentamente por el páramo. El sol empezaba a ponerse por detrás de las cuadras de Capleton y la ondulante llanura ante nosotros pasaba del dorado a un intenso color cobrizo en los

helechos y zarzas que aún recogían los últimos reflejos del atardecer. Sin embargo, mi acompañante no apreciaba las maravillas que nos ofrecía el paisaje; iba sumido en sus pensamientos.

—La cosa está así, Watson —dijo finalmente—. Por el momento podemos dejar la cuestión de quién asesinó a John Straker y limitarnos a averiguar qué ha sido del caballo. Bien, suponiendo que se escapara durante o después de la tragedia, ¿dónde pudo haber ido? El caballo es un animal gregario. Si iba solo, su instinto le llevaría a volver a King's Pyland o a dirigirse a Capleton. ¿Por qué iba a andar suelto por el páramo? Le habrían visto ya. ¿Y por qué le iban a secuestrar unos gitanos? Estas gentes suelen largarse en cuanto oyen que hay lío, pues no quieren que la policía los moleste. De llevarse el animal, correrían un gran riesgo sin ganar nada. Eso está claro, ¿no?

—Pero entonces, ¿dónde está?

—Ya he dicho que debió de irse a King's Pyland o a Capleton.

Puesto que no está en King's Pyland debe de encontrarse en Capleton. Tomemos eso como hipótesis de trabajo, a ver adonde nos conduce. Esta parte del páramo, como señaló el inspector, está muy firme y seca. Pero hacia Capleton va descendiendo. A lo lejos se puede ver una depresión que tuvo que estar muy enfangada el lunes por la noche. Si nuestra suposición es correcta, el caballo debió de cruzarla y es allí donde debiéramos buscar sus huellas.

Habíamos ido caminando de prisa, mientras sosteníamos esta conversación, y pocos minutos más tarde llegamos a la hondonada en cuestión. A petición de Holmes yo iba por el lado izquierdo y él por el derecho. Mas no había dado cincuenta pasos, cuando le oí proferir una exclamación y vi que me hacía señas con la mano. La tierra húmeda mostraba claramente las huellas del caballo y la herradura que sacó del bolsillo encajaba perfectamente.

—Vea lo que vale la imaginación —dijo Holmes—. Es la única virtud de que carece Gregory. Nosotros nos imaginamos lo que pudo ocurrir, actuamos en consecuencia, y nos vemos recompensados. Sigamos.

Cruzamos el barrizal y volvimos a encontrarnos con un cuarto de milla de terreno seco y firme. Cuando de nuevo el terreno descendió, volvimos a encontrar huellas. Durante media milla las perdimos, pero otra vez aparecieron cerca de Capleton. Holmes las vio primero y me las señaló con aire triunfal. Paralelamente a las del caballo se veían las huellas de un hombre.

—¡El caballo iba solo antes! —exclamé.

—En efecto. Iba solo. Pero ¿qué es esto?

La pareja de huellas se desvió bruscamente en dirección a King's Pyland. Holmes profirió un silbido y ambos las seguimos. Mi acompañante tenía los ojos fijos sobre el rastro, pero casualmente yo desvié la mirada hacia el lado y observé con sorpresa que las mismas huellas volvían en dirección contraria a la nuestra.

—Enhorabuena, Watson —dijo Holmes, cuando se lo hice notar—. Nos ha

ahorrado una larga caminata que nos habría conducido aquí de nuevo. Sigamos las huellas de vuelta.

No tuvimos que ir muy lejos. Acababan donde comenzaba el camino asfaltado que conducía hasta la verja de las cuadras de Capleton. Al acercarnos, salió un mozo a nuestro encuentro.

—No queremos mirones por aquí —dijo.

—Sólo quería hacer una pregunta —dijo Holmes, introduciendo el pulgar y el índice en el bolsillo de su chaleco—. ¿Serían las cinco de la madrugada demasiado temprano para ver a su amo, Silas Brown, mañana?

—Cielo santo, señor, si hay alguien levantado a esa hora será él, porque siempre es el primero en estar por aquí. Pero ahí le tiene, señor. Él mismo le contestará a sus preguntas. No, no, señor, de ninguna manera. Me juego el empleo si me viera que cojo dinero. Démelo después si quiere.

Sherlock Holmes se estaba guardando la media corona que había sacado del bolsillo, cuando se adelantó un hombre mayor, de aspecto agresivo, con un látigo en la mano.

—¿Qué significa esto, Dawson? —gritó—. ¡No quiero comadreos!

—Quisiéramos hablar con usted diez minutos, buen hombre —dijo Holmes en el tono más educado.

—No tengo tiempo de hablar con todos los que no tienen nada que hacer. No queremos extraños aquí. Largo, si no quiere que le suelte al perro.

Holmes se inclinó y le susurró algo al oído. El entrenador se sobresaltó y se sonrojó.

—¡Es mentira! —gritó—. ¡Es una maldita mentira!

—Está bien. ¿Quiere que lo discutamos aquí en público o que vayamos a su casa?

—Pase, entonces.

Holmes sonrió.

—No le haré esperar más de unos minutos, Watson —dijo—. Bueno, señor Brown, estoy a su entera disposición.

Pasaron veinte minutos, durante los cuales los rojizos se tornaron grises, antes de que Holmes y el entrenador reapareciesen. Jamás había visto, en tan corto plazo de tiempo, una mutación como la que había sufrido Silas Brown. Estaba pálido como un muerto, la frente bañada en sudor, y le temblaban las manos tanto, que el látigo que sostenían parecía una rama sacudida por el viento. Había desaparecido su brusquedad y su ademán avasallador e iba encogido al lado de mi acompañante cual perro junto a



su amo.

—Se llevarán a cabo sus instrucciones. Se hará como usted dice.

—No debe haber equivocaciones —dijo Holmes mirando a su alrededor. El otro parpadeó al leer la amenaza en los ojos de mi acompañante.

—No, no, no habrá ninguna equivocación. Estará allí. ¿Lo cambio primero o no? Holmes meditó un instante y soltó una carcajada.

—No —dijo finalmente—. Ya le escribiré con más detalles. Ni un truco o...

—¡No, no, confíe en mí, puede confiar en mí!

—Encarguese de ello, como si fuera suyo propio.

—Descuide, puede fiarse de mí.

—Sí, creo que sí. Bien, mañana tendrá noticias mías.

Dio media vuelta sin estrechar la mano temblorosa que el otro le extendía y partimos hacia King's Pyland.

—Pocas veces me he encontrado con una mezcla tan perfecta de cobardía, traición y tiranía como la de Silas Brown —comentó Holmes mientras avanzábamos juntos.

—Entonces, ¿tiene el caballo?

—Intentó negarlo, pero le describí sus acciones de aquella mañana con tal detalle, que está convencido de que le estaba observando. Supongo que usted habría notado la extraña punta cuadrada de las huellas y que las botas de Silas Brown correspondían perfectamente. Por otro lado, ningún subalterno se habría atrevido a hacer algo semejante. Le he descrito cómo, siguiendo su costumbre, se había levantado el primero, observó un caballo vagando por el páramo, cómo fue en su busca, y cómo se asombró cuando, al reconocer la estrella blanca que motivó el nombre del favorito, vio que la fortuna había puesto en sus manos al único caballo capaz de ganar a aquél por el cual él había apostado. Entonces le describí cómo su primer impulso había sido devolverlo a King's Pyland, y cómo el demonio le había mostrado que podía esconder el caballo hasta después de la carrera y cómo había vuelto con él a Capleton para ocultarlo. Cuando le di todos los detalles, se rindió y pensó sólo en salvar el pellejo.

—Pero si habían registrado sus cuadras.

—Un viejo estafador como él tiene infinidad de trucos.

—¿Pero no tiene usted miedo de dejarle el caballo, dado su gran interés en hacerle daño?

—Mi querido amigo, lo guardará como a la niña de sus ojos. Sabe que su única posibilidad de clemencia reside en que lo entregue sano y salvo.

—No me dio la impresión de que el coronel Ross fuera el tipo de hombre predispuesto a la clemencia.

—El asunto no le incumbirá solamente al coronel Ross. Yo sigo mis propios métodos y cuento tanto o tan poco como me place. Es la ventaja de ir por libre. No sé si usted lo observó, Watson, pero el coronel me ha tratado con cierta arrogancia.

Ahora me gustaría a mí divertirme un poco a su costa. No le diga nada acerca del caballo.

—Por descontado que no lo haré si usted no quiere.

—Por supuesto, todo esto son minucias comparado con la cuestión de quién mató a John Straker.

—¿Va a entrar en ello?

—Muy al contrario. Regresamos a Londres esta noche.

Las palabras de mi amigo me dejaron boquiabierto. Llevábamos en Devonshire sólo unas horas y me parecía incomprensible que abandonara una investigación que había comenzado tan brillantemente. No conseguí sacarle ni una palabra más hasta que llegamos a casa del entrenador. El coronel y el inspector nos esperaban en el salón.

—Mi amigo y yo regresamos a la ciudad en el tren de medianoche —dijo Holmes—. Hemos respirado hondo el hermoso aire de Dartmoor.

El inspector abrió los ojos y el coronel sonrió despectivamente.

—De modo que se da por vencido en cuanto a poder arrestar al asesino del pobre Straker.

Holmes se encogió de hombros.

—Ciertamente hay serias dificultades —dijo—. Sin embargo tengo la certeza de que su caballo correrá el martes y le ruego que tenga al *jockey* preparado. ¿Podría pedirle que me diera una fotografía de John Straker?

El inspector sacó una de un sobre que llevaba en el bolsillo y se la entregó.

—Mi querido Gregory, se anticipa usted a todos mis deseos. Si me espera aquí un momento, quisiera hacerle una pregunta a la criada.

—Debo reconocer que nuestro experto de Londres me ha defraudado bastante —dijo el coronel Ross con franqueza cuando mi amigo hubo salido—. No veo que hayamos avanzado más allá de donde estábamos antes de que viniera.

—Al menos tiene su palabra de que el caballo correrá —dije yo.

—Sí, tengo su palabra —dijo el coronel encogiéndose de hombros—. Preferiría tener el caballo.

A punto estaba de romper una lanza a favor de mi amigo, cuando éste entró en la habitación.

—Bien, señores —dijo—. Estoy listo para ir a Tavistock.

Cuando subíamos al carruaje, uno de los mozos nos sujetó la puerta. Una idea repentina pareció ocurrírsele a Holmes, pues se inclinó hacia delante y cogió al



muchacho por el brazo.

—Hay ovejas en el prado —dijo—. ¿Quién las cuida?

—Yo, señor.

—¿Ha notado en ellas algo extraño últimamente?

—Nada importante, señor; sólo que tres se han quedado cojas.

Vi que a Holmes le satisfizo mucho la respuesta, pues se frotó las manos con una pequeña sonrisa.

—¡Buen tiro, Watson, muy bueno! —dijo, pellizcándose el brazo—. Gregory, permítame que llame su atención sobre esta singular epidemia en las ovejas. ¡Adelante, cochero!

La expresión del coronel Ross seguía reflejando la pobre impresión que se había formado acerca de la habilidad de mi acompañante, pero el rostro del inspector me mostró que se había despertado su interés.

—¿Lo considera importante? —preguntó.

—Enormemente.

—¿Hay algo más sobre lo que quisiera llamar mi atención?

—El curioso incidente del perro aquella noche.

—El perro no hizo nada aquella noche.

—Ése es precisamente el curioso incidente —comentó Sherlock Holmes.

Cuatro días más tarde, Holmes y yo nos encontrábamos de nuevo en el tren, con dirección a Winchester, para ver la carrera para la Copa de Wessex. Habíamos quedado con el coronel Ross en la estación y fuimos en su calesa al hipódromo, que quedaba a las afueras de la ciudad. Tenía el semblante serio y su actitud era fría en extremo.

—No he sabido nada de mi caballo —dijo.

—Supongo que lo reconocerá cuando lo vea, ¿no? —preguntó Holmes.

El coronel estaba muy irritado.

—Llevo veinte años en las carreras y jamás se me ha hecho una pregunta semejante —dijo—. Hasta un crío reconocería a *Estrella de Plata* con sólo verle la estrella blanca y la pata delantera moteada.

—¿Cómo van las apuestas?

—Bueno, es curioso. Ayer estaban quince a una, pero el precio ha ido bajando y ahora apenas están tres a una.

—Vaya —dijo Holmes—. ¡Está claro que alguien sabe algo!

Cuando la calesa se detuvo en el recinto cerca de la tribuna, me paré a ver la tabla de los participantes. Decía así:

Copa de Wessex. 50 soberanos de oro cada uno, más 1000 soberanos más para los de cuatro y cinco años. Segundo, 300 libras. Tercero, 200 libras. Hipódromo nuevo (una milla y cinco estadios).

1. *El negro*, del señor Hewton (gorra roja, chaqueta marrón).
2. *Pugilist*, del coronel Wardlaw (gorra rosa, chaqueta azul y negra).
3. *Desborough*, de lord Backwater (gorra y mangas amarillas).
4. *Estrella de Plata*, del coronel Ross (gorra negra y chaqueta roja).
5. *Iris*, del duque de Balmoral (rayas amarillas y negras).
6. *Rasper*, de lord Singleford (gorra malva y mangas negras).

—Retiramos al otro depositando en su palabra todas nuestras esperanzas —dijo el coronel—. Pero ¿qué es esto? ¿*Estrella de Plata* el favorito?

—¡Cinco a cuatro contra *Estrella de Plata*! ¡Quince a cinco contra *Desborough*! ¡Cinco a cuatro en el campo!

—Ahí salen los números —exclamé yo—. Están los seis.

—¡Los seis! —exclamó el coronel muy agitado—. ¡Entonces mi caballo corre! Pero no lo veo. No han pasado mis colores.

—Sólo han pasado cinco. Debe de ser este que viene.

Así que dije esto salió un brioso caballo y nos pasó trotando: llevaba el conocido distintivo rojo y negro del coronel.

—¡Ése no es mi caballo! —exclamó el dueño—. Esa bestia no tiene ni un pelo blanco en todo el cuerpo. ¿Qué ha hecho usted, señor Holmes?

—Bueno, bueno, esperemos a ver qué ocurre —dijo Holmes, sin inquietarse lo más mínimo.

Durante unos minutos observó la carrera a través de mis prismáticos.

—¡Magnífico! ¡Qué salida! —exclamó de repente—. Ahí vienen, tomando la curva.

Desde la calesa teníamos una soberbia panorámica de la recta final. Los seis caballos iban tan juntos, que una manta los hubiera cubierto a todos. Pero hacia la mitad se destacó el amarillo de la cuadra de Capleton. Sin embargo, antes de que nos hubieran rebasado a nosotros, *Desborough* estaba acabado, y el caballo del coronel, despegándose de repente, llegó a la meta con seis cuerpos de ventaja sobre su rival; *Iris*, del duque de Balmoral, entró el tercero.

—Sea como fuere, es mía la carrera —suspiró el coronel, pasándose la mano por los ojos—. Confieso que no entiendo nada. ¿No cree que ya ha mantenido el misterio demasiado tiempo, señor Holmes?

—Por supuesto, coronel. Se lo explicaré todo. Vayamos a ver al caballo. Ahí lo tiene —continuó mientras entrábamos en el recinto reservado a los dueños y sus amigos—. No tiene más que lavarle la cara y la pata con alcohol y verá que es el mismo *Estrella de Plata* de siempre.

—¡Me deja usted anonadado!

—Lo tenía un estafador y me tomé la libertad de presentarle para la carrera en cuanto lo tuve en mi poder.

—Mi querido amigo, ha hecho usted maravillas. El caballo tiene un aspecto

realmente formidable. Nunca ha estado en mejor forma. Le debo mil excusas por haber dudado de su habilidad. Me ha prestado un gran servicio al encontrar mi caballo. Me lo prestaría aún mayor si lograra descubrir al asesino de John Straker.

—Ya lo he hecho —dijo Holmes quedamente.

El coronel y yo le miramos asombrados.

—¿Y lo tiene? ¿Dónde está, pues?

—Aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—Delante de mí.

El coronel se sonrojó, irritado.

—Reconozco que estoy en deuda con usted, señor Holmes —dijo—, pero considero lo que acaba de decir como una broma pesada o un insulto.

Sherlock Holmes soltó una carcajada.

—Le aseguro, coronel, que no le había asociado a usted con el crimen —dijo—. El verdadero asesino está justamente detrás de usted.

Se adelantó unos pasos y acarició el lustroso cuello del pura sangre.

—¡El caballo! —exclamamos al unísono el coronel y yo.

—Sí, el caballo. Y probablemente atenúe su culpabilidad el que les diga que fue en defensa propia, y que John Straker era un hombre que no merecía en absoluto su confianza, coronel. Pero suena la campana y, puesto que espero ganar un poquito en esta próxima carrera, pospondré una explicación más extensa hasta un momento más adecuado.

Teníamos la parte de atrás de un *pullman* para nosotros solos cuando regresamos a Londres esa noche. El viaje se nos hizo corto al coronel Ross y a mí escuchando la narración que nuestro compañero nos hizo de los sucesos que habían tenido lugar aquella noche del lunes en las cuadras de Dartmoor, y cómo llegó a descifrarlos.

—Debo confesar —dijo— que eran erróneas todas las teorías que, basándome en los periódicos, me había formulado. Sin embargo en ellos estaban las pistas, sólo que enmascaradas por otros detalles que escondían su verdadera importancia. Fui a Devonshire con el convencimiento de que Fitzroy Simpson era el culpable, aunque por supuesto sabía que las pruebas en su contra no eran absolutas.

»Fue mientras estábamos en el carruaje, al llegar a la casa del entrenador, cuando caí en la cuenta de la inmensa importancia del cordero al *curry*. Quizá recuerden que estaba distraído, y permanecí sentado aún cuando ustedes habían bajado. Me estaba maravillando el que se me hubiera pasado por alto una pista tan evidente.

—Confieso que incluso ahora no veo que nos pueda ayudar —dijo el coronel.

—Fue el primer eslabón en la cadena de mi razonamiento. El opio en polvo no es, en modo alguno, insípido. No tiene un sabor desagradable, pero se nota. De encontrarse en un plato corriente, el comensal sin duda lo advertiría y dejaría de comer. Pero el *curry* es justamente el medio que mejor podría disfrazar su sabor. Era absolutamente imposible que este forastero, Fitzroy Simpson, hubiera planeado el

que se comiera el *curry* aquella noche en casa del entrenador, y sería una coincidencia monstruosa el suponer que llegó con el opio casualmente la misma noche en que el azar deparaba un plato que disimularía el sabor. Eso es impensable. Por tanto, Simpson queda eliminado del caso y nuestra atención se centra en Straker y su mujer, las dos únicas personas que pudieron decidir que esa noche se cenara cordero al *curry*. Se añadió el opio después de que se apartara el plato para el muchacho, pues los demás cenaron lo mismo sin que se enfermaran. ¿Cuál de los dos, pues, tuvo acceso al plato sin que la criada le viera?

»Antes de decidirme, me había percatado de la importancia que tenía el silencio del perro, pues una deducción correcta invariablemente sugiere otras. El incidente de Simpson me había mostrado que había un perro en la cuadra; sin embargo, a pesar de que alguien había entrado y se había llevado un caballo, no ladró lo suficiente como para despertar a los dos muchachos que dormían en el desván. Era evidente que el visitante nocturno era alguien a quien el perro conocía bien.

»Ya estaba convencido, o casi convencido, de que John Straker había ido a la cuadra durante la noche y se había llevado a *Estrella de Plata*. ¿Con qué propósito? Estaba claro que llevaba malas intenciones; de lo contrario, ¿para qué iba a narcotizar a uno de sus muchachos? No obstante, seguía sin saber la razón. Se han dado casos antes de éste en los que los entrenadores se han asegurado grandes sumas de dinero apostando, a través de agentes, contra sus propios caballos, impidiendo fraudulentamente que éstos ganaran. Hay ocasiones en que *el jockey* lo refrena; otras en las que se emplean medios más sutiles y seguros. ¿Qué había ocurrido en ésta? Esperé a que el contenido de sus bolsillos me ayudara a formular una conclusión.

»Y así fue. No habrán olvidado el curioso cuchillo que se encontró en poder del asesinado, cuchillo que nadie en su sano juicio escogería como arma defensiva. Como nos dijo el doctor Watson, es un tipo de cuchillo que se emplea en las intervenciones quirúrgicas más delicadas. Dada su enorme experiencia en los asuntos de las carreras, coronel Ross, sin duda sabe que es posible hacer un pequeño corte subcutáneo en los tendones de las nalgas del caballo, de forma que no se note en absoluto. Un caballo al que se le hubiera practicado este corte desarrollaría una leve cojera, que se achacaría a un exceso de ejercicio, al reuma, pero nunca al juego sucio.

—¡Villano! ¡Canalla! —exclamó el coronel.

—He ahí la explicación de por qué John Straker quería llevarse el caballo al páramo. Un animal tan bravo hubiera sin duda despertado a cualquiera, por profundo que tuviera el sueño. Era de todo punto necesario que lo hiciera en el campo.

—¡Qué ceguera la mía! —gritó el coronel—. Naturalmente. Por eso necesitaba la vela y por eso encendió la cerilla.

—Así es. Pero, al repasar sus pertenencias, no sólo tuve la fortuna de descubrir cómo se llevó a cabo el crimen, sino también el móvil del mismo. Como hombre de mundo, coronel, usted sabe que los hombres no llevan facturas ajenas en sus bolsillos. La mayoría de nosotros tenemos más que suficiente con las propias. De

inmediato concluí que Straker llevaba una doble vida y que tenía un segundo negocio. La naturaleza de la factura demostraba que había una mujer implicada en el caso, y una mujer con gustos caros. Aun conociéndose la generosidad con que trata a sus criados, coronel, nadie puede pensar que puedan comprarles a sus mujeres trajes de veinte guineas. Sin que ella misma lo supiera, interrogué a la señora Straker respecto del traje, y al contestarme que nunca lo tuvo, tomé la nota de la dirección de la modista. Pensé que, si me dirigía a ella con la fotografía de Straker, pronto sabría la verdad sobre el mítico Darbyshire.

»A partir de ahí todo estuvo claro. Straker había conducido al caballo hasta una hondonada donde no se vería la luz. Simpson, al huir, perdió la corbata y Straker la recogió, quizá con la idea de utilizarla para atarle las patas al caballo. En la hondonada, se colocó detrás del caballo y encendió una cerilla. Pero el animal, asustado por la luz inesperada y con el extraño instinto de los animales, que saben cuándo los acecha algún peligro, coceó, y la herradura de acero le golpeó a Straker en la frente. Ya se había quitado la gabardina, a pesar de la lluvia, para poder llevar a cabo la delicada tarea, y al caer se hirió con el cuchillo. ¿Está claro?

—¡Magnífico! —exclamó el coronel—. ¡Magnífico! Es como si hubiera estado presente.

—Mi último tiro, lo confieso, iba un poco al aire. Se me ocurrió que un hombre tan astuto como Straker no se arriesgaría a la delicada operación de cortar un tendón sin práctica previa. ¿Qué le podía servir de entrenamiento? Vi las ovejas e hice una pregunta que, con gran sorpresa por mi parte, me demostró que mis conclusiones eran correctas.

—Todo está muy claro, señor Holmes.

—A mi regreso a Londres fui a ver a una modista, quien de inmediato reconoció a Straker como un magnífico cliente, llamado Darbyshire, que tenía una mujer muy vistosa con una debilidad por los trajes caros. No dudo de que esta mujer le había hecho endeudarse hasta las orejas, abocándole a esta treta miserable.

—Nos ha explicado todo menos una cosa —exclamó el coronel—. ¿Dónde estaba el caballo?

—Huyó y le cuidó uno de sus vecinos. Creo que en lo tocante a ese punto habremos de hacer una amnistía. Si no me equivoco, esto es Clapham Junction. Antes de un minuto habremos llegado a Victoria. Si le apetece fumarse un cigarro con nosotros, coronel, con mucho gusto le daré otros detalles que le interesen.



# LA CAJA DE CARTÓN

A la hora de escoger algunos casos típicos que pusieran de manifiesto las notables facultades mentales de mi amigo Sherlock Holmes, he procurado, en la medida de lo posible, seleccionar aquellos que presentaran un mínimo de sensacionalismo y ofrecieran campo suficiente para desplegar su talento. Sin embargo, y por desgracia, resulta imposible separar por completo lo sensacional de lo delictivo, y el cronista se encuentra en el dilema de tener que sacrificar detalles que son esenciales para comprender la historia, con lo cual se da una falsa impresión del problema, o utilizar materiales que han llegado a sus manos por casualidad, y no por elección. Hecho este breve preámbulo, paso a exponer las notas que conservo acerca de una extraña cadena de acontecimientos, que resultó ser particularmente terrible.

Era un día de agosto y hacía un calor abrasador. Baker Street parecía un horno, y el reflejo del sol en los ladrillos amarillos de la casa de enfrente hacía daño en los ojos. Resultaba difícil creer que aquéllas eran las mismas paredes que parecían tan lúgubres y sombrías entre las nieblas del invierno. Teníamos las persianas medio bajadas, y Holmes estaba acurrucado en el sofá, leyendo y releendo una carta que había recibido con el correo de la mañana. En cuanto a mí, los años de servicio en la India me habían acostumbrado a aguantar mejor el calor que el frío, y podía soportar sin problemas temperaturas de más de 30 grados. Pero el periódico de la mañana no traía nada interesante. El Parlamento había suspendido sus sesiones, todo el mundo se había largado de Londres, y yo suspiraba por la praderas de New Forest o las playas de Southsea. El depauperado estado de mi cuenta bancaria me había obligado a aplazar mis vacaciones; y por lo que respecta a mi amigo, ni el campo ni la costa ofrecían el más mínimo atractivo para él. Le gustaba permanecer en el centro mismo de una multitud de cinco millones de personas, extendiendo sus tentáculos entre ellas, atento al menor rumor o sospecha de un delito sin resolver. Entre sus muchas cualidades no figuraba la afición a la Naturaleza, y sólo se aproximaba a ella cuando tenía que desviar su atención del malhechor urbano para seguirle la pista a su equivalente rural.

En vista de que Holmes se encontraba demasiado absorto para conversar, tiré a un lado el aburrido periódico y me recosté en mi butaca, sumiéndome en profundas reflexiones. De pronto, la voz de mi compañero interrumpió mis pensamientos.

—Tiene usted razón, Watson —dijo—. Parece una manera ridícula de zanjar una disputa.

—¡Pues claro que es ridícula! —exclamé yo. Y entonces, cayendo de pronto en la

cuenta de que Holmes había logrado penetrar en mis pensamientos más íntimos, me incorporé en mi asiento y me quedé mirándolo, completamente atónito.

—¿Qué es esto, Holmes? —exclamé—. Esto supera todo lo imaginable.

Él se echó a reír de buena gana ante mi perplejidad.

—Recordará usted —dijo— que hace algún tiempo, cuando le leí aquel pasaje de un cuento de Poe en el que un razonador muy hábil sigue los pensamientos de su acompañante sin que este haya dicho nada, usted consideró todo el asunto como un mero *tour de forcé* del autor. Y cuando yo le dije que tenía por costumbre hacer lo mismo en todo momento, usted se mostró incrédulo.

—¡Oh, no!

—Quizá no lo dijera con la lengua, querido Watson, pero sí con las cejas. Así que cuando le he visto tirar el periódico y enfrascarse en una cadena de pensamientos, me he alegrado de tener la oportunidad de ir siguiéndola, e intervenir en un momento dado, como demostración de que me mantenía en contacto con usted.

Aquello no me convenció, ni mucho menos.

—En aquel ejemplo que usted me leyó —argumenté—, el razonador sacaba sus conclusiones observando las acciones del otro hombre. Si no recuerdo mal, éste tropezaba en un montón de piedras, miraba las estrellas, y cosas así. Pero yo estaba tranquilamente sentado en mi butaca. ¿Qué pistas le he podido dar?

—Es usted injusto consigo mismo. Al hombre se le han dado facciones para que con ellas pueda expresar sus emociones, y las de usted cumplen muy bien su cometido.

—¿Quiere decir que puede leer mis pensamientos con sólo mirarme la cara?

—La cara y, sobre todo, los ojos. A lo mejor, ni usted mismo recuerda cómo comenzaron sus reflexiones.

—Pues no, no lo recuerdo.

—Entonces, yo se lo diré. Después de tirar el periódico, que fue el acto que atrajo mi atención, se quedó sentado durante medio minuto con expresión ausente. Luego sus ojos se fijaron en ese retrato del general Gordon que acaba de hacer enmarcar y, por la alteración de su rostro, comprendí que acababa de iniciar una cadena de pensamientos. Sin embargo, no llegó muy lejos. Su mirada se posó entonces en el retrato sin enmarcar de Henry Ward Beecher, que está colocado encima de sus libros, y después miró la pared, lo cual tenía un significado clarísimo. Estaba usted pensando que, si el retrato estuviera enmarcado, lo podría colgar en ese espacio vacío y haría juego con el del general Gordon.



—¡Me ha seguido usted a la perfección! —exclamé.

—Hasta aquí, resultaba difícil equivocarse. Pero entonces sus pensamientos volvieron a Beecher, y se quedó mirando fijamente el retrato, como si estuviera estudiando el carácter del personaje a partir de sus facciones. Al poco rato, dejó de fruncir los ojos, pero siguió mirándolo con expresión pensativa. Estaba usted recordando los incidentes de la carrera de Beecher. Y yo sabía perfectamente que, en tal caso, no podría dejar de pensar en la misión que emprendió a favor del Norte durante la Guerra Civil, ya que recuerdo muy bien sus vehementes e indignados comentarios acerca de la manera en que lo recibieron nuestros conciudadanos más turbulentos. Aquel episodio le afectó tanto que yo sabía que no podía pensar en Beecher sin recordarlo. Un momento después, su mirada se apartó del retrato, y comprendí que estaba pensando en la Guerra Civil. Y cuando me fijé en cómo apretaba los labios, cómo le brillaban los ojos y cómo cerraba los puños, tuve la certeza de que estaba usted pensando en el valor que demostraron ambos bandos en aquel desesperado enfrentamiento. Pero entonces su expresión se fue volviendo cada vez más triste, y empezó a menear la cabeza, pensando en la tragedia, el horror y el inútil derroche de vidas. Sin darse cuenta, se llevó la mano a su vieja herida de guerra y sus labios esbozaron una sonrisa temblorosa, lo cual me dio a entender que en su mente se había abierto paso el carácter ridículo de este método de dirimir las cuestiones internacionales. Y en este punto le dije que estaba de acuerdo en que era ridículo, y tuve la alegría de comprobar que todas mis deducciones habían sido acertadas.

—¡Por completo! —dije yo—. Y ahora que me lo ha explicado, le confieso que sigo tan asombrado como al principio.

—Pues ha sido algo muy superficial, querido Watson, se lo aseguro. No me habría entrometido en sus pensamientos de no haberse mostrado usted tan incrédulo el otro día. Pero tengo entre manos un pequeño problema cuya solución quizá no sea tan sencilla como este modesto experimento de lectura del pensamiento. ¿No ha visto en el periódico una noticia breve acerca del extraño contenido de un paquete que le fue enviado por correo a la señorita Cushing, de Cross Street, Croydon?

—No, no he visto nada.

—¡Ah! Se le habrá pasado por alto. Écheme el periódico. Aquí lo tiene, debajo de la columna financiera. ¿Tendría la amabilidad de leerlo en voz alta?

Recogí al vuelo el periódico, que él me arrojó doblado, y leí el párrafo indicado. Se titulaba:

#### PAQUETE MACABRO

La señorita Susan Cushing, con domicilio en Cross Street, Croydon, ha sido víctima de lo que parece una broma de extremado mal gusto, a menos que el incidente resulte tener un significado aún más siniestro. Ayer, a las dos de la tarde, el

cartero entregó en una casa un paquete pequeño, envuelto en papel de estraza. En su interior había una cajita llena de sal gorda. Al vaciarla, la señorita Cushing descubrió horrorizada dos orejas humanas, al parecer recién cortadas. La caja se había despachado la mañana anterior en el servicio de paquetes postales de Belfast. No existe ningún indicio del remitente, y el asunto adquiere un carácter aún más misterioso si se tiene en cuenta que la señorita Cushing, soltera de cincuenta años, ha llevado una vida muy retirada y tiene tan pocas amistades o relaciones que para ella constituye un acontecimiento extraordinario recibir algo por correo. No obstante, hace algunos años, cuando residía en Pengue, alquiló varias habitaciones de su casa a tres jóvenes estudiantes de Medicina, a los que acabó echando a causa de su comportamiento ruidoso y desordenado. La policía opina que pueden haber sido estos mismos jóvenes los que, por rencor, le han jugado tan mala pasada a la señorita Cushing, enviándole estos restos de la sala de disección con la clara intención de asustarla. En apoyo de esta hipótesis está el hecho de que uno de los estudiantes procediera de Irlanda del Norte y, según cree recordar la señorita Cushing, precisamente de Belfast. Mientras tanto, el asunto se está investigando a fondo, habiéndosele encomendado el caso al señor Lestrade, uno de los inspectores más sagaces de nuestro cuerpo de policía.

—Eso es todo, por lo que respecta al Daily Chronicle —dijo Holmes cuando acabé de leer—. Pasemos ahora a nuestro amigo Lestrade. Esta mañana he recibido una nota suya, en la que dice:

*Creo que este caso entra de lleno en su especialidad. Confiamos plenamente en poder aclarar el asunto, pero tenemos una pequeña dificultad, y es que no sabemos por dónde empezar. Como es natural, hemos telegrafiado a la oficina de Correos de Belfast, pero ese día se despacharon muchísimos paquetes y no tienen manera de identificar éste en concreto, ni pueden recordar al remitente. La caja es una caja de media libra de tabaco aromático, y no nos ha servido de ninguna ayuda. La teoría de los estudiantes de Medicina me sigue pareciendo la más viable, pero si pudiera usted disponer de unas pocas horas me alegraría mucho verlo por aquí. Estaré todo el día en la casa o en la comisaría.*

—¿Qué me dice, Watson? ¿Se ve capaz de sobreponerse al calor y bajarse hasta Croydon conmigo, a ver si consigue un buen caso para sus crónicas?

—Me estaba muriendo por hacer algo.

—Pues ya tiene algo que hacer. Llame al botones y dígame que pida un coche. Volveré en un momento, en cuanto me haya cambiado de ropa y llenado la tabaquera.

Durante el viaje en tren cayó un chaparrón, y al llegar a Croydon el calor era

mucho menos agobiante que en Londres. Holmes había enviado un telegrama por delante, y Lestrade nos aguardaba en la estación, tan fibroso, tan atildado y tan parecido a un hurón como siempre. Una caminata de cinco minutos nos llevó hasta Cross Street, donde residía la señorita Cushing.



Era una calle muy larga, con casas de ladrillo de dos pisos, pulcras y bien cuidadas, con escalones blanqueados y grupillos de mujeres con delantales chismorreando en las puertas. A mitad de la calle,

Lestrade se detuvo y llamó a una puerta; una sirvienta joven y menudita nos hizo pasar a la sala donde estaba sentada la señorita Cushing. Era un mujer de rostro apacible, ojos grandes, mirada amable y pelo canoso, que formaba rizos sobre ambas sienes. Sobre su regazo tenía una funda bordada muy historiada, y a su lado, sobre un taburete, reposaba un cestito de sedas de colores.

—Esas cosas horribles están en el cobertizo —dijo al ver entrar a Lestrade—. Y me gustaría que se las llevara de una vez.

—Así lo haré, señorita Cushing. Sólo las he dejado aquí para que mi amigo el señor Holmes pudiera verlas en su presencia.

—¿Y por qué en mi presencia, señor mío?

—Por si el señor Holmes quería hacerle alguna pregunta.

—¿Qué sentido tiene hacerme preguntas, cuando ya le digo que no sé nada del asunto?

—No se preocupe, señora —dijo Holmes en su tono más tranquilizador—. Estoy convencido de que ya la han molestado más que suficiente con este asunto.

—Desde luego que sí. Soy una mujer tranquila y llevo una vida retirada. No estoy acostumbrada a ver mi nombre en los periódicos y a la policía en mi casa. Señor Lestrade, no permitiré que traigan aquí esas cosas. Si quieren verlas, tendrá que ser en el cobertizo.

El cobertizo se encontraba en el estrecho jardín posterior de la casa. Lestrade entró en él y sacó una caja de cartón amarillo, un pliego de papel de estraza y un trozo de cordel. Al extremo del sendero había un banco y en él nos sentamos todos, mientras Holmes examinaba uno por uno los artículos que Lestrade le había entregado.

—La cuerda es de lo más interesante —comentó, levantándola para mirarla a la luz y olfateándola—. ¿Qué le parece esta cuerda, Lestrade?

—Está embreada.

—Exacto. Es un trozo de bramante embreado. Y, sin duda, se habrá fijado usted en que la señorita Cushing cortó el cordel con unas tijeras, como se aprecia por el

deshilachado que hay en cada lado. Esto es muy importante.

—No le veo la importancia —dijo Lestrade.

—La importancia radica en el hecho de que el nudo ha quedado intacto, y se trata de un nudo bastante curioso.

—Está muy bien atado. Ya lo he comentado en mi informe —dijo Lestrade en tono petulante.

—Bien, dejemos ya la cuerda y veamos el envoltorio —dijo Holmes, sonriendo—. Papel de estraza, con un claro olor a café. ¿Cómo? ¿Que no lo había advertido? Pues no cabe ninguna duda. La dirección, escrita con letra bastante torpe: «*Señorita S. Cushing, Cross Street, Croydon*». Escrito con una pluma de plumilla ancha, probablemente del tipo J, y con tinta de muy mala calidad. Al principio habían escrito «Croydon» con «i» latina, y lo han corregido, transformándola en «y». Por lo que se ve, el paquete fue enviado por un hombre (la letra es claramente masculina) de escasa cultura y que no estaba familiarizado con Croydon. Por ahora, todo va bien. La caja es un envase amarillo de tabaco aromático, de media libra, sin nada de particular, a excepción de dos huellas de pulgares en la esquina inferior izquierda. Está llena de sal gorda, de la que se emplea para curar cueros y otras aplicaciones comerciales. Y dentro de la sal, este extrañísimo envío.

Mientras hablaba, sacó de la caja las dos orejas, las puso en una tabla sobre sus rodillas y las examinó con gran atención, mientras Lestrade y yo, inclinados hacia delante a ambos lados de Holmes, mirábamos alternativamente los terribles restos humanos y el rostro pensativo y ansioso de nuestro compañero. Por fin, Holmes volvió a meter las orejas en la caja y se quedó sentado un buen rato, sumido en profundas reflexiones.

—Por supuesto, se habrá fijado usted —dijo al fin— en que las orejas no son del mismo par.

—Sí, ya me había fijado. Pero, si se tratara de una broma de unos estudiantes que las han sacado de una sala de disección, no tendría nada de particular que hubieran enviado dos orejas de distintas personas, como si fueran de la misma pareja.

—Desde luego. Pero no se trata de ninguna broma.

—¿Está usted seguro?

—Todo parece indicar lo contrario. A los cadáveres de las salas de disección se les inyecta un fluido conservante. Estas orejas no presentan ningún rastro de ello. Se han cortado hace poco tiempo. Y además, con un instrumento poco afilado, lo cual no concuerda con un estudiante de Medicina. Por otra parte, una persona con formación médica habría utilizado como conservante fenol o alcoholes rectificadas, pero nunca



sal gorda. Le repito que no se trata de ninguna broma, sino que estamos investigando un delito grave.

Una especie de escalofrío me recorrió el cuerpo al escuchar las palabras de mi compañero y ver la severa expresión que había endurecido sus facciones. Aquella brutal demostración parecía sugerir algún horror extraño e inexplicable. Sin embargo, Lestrade meneó la cabeza con el aire de quien sólo está convencido a medias.

—Desde luego, se pueden poner objeciones a la teoría de la broma —dijo—. Pero las razones en contra de la otra hipótesis son mucho más fuertes. Sabemos que esta mujer ha llevado una vida de lo más tranquila y respetable durante los últimos veinte años, tanto en Penge como aquí. En todo este tiempo, apenas se ha ausentado ni un día de su casa. ¿Para qué demonios va a enviarle un criminal las pruebas de su delito, sobre todo si se tiene en cuenta que, a menos que se trate de una actriz consumada, ella sabe del asunto tan poco como nosotros?

—Ése es el problema que tenemos que resolver —respondió Holmes—. Y, por mi parte, me propongo hacerlo partiendo de la suposición de que mi interpretación es correcta, ya que se ha cometido un doble asesinato. Una de estas orejas es de mujer, pequeña, de líneas delicadas y con un orificio para el pendiente. La otra es de hombre, tostada por el sol, descolorida y también agujereada para llevar pendiente. Lo más probable es que estas dos personas estén muertas, pues de lo contrario ya habríamos sabido algo de ellas. Hoy es viernes. El paquete se echó al correo el jueves por la mañana. Así pues, la tragedia tuvo lugar el miércoles o el jueves, tal vez antes. Si los dos han sido asesinados, ¿quién sino el asesino pudo enviarle a la señorita Cushing esta prueba de su obra? Podemos dar por supuesto que el remitente del paquete es el hombre que buscamos. Pero tiene que haber tenido algún buen motivo para enviarle este paquete a la señorita Cushing. ¿Qué motivo? Tal vez para informarla del hecho; o tal vez para hacerla sufrir. Pero en este caso, ella tiene que saber quién es. ¿Lo sabe? Lo dudo. Si lo supiera, ¿para qué iba a llamar a la policía? Habría enterrado las orejas y nadie se habría enterado de nada. Eso es lo que habría hecho si quisiera encubrir al asesino. Y si no quisiera encubrirlo, habría dicho su nombre. He aquí una madeja que es preciso desenredar.

Hasta aquí, había estado hablando en voz alta y rápida, con la mirada perdida más allá de la valla del jardín, pero de pronto se puso en pie de un salto y echó a andar en dirección a la casa.

—Tengo que hacerle algunas preguntas a la señorita Cushing.

—En tal caso, los dejo aquí —dijo Lestrade—, porque tengo otro asuntillo entre manos. Creo que yo ya no le voy a sacar nada nuevo a la señorita Cushing. Me encontrarán en la comisaría.

—Pasaremos a verlo de camino a la estación —respondió Holmes.

Un momento después, estábamos de regreso en la sala, donde la impasible dama continuaba bordando tranquilamente su funda de sillón. Al entrar nosotros, dejó la labor sobre el regazo y nos miró con sus sinceros y penetrantes ojos azules.

—Estoy convencida, señores —dijo—, de que todo esto es un error y que, en realidad, el paquete no iba destinado a mí. Ya se lo he dicho varias veces al caballero de Scotland Yard, pero él se ríe de mí. Que yo sepa, no tengo ningún enemigo en este mundo. ¿Por qué iba nadie a gastarme una broma así?

—Empiezo a tener la misma opinión, señorita Cushing —dijo Holmes, sentándose junto a ella—. Creo que es más que probable... —hizo una pausa y me sorprendió ver que estaba mirando con suma atención el perfil de la dama. Por un instante, en su ansioso rostro se reflejaron la sorpresa y la satisfacción, aunque cuando ella levantó la mirada, intrigada por su silencio, Holmes estaba otra vez tan serio como de costumbre. Yo, por mi parte, me quedé mirando fijamente su pelo aplastado y canoso, su impecable gorrito, sus pequeños pendientes dorados, sus facciones apacibles..., pero no pude advertir nada que justificara la evidente excitación de mi amigo.

—Hay una o dos preguntas...

—¡Oh, ya estoy harta de tantas preguntas! —exclamó la señorita Cushing con tono impaciente.

—Según creo, tiene usted dos hermanas.

—¿Cómo ha podido saber eso?

—Nada más entrar en esta habitación me fijé en ese retrato de tres señoras que tiene usted sobre la repisa de la chimenea. Una de ellas es usted, sin duda alguna, y las otras dos se le parecen tanto que no cabe duda del parentesco.

—Sí, tiene usted razón. Ésas son mis hermanas, Sarah y Mary.

—Y aquí, a mi costado, hay otra fotografía, tomada en Liverpool, de su hermana pequeña, en compañía de un hombre que, por su uniforme, parece un camarero de barco. Observo que cuando le hicieron la fotografía aún estaba soltera.

—Es usted muy observador.

—Es mi oficio.

—Pues bien, ha acertado. Pero se casó con el señor Browner pocos días después. Cuando se tomó la foto, él trabajaba en la línea de Sudamérica, pero estaba tan prendado de mi hermana que no se resignaba a dejarla sola durante tanto tiempo, y se pasó a la línea de Liverpool y Londres.

—Ajá. ¿En el *Conqueror*, tal vez?

—No, lo último que supe de él fue que estaba en el *May Day*. Jim pasó por aquí a visitarme una vez. Fue antes de que rompiera su promesa. Pero después volvió a beber cada vez que bajaba a tierra, y con sólo beber un poco se ponía loco, furioso. ¡Ah! ¡Maldito el día en que volvió a tomar un vaso en la mano! Primero rompió conmigo, luego se peleó con Sarah, y ahora que Mary ha dejado de escribirme no sé cómo les irán las cosas.

Era evidente que la señorita Cushing había tocado un tema que la afectaba muy profundamente. Como casi todas las personas que llevan una vida solitaria, se mostró retraída al principio, pero acabó por volverse de lo más comunicativa. Nos contó un

montón de cosas de su cuñado el camarero de barco, y después pasó al tema de sus antiguos inquilinos, los estudiantes de Medicina, ofreciéndonos una completa relación de sus fechorías, además de sus nombres y los de sus hospitales. Holmes escuchaba todo con la máxima atención, introduciendo de vez en cuando alguna pregunta.

—Hablando de su hermana Sarah —dijo en cierto momento—, me extraña que, siendo las dos solteras, no vivan ustedes juntas.

—¡Ah! Si conociera usted el carácter de Sarah, no le extrañaría. Lo intenté cuando vine a Croydon, y aguantamos juntas hasta hace un par de meses, pero al final tuvimos que separarnos. No quiero hablar mal de mi propia hermana, pero siempre ha sido entrometida y difícil de contentar.

—¿Dice usted que Sarah se peleó con su familia de Liverpool?

—Sí, y eso que en un tiempo eran los mejores amigos del mundo. Si hasta se fue a vivir allí para estar cerca de ellos. Y ahora le faltan insultos para hablar de Jim Browner. Los seis últimos meses que pasó aquí no hablaba más que de sus borracheras y sus malos modales. Sospecho que él la debió sorprender metiendo las narices donde no le importaba, le debió decir cuatro palabras, y así empezó la cosa.

—Gracias, señorita Cushing —dijo Holmes, levantándose y haciendo una reverencia—. Creo que ha dicho que su hermana Sarah vive en New Street, Wallington, ¿no es así? Adiós, y siento mucho que se haya visto complicada en un caso en el que, como usted dice, no tiene nada que ver.

Justo cuando salíamos, pasaba un coche de alquiler y Holmes lo detuvo.

—¿A qué distancia queda Wallington? —Aproximadamente a una milla, señor.

—Muy bien. Suba, Watson. Tenemos que golpear mientras el hierro está aún caliente. A pesar de lo sencillo que es el caso, no deja de tener uno o dos detalles muy instructivos. Oiga, cochero, cuando pasemos por una oficina de Telégrafos, pare un momento.

Holmes envió un breve telegrama y durante el resto del trayecto permaneció recostado en su asiento, con el sombrero echado sobre la nariz para que no le diera el sol en la cara. El cochero detuvo el vehículo delante de una casa no muy diferente de la que acabábamos de dejar. Mi amigo le dijo que esperara, y ya tenía la mano en la aldaba cuando la puerta se abrió, y en su umbral apareció un caballero muy serio, vestido de negro, con un sombrero muy reluciente.

—¿Está en casa la señorita Cushing? —preguntó Holmes.

—La señorita Sarah está muy enferma —respondió el hombre—. Sufre desde ayer trastornos cerebrales muy graves. Como médico suyo, no puedo, de ningún modo, aceptar la responsabilidad de permitir que nadie la visite. Le recomiendo que vuelva a pasarse por aquí dentro de diez días —y diciendo esto, se puso los guantes, cerró la puerta y se marchó calle abajo.

—Bueno, lo que no puede ser, no puede ser —dijo Holmes, de buen humor.

—Quizá no habría podido, o no habría querido, decirle gran cosa.

—No quería que me dijera nada. Sólo quería echarle un vistazo. De todas formas, creo que tengo todo lo que necesito. Cochero, llévenos a un hotel decente, donde podamos comer algo. Y después, nos pasaremos por la comisaría para ver al amigo Lestrade.

Compartimos una agradable comida, durante la cual Holmes no habló de otra cosa más que de violines, contándome muy ufano cómo había adquirido su *Stradivarius* —que valía por lo menos quinientas guineas— en la tienda de un judío de Tottenham Court Road, por 55 chelines. De aquí pasó a Paganini, y así nos tiramos una hora, dando cuenta de una botella de clarete, mientras él me refería anécdota tras anécdota de aquel hombre extraordinario. Para cuando llegamos a la comisaría, la tarde estaba ya muy avanzada y el resplandor abrasador del sol se había reducido a un brillo moderado. Lestrade nos estaba aguardando en la puerta.

—Hay un telegrama para usted, Holmes —dijo.

—¡Ajá! ¡Es la respuesta! —Lo abrió, echó una mirada al texto, lo arrugó y se lo metió en el bolsillo—. Todo va bien.

—¿Ha averiguado algo?

—Lo he averiguado todo.

—¿Qué? —Lestrade se le quedó mirando asombrado—. Está usted de broma.

—No he hablado tan en serio en mi vida. Se ha cometido un crimen repugnante, y creo haber desentrañado hasta el último detalle.

—¿Y el criminal?

Holmes garabateó unas palabras al dorso de una de sus tarjetas de visita y se la entregó a Lestrade.

—Aquí tiene el nombre —dijo—. Pero no podrá usted efectuar la detención hasta mañana por la noche, como muy pronto. Preferiría que no se mencionara mi nombre en relación con el caso, ya que me gusta que se me relacione sólo con crímenes cuya resolución presente alguna dificultad. Vamos, Watson.

Nos pusimos en camino hacia la estación, dejando a Lestrade mirando con expresión fascinada la tarjeta que Holmes le había entregado.

—En este caso —dijo Sherlock Holmes mientras fumábamos sendos cigarros en nuestros aposentos de Baker Street—, ha ocurrido lo mismo que en las investigaciones que usted ha dado a conocer con los títulos de *Estudio en Escarlata* y *El Signo de los Cuatro*: que nos hemos visto obligados a razonar hacia atrás, de los efectos a las causas. He escrito a Lestrade, rogándole que nos proporcione todos los detalles que aún nos faltan, y que no podrá obtener hasta haber detenido al criminal. Y podemos confiar en que lo detendrá, porque, aun careciendo por completo de la facultad de razonar, es tan tenaz como un *bulldog* una vez que sabe lo que tiene que hacer, y es precisamente esta tenacidad lo que le ha llevado tan alto en Scotland Yard.

—¿Así que el caso aún no está completo? —pregunté.

—En lo fundamental, está bastante completo. Sabemos quién es el autor de este repulsivo crimen, aunque todavía ignoramos quién es una de las víctimas. Estoy

seguro de que usted también habrá sacado sus conclusiones.

—Supongo que el hombre de quien usted sospecha es ese Jim Browner, camarero de un barco de Liverpool.

—¡Oh, es mucho más que una sospecha!

—Sin embargo, yo no veo más que algunos vagos indicios.

—Pues, por el contrario, para mí la cosa no podría estar más clara. Vamos a repasar los hechos principales. Como recordará, abordamos el caso con la mente absolutamente en blanco, lo cual siempre es una ventaja. No teníamos formada ninguna teoría. Llegamos allí simplemente para observar y sacar inferencias de nuestras observaciones. ¿Qué es lo que vimos en primer lugar? Una señora muy tranquila y respetable, que parecía ajena a todo secreto; y una fotografía que me hizo saber que dicha señora tenía dos hermanas más jóvenes. Al instante se me ocurrió que la caja podía haber sido destinada a una de ellas. Dejé esta idea a un lado, para desecharla o confirmarla en el momento oportuno. A continuación, salimos al jardín, y allí, como recordará también, examinamos el curiosísimo contenido de la cajita amarilla.

»El cordel era del tipo que utilizan los fabricantes de velas para barcos, y eso hizo que nuestra investigación adquiriera un claro olor a mar. Cuando me fijé en que el nudo era un típico nudo mariner, que el paquete se había echado al correo en un puerto, y que la oreja de hombre estaba perforada para llevar un pendiente, lo cual es mucho más común entre los marineros que entre los hombres de tierra, me convencí de que todos los actores de la tragedia pertenecían a la clase marinera.

»Cuando examiné la dirección escrita en el paquete, observé que iba dirigido a la «Señorita S. Cushing». Ahora bien, si se trataba de la hermana mayor, habría bastado con poner «Señorita Cushing», y aunque su inicial es una «S», esto también podría referirse a una de las otras hermanas. En tal caso, debíamos iniciar nuestra investigación partiendo de una base completamente nueva. Me disponía a asegurarle a la señorita Cushing que estaba convencido de que había habido un error cuando, como quizá recuerde, me quedé callado de pronto. Acababa de ver algo que me sorprendió muchísimo, y que al mismo tiempo reducía enormemente nuestro campo de investigación.

»Como médico que es usted, Watson, sabrá perfectamente que no existe otra parte del cuerpo humano tan variable como las orejas. Cada oreja es un ejemplar único, diferente de todas las demás. En el *Anthropological Journal* del año pasado encontrará usted dos breves monografías sobre el tema, salidas de mi pluma. Así pues, yo había examinado las orejas de la caja con ojos de experto, y me había fijado muy bien en sus peculiaridades anatómicas. Imagínese, pues, mi sorpresa cuando, al



mirar a la señorita Cushing, noté que su oreja era exactamente igual a la oreja de mujer que acababa de examinar. Aquello de ningún modo podía ser una coincidencia. El mismo acortamiento de pabellón, la misma curva amplia del lóbulo superior, la misma curvatura del cartílago interior..., en todo lo esencial, se trataba de la misma oreja.

»Como es natural, me percaté al instante de la enorme importancia de esta observación. Resultaba evidente que la víctima era un pariente cercano, probablemente muy cercano. Así que me puse a hablarle de su familia y, como recordará, ella nos proporcionó en seguida algunos detalles sumamente valiosos.

»En primer lugar, una de sus hermanas se llamaba Sarah, y hasta hace poco ha vivido en la misma casa, de manera que resultaba evidente cómo se había producido el error, y a quién iba destinado el paquete. A continuación, nos enteramos de la existencia de ese camarero de barco, casado con la tercera hermana, y supimos que en otro tiempo había sido tan amigo de la señorita Sarah que ésta se había trasladado a Liverpool para vivir cerca de los Browner, pero que luego se habían peleado. Esta disputa interrumpió durante varios meses toda comunicación entre ellos, de manera que si Browner hubiera querido enviar un paquete a Sarah Cushing, no cabe duda de que lo habría enviado a su antigua dirección.

»El asunto empezaba a enderezarse de un modo maravilloso. Nos enteramos de la existencia de este camarero, hombre impulsivo y apasionado —recuerde que renunció a un empleo que debía de ser mucho mejor que el actual, sólo para estar más cerca de su esposa— y que, de vez en cuando, cometía excesos con la bebida. Había razones fundadas para creer que su esposa había sido asesinada, y que al mismo tiempo habían asesinado a un hombre, probablemente un marinero. Como móvil del crimen, surge al instante la idea de los celos. Pero ¿por qué habrían de enviarle a Sarah Cushing las pruebas del crimen? Probablemente, porque durante su estancia en Liverpool participó de algún modo en los hechos que condujeron a la tragedia. Fíjese usted en que los barcos de esta línea hacen escala en Belfast, Dublín y Waterford. Así pues, suponiendo que Browner hubiera cometido el crimen y se hubiera embarcado de inmediato en su vapor, el *May Day*, Belfast sería el primer sitio desde el que podría enviar su terrible paquete.

»Desde luego, en esta fase existía todavía la posibilidad de una segunda solución, y aunque parecía muy improbable, decidí salir de dudas antes de seguir adelante. Cabía la posibilidad de que un amante frustrado hubiera asesinado a Browner y a su esposa, y que la oreja de hombre perteneciera al marido. Había objeciones muy graves en contra de esta teoría, pero era verosímil. Así pues, envié un telegrama a mi amigo Algar, de la policía de Liverpool, pidiéndole que averiguara si la señora Browner se encontraba en su casa y si Browner había zarpado en el *May Day*. Y luego nos fuimos a Wallington, a visitar a la señorita Sarah.

»En primer lugar, sentía curiosidad de ver hasta qué punto se repetía en ella la forma de orejas de la familia. Y además, desde luego, era posible que nos

proporcionara alguna información muy importante, aunque no tenía mucha confianza en ello. Lo más seguro es que se hubiera enterado del suceso del día anterior, ya que en todo Croydon no se hablaba de otra cosa, y sólo ella podía haber sabido a quién iba dirigido el paquete. De haber querido colaborar con la justicia, ya se habría puesto en comunicación con la policía. Sin embargo, estaba claro que nuestro deber era intentar verla, así que allá fuimos. Y descubrimos que la noticia de la llegada del paquete la había afectado de tal modo que le provocó una fiebre cerebral, ya que su enfermedad se manifestó precisamente entonces. Estaba más claro que nunca que ella había comprendido todo el significado del asunto, pero también estaba igual de claro que tendríamos que esperar algún tiempo para que pudiera prestarnos alguna ayuda.

»Sin embargo, en realidad no necesitábamos su ayuda para nada. Las respuestas nos estaban aguardando en la comisaría, donde yo le había indicado a Algar que las enviara. No podían ser más concluyentes. La casa de la señora Browner llevaba cerrada más de tres días, y los vecinos creían que se había marchado al Sur a visitar a su familia. Y en las oficinas de la compañía naviera constaba que Browner había zarpado en el *May Day*, que, según mis informes, atracará en el Támesis mañana por la noche. Cuando llegue, le estará aguardando el obtuso pero tenaz Lestrade, y no dudo de que obtendremos los detalles que nos faltan.

Las esperanzas de Sherlock Holmes no quedaron defraudadas. Dos días después recibió un abultado sobre que contenía una breve nota del inspector y un documento mecanografiado que constaba de varios folios.

—Lestrade lo atrapó, sí señor —dijo Holmes, alcanzando hacia mí la mirada—. Quizá le interese oír lo que dice:

*Querido señor Holmes:*

*De acuerdo con el plan que establecimos para comprobar nuestra teoría (esto de «nuestra teoría» tiene gracia, ¿no cree, Watson?) ayer a las seis de la tarde me dirigí al muelle del Príncipe Alberto y subí a bordo del buque *May Day*, perteneciente a la compañía de vapores de Liverpool, Dublín y Londres. En respuesta a mis preguntas, me informaron que había a bordo un camarero llamado James Browner, el cual, durante la travesía, se había comportado de manera tan extraña que el capitán se había visto obligado a relevarlo de sus*



*tareas. Al bajar a su camarote, lo encontré sentado sobre un baúl, con la cabeza cogida entre las manos y meciéndose de delante a atrás. Se trata de un individuo corpulento y fuerte, bien afeitado y muy moreno, más o menos como Aldridge, el que nos ayudó en el asunto de la falsa lavandería. Cuando supo a qué se debía mi presencia, dio un salto, y yo me llevé a los labios el silbato para llamar a un par de agentes de la brigada fluvial, que se encontraban apostados a la vuelta de la esquina, pero parece que su valor le había abandonado, y extendió las manos pacíficamente para que le pusiera las esposas. Lo condujimos a los calabozos y nos llevamos también su baúl, porque pensamos que podría contener alguna prueba acusadora; sin embargo, con excepción de un cuchillo grande y afilado, como los que suelen tener casi todos los marineros, no encontramos nada que justificara el esfuerzo. No obstante, pronto comprobamos que no necesitábamos más pruebas, ya que, al comparecer ante el inspector de guardia, manifestó su deseo de prestar declaración, que fue transcrita por el taquígrafo según él la dictaba. Hemos hecho tres copias a máquina, y le envió una de ellas. El asunto ha resultado ser sumamente sencillo, tal como yo había sospechado, pero aun así le estoy agradecido por ayudarme en mi investigación. Con mis mejores saludos,*

*G. Lestrade*

»¡Hum! Desde luego, la investigación ha sido muy sencilla —comentó Holmes—. Pero no creo que él tuviera esa impresión cuando nos llamó. No obstante, veamos lo que Jim Browner tiene que decir. Ésta es su declaración, realizada ante el inspector Montgomery, de la comisaría de Shadwell, y tiene la ventaja de haberse tomado al pie de la letra:

¿Que si tengo algo que decir? Sí, tengo mucho que decir. Quiero quitarme este peso de encima. Pueden ustedes colgarme o dejarme en paz, me importa un bledo lo que hagan. Les aseguro que no he pegado ojo desde que lo hice, y no creo que vuelva a dormir hasta que caiga en el sueño del que no se despierta. A veces veo la cara de él, pero casi siempre es la de ella. Siempre tengo delante una de las dos. Él me mira frunciendo el ceño, pero ella tiene una expresión como de sorpresa. Pobre corderita, sí que tuvo que sorprenderse cuando vio la muerte en un rostro que nunca la había mirado más que con amor.

Pero todo fue culpa de Sarah, y ¡ojalá que la maldición de un hombre destrozado haga caer la desgracia sobre ella y le pudra la sangre en las venas! Con esto no pretendo disculparme. Ciertamente volví a la bebida, como la mala bestia que soy. Pero ella me habría perdonado; se habría mantenido unida a mí como la cuerda a la polea si esa mujer no hubiera venido a enturbiar nuestro hogar. Porque Sarah Cushing me

amaba..., ésa es la raíz de todo el asunto..., me amaba, hasta que su amor se transformó en odio venenoso cuando se dio cuenta de que me importaba más una pisada de mi mujer en el barro que todo su cuerpo y su alma.

Eran tres hermanas. La mayor era una buena mujer, la segunda, un demonio, y la tercera, un ángel. Al casarnos, Mary tenía veintinueve años y Sarah treinta y tres. Éramos felices cada minuto del día y no había en todo Liverpool una mujer mejor que mi Mary. Y entonces invitamos a Sarah a pasar con nosotros una semana, que se convirtió en un mes, y una cosa llevó a otra, hasta que se sintió como en su casa.

Yo había dejado la bebida, estábamos ahorrando algo de dinero, y todo se nos presentaba tan brillante como un dólar nuevo. ¡Dios mío! ¿Quién iba a pensar que todo acabaría así? ¿Quién iba ni siquiera a soñarlo?

Yo solía pasar en casa casi todos los fines de semana, y a veces, si el barco estaba aguardando un cargamento, podía pasarme una semana entera. Así que pude tratar bastante a mi cuñada Sarah. Era una mujer alta y atractiva, morena, impetuosa y ardiente, de porte altivo y con un brillo en los ojos como chispas de pedernal. Pero cuando la pequeña Mary estaba delante, a mí ni se me ocurría pensar en Sarah, y eso lo juro y espero que Dios se apiade de mí.

Alguna vez me había dado la impresión de que a Sarah le gustaba quedarse a solas conmigo, o engatusarme para que saliera a pasear con ella, pero jamás se me ocurrió que hubiera nada de malo en ello. Hasta que una tarde se me abrieron los ojos. Yo acababa de llegar del barco, y me encontré con que mi mujer había salido, pero Sarah estaba en casa. «¿Dónde está Mary?», pregunté. «Oh, ha ido a pagar unas facturas —yo estaba impaciente y me puse a dar vueltas por la habitación—. ¿Es que no puedes estar a gusto ni cinco minutos sin Mary, Jim? —dijo ella—. Es una desconsideración conmigo que no puedas conformarte con mi compañía ni durante un tiempo tan breve». «Tienes razón, muchacha», dije yo, extendiendo la mano hacia ella en un gesto amable. Pero ella la agarró al instante con las suyas, que le ardían como si tuviera fiebre. La miré a los ojos, y en ellos lo leí todo. Ni ella ni yo necesitábamos decir nada. Puse mala cara y retiré la mano. Ella se quedó en silencio a mi lado durante un rato, y luego levantó la mano y me dio una palmadita en el hombro. «¡El fiel Jim!», dijo; y con una especie de risa burlona, salió corriendo de la habitación.

Pues bien, desde aquel instante Sarah me odió con todo su corazón y toda su alma, y es una mujer que sabe odiar. Fui un idiota al dejar que se quedara en nuestra casa, un completo idiota, pero no le dije ni una palabra a Mary para no hacerla sufrir. Las cosas continuaron más o menos como antes, pero al cabo de algún tiempo empecé a observar un ligero cambio en la propia Mary. Había sido siempre tan confiada y tan inocente... y ahora se había vuelto inquisitiva y recelosa: siempre quería saber dónde había estado yo, y qué había estado haciendo, y quién me escribía cartas, y qué llevaba en los bolsillos, y mil tonterías por el estilo. A cada día que pasaba, se volvía más caprichosa y más irritable, y tuvimos discusiones absurdas por

nada. A mí, todo aquello me desconcertaba. Ahora Sarah me esquivaba, pero ella y Mary eran inseparables. Ahora me doy cuenta de que estaba enredando e intrigando y envenenando la mente de mi mujer para ponerla contra mí, pero entonces estaba tan ciego que no lo comprendí. Entonces rompí mi promesa y volví a beber, pero estoy seguro de que no lo habría hecho si Mary hubiera seguido siendo la misma de siempre. Y ahora, ella tenía un motivo para estar disgustada conmigo, y la brecha que nos separaba se fue haciendo cada vez más ancha. Y entonces entró en escena ese Alee Fairbairn, y las cosas se pusieron mil veces peor.

La primera vez que llegó a mi casa venía a visitar a Sarah, pero no tardó en venir a visitarnos a nosotros, porque era un tipo simpático y hacía amigos por todas partes por donde iba. Era un tío lanzado y fanfarrón, gracioso y con el pelo rizado, que había visto medio mundo y sabía contar lo que había visto. Se pasaba bien con él, no lo negaré, y para ser marinero tenía muy buenos modales, por lo que sospecho que en otro tiempo debió frecuentar más la popa que el castillo de proa. Durante un mes estuvo entrando y saliendo de mi casa, y ni por una vez se me pasó por la imaginación que pudiera haber algo de malo en su comportamiento suave y taimado. Pero por fin, un día, algo me hizo sospechar, y desde aquel día ya no volví a vivir en paz.

Fue un detalle insignificante. Yo llegué a casa antes de lo esperado, y al entrar por la puerta vi que el rostro de mi mujer se iluminaba en señal de bienvenida. Pero cuando vio que era yo, su luz se apagó y ella dio media vuelta con un gesto de desilusión. Aquello fue suficiente. No podía haber confundido mis pasos con los de ninguna otra persona más que Alee Fairbairn. Si lo hubiera tenido delante en aquel momento, lo habría matado, porque siempre me vuelvo como loco cuando pierdo la calma. Mary advirtió aquel brillo diabólico en mis ojos y corrió hacia mí para agarrarme de las mangas. «¡No, Jim, no!», decía. «¿Dónde está Sarah?», pregunté yo. «En la cocina», dijo ella. Me fui para allá y le dije: «Sarah, no quiero que ese Fairbairn vuelva más por mi casa». «¿Por qué?». «Porque lo digo yo». «¿Ah, sí? Pues si mis amigos no son dignos de entrar en esta casa, tampoco lo soy yo». «Haz lo que quieras —le dije—, pero si Fairbairn vuelve a asomar la cara por aquí, te enviaré una de sus orejas como recuerdo». Y creo que al ver mi cara se asustó, porque ya no dijo una palabra y aquella misma tarde se marchó de mi casa.

Pues bien, no sé si fue por pura maldad o si es que pensaba que animando a mi mujer a portarse mal podía apartarme de ella, pero el caso es que arrendó una casa a dos calles de la nuestra y se dedicó a alquilar habitaciones a marineros. Fairbairn se alojaba allí, y Mary solía ir a tomar el té con su hermana y con él. No sé con cuánta frecuencia iba, pero un día la seguí, y en cuanto entré por la puerta Fairbairn escapó, saltando la tapia del jardín de atrás, como un cobarde y un canalla, que es lo que era. Le juré a mi mujer que la mataría si volvía a encontrarla con él, y me la llevé a casa, llorosa y temblando, y tan blanca como un papel. Entre nosotros ya no quedaba ni rastro de amor. Me daba cuenta de que ella me odiaba y me tenía miedo, y pensar en

ello me empujaba a beber, y aquello hizo que ella me despreciara aún más.

Sarah comprobó que no podía ganarse la vida en Liverpool, así que, según tengo entendido, se fue a vivir con su otra hermana a Croydon. Mientras tanto, en casa las cosas seguían más o menos igual. Y por fin llegó ese fin de semana, y con él el horror y la ruina.

Todo sucedió así: habíamos zarpado en el May Day para una travesía de siete días, pero un tonel se soltó y aflojó una de las planchas del casco, así que tuvimos que regresar al puerto durante unas doce horas. Yo desembarqué y me dirigí a casa, pensando en la sorpresa que iba a darle a mi mujer y abrigando esperanzas de que ella se alegrara de verme de vuelta tan pronto. En eso iba pensando cuando llegué a mi calle, y en aquel momento pasó junto a mí un coche y en él iba ella, sentada al lado de Fairbairn, charlando y riéndose, sin pensar para nada en mí, que los miraba desde la acera.

Les aseguro, y les doy mi palabra, que desde aquel momento ya no fui dueño de mis actos, y cuando pienso en todo ello lo veo como en sueños. Últimamente había estado bebiendo bastante, y entre lo uno y lo otro se me fundió el cerebro. Ahora todavía noto en la cabeza como un martilleo constante, pero aquella mañana me parecía sentir todo el Niágara zumbando y rugiendo en mis oídos.

Eché a correr detrás del coche. Llevaba en la mano un grueso bastón de roble, y les juro que desde el primer momento lo veía todo rojo. Pero mientras corría iba maquinando y me quedé un poco rezagado para poder verlos sin que ellos me vieran. Se bajaron en la estación de ferrocarril. Había un montón de gente alrededor de las taquillas, así que pude acercarme bastante a ellos sin que me vieran. Sacaron billetes para New Brighton, y yo hice lo mismo, pero me subí al tren tres vagones más atrás que ellos. Cuando llegamos, ellos echaron a andar por el paseo marítimo, sin saber que yo los seguía a menos de cien metros. Por fin, los vi alquilar un bote de remos. Aquel día hacía mucho calor, y sin duda pensaron que estarían más frescos en el agua.

¡Los tenía en mis manos! Había un poco de niebla y sólo se veía bien hasta unos pocos cientos de metros. Alquilé yo también un bote y me puse a remar detrás de ellos. Podía ver la silueta borrosa de su barca, pero iban casi tan rápidos como yo y no pude alcanzarlos hasta que ya estábamos a más de una milla de la costa. Para entonces, la niebla formaba como una cortina a nuestro alrededor, y allí en medio estábamos nosotros tres. ¡Dios mío! ¿Podré alguna vez olvidar sus caras, cuando vieron quién iba en el bote que se les acercaba? Ella se puso a gritar. Él maldecía como un loco y me lanzaba golpes con un remo, porque debía de haber visto la muerte en mis ojos. Yo esquivé sus golpes y le asesté uno con mi bastón, que le reventó la cabeza como si fuera un huevo. A pesar de mi locura, tal vez la habría perdonado a ella, de no ver cómo se abrazaba a él, llorando y llamándole «Alee». Volví a golpear y quedó tendida junto a él. Yo era como una fiera que ha probado el sabor de la sangre. Si Sarah hubiera estado allí, por Dios que habría corrido su misma

suerte. Saqué mi cuchillo y..., bueno, en fin, ya he dicho bastante. Experimenté una especie de salvaje alegría al pensar en cómo se sentiría Sarah al recibir aquellas muestras de lo que habían provocado sus intrigas. Luego até los cadáveres al bote, arranqué una tabla del fondo y me quedé mirando hasta que se hubo hundido. Estaba seguro de que el propietario pensaría que se habían perdido en la niebla, dejándose arrastrar mar adentro. Me lavé, regresé a tierra y me incorporé a mi barco sin que nadie sospechara lo que había sucedido. Aquella misma noche preparé el paquete para Sarah Cushing, y al día siguiente lo envié desde Belfast.

Ya saben ustedes toda la verdad. Pueden ahorcarme, o hacer lo que quieran conmigo, pero no pueden castigarme más de lo que ya he sido castigado. No puedo cerrar los ojos sin ver sus dos caras mirándome..., mirándome como me miraban cuando mi bote surgió de entre la niebla. Yo los maté rápidamente, pero ellos me están matando despacio, y si esto dura una noche más, estaré loco o muerto antes de que amanezca. ¿No me irá a encerrar solo en una celda, señor? Por piedad, no lo haga, y quiera Dios que en el día de su agonía le traten como usted me ha tratado a mí ahora.

—¿Qué sentido tiene todo esto, Watson? —dijo Holmes solemnemente al concluir la lectura—. ¿Qué objetivo persigue este círculo vicioso de sufrimiento, violencia y miedo? Tiene que existir alguna finalidad, pues de lo contrario significaría que el universo se rige por el azar, lo cual es inconcebible. Pero ¿cuál puede ser esa finalidad? He aquí el eterno gran problema que la razón humana se encuentra tan incapaz como siempre de resolver.

## EL ROSTRO AMARILLO

**G**racias a las dotes singulares de mi compañero he podido oír la narración de los numerosos casos que sirven de base a estas crónicas. En ocasiones incluso he llegado a representar el papel de actor en algún extraño drama. No es extraño, pues, que al publicarlos me recree más en sus éxitos que en sus fracasos, y ello no tanto en aras de su reputación —si bien es cierto que su energía y versatilidad se aguzaban justamente en sus momentos más críticos—, cuanto porque donde él no tenía éxito sucedía a menudo que los demás tampoco, y el relato quedaba inacabado para siempre. Sin embargo, de cuando en cuando ocurría que, aunque él se equivocara, la verdad llegaba a descubrirse. Tengo anotados una media docena de casos de éstos, de entre los cuales el asunto de *La Segunda Mancha* y el que me propongo relatar ahora presentan mayor interés.

Sherlock Holmes era un hombre que no solía hacer ejercicio por simple placer. Pocas personas serán capaces de mayores esfuerzos musculares, y era sin duda uno de los mejores boxeadores de su peso que jamás he visto. Pero consideraba el ejercicio corporal una pérdida de energías, y no era frecuente que se moviera salvo que lo requiriera algún objetivo profesional. En esos casos era de todo punto incansable e infatigable. Es asombroso que bajo estas circunstancias se mantuviera en forma, pero su dieta era de lo más frugal, y sus costumbres tan sencillas, que rayaban en la austeridad. No tenía vicios, salvo el uso ocasional de la cocaína, y recurría a la droga sólo como protesta ante la monotonía de la existencia, cuando escaseaban los casos y los periódicos no ofrecían interés.

Un día, a comienzos de la primavera, se había relajado tanto que me acompañó a pasear al parque, donde los olmos mostraban los primeros brotes verdes, y las pegajosas puntas de los castaños empezaban a estallar en hojas palmeadas. Caminamos juntos durante dos horas, en silencio la mayor parte del tiempo, como corresponde a dos hombres que se conocen íntimamente. Eran casi las cinco cuando regresábamos a Baker Street.

—Perdón, señor —dijo nuestro criado al abrirnos la puerta—, ha venido un caballero preguntando por usted. Holmes me miró con reproche.

—¿Ve lo que ocurre por ir de paseo? —dijo—. ¿Se ha ido, pues, ese caballero?

—Sí, señor.

—¿No le hizo usted pasar?

—Sí, señor, y entró.

—¿Cuánto tiempo estuvo esperando?

—Media hora, señor. Era un caballero muy inquieto, señor, estuvo moviéndose y paseando todo el tiempo que se quedó aquí. Por fin salió al pasillo y gritó: «¿Es que no va a volver nunca ese hombre?». Ésas fueron sus mismas palabras, señor. «No tendrá usted que esperar mucho más», le dije yo. «Pues esperaré fuera, me estoy ahogando aquí», dijo y se largó a pesar de lo que yo le decía.

—Bueno, bueno, hizo usted lo que pudo —dijo Holmes mientras nos encaminábamos a nuestro cuarto—. Pero es una lata, Watson. Necesitaba urgentemente un caso, y a la vista de la impaciencia del hombre este parecía poder tener importancia. Pero ¿qué es esto? Ésta no es su pipa, Watson. Debe de habersele olvidado. Es de buen brezo, con un hermoso cañón de los que los tabacaleros llaman ámbar. Me pregunto cuántos cañones de auténtico ámbar habrá en Londres. Algunos dicen que el distintivo es que tengan una mosca. Esto de poner falsas moscas en el ámbar es realmente una rama del comercio. Debía de andar muy distraído para olvidarse una pipa que evidentemente valora mucho.

—¿Cómo sabe que la valora mucho? —pregunté.

—Bueno, calculo que el precio original de la pipa debe de andar por los siete chelines y medio. Como ve, la han arreglado dos veces, una en la parte del cañón, que es de madera, y otra en la parte del ámbar. Como puede observar, cada uno de estos arreglos se ha hecho en plata, y deben de haber costado más que la pipa. El hombre tiene que apreciarla mucho cuando prefiere remendarla antes que comprarse una nueva por el mismo precio.

—¿Hay algo más? —pregunté, pues Holmes estaba dando vueltas a la pipa y la miraba con ese aire pensativo tan característico suyo.

La sostuvo en alto y le dio unos golpecitos con el índice, largo y fino, como lo hubiera hecho un profesor que conferenciara sobre un hueso.

—Las pipas tienen a veces un extraordinario interés —dijo—. No hay nada que tenga más individualidad, salvo quizá los relojes y los cordones de los zapatos. Pero aquí las muestras no son ni muy marcadas ni muy importantes. El dueño parece un hombre fornido, zurdo, con una dentadura magnífica, algo descuidado y con poca necesidad de practicar la economía.

—Las pipas tienen a veces un extraordinario interés —dijo—. No hay nada que tenga más individualidad, salvo quizá los relojes y los cordones de los zapatos. Pero aquí las muestras no son ni muy marcadas ni muy importantes. El dueño parece un hombre fornido, zurdo, con una dentadura magnífica, algo descuidado y con poca necesidad de practicar la economía.

Mi amigo dio esta información como sin darle importancia, pero advertí que miraba de reojo para ver si había seguido su razonamiento.

—¿Piensa usted que alguien que use una pipa de siete chelines debe estar económicamente desahogado? —pregunté.

—Ésta —dijo Holmes vaciando la cazuela en la palma de su mano— es una



mezcla de tabaco Grosvenor, a ocho peniques la onza. Dado que podía fumar excelente tabaco por la mitad de dinero, está claro que no necesita economizar.

—¿Y respecto a los otros puntos?

—Tiene la costumbre de encender la pipa con un mechero de gas o una lámpara. Observe que está chamuscada por un lado. Una cerilla no hace eso: ¿por qué iba alguien a acercar la cerilla al costado de la pipa? Pero es imposible encenderla con una lámpara sin chamuscar la cazuela. Y es el lado derecho, de lo cual deduzco que es zurdo. Si usted acerca su pipa a la lámpara, verá cómo, al ser diestro, arrima el lado izquierdo a la llama de forma instintiva. Quizá en alguna ocasión lo haga al revés, pero no como norma. Ésta, sin embargo, siempre se ha encendido por el lado derecho. En segundo lugar, tiene el ámbar mordisqueado. Eso requiere una dentadura buena y un tipo fornido y enérgico. Pero, si no me equivoco, le oigo subir la escalera, de modo que tendremos algo más interesante que su pipa para estudiar.

Un instante después se abrió la puerta, y un joven alto penetró en la estancia. Vestía de gris, pero con discreción, y en la mano llevaba un sombrero de ala ancha. Yo le hubiera echado unos treinta años, aunque en realidad tenía algunos más.

—Disculpen —dijo nuestra visita, un poco desconcertado—, debí haber llamado a la puerta. Sí, debí llamar. Lo que pasa es que estoy algo inquieto, y hay que achacar a eso mi actitud.

Se pasó la mano por la frente como quien está medio mareado, y después, más que sentarse, cayó en la silla.

—Veo que lleva un par de noches sin dormir —dijo Holmes con esa llaneza suya tan genial—. Eso altera más incluso que el trabajo o el placer. ¿Me permite preguntarle en qué puedo servirle?

—Quería su consejo. No sé qué hacer y es como si mi vida entera se estuviera deshaciendo.

—¿Quiere contratarme como detective?

—No solo. Quisiera su opinión de hombre sensato, de hombre de mundo. Quiero saber qué tengo que hacer a continuación. Espero, por todos los santos, que usted pueda decírmelo.

Las palabras le salían a borbotones, precipitadamente, y me dio la impresión de que el mero hecho de hablar le resultaba penoso en extremo, y que era su voluntad la que se imponía a sus impulsos.

—Es algo delicado —dijo—. A uno le disgusta hablar de cosas íntimas con desconocidos. Parece horrible comentar con dos hombres a quienes jamás he visto antes la conducta de mi esposa. Es horrible tener que hacerlo. Pero he llegado al final de la cuerda y necesito que alguien me aconseje.

—Mi querido señor Grant Munro... —comenzó Holmes.

Nuestro visitante saltó de la silla.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Sabe mi nombre?

—Si desea mantener el incógnito —dijo Holmes sonriendo—, le sugeriría que

dejara de escribir su nombre en el forro del sombrero, o que mantenga vuelta la copa hacia la persona con quien habla. Iba a decirle que mi amigo y yo hemos escuchado innumerables secretos extraños en esta habitación y que hemos tenido la fortuna de poder llevar la paz a muchas almas apesadumbradas. Puesto que el tiempo puede resultar un factor importante, le ruego me comunique los hechos sin más demora.

De nuevo nuestro visitante se pasó la mano por la frente como si le fuera hartamente difícil. De cada uno de sus gestos y expresiones deduje que era hombre reservado y contenido, con un punto de orgullo en su personalidad, más dispuesto a ocultar sus heridas que a exponerlas. Abruptamente, con un brusco movimiento del puño que mantenía cerrado y como quien lanza al viento la reserva, comenzó.

—Éstos son los hechos, señor Holmes —dijo—. Estoy casado desde hace tres años. Durante ese tiempo mi mujer y yo nos hemos querido mucho y hemos sido más felices que jamás pareja alguna. No hemos tenido una sola diferencia de palabra, pensamiento o hecho. Pero desde el lunes pasado ha surgido de repente una barrera entre los dos, y descubro que hay algo en su vida y en sus pensamientos de lo cual sé tan poco como si de una mujer que se cruza conmigo en la calle se tratara. Estamos distanciados y quiero saber por qué.

»Hay una cosa que quiero señalar antes de proseguir, señor Holmes: Effie me quiere. Me niego a que haya equívocos a ese respecto. Me quiere con toda su alma, y nunca tanto como ahora. Lo sé, lo noto. No quiero discutir sobre eso. Un hombre sabe bien cuándo una mujer le quiere. Pero hay entre nosotros este secreto, y no volveremos a ser los mismos en tanto no se esclarezca.

—Le ruego me dé los datos, señor Munro —dijo Holmes con algo de impaciencia.

—Le contaré lo que sé de la historia de Effie. Aunque joven (tenía veinticinco años), era ya viuda cuando la conocí. Su nombre era entonces señora Hebron. De joven marchó a América y vivió en la ciudad de Atlanta, donde se casó con Hebron, abogado con una buena clientela. Tuvieron una criatura, pero hubo una grave epidemia de fiebre amarilla a causa de la cual murieron tanto el marido como el hijo. He visto su certificado de defunción. Esto la hizo rechazar América y regresó aquí para vivir con una tía soltera en Pinner, Middlesex. Debo mencionar que su marido la había dejado bien económicamente y que tenía un capital de cuatro mil quinientas libras, que él había invertido tan certeramente, que le rentaba un siete por ciento. Llevaba sólo seis meses en Pinner, cuando la conocí; nos enamoramos y nos casamos pocos meses después. Yo soy comerciante de lúpulo y tengo unos ingresos de unas



setecientas u ochocientas libras, con lo que nos encontramos bien situados, y alquilamos una bonita casita en Norbury que costaba ochenta libras al año. Para lo cerca que está de la ciudad, nuestro pequeño lugar era muy rural. Cerca había una posada y dos casas, y otra nada más cruzar el prado que hay enfrente de nosotros. Salvo éstas, no hay más casas hasta la mitad de camino de la estación. En determinadas épocas del año, mi negocio me llevaba a la ciudad, pero durante el verano tenía menos trabajo y era entonces cuando mi mujer y yo nos sentíamos más a gusto con nuestra vida rural. Le digo que nada ensombreció nuestra relación hasta que comenzó este maldito asunto.

»Antes de proseguir, hay algo que debo decirle. Cuando nos casamos, mi mujer me cedió todos sus bienes, muy en contra de mi voluntad, pues, en caso de que mis negocios no marcharan bien, la situación iba a ser incómoda. Sin embargo, así lo quería y así se hizo. Pues bien, hace unas seis semanas vino y me dijo:

—Jack, cuando aceptaste mi dinero, me dijiste que si alguna vez necesitaba parte de él debía pedírtelo.

—Por supuesto —le contesté—. Es tuyo.

—Bien: necesito cien libras.

»Esto me sorprendió un poco; había imaginado que lo que quería sería un traje nuevo o algo similar.

—Pero ¿para qué lo necesitas?

—Me dijiste —contestó en tono juguetón— que sólo serías mi banquero, y ya sabes que los banqueros nunca hacen preguntas.

—Si es que hablas en serio, por supuesto que las tendrás —respondí.

—Sí, sí, hablo en serio.

—¿Y no quieres decirme para qué las quieres?

—Quizá algún día, pero de momento no, Jack.

»De forma que me tuve que contentar con eso, aunque era la primera vez que había secretos entre nosotros. Le di un cheque y no volví a pensar en el asunto. Puede que no tenga nada que ver con lo que pasó a continuación, pero creí apropiado decírselo.

»Bien. Ya le he dicho que hay una casita cerca de la nuestra. Sólo las separa un prado, pero para llegar hasta ella hay que ir por la carretera y luego seguir por un sendero. Un poco más allá hay un bosquecillo de abetos, y a mí me gustaba pasear hasta él, pues los árboles son siempre acogedores. La casita llevaba deshabitada ocho meses, y era una lástima, pues era bonita, de dos plantas y tenía un porche antiguo de madreSelva. Muchas veces la he contemplado pensando en el bonito hogar que haría.

»El lunes pasado estaba paseando por allí al atardecer, cuando me crucé con una camioneta vacía que iba por el sendero y vi que en el césped, al lado del porche, había una pila de alfombras y otros enseres. Estaba claro que por fin habían alquilado la casita. Seguí andando y luego me paré. La miré indolentemente pensando en qué tipo de personas serían las que venían a vivir tan cerca de nosotros. Y, mientras

miraba, de repente me di cuenta de que una cara me observaba desde una de las ventanas del segundo piso.

»No sé lo que vi en aquel rostro, que sentí escalofríos, señor Holmes. Me encontraba un poco apartado, de modo que no pude ver las facciones con nitidez, pero tenía algo de inhumano. Ésa fue mi impresión, y me acerqué rápidamente para ver mejor a la persona que me observaba. Pero en ese momento el rostro desapareció de manera tan brusca, que parecía como si lo hubiera absorbido la oscuridad del cuarto. Me detuve allí durante cinco minutos, meditando el asunto e intentando analizar mis impresiones. No sabía si el rostro era de un hombre o una mujer. Pero fue el color lo que más me impresionó. Era un lívido color amarillo y había en él algo rígido que hacía que pareciera sorprendentemente poco natural. Me encontraba tan desasosegado, que me propuse averiguar algo más acerca de los nuevos inquilinos. Me acerqué a la puerta y llamé. La abrió de inmediato una mujer alta y enjuta, de expresión dura y prohibitiva.

—¿Qué quiere usted? —me preguntó con acento norteño.

—Soy su vecino. Vivo en aquella casa —dije, indicándole mi hogar—. Veo que acaban de trasladarse: así que pensé que si les podía ayudar en...

—Ya se lo diremos cuando nos haga falta —respondió cerrándome la puerta abruptamente.

»Molesto por el rudo desaire, me di la vuelta y regresé a casa. Aunque intenté pensar en otras cosas, durante toda la noche me volvía una y otra vez la imagen de la ventana y la aspereza de la mujer. Decidí no decirle nada a mi mujer, pues es persona nerviosa y emocional, y no deseaba que compartiera la desagradable sensación que yo sentía. Le comenté, sin embargo, antes de dormirme, que la casita se había alquilado, a lo cual no me contestó.

»Por lo general tengo un sueño muy profundo. En mi familia siempre se han hecho bromas acerca de que no había nada que pudiera despertarme durante la noche. Sin embargo, aquella noche, quizá por la excitación que me había producido mi pequeña aventura, no lo sé, dormí peor que de costumbre. Medio en sueños, me di cuenta vagamente de que algo ocurría en el dormitorio y poco a poco me hice cargo de que mi mujer se había vestido y se estaba poniendo la capa y el sombrero. Estaba a punto de murmurar unas palabras de somnolienta sorpresa o reprimenda ante lo inoportuno de aquella acción, cuando de repente mis ojos entreabiertos se posaron sobre su rostro, iluminado por la luz de la vela, y enmudecí de asombro. Tenía una expresión que jamás le había visto antes, una expresión que la hubiera creído incapaz de adoptar. Estaba mortecinamente pálida, respiraba con agitación, y mientras se colocaba la capa miraba furtivamente hacia la cama para ver si me había despertado. Después, creyéndome aún dormido, salió a hurtadillas de la habitación y un instante más tarde escuché un chirrido que sólo podía provenir de los goznes de la puerta principal. Me senté en la cama y golpeé en la cabecera con los nudillos para cerciorarme de que estaba de verdad despierto. Saqué el reloj de debajo de la

almohada. Eran las tres de la madrugada. ¿Qué diablos tendría que hacer mi mujer por el campo a las tres de la mañana?

»Durante unos veinte minutos le di vueltas al asunto, intentando encontrar una explicación plausible. Cuanto más lo pensaba, más inexplicable me parecía. Seguía meditando sobre ello, cuando oí que la puerta se cerraba de nuevo suavemente y que subía por la escalera.

—Pero por todos los santos, Effie, ¿dónde has estado? —le pregunté cuando entró.

»Al oírme, se sobresaltó y profirió un grito entrecortado que me perturbó aún más que todas las otras cosas, pues había en ambos actos algo de indescriptible culpabilidad. Mi esposa había sido siempre una mujer de carácter sincero y abierto y me dio un escalofrío el verla entrar a escondidas en su propia habitación, gritar y retraerse cuando le hablaba su propio marido.

—¿No duermes, Jack? —dijo con una risa nerviosa—. Creía que no había nada que pudiera hacerte despertar.

—¿Dónde has estado? —pregunté con más severidad.

—No me extraña que estés sorprendido —dijo, y pude ver que le temblaban los dedos al desabrocharse la capa—. No recuerdo haber hecho nada semejante en toda mi vida. Sentí como si me ahogara, y tenía una auténtica necesidad de respirar el aire fresco. Creo de verdad que me hubiera desmayado, de no salir. Me quedé en la puerta unos instantes y ahora ya me he recobrado del todo.

»Mientras me contaba esta historia no me miró ni una sola vez, y el tono de su voz era muy distinto al habitual en ella. Me resultaba evidente que lo que me decía era falso. No respondí nada. Dolido, volví el rostro hacia la pared, la mente llena de mil dudas y sospechas. ¿Qué era lo que mi mujer me ocultaba? ¿Dónde había ido en su extraña expedición? Sentí que no recobraría la paz hasta saberlo, y sin embargo estaba reacio a preguntarle de nuevo cuando ya me había dicho una falsedad. El resto de la noche di vueltas y más vueltas en la cama, formulando teoría tras teoría, cada una más improbable que la anterior.

»Ese día debía ir al centro, pero me encontraba demasiado descentrado para poder prestar atención a los asuntos del negocio. Mi mujer parecía tan disgustada como yo mismo, y por las miradas que me echaba comprendí que ella sabía que no la había creído y que no sabía qué hacer. Apenas intercambiamos una palabra durante el desayuno. Inmediatamente después salí a dar un paseo, con el fin de pensar sobre el asunto al fresco aire de la mañana.

»Me llegué hasta el Cristal Palace, paseando por allí durante una hora, y estaba de vuelta en Norbury a la una. Ocurría que el camino que debía tomar pasaba por delante de la casita, y me detuve un instante a mirar a las ventanas para ver si volvía a aparecer el extraño rostro que me había observado el día anterior. Allí estaba cuando, imagínese mi sorpresa, señor Holmes, ¡la puerta se abrió de repente y salió mi mujer!

»Al verla me quedé mudo de asombro, pero mi emoción no fue nada comparada

con la que reflejaba su rostro, cuando nuestras miradas se encontraron. Por un instante pareció como si quisiera volver a entrar en la casa, pero luego, al darse cuenta de lo inútil que resultaría cualquier intento de disimular, se adelantó hacia mí con el semblante pálido y un temor en los ojos que desmentía la sonrisa que sus labios esbozaban.

—¡Jack! —exclamó—. He venido a ver si nuestros vecinos necesitaban ayuda. ¿Por qué me miras así? ¿No estarás enfadado conmigo?

—¿Así que es aquí donde viniste anoche? —dije.

—¿Qué quieres decir? —exclamó.

—Viniste aquí. Estoy seguro. ¿Quiénes son estas gentes, para que tengas que venir a verlos a tales horas?

—No he estado aquí antes.

—¿Cómo puedes decirme una cosa que sabes que es mentira? —exclamé yo—. La voz misma te cambia al hablar. ¿Cuándo he tenido un secreto contigo? Entraré en esa casa y llegaré al final del asunto.

—¡No, Jack, no, por el amor de Dios! —balbuceó con incontrolable emoción.

»Y, cuando me dirigí a la puerta, me cogió del brazo y me retuvo con vigor.

—Te ruego que no lo hagas, Jack —exclamó—. Te juro que algún día te lo contaré todo, pero el resultado de que traspases esa puerta sólo puede ser la desgracia.

»Entonces, cuando intenté desasirme, se aferró a mí, presa de frenesí.

—Confía en mí, Jack —gritó—. Confía en mí sólo esta vez, no tendrás ocasión de arrepentirte. Sabes que jamás te ocultaría nada, si no fuera por tu bien. Nuestras vidas están en juego. Si regresas a casa conmigo no sucederá nada. Si insistes en entrar en esa casa, todo habrá acabado entre nosotros.

»Había tal desesperación e insistencia en sus gestos, que me detuve y permanecí ante la puerta en actitud irresoluta.

—Confiaré en ti con una condición, con una sola condición —dije finalmente—, y es que este misterio termine desde este momento. Tienes todo el derecho a guardar tu secreto, pero debes prometerme que no habrá más visitas nocturnas, ni sucederá nada más sin mi conocimiento. Estoy dispuesto a olvidar lo pasado, si me prometes que no habrá más secretos en el futuro.

—Estaba segura de que confiarías en mí —dijo con un suspiro de alivio—. Se hará lo que tú quieras. ¡Vamonos, vámonos a casa!

»Aún me seguía tirando del brazo cuando me alejé de la casa. Mientras caminábamos miré hacia atrás y allí estaba aquel lívido rostro amarillo



observándonos desde la ventana de arriba. ¿Qué unía a aquella criatura con mi mujer? ¿Qué vinculación tenía con ella la tosca y ruda mujer que yo había visto el día anterior? Era un extraño misterio, y sabía que mi mente no conocería de nuevo la paz en tanto no lo hubiera resuelto.

»Los dos días siguientes me quedé en casa, y mi mujer pareció ser fiel a su promesa, pues, que yo sepa, no se movió de allí. El tercer día, sin embargo, me trajo amplias pruebas de que su solemne promesa no bastaba para alejarla de aquella secreta influencia que la apartaba de su marido y de su obligación.

»Ese día yo había ido a la ciudad, pero regresé en el tren de las 14.48 en lugar de en el de las 15.36, que era el que acostumbraba a coger. Cuando entré en casa, la criada salió a mi encuentro con cara asustada.

—¿Dónde está la señora? —pregunté.

—Creo que ha salido a dar un paseo —respondió.

»De inmediato me asaltaron las sospechas. Subí corriendo arriba para asegurarme de que no estaba en la casa. Por casualidad miré por una de las ventanas y vi que la criada con quien acababa de hablar cruzaba el prado corriendo en dirección a la casita. Vi claramente lo que significaba todo. Mi mujer se había dirigido allí, diciéndole a la muchacha que la avisara si yo regresaba. Lleno de rabia bajé corriendo y la seguí, decidido a acabar con el asunto para siempre. Vi a mi mujer y a la criada avanzar por el sendero, pero no me detuve a hablar con ellas. El secreto que empañaba mi vida estaba en la casita. Juré que, pasara lo que pasara, iba a dejar de ser un secreto. Ni siquiera llamé a la puerta, sino que tiré del picaporte y entré.

»En la planta baja todo estaba en silencio. En la cocina una tetera hervía al fuego y un inmenso gato negro se arrebujaba en un cesto, pero no había señales de la mujer que había visto antes. Corrí hacia la otra habitación, mas estaba igualmente desierta. Subí arriba, pero sólo encontré dos habitaciones vacías. No había absolutamente nadie en toda la casa. Los muebles y cuadros eran de lo más corriente, salvo los de la habitación a cuya ventana había visto asomarse el extraño rostro. Ésa era cómoda y elegante, y todas mis sospechas se tornaron en una amarga y punzante ira cuando vi sobre la chimenea una fotografía de mi mujer de cuerpo entero que le habían hecho a petición mía hacía sólo tres meses.

»Permanecí en la casa el tiempo suficiente para asegurarme de que estaba completamente vacía. Luego la abandoné con un peso en el corazón, como el que jamás había sentido antes. Mi mujer salió al recibidor cuando entré en casa, pero estaba demasiado dolido e irritado como para hablar con ella. Pasé de largo y me dirigí a mi despacho. Sin embargo, ella me siguió y entró antes de que pudiera cerrar la puerta.

—Siento haber roto mi promesa, Jack —dijo—, pero, si conocieras las circunstancias, estoy segura de que me perdonarías.

—¡Entonces cuéntamelo todo! —dije.

—¡No puedo, Jack, no puedo! —exclamó.

—Hasta que no me digas quién ha estado habitando esa casa y quién es la persona a quien le has dado la fotografía, no puede haber confianza entre nosotros —dije, y abandoné la casa.

»Eso fue ayer, señor Holmes. No la he visto desde entonces, ni he vuelto a saber nada de todo este extraño asunto. Es la primera sombra que se levanta entre nosotros, y me ha perturbado tanto, que no sé qué es lo mejor que podría hacer. De repente se me ocurrió esta mañana que usted era el hombre idóneo para aconsejarme, así que me he dirigido a usted y me he puesto en sus manos completamente, sin reservas. Si hay algo que no he expresado con suficiente claridad, le ruego me lo pregunte. Pero sobre todo, dígame pronto lo que he de hacer, pues no puedo soportar esta desgracia.



Holmes y yo habíamos seguido este relato con el máximo interés. Había sido expuesto de la entrecortada y brusca manera típica de quien se encuentra bajo la influencia de una extrema ansiedad. Mi compañero permaneció ahora en silencio unos momentos, descansando la barbilla en las manos, absorto en sus pensamientos.

—Dígame —dijo finalmente—, ¿podría jurar que el rostro que vio en la ventana era el de un hombre?

—Todas las veces que lo vi me encontraba a cierta distancia, de modo que me sería imposible decirlo.

—De todos modos, parece que le sorprendió desagradablemente.

—Parecía tener un color irreal, y había una extraña rigidez en las facciones. Cuando me acerqué, desapareció de repente.

—¿Cuánto tiempo hace que su mujer le pidió cien libras?

—Casi dos meses.

—¿Ha visto en alguna ocasión una fotografía de su primer marido?

—No. Hubo un gran incendio en Atlanta poco después de su muerte y se quemaron todos los papeles de mi esposa.

—Y, sin embargo, ella tenía un certificado de defunción. ¿Dice usted que lo ha visto?

—Sí, sacó un duplicado después del incendio.

—¿Conoció alguna vez a alguien que la conociera en América?

—No.

—¿Ha hablado en alguna ocasión de volver allí?

—No.

—¿Ni ha recibido ninguna carta?

—Que yo sepa, no.

—Gracias. Ahora quisiera pensar un rato sobre el asunto. Si la casita está habitualmente desierta, quizá tengamos dificultades. Si por el contrario, y tal y como yo espero, ayer se avisó a sus inquilinos de su llegada y éstos salieron antes de que usted entrara, puede que ahora hayan vuelto, con lo cual esclareceríamos todo con mucha facilidad. Le aconsejo, pues, que regrese a Norbury y que vuelva a examinar las ventanas de la casita. Si piensa que está habitada, no entre a la fuerza; mándenos a mi amigo y a mí un telegrama. Estaremos con usted antes de una hora a partir del momento en que lo recibamos y entonces podremos llegar al fondo del asunto con rapidez.

—¿Y si sigue vacía?

—En ese caso yo iré allí mañana para hablar con usted. Adiós, y sobre todo no se preocupe hasta que sepa que realmente tiene motivos para ello.

—Me temo que es un mal asunto, Watson —dijo mi compañero cuando regresó de acompañar al señor Grant Munro hasta la puerta—. ¿Usted qué cree?

—Suená feo.

—Sí, y, o estoy muy equivocado, o hay chantaje de por medio.

—Y ¿quién es el chantajista?

—Pues debe de ser esa criatura que habita el único cuarto cómodo de toda la casa y tiene colgada la fotografía de la señora Munro encima de su chimenea. Vive Dios, Watson, que hay algo muy atrayente en ese rostro lívido asomado a la ventana. No me hubiera perdido el caso por nada del mundo.

—¿Tiene alguna teoría?

—Sí, una teoría provisional. Pero me extrañaría que no fuera la correcta. El primer marido de esa mujer está en esa casa.

—¿Qué le hace pensar eso?

—¿Cómo se explica, si no, su frenética ansiedad para que su segundo marido no entre allí? Según lo veo, los hechos son los siguientes: esta mujer se casó en América. Su marido desarrolló algún odioso vicio, o digamos, contrajo alguna enfermedad horrible, convirtiéndose en un leproso o un idiota. Finalmente ella huyó de él, regresó a Inglaterra, cambió de nombre y empezó a pensar en una nueva vida. Llevaba casada tres años, y creía que su situación era muy segura, pues le había enseñado a su marido el certificado de defunción de un señor cuyo nombre había adoptado. De repente su primer marido descubrió su paradero, o quizá lo hiciera alguna mujer poco escrupulosa que se había unido al inválido. Escriben a la mujer y amenazan con delatarla. Ella pide cien libras e intenta comprarlos. A pesar de esto viene a Inglaterra y, cuando por casualidad Grant Munro menciona que hay nuevos inquilinos en la casa, ella sospecha que son sus perseguidores. Espera hasta que su marido esté dormido y entonces se encamina a intentar suplicarles que la dejen en paz. No tiene éxito, de modo que a la mañana siguiente vuelve a ir, que es cuando, como nos ha dicho su marido, él la encuentra. Ella le promete no regresar, pero dos días más tarde

la esperanza de quitarse de encima a los odiados vecinos puede más que ella, aún hace otro intento, llevándoles la fotografía que ellos posiblemente habían exigido. En medio de la entrevista entra la criada diciendo que el señor acaba de llegar, ante lo que la esposa, sabiendo que se dirigiría sin demora a la casita, hace salir a los vecinos por la puerta trasera, seguramente con la advertencia de que se dirigieran al bosquecillo de abetos cercano. Y así, cuando él llega, encuentra el lugar abandonado. Pero me sorprendería mucho que aún lo estuviera esta tarde cuando Munro vaya allí. ¿Qué opina de mi teoría?

—Es todo una conjetura.

—Pero que encaja con los hechos. Cuando surjan nuevos hechos que no encajen, habrá tiempo entonces de rectificar. De momento, en tanto no tengamos noticias de nuestro amigo de Norbury, no podemos hacer nada.

No tuvimos que esperar mucho. Acabábamos de tomar el té cuando llegó un telegrama que decía:

*La casita sigue habitada. He vuelto a ver el rostro. Los espero en el tren de las siete; no haré nada hasta su llegada.*

Nos estaba esperando en el andén cuando llegamos. A la luz de los faroles pudimos comprobar que estaba muy pálido y que temblaba de agitación.

—Siguen allí, señor Holmes —dijo, poniendo la mano en el brazo de mi amigo—. Vi luces encendidas cuando venía hacia aquí. Lo solucionaremos ahora de una vez por todas.

—¿Qué plan tiene? —preguntó Holmes, mientras caminábamos por la oscura carretera bordeada de árboles.

—Voy a entrar y veré quién hay en la casa. Quiero que ustedes estén allí como testigos.

—¿Está decidido a hacerlo, a pesar de la advertencia de su mujer de que es mejor que no intente desvelar el misterio?

—Sí, estoy absolutamente decidido.

—Creo que hace bien. Cualquier verdad es preferible a la duda indefinida. Vayamos allí directamente. Por descontado que, legalmente, no tenemos razón, pero creo que merece la pena.

Era una noche muy oscura y, cuando dejamos la carretera para coger la estrecha senda llena de baches, comenzó a chispear. Sin embargo, el señor Grant Munro avanzaba con impaciencia y nosotros íbamos tropezando detrás como mejor podíamos.

—Ésas son las luces de mi casa —murmuró, indicando un resplandor entre los árboles—, y ésta es la casita en la que voy a entrar.

Mientras hablaba, doblamos un recodo en la senda y allí mismo se encontraba el edificio. Una franja amarilla que rompía la oscuridad nos indicó que la puerta estaba

entreabierta; en la planta de arriba se veía una ventana bien iluminada. De repente una oscura silueta se recortó en el cristal.

—Ahí está la criatura —exclamó Grant Munro—. Ustedes mismos ven que hay alguien allí. Sígueme, lo sabremos todo.

Nos acercamos a la puerta, pero de pronto una mujer surgió de las sombras y se detuvo en el centro del rayo de luz que salía por la puerta. No veía su cara, pero extendía los brazos en actitud suplicante.

—¡Por el amor de Dios, Jack, no lo hagas! —gritó—. Tenía el presentimiento de que vendrías esta noche. Por favor, no te precipites. Confía en mí una vez más y no te arrepentirás.

—¡He confiado en ti demasiado tiempo, Effie! —dijo con severidad—. ¡Suéltame! Tengo que entrar. Mis amigos y yo arreglaremos esto para siempre.

La empujó a un lado y nosotros le seguimos. Cuando abrió la puerta, una anciana se abalanzó sobre él intentando impedir su entrada, pero Munro la apartó, y un instante después nos encontrábamos todos subiendo la escalera. Grant Munro entró precipitadamente en la habitación iluminada, y Holmes y yo pisándole los talones.

Era una estancia acogedora, bien amueblada. En la mesa había dos velas encendidas y otras dos ardían encima de la repisa de la chimenea. En un rincón, inclinada sobre un pupitre, estaba sentada una niña pequeña. Cuando entramos, tenía el rostro vuelto hacia la pared; llevaba un vestido rojo y guantes blancos. Cuando se volvió hacia nosotros, lancé un grito de sorpresa y horror. El rostro que contemplamos era de una extraña y lívida tonalidad y las facciones carecían por completo de toda expresión. Un instante más tarde, el misterio quedaba aclarado. Con una carcajada, Holmes pasó la mano por detrás de la oreja de la criatura y arrancó de su faz una fina máscara, dejando al descubierto una niña negra como el carbón, que al reírse de nuestro asombro mostró su blanquísima dentadura.

Me eché a reír ante la alegría que ella reflejaba, pero Grant Munro, agarrándose el cuello con la mano, estaba como petrificado.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¿Qué significa esto?

—Yo te diré lo que significa —dijo su mujer entrando en la habitación con una expresión de orgullo y firmeza en el rostro—. En contra mía, me has obligado a decírtelo, y ahora ambos nos tendremos que aguantar. Mi marido murió en Atlanta. Pero mi hija no.

—¿Tu hija?

Se quitó el medallón que le pendía del cuello.

—Nunca has visto esto abierto.

—Creí que no se abría.

Tocó un resorte y, al abrirse el medallón, quedó al descubierto el retrato de un hombre, muy bien parecido y de aspecto inteligente, pero con inconfundibles rasgos de ascendencia africana.

—Éste es John Hebron, de Atlanta —dijo la mujer—, y hombre más noble jamás

pisó la tierra. Me desvinculé de mi raza para casarme con él, pero no me arrepentí de ello ni una sola vez, mientras viví con él. Fue una mala suerte que nuestra única hija saliera a él y no a mí. Suele ser así en este tipo de matrimonios, y la pequeña Lucy es, con mucho, más morena de lo que jamás lo fuera su padre. Pero negra o rubia, es mi hija, y su madre la adora.

Al oír estas palabras la niña corrió hacia su madre y se acurrucó contra su pecho.

—La dejé en América —continuó—, sólo porque estaba delicada de salud, y el cambio podía haberla perjudicado. La dejé al cuidado de una fiel escocesa que había sido criada nuestra. Ni por un instante se me pasó por la imaginación renegar de ella. Pero, cuando el azar hizo que te conociera a ti, Jack, y me enamoré de ti, temí decirte lo de mi hija. Dios me perdone, pero pensé que te podría perder, y no tuve el valor de contártelo. Tenía que escoger entre los dos, y en mi debilidad escogí en contra de mi pequeña. Durante tres años he mantenido en secreto su existencia, pero sabía por la criada que estaba bien. Por fin tuve el deseo irrefrenable de volver a verla. En vano luché contra él. Aunque conocía el peligro que esto suponía, decidí que viniera, aunque sólo fuera por unas semanas. Envié cien libras e instrucciones respecto de la casita, con el fin de que llegaran como unos vecinos cualquiera, sin que yo apareciera vinculada a ellas para nada. Extremé tanto las precauciones, que ordené que la niña no saliera durante el día y que se le taparan la cara y las manos, para que incluso quienes la pudieran ver asomada a la ventana no cotillearan acerca de la llegada de una negrita al vecindario. Quizá hubiera sido mejor no ser tan cauta, pero estaba medio loca de terror de pensar que tú descubrieras la verdad.

»Fuiste tú el primero en decirme que la casita estaba habitada. Debí haber esperado hasta el día siguiente, pero no podía dormir de emoción, y por fin salí, sabiendo cuan difícil era que te despertaras. Pero me viste marchar y ése fue el principio de mis problemas. Al día siguiente mi secreto estaba en tus manos, pero noblemente te resististe a utilizar tu ventaja. Tres días más tarde, sin embargo, Lucy y la criada pudieron escaparse por la puerta de atrás por los pelos, cuando tú entrabas por la de delante. Esta noche por fin lo sabes todo, y yo te pregunto: ¿Qué va a ser de nosotras, de mi hija y de mí?

Juntó las manos y esperó la respuesta.

Dos largos minutos transcurrieron antes de que Grant Munro rompiera el silencio y, cuando llegó, su respuesta fue una que siempre me ha emocionado recordar. Cogió en brazos a la pequeña, le dio un beso, y luego, aún sosteniendo a la criatura, extendió la otra mano hacia su esposa y se encaminó a la puerta.

—Creo que podremos hablar de esto más cómodamente en casa —dijo—. No soy un hombre demasiado bondadoso, Effie, pero creo que lo soy más de lo que has pensado.

Holmes y yo lo seguimos hasta el sendero, y, al salir, mi amigo me cogió del brazo.

—Creo —dijo— que somos más útiles en Londres que en Norbury.

No dijo otra palabra sobre el caso hasta entrada la noche cuando, con la vela ya encendida, se encaminaba a su cuarto.

—Watson —dijo—, si alguna vez piensa que estoy empezando a tener demasiada confianza en mí mismo o que me tomo menos molestias con los casos de lo que éstos merecen, hágame el favor de susurrarme al oído «Norbury», y le quedaré muy agradecido.

# EL OFICINISTA DEL CORREDOR DE BOLSA

Poco después de casarme compré una consulta médica en el distrito de Paddington. El anciano señor Farquhar, a quien se la adquirí, había tenido en tiempos una excelente clientela, pero la edad y el baile de San Vito, mal que padecía, la habían mermado considerablemente. Como es comprensible, el público se rige por el principio de que quien tenga la pretensión de curar a otros debe estar él mismo sano, y mira con recelo al médico cuya propia enfermedad está fuera del alcance de sus drogas. Así pues, a medida que mi predecesor se debilitaba, su consulta disminuía, de modo que cuando se la compré había bajado de 1200 visitas a poco más de 300 al año. Sin embargo, yo confiaba en mis energías y juventud, y tenía la convicción de que en pocos años la consulta estaría de nuevo repleta.

Los tres meses siguientes estuve muy ocupado y vi poco a mi amigo Sherlock Holmes, pues tenía demasiado trabajo para ir a verle a Baker Street y él no solía desplazarse salvo por motivos profesionales. Me sorprendió mucho, por tanto, cuando una mañana de junio, mientras leía el *British Medical Journal* después del desayuno, oí el timbre de la puerta y a continuación el agudo y algo estridente tono de voz de mi antiguo compañero.

—Mi querido Watson —dijo al entrar en el cuarto—. Me alegra verle. Espero que la señora Watson se haya recuperado de la agitación que acompañó a nuestra aventura de *El Signo de los Cuatro*.

—Ambos estamos bien, gracias —respondí dándole la mano calurosamente.

—También confío en que las preocupaciones de una consulta médica no le hayan hecho perder el interés que sentía por nuestros problemillas de deducción —dijo sentándose en la mecedora.

—Al contrario. La noche pasada, sin ir más lejos, estuve repasando mis apuntes y clasificando algunos de nuestros resultados.

—Espero que no considere su colección cerrada.

—En modo alguno. Nada me gustaría más que aumentar mis experiencias.

—¿Hoy, por ejemplo?

—Sí, hoy mismo si quiere.

—¿Y a tanta distancia de aquí como Birmingham?



—Por supuesto.

—¿Y la consulta?

—Atiendo a la de un vecino cuando él se ausenta. Por tanto siempre está dispuesto a pagarme el favor.

—Perfecto —dijo Holmes, recostándose en la silla y mirándome detenidamente a través de los párpados entreabiertos—. Veo que no ha estado bien últimamente. Los resfriados de verano siempre son muy latosos.

—Me tuve que quedar en casa tres días la semana pasada a causa de un enfriamiento. Pero pensé que ya no quedaban señales de él.

—Y así es. Tiene usted un aspecto muy saludable.

—Entonces, ¿cómo lo ha notado?

—Mi querido amigo, ya conoce mis métodos.

—¿Lo dedujo, acaso?

—Por supuesto.

—¿De qué?

—De sus zapatillas.

Eché una ojeada a las zapatillas de piel nuevas que llevaba.

—¿Pero cómo diablos...? —comencé, mas Holmes me interrumpió sin dejarme acabar la pregunta.

—Lleva unas zapatillas nuevas —dijo—. No pueden tener más de unas cuantas semanas. La suela, sin embargo, está un poco chamuscada. Por un momento pensé que se las podía haber mojado y que se habían quemado al secarlas. Pero cerca del tacón tienen un pequeño círculo de papel con el distintivo del zapatero. De haberse mojado las zapatillas, esto se hubiera caído. Por tanto deduje que usted había permanecido sentado con las piernas estiradas y los pies junto al fuego, algo que, de no estar enfermo, no hubiera hecho, ni siquiera teniendo en cuenta lo húmedo que está resultando junio.

Al igual que con todas las deducciones de Holmes, la cosa parecía sencillísima cuando te la explicaba. Leyó en mi rostro este pensamiento y la sonrisa que esbozó estaba teñida de amargura.

—Me temo que me delato cuando explico las cosas —dijo—. Los resultados sin mención de las causas impresionan mucho más. ¿Está, pues, dispuesto a acompañarme a Birmingham?

—Naturalmente. ¿Cuál es el caso?

—Se lo explicaré todo en el tren. Mi cliente nos espera afuera en un carruaje. ¿Puede venir usted ahora mismo?

—Un instante.

Dejé una nota a mi vecino, subí al piso de arriba para explicar el asunto a mi mujer y me reuní con Holmes en la puerta.

—¿Su vecino es también médico? —preguntó señalando la placa de cobre.

—Sí. Compró una consulta como yo.

—¿Una que ya existía?

—Igual que la mía. Ambas han estado aquí desde que se construyeron las casas.

—¡Pero usted compró la mejor!

—Creo que sí. Pero ¿cómo lo ha sabido?

—Por los peldaños, amigo mío. Los suyos están tres pulgadas más gastados que los del vecino. Pero permítame que le presente a este caballero, mi cliente, el señor Hall Pycroft. Cochero, azuce el caballo; tenemos el tiempo justo para coger el tren.

El hombre que vi frente a mí era un joven bien parecido, de tez clara, rostro abierto y sincero y un pequeño bigote rubio. Llevaba un reluciente sombrero de copa y un traje negro que le daban el aspecto de lo que era, un eficaz joven de negocios, perteneciente a esa clase que se ha dado en llamar *cockney*, pero que es la que nutre nuestros ejércitos de voluntarios y resultan ser mejores atletas y deportistas que los de cualquier otro estamento social de estas islas. Su semblante redondo y rubicundo parecía de natural alegre, pero me dio la impresión de que fruncía la comisura de los labios como si estuviera disgustado. Pero hasta que estuvimos sentados en nuestro compartimento de primera, avanzando hacia Birmingham, no pude saber cuál era el problema que le había impulsado a dirigirse a Holmes.

—Tenemos setenta minutos por delante —comentó Holmes—. Quiero, señor Hall Pycroft, que le cuente a mi amigo su interesante experiencia tal y como me la ha contado a mí, incluso con más detalle, a ser posible. Me resultaría muy útil oír la secuencia de los hechos de nuevo. Watson, es un caso que puede tener mucha miga o ninguna, pero que al menos ofrece algún rasgo fuera de lo común y *outré*, de esos que usted y yo apreciamos tanto. Bien señor Pycroft, no le interrumpo más.

Nuestro joven compañero me miró con un destello en los ojos.

—Lo peor de la historia es que yo quedo como un imbécil —dijo—. Quizá a la larga todo salga bien; de todos modos yo no podía hacer otra cosa. Pero, si me han echado y no saco nada a cambio, pensaré que soy un idiota. No se me da muy bien contar las cosas, doctor Watson, pero la historia es así:

»Estaba empleado en Coxon & Woodhouse, de Draper's Cardens, pero a principios de la primavera, y con el asunto del préstamo venezolano, que sin duda recordará, se vieron estafados. Llevaba con ellos cinco años y el viejo Coxon me dio un informe fenomenal cuando llegó la quiebra, pero, claro, nos echaron a todos los oficinistas, los veintisiete que éramos. Probé aquí y allá, pero éramos muchos en busca de lo mismo y durante largo tiempo no encontré nada. En Coxon ganaba tres libras semanales y tenía ahorradas unas setenta, pero pronto se me acabaron. Estaba ya casi al final de la cuerda y apenas podía comprar ni los sellos ni los sobres para responder a los anuncios. Tenía las suelas de los zapatos desgastadas de tanto subir y bajar escaleras y seguía igual que al principio, sin trabajo.

»Por fin vi una vacante en Mawson & Williams, la importante correduría de la calle Lombard. Supongo que E. C. no está muy en su línea, pero puedo asegurarle que es una de las empresas más modernas de Londres. Había que contestar al anuncio

sólo por carta. Envié mi solicitud y mis méritos sin la menor esperanza de obtener el puesto. A vuelta de correo me llegó la respuesta indicándome que si iba el lunes siguiente podría empezar de inmediato, siempre y cuando mi aspecto externo fuera satisfactorio. Nadie sabe cómo funcionan estas cosas. Hay quien dice que el director mete la mano en el montón y saca la primera que encuentra. Sea como fuere, me había tocado a mí esta vez y jamás volveré a sentirme tan contento. Me aumentaban una libra a la semana y el trabajo era poco más o menos el mismo que en Coxon.

»Y ahora llego a lo raro del asunto. Yo vivía en Hampstead, en el 17 de Potter's Terrace. Bueno, pues la noche después de que me ofrecieran esto, estaba sentado fumando, cuando subió la patrona con una tarjeta que decía «Arthur Pinner, agente financiero». No había oído antes ese nombre y no sabía qué podía querer de mí, pero, claro, le indiqué que le hiciera subir. Entró; era un tipo de estatura media, moreno, de ojos negros y barba oscura y la nariz brillante. Tenía ademanes rápidos y hablaba en tono tajante como el que conoce el valor del tiempo.

—El señor Hall Pycroft, supongo.

—Sí, señor —contesté acercándole una silla.

—Antiguo empleado de Coxon & Woodhouse, ¿no?

—Sí, señor.

—Y ahora trabaja para Mawson, ¿verdad?

—Así es.

—Bien. El caso es que he oído hablar extraordinariamente de sus habilidades financieras. ¿Se acuerda de Parker, que era el gerente de Coxon? No cesa de alabarle a usted.

»Esto me halagó. Siempre había funcionado bien en la oficina, pero nunca soñé que pudieran hablar de mí de ese modo entre la gente de negocios.

—¿Tiene buena memoria?

—Bastante —respondí con modestia.

—¿Se ha mantenido en contacto con la Bolsa mientras ha estado sin empleo? —me preguntó.

—Sí. He leído las cotizaciones a diario.

—Eso es señal de interés —exclamó—. Así es como se prospera. No le importará que lo compruebe, ¿verdad? Vamos a ver. ¿A cómo está Ayrshires?

—Oscilan de ciento cinco a ciento cinco y cuarto.

—¿Y New Zealand Consolidated?

—A ciento cuatro.

—¿Y British Broken Hills?

—Entre siete y siete con seis.

—¡Magnífico! —exclamó, levantando las manos—. Esto encaja perfectamente con todo lo que me han dicho. ¡Chico, chico! Es demasiado bueno para ser un oficinista en Mawson.

»Esta salida me sorprendió bastante, como puede suponer.

—Bueno —respondí—, hay quienes no me tienen en tan alto concepto como usted, señor Pinner. Bien que me ha costado poder encontrar este empleo, y estoy contento.

—¡Tonterías! Está usted muy por encima de él. No ocupa usted el lugar que le corresponde. Le voy a proponer algo, que, aunque es poco comparado con su talento, es como la noche y el día respecto de la oferta de Mawson. Veamos. ¿Cuándo empieza allí?

—El lunes.

—¡Hum! Me atrevo a decir que no va a ir.

—¿Que no voy a ir a Mawson?

—No, señor. Ese día ya será usted gerente de la Compañía Ferretera Franco-Midland, Sociedad Limitada, que tiene ciento treinta y cuatro sucursales en pueblos y ciudades francesas, sin contar una en Bruselas y otra en San Remo.

»Esto me dejó sin respiración.

—Nunca oí hablar de esa empresa —dije.

—Es hartó probable. Se ha mantenido todo muy en silencio, pues el capital era todo privado y es algo demasiado bueno para airearlo al público. Harry Pinner, mi hermano, es el promotor y también es director adjunto. Sabe que estoy metido en el ajo aquí y me pidió que encontrara alguien eficaz, pero barato, un joven con empuje, con garbo. Parker me habló de usted y así es como vine aquí esta noche. Para empezar, sólo podemos ofrecerle la miseria de quinientas libras.

—¡Quinientas libras anuales! —grité.

—Sólo eso al principio, pero tendrá una comisión del uno por ciento en todos los negocios que hagan sus representantes, y puedo darle mi palabra de que eso superará su sueldo.

—Pero es que yo no sé nada sobre ferreterías.

—Pero sabe de números.

»La cabeza me daba vueltas y apenas podía mantenerme quieto en la silla. De repente me surgió una pequeña duda.

—Seré sincero con usted —dije—. Mawson no me da más de doscientas anuales, pero es algo muy seguro. Lo suyo, en fin, conozco tan poco de su empresa que...

—¡Muy inteligente! —exclamó como en un arrebató de júbilo—. Es justo el hombre que buscamos. No se deja convencer así como así, y eso está muy bien. Aquí tiene un billete de cien libras; si cree que podemos entendernos, puede quedarse con ellas como anticipo de su primer sueldo.

—Esto es muy de agradecer. ¿Cuándo empiezo a trabajar?

—Esté en Birmingham mañana a la una en punto del mediodía —dijo—. Aquí en



el bolsillo tengo una nota para que la lleve a mi hermano. Le encontrará en el número 126 B de la calle Corporation, donde están situadas temporalmente las oficinas de la compañía. Naturalmente, él es quien debe confirmarle a usted en su puesto, pero, entre nosotros, le aseguro que no habrá problemas.

—Verdaderamente no sé cómo agradecerle esto, señor Pinner —dije.

—No es nada. Sólo le ofrezco lo que se merece. Hay un par de cosillas, meras formalidades, que debo arreglar con usted. ¿Tiene ahí un papel? Por favor, escriba: «Estoy dispuesto a trabajar como director gerente para la Compañía Ferretera Franco-Midland, Sociedad Limitada, con un salario mínimo de 500 libras».

»Hice lo que me pidió y se metió el papel en el bolsillo.

—Un detalle más —me dijo—. ¿Qué piensa hacer de lo de Mawson?

»Con tanta alegría se me había olvidado Mawson por completo.

—Escribiré y declinaré la oferta —dije.

—Eso es justamente lo que no quiero que haga. Tuve un enfrentamiento con el gerente de Mawson acerca de usted. Fui a pedirle informes sobre usted y estuvo muy incorrecto, acusándome de intentar engatusarle para que no aceptara el puesto y todo eso. Finalmente casi me enfadé. «Si quieren gente buena —dije—, deberían pagarles bien». «Preferiría estar con nosotros, aunque el sueldo sea menor», me contestó. «Le apuesto cinco libras a que, cuando le haga yo mi oferta, no volverán a saber nada de él». «Vale —me contestó—. Nosotros le sacamos del arroyo, y no nos dejará con tanta facilidad», fueron las palabras que empleó.

—¡El muy insolente! —exclamé—. Pero si no le he visto en mi vida. ¿Por qué iba yo a tener ninguna consideración con él? Por supuesto que no escribiré si usted prefiere que no lo haga.

—Estupendo, lo ha prometido, ¿eh? —dijo, levantándose de la silla—. Bien, pues estoy encantado de haberle encontrado a mi hermano alguien tan eficaz. Aquí tiene el adelanto de cien libras y aquí está la carta. Tome nota de la dirección, 126 B de la calle Corporation, y recuerde que tiene la cita para mañana a la una. Buenas noches y que tenga la suerte que se merece.

»Creo que fue eso todo lo que pasó. Se puede figurar, doctor Watson, lo feliz que yo estaba ante semejante buena suerte. Me pasé media noche abrazándome a mí mismo de alegría, y al día siguiente partí para Birmingham en un tren que me llevara allí con tiempo suficiente para la cita. Dejé mis cosas en un hotel de New Street y me encaminé a la dirección que me habían dado.

Llegaba con un cuarto de hora de antelación, pero pensé que no tendría importancia. El 126 B era como un pasadizo entre dos grandes tiendas, que desembocaba en una escalera de piedra de caracol; ésta subía a numerosos inmuebles, alquilados como oficinas o despachos de profesionales. Los nombres de quienes los ocupaban estaban pintados al pie del muro, pero allí no figuraba la Compañía Ferretera Franco-Midland, Sociedad Limitada. Por unos instantes me quedé mudo, el corazón se me subió a la garganta: pensé si todo aquello no sería una broma pesada.

De pronto se me acercó un caballero y se dirigió a mí. Se parecía mucho al tipo de la noche anterior, tenía el mismo aspecto y la misma voz, pero no llevaba barba y tenía el pelo más claro.

—¿Es usted el señor Hall Pycroft? —me preguntó.

—Sí —respondí.

—Le esperaba, pero es un poco antes de la hora. He recibido una nota de mi hermano poniéndole por las nubes.

—Estaba buscando su oficina.

—Todavía no la hemos montado, puesto que sólo hace una semana que hemos cogido esto temporalmente. Suba conmigo y hablaremos del asunto.

»Le seguí hasta el final de una escalera muy larga, y allí, justo debajo del tejado, había un par de pequeñas habitaciones vacías y mugrientas, sin cortinas y sin alfombras, a las cuales me hizo pasar. Había esperado una gran oficina con mesas relucientes y filas de oficinistas, del tipo de los que yo estaba acostumbrado, y me figuro que debí reflejar mi asombro ante el panorama de las dos sillas de pino y la mesa que, junto con una papelera y una estantería, componían el mobiliario.

—No se descorazone, señor Pycroft —dijo el hombre a quien acababa de conocer, al ver la cara que puse—. No se ganó Zamora en una hora, y tenemos mucho dinero detrás de nosotros, aunque no tengamos una oficina muy lujosa aún. Le ruego que tome asiento y me dé la carta.

»Se la entregué y la leyó cuidadosamente.

—Parece haberle causado una gran impresión a mi hermano Arthur —dijo—. Y es un juez bastante agudo. Está encantado con Londres y yo con Birmingham, pero en esta ocasión seguiré su consejo. Le ruego se considere definitivamente empleado.

—¿Cuáles son mis obligaciones?

—A la larga, se encargará del enorme almacén de París, que lanzará un aluvión de loza a las tiendas de ciento treinta y cuatro delegaciones en Francia. La compra se ultimaré antes de una semana, y entretanto usted permanecerá en Birmingham y se pondrá a trabajar.

—¿En qué?

»A modo de respuesta sacó de un cajón un libraco rojo.

—Ésta es una guía de París —dijo—, con la profesión a continuación del nombre. Quiero que se la lleve a casa y señale todos los vendedores de artículos de ferretería y sus direcciones. Me sería de gran utilidad el tenerlos.

—Debe de haber listas ya clasificadas —sugerí.

—No son de fiar. Su sistema es distinto del nuestro. Póngase a hacerlo y tenga las listas completas para el lunes a las doce. Buenos días, señor Pycroft. Si continúa demostrando este celo e inteligencia, encontrará buenos amos.

»Regresé al hotel con el libro bajo el brazo y sentimientos muy encontrados en mi corazón. Por un lado tenía un empleo fijo y tenía cien libras en el bolsillo. Por otro, el aspecto de las oficinas, la ausencia del nombre en la pared y otros puntos chocantes

en un hombre de negocios me habían causado una mala impresión con respecto a la posición de mis patrones. Fuera como fuese, tenía mi dinero, de modo que me puse a trabajar. Todo el domingo estuve con ello y sin embargo el lunes no había pasado de la «H». Fui a ver a mi patrón, que se hallaba en el cuarto desmantelado del otro día, y me dijo que continuara con lo mismo hasta el miércoles, cuando debía volver. El miércoles tampoco lo había terminado, de modo que seguí con ello hasta el viernes, es decir, ayer, en que se lo llevé al señor Harry Pinner.

—Muchas gracias —dijo—. Me temo que no calibré suficientemente la dificultad de la labor. Estas listas me serán de enorme utilidad.

—Me llevaron bastante tiempo —dije.

—Y ahora —dijo— quiero que haga unas listas de las tiendas de muebles, pues en ellas también se vende loza.

—Muy bien.

—Venga mañana a las siete de la tarde para decirme cómo va. No trabaje demasiado. Le harían bien un par de horas en una sala de fiestas por la noche tras todos sus esfuerzos.

»Al decir esto soltó una carcajada; un escalofrío me recorrió el cuerpo al ver que tenía la segunda muela del lado izquierdo con un empaste de oro muy malo.

Sherlock Holmes se frotó las manos con fruición y yo miré a nuestro cliente con cara de asombro.

—Bien puede sorprenderse, doctor Watson, pero la cosa es así. Verá, cuando hablé en Londres con el otro tipo, se rió al saber que no volvería con Mawson. Bien, pues al hacerlo, observé que tenía la muela empastada de la misma manera. En ambas ocasiones el brillo del oro me atrajo la atención. Cuando relacioné eso con que la voz y el tipo eran los mismos, y que sólo cambiaban aquellas cosas que se podían alterar con una peluca o con una navaja, no tuve ninguna duda de que se trataba de la misma persona. Ya sé que es normal que dos hermanos se parezcan, pero no que tengan la misma muela empastada de la misma manera. Me saludó al marcharme y me encontré en la calle, sin apenas saber si andaba con los pies o con la cabeza. Volví a mi hotel, metí la cabeza dentro de una jofaina de agua fría e intenté razonarlo todo. ¿Por qué me había traído a Birmingham, por qué había llegado antes que yo, y por qué se había escrito una carta a sí mismo? Era demasiado complicado para mí y no le veía ningún sentido. Y de pronto se me ocurrió que lo que para mí no eran más que tinieblas podía ser claridad meridiana para el señor Holmes. Tuve el tiempo justo de llegar a Londres en el tren de la noche, verle esta mañana y traerlos a los dos conmigo a Birmingham.

Cuando el oficinista del corredor de bolsa concluyó su emocionante relato, se hizo el silencio. Luego Sherlock Holmes me guiñó el ojo, recostándose sobre los almohadones con una expresión de júbilo, aunque crítica, en el rostro, como el entendido que acaba de tomar el primer buen sorbo de un buen vino.

—Está bastante bien, ¿verdad, Watson? —dijo—. Hay algunos toques que me

complacen mucho. Supongo que estará de acuerdo conmigo en que una entrevista con el señor Arthur Harry Pinner en las oficinas temporales de la Compañía Ferretera Franco-Midland, Sociedad Limitada, sería una experiencia bastante interesante para nosotros, ¿no?

—Pero ¿cómo lo haremos?

—Muy fácilmente —dijo Hall Pycroft animadamente—. Serán dos amigos míos que están buscando trabajo, y nada más natural que el que yo les presente al director, ¿no?

—¡Exactamente! —dijo Holmes—. Me gustaría ver a este caballero e intentar sacar algo en claro de todo este pequeño juego suyo. ¿Qué cualidades posee usted, amigo mío, que hicieron que sus servicios fueran tan inestimables? O quizá...

Comenzó a mordisquearse las uñas y a mirar distraídamente por la ventana, y apenas pudimos arrancarle ni una palabra más hasta que estuvimos en New Street.

Esa tarde a las siete bajábamos los tres por la calle Corporation camino de las oficinas de la compañía.

—Es inútil que lleguemos demasiado pronto —nos dijo nuestro cliente—. Parece que sólo viene aquí con el propósito de verme, y el lugar está desierto el resto del tiempo.

—Algo muy sugerente —comentó Holmes.

—¡Por Júpiter, ya se lo dije! —exclamó Pycroft—. Ahí va, caminando delante de nosotros.

Señaló a un hombre no muy alto, rubio y bien vestido, que caminaba apresuradamente por la otra acera. Mientras le observábamos, miró hacia un chaval que anunciaba la última edición del periódico de la tarde y, sorteando autobuses y coches, se abalanzó sobre él para comprarle un ejemplar. Luego, con él en la mano, desapareció dentro del edificio.

—¡Ahí va! —exclamó Pycroft—. Ha entrado en las oficinas de la Compañía. Subamos y haré las presentaciones con la mayor facilidad posible.

Subimos detrás de él hasta encontrarnos frente a una puerta entreabierta, a la cual llamó nuestro cliente. Una voz que procedía del interior nos dijo que pasáramos, y pasamos a una habitación casi vacía, tal y como nos la había descrito Hall Pycroft. El hombre que habíamos visto en la calle estaba sentado a la única mesa, con el periódico vespertino abierto ante él. Cuando levantó el rostro para mirarnos me pareció que jamás había visto un semblante que mostrara tales señales de dolor, de algo aún más allá del dolor: del horror que pocos hombres experimentan a lo largo de sus vidas. Tenía la frente bañada en sudor, las mejillas hundidas y mortalmente pálidas, la mirada extraviada. Miró a su oficinista como si no le reconociera y supe, por el asombro que éste reflejaba en su rostro, que no era éste el aspecto usual de su patrono.

—Parece enfermo, señor Pinner —exclamó.

—Sí, no me encuentro muy bien —contestó el otro haciendo evidentes esfuerzos

por recobrar la compostura, y humedeciéndose los labios secos antes de hablar—. ¿Quiénes son estos caballeros que ha traído consigo?

—Uno es el señor Harris, de Bermondsey, y el otro es el señor Price, de aquí —le respondió al punto nuestro cliente—. Son unos amigos míos y hombres de experiencia, pero llevan un tiempo sin trabajo y confiaba en que quizá usted pudiera darles un empleo en la Compañía.

—Es muy posible, muy posible —exclamó el señor Pinner con una mueca horrenda—. Sí, no tengo ninguna duda de que podremos hacer algo por ustedes. ¿Cuál es su oficio, señor Harris?

—Soy contable —dijo Holmes.

—Bien, necesitaremos algo en esa línea. ¿Y usted, señor Price?

—Soy oficinista —respondí.

—Abrigo todas las esperanzas de que la Compañía pueda emplearlos. Se lo comunicaré en cuanto lo tengamos decidido. Y ahora les ruego que se vayan. ¡Por Dios, déjenme solo!

Estas últimas palabras le salieron a borbotones, como si de repente se hubiera roto la reserva que se estaba imponiendo. Holmes y yo nos miramos el uno al otro y Hall Pycroft se acercó a la mesa.

—Se olvida usted, señor Pinner, de que me había citado aquí para darme instrucciones —dijo.

—Por supuesto, señor Pycroft, por supuesto —respondió el otro en tono más tranquilo—. Espéreme aquí un instante y no hay razón alguna para que sus amigos no se queden con usted. Tardo tres minutos y estaré a su entera disposición, si me permiten abusar de su paciencia de este modo.

Se levantó con aire cortés, y con una pequeña inclinación de cabeza salió por una puerta al final de la habitación, que cerró tras él.

—¿Qué pasa ahora? ¿No nos irá a dar esquinazo? —susurró Holmes.

—Imposible —contestó Pycroft.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque esa puerta da a un cuarto interior.

—¿Sin salida?

—Sí.

—¿Está amueblado?

—Ayer estaba vacío.

—¿Entonces qué diablos está haciendo? Hay algo en todo este asunto que no alcanzo a comprender. Si hubo jamás un hombre medio muerto de terror, ese hombre es Pinner. ¿Qué puede haberle asustado tanto?

—¿Sospechará que somos detectives? —sugerí.

—Eso es, seguro que es eso —dijo Pycroft.

Holmes sacudió la cabeza.

—No es que palideciera al vernos. Ya lo estaba cuando entramos en la habitación

—dijo—. Es posible que...

Sus palabras se vieron interrumpidas por unos nudillos llamando a la puerta del fondo.

—¿Por qué demonios llama a su propia puerta? —preguntó el oficinista.

De nuevo volvimos a escuchar el mismo ruido, más fuerte esta vez.

Todos teníamos la vista fija en la puerta cerrada. Miré a Holmes y vi que su expresión se endurecía y que, inclinado hacia delante, escuchaba con intensa emoción. De repente oímos un sordo gorgoteo, seguido de una especie de tabaleo sobre la madera. Holmes cruzó la habitación de un salto y empujó la puerta. Estaba cerrada por dentro. Siguiendo su ejemplo nos lanzamos contra ella con todas nuestras fuerzas. Se soltó un gozne, luego el otro y la puerta se vino abajo. Saltando por encima de ella nos encontramos en la habitación contigua.

Estaba vacía.

Pero nuestro desconcierto no duró más que un instante. En una esquina, la más cercana al cuarto que acabábamos de abandonar, había una segunda puerta. Holmes se abalanzó sobre ella y la abrió. En el suelo estaban tirados un abrigo y un chaleco, y de un gancho situado detrás de la puerta, con los tirantes alrededor del cuello, colgaba el director de la Compañía Ferretera Franco-Midland. Tenía las piernas encogidas, la cabeza le pendía en horrible ángulo y el chocar de los tacones contra la puerta era lo que había producido el ruido que interrumpió nuestra conversación. En un instante le cogí por la cintura y le levanté, mientras Holmes y Pycroft desataban los tirantes hundidos ya entre los pliegues lívidos de su cuello. Le llevamos al otro cuarto y le tumbamos. Tenía el rostro de color ceniza y los labios hinchados y amoratados, una horrenda reliquia de lo que era apenas cinco minutos antes.

—¿Qué piensa usted, Watson? —preguntó Holmes.

Me incliné sobre él para examinarle. Tenía el pulso débil y entrecortado, pero iba respirando mejor y un pequeño temblor de los párpados dejaba entrever el blanco de los ojos.

—Se ha librado por segundos —respondí—, pero vivirá. Abra esa ventana y denme agua.

Le desabroché el cuello de la camisa, eché agua fría sobre su rostro y le moví los brazos arriba y abajo hasta conseguir que respirara de forma natural.

—Ahora ya sólo es cuestión de tiempo —dije levantándome.

Holmes estaba junto a la mesa, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y



la barbilla descansándole sobre el pecho.

—Supongo que ahora deberíamos llamar a la policía —dijo—, pero confieso que me gusta darles el caso solucionado cuando llegan.

—Es un absoluto misterio para mí —dijo Fycroft, rascándose la cabeza—. No sé para qué querían traerme hasta aquí y ahora...

—¡Bah! Todo eso está muy claro —dijo Holmes con impaciencia—. Es esto último lo que me desconcierta.

—Entonces, ¿el resto lo entiende?

—Creo que está bastante claro. ¿Usted qué opina, Watson?

Me encogí de hombros.

—Le confieso que estoy fuera de órbita —respondí.

—Si examina los hechos, me parece que sólo se puede llegar a una conclusión.

—¿Cuál?

—Bien. Todo el asunto descansa sobre dos puntos. El primero es el haberle hecho a Pycroft escribir una declaración mediante la cual entraba al servicio de esta absurda Compañía. ¿No ven cuan esclarecedor es eso?

—Me temo que no.

—Bueno, veamos. ¿Para qué querían que la escribiera? Es evidente que no era por razones comerciales, pues estos arreglos suelen hacerse de forma verbal y no hay razón alguna bajo la capa del cielo para que éste fuese una excepción. ¿No comprende, mi querido joven, que tenían mucho interés en obtener una muestra de su letra y no tenían otro medio de conseguirlo?

—¿Y para qué?

—Justamente, ¿para qué? Cuando tengamos esa respuesta, habremos avanzado un poco en nuestro pequeño problema. ¿Para qué? Sólo hay una respuesta. Alguien quería imitar su caligrafía, para lo cual necesitaba previamente tener una muestra. Si pasamos al segundo punto, vemos que arroja luz sobre el primero y viceversa. Me refiero a la petición que le hizo Pinner de que no rechazara el puesto, sino que dejara que el director de aquella importante empresa esperara a que un tal señor Hall Pycroft, a quien no había visto, se personara en las oficinas el lunes por la mañana.

—¡Santo Cielo! —exclamó nuestro cliente—. ¡Qué ciego he sido!

—Ahora entenderá lo de la caligrafía. Suponga que alguien se presentara por usted, y que tuviera una letra distinta a la de su solicitud. Se habría descubierto el juego. Pero en el ínterin el impostor aprendió a imitársela y así estaba a salvo, pues me imagino que nadie de la oficina le había visto a usted antes, ¿no?

—Ni un alma —suspiró Hall Pycroft.

—Bien. Por supuesto era de suma importancia el que usted no se echara atrás e impedirle que hablara con alguien que pudiera decirle que tenía un doble suyo trabajando en las oficinas de Mawson. Por tanto le dieron un generoso adelanto sobre su sueldo y le enviaron a los Midlands, donde le dieron suficiente trabajo para entretenerle, de forma que no pudiera ir a Londres y estropearles su juego. Todo ello

está muy claro.

—Pero ¿por qué iba este hombre a hacerse pasar por su propio hermano?

—Eso también está bastante claro. Evidentemente sólo hay dos personas metidas en el asunto, y el otro está haciéndose pasar por usted en la oficina. Éste representó el papel de la persona que le contrató y luego se encontró con que no le podía proporcionar un patrono sin incluir a un tercero en el asunto. Y eso no estaba dispuesto a hacerlo. Cambió de aspecto todo lo que pudo, y confió en que el parecido, que usted sin duda notaría, lo atribuyera a un aire de familia. De no ser por la feliz coincidencia de la muela de oro, nunca se habrían levantado sus sospechas.

Hall Pycroft sacudía en el aire los puños cerrados.

—¡Dios mío! Mientras a mí me engatusaban de esta forma, ¿qué habrá estado haciendo el otro Hall Pycroft en Mawson? ¿Qué podríamos hacer, señor Holmes? ¡Dígame!

—Hemos de telegrafiarles.

—Cierran a las doce los sábados.

—No importa, hay un guarda permanente debido al valor de los títulos que guardan. Recuerdo que alguien me lo comentó.

—Muy bien, telegrafiamos para ver si todo marcha bien, y confirmar que un oficinista de nombre Hall Pycroft está trabajando allí. Hasta ahí todo está claro; lo que no lo está tanto es por qué uno de estos rufianes, al vernos, salió del cuarto para ahorcarse.

—El periódico —croó una voz a nuestras espaldas.

El hombre se había ya incorporado un poco, cadavérico y horrible, pero con un atisbo de lucidez asomándole a los ojos. Con manos temblorosas se frotaba la ancha línea rojiza que le rodeaba la garganta.

—¡Claro! ¡El periódico! —chilló Holmes enormemente excitado—. ¡Qué idiota he sido! Estaba tan preocupado por la entrevista que no se me ocurrió ni por un momento pensar en el periódico. Seguro que allí descubrimos el secreto.

Lo abrió sobre la mesa y un grito triunfal salió de sus labios.

—¡Mire esto, Watson! —exclamó—. Es el periódico londinense, la primera edición del vespertino *Evening Standard*. Aquí está lo que buscamos. Mire los titulares: «Crimen en el centro bursátil de Londres. Asesinato en Mawson & Williams. Frustrado un gran robo. Arrestado el criminal». Tenga, Watson, estamos ansiosos por saberlo todo, así que, si hace el favor, léanoslo.

Dado el lugar que ocupaba el periódico, parecía ser el único tema de importancia



en la capital y el relato era el que sigue:

Un desesperado intento de robo, que culminó con la muerte de un hombre y la captura del criminal, ha tenido lugar esta tarde en la City. Desde hace ya algún tiempo, Mawson & Williams, la famosa financiera, ha sido la depositaria de valores que suman en total más de un millón de libras esterlinas. El director, consciente de la responsabilidad que sobre él pesaba a consecuencia de los enormes intereses que estaban en juego, había hecho instalar las más modernas cajas de seguridad, y un vigilante armado permanecía en el edificio día y noche. Al parecer, la semana pasada, se contrató a un nuevo oficinista, llamado Hall Pycroft. Esta persona ha resultado ser nada menos que Beddington, el famoso estafador y ladrón que, junto con su hermano, acaba de salir de la cárcel tras cumplir una condena de cinco años. Por medios aún desconocidos, y bajo un nombre supuesto, consiguió este empleo en las oficinas, empleo que utilizó para hacerse con moldes de las diversas cerraduras y para adquirir un total conocimiento de la situación de las cajas de seguridad.

Es costumbre en la empresa que los sábados los oficinistas salgan a las doce. Por ello el sargento Tusón, de la policía de la City, se sorprendió al ver bajar las escaleras, a la una y veinte del mediodía, a un caballero que llevaba un bolso de viaje. Sospechando algo, el sargento le siguió y con la ayuda del policía Pollock consiguió, tras una feroz resistencia, arrestarle. Al momento quedó claro que se acababa de perpetrar un audaz y gigantesco robo. En el bolso se encontraron acciones de una compañía ferroviaria americana por valor de casi cien mil libras, así como gran cantidad de pagarés de compañías mineras y otras sociedades. Al examinar el local se encontró el cadáver del infortunado vigilante dentro de una de las cajas fuertes más grandes, donde, de no ser por la eficacia del sargento Tusón, hubiera permanecido hasta el lunes. Tenía el cráneo destrozado al haber sido golpeado por la espalda con un atizador. No hay duda de que Beddington consiguió volver a entrar pretextando que se había dejado algo, y tras asesinar al vigilante, saqueó la caja de seguridad mayor y pretendía escaparse con el botín. Su hermano, con quien suele trabajar, aún no ha aparecido en este trabajo, si bien es aún demasiado pronto para asegurarlo. No obstante, la policía está llevando a cabo investigaciones para descubrir su paradero.

—Bien, podremos ahorrarle trabajo a la policía en ese sentido —dijo Holmes, mirando hacia la figura arrebujada junto a la ventana—. La naturaleza humana es una extraña mezcla, Watson. Ya ve que incluso un villano y un asesino puede llegar a inspirar tal afecto como para que su hermano opte por el suicidio cuando sabe que se juega el pescuezo. Pero no tenemos elección. Señor Pycroft, el doctor y yo permaneceremos de guardia mientras usted, si tiene la amabilidad, va a buscar a la policía.



# LA CORBETA GLORIA SCOTT

—Tengo aquí unos papeles, Watson —dijo mi amigo Sherlock Holmes una noche de invierno en que nos encontrábamos sentados al lado de la chimenea—, que realmente me parece que valdría la pena que les echase una ojeada. Son los documentos del extraordinario caso del *Gloria Scott*, y éste es el mensaje que dejó al juez Trevor muerto de terror cuando lo leyó.

Sacó de un cajón un pequeño cilindro, que había perdido el brillo, y, abriéndolo, me entregó una cuartilla de papel grisáceo en la cual estaba garabateado el siguiente mensaje:

*La negociación de caza con Londres terminó. El guardabosques Hudson ha recibido lo necesario y ha pagado al contado moscas y todo lo que vuela. Es importante para que podamos salvar con cotos la tan codiciada vida de faisanes.*

Cuando alcé la vista tras leer esta nota enigmática vi a Holmes riéndose de la expresión que mi rostro reflejaba.

—Le veo un poco desconcertado —dijo.

—No entiendo cómo un mensaje como éste pudiera inspirar terror. Me parece grotesco más que otra cosa.

—Probablemente. Y sin embargo el hecho es que al lector, un hombre fornido y muy entero, le tiró de espaldas, como si del culatazo de una pistola se tratara.

—Despierta usted mi curiosidad —dije—. Pero ¿por qué dijo hace un momento que había razones muy especiales para que estudiara este caso?

—Porque es el primero del que me ocupé.

A menudo había intentado que mi amigo me dijera qué era lo que le había encaminado hacia la investigación criminal, pero nunca antes le había encontrado en talante comunicativo para ello. Ahora se sentó en el borde de la butaca y extendió los documentos sobre las rodillas. Luego encendió la pipa y permaneció un rato fumando y dándole vueltas.

—¿No me ha oído nunca hablar de Víctor Trevor? —preguntó—. Fue el único amigo que hice durante mis dos años en la Universidad. Nunca fui un tipo muy sociable, Watson; siempre preferí encerrarme en mi habitación e ingeniar mis propios métodos de pensar, de modo que nunca frecuenté demasiado a los jóvenes de mi curso. A excepción de la esgrima y el boxeo no tenía aficiones atléticas y, por otro

lado, mi modo de estudiar difería mucho del de los otros muchachos, de manera que teníamos pocos puntos en común. Trevor fue el único que conocí y eso gracias al accidente con su terrier, que me agarró del tobillo una mañana en que bajaba a la capilla.



Fué un modo muy prosaico de entablar amistad, pero eficaz. Estuve inmovilizado diez días y Trevor solía venir a ver qué tal iba. Al principio sólo hablábamos unos minutos, pero pronto sus visitas comenzaron a alargarse y antes de fin de curso éramos íntimos amigos. Era un tipo alegre, lleno de vida y energía, impulsivo, justo lo contrario de mí en casi todos los aspectos. Pero encontramos que teníamos algunos intereses en común y el hecho de que estuviera tan solo como yo fue otro vínculo de unión. Finalmente me invitó a la casa de su padre en Donnithorpe, en el condado de Norfolk, y yo acepté su hospitalidad durante un mes en verano.

El viejo Trevor, un hombre adinerado que gozaba de gran consideración, era Juez de Paz y terrateniente. Donnithorpe es una pequeña aldea justo al norte de Langmere, en los Broads.

La casa era una antigua y amplia edificación de ladrillo con vigas de madera de roble y una hermosa avenida de tilos. En los pantanos se cazaban patos salvajes, había mucha pesca, una pequeña pero selecta biblioteca, comprada, según tengo entendido, a un ocupante anterior, y una aceptable cocinera, así que había que ser muy quisquilloso para no pasar allí un mes muy agradable.

El viejo Trevor era viudo, y mi amigo hijo único. Supe que había tenido una hija que murió de difteria en una visita a Birmingham. El padre me interesaba sumamente. Era un hombre de escasa cultura, pero con una buena dosis de fuerza bruta, tanto física como mentalmente. Apenas había leído un libro, pero había viajado mucho, conocía el mundo y recordaba todo lo que había aprendido. Era un hombre de aspecto corpulento, con un mechón de pelo gris, rostro curtido y moreno, y ojos azules y penetrantes hasta rayar casi en la fiereza. Sin embargo, entre la vecindad tenía fama de ser amable y bondadoso, y destacaba por la tolerancia de sus sentencias.

Una noche, poco después de mi llegada, estábamos tomando una copa de oporto después de la cena, cuando el joven Trevor comenzó a hablar de los hábitos de observación y deducción que yo había sistematizado, aunque aún no apreciaba el papel tan importante que iban a desempeñar en mi vida. El padre evidentemente pensó que su hijo exageraba al narrar una o dos pequeñas proezas que yo había realizado.

—Vamos, señor Holmes —dijo riendo con humor—. Soy un excelente tema. A ver si deduce algo sobre mí.

—Me temo que no hay mucho —respondí—. Podría sugerir, sin embargo, que durante los últimos doce meses ha vivido temiendo un ataque personal.

La sonrisa se le heló en los labios y me miró sorprendido.

—Eso es muy cierto —respondió—. ¿Sabes, Víctor? —dijo dirigiéndose a su hijo—. Cuando desarticulamos aquella banda de cazadores ilegales, juraron que nos apuñalarían, y a *Sir Edward Hoby* le han atacado. Siempre he estado en guardia desde entonces, pero no sé cómo lo ha descubierto usted.

—Lleva usted un bastón muy hermoso —respondí—. Por la inscripción observé que no hará un año que lo tiene. Pero se ha molestado en perforar el mango y echar plomo fundido en el agujero, convirtiéndolo así en un formidable instrumento. Supuse que no se habría tomado esas molestias de no tener nada que temer.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó sonriendo.

—Ha boxeado mucho en su juventud.

—De nuevo tiene razón. ¿Cómo lo ha sabido? ¿Tengo la nariz torcida, acaso?

—No —respondí—. Son sus orejas. Tienen la hinchazón y aplanamiento característicos del boxeador.

—¿Algo más?

—Ha cavado usted mucho, tiene callos.

—Hice todo mi dinero en las minas de oro.

—Ha estado en Nueva Zelanda.

—Vuelve a acertar.

—Ha visitado Japón.

—Muy cierto.

—Y ha estado asociado íntimamente con alguien cuyas iniciales eran J. A. y a quien después ha querido olvidar por completo.

Muy despacio el señor Trevor se levantó, clavó sus ojos azules en mí con una mirada extraña y enloquecida y se cayó de bruces sobre las cascarras de nueces que había encima del mantel.

Ya se imaginará, Watson, lo asombrados que nos quedamos su hijo y yo. El ataque no le duró mucho, pues, en cuanto le desabrochamos el cuello y salpicamos la cara con agua de uno de los vasos, jadeó un poco y se incorporó.

—Chicos —dijo intentando esbozar una sonrisa—, espero no haberos asustado. Aunque parezco fuerte, tengo un punto débil en el corazón y con poca cosa me altero. No sé cómo lo consigue, señor Holmes, pero me da la impresión de que todos los detectives de hecho y de ficción son niños a su lado. Por ahí tiene que orientar su vida, y se lo dice un hombre que ha visto algo de mundo.

Y ese consejo, unido a la exageración de mis habilidades con que lo había prologado, fue, si me quiere creer, Watson, lo primero que me hizo pensar que podía convertir en profesión lo que hasta entonces sólo había supuesto para mí un mero entretenimiento.

Pero en ese momento estaba demasiado preocupado por la repentina enfermedad

de mi anfitrión para pensar en nada más.

—Espero no haber dicho nada que le resulte doloroso —dije.

—Bueno, lo cierto es que ha tocado usted un punto bastante débil. ¿Puedo preguntarle cómo lo sabe y cuánto sabe? —hablaba ahora en tono jocosos, pero seguía habiendo un atisbo de terror en el fondo de sus ojos.

—Es muy sencillo —dije—. Cuando se descubrió el brazo para meter aquel pez en la barca vi que llevaba tatuadas las letras J. A. junto al codo. Aún eran legibles, pero por su aspecto borroso estaba muy claro que se había esforzado por hacerlas desaparecer. Era, pues, evidente, que en otro tiempo esas iniciales le habían sido muy familiares y que más tarde quiso olvidarlas.

—¡Qué vista tiene! —dijo con un suspiro de alivio—. Es tal y como dice. Pero no hablemos de ello. De entre todos los fantasmas, los peores son los de nuestros antiguos amores. Vayamos al cuarto del billar a fumarnos un cigarro tranquilamente.

A partir de ese día, a pesar de toda su cordialidad, la actitud del señor Trevor hacia mí estuvo siempre teñida de sospecha. Hasta su hijo se dio cuenta:

—Le has dado un susto tan grande al viejo, que nunca más estará seguro de lo que sabes o no sabes —decía.

Estoy seguro de que no era su intención demostrarlo, pero lo tenía tan grabado, que se delataba a cada paso. Finalmente me convencí de que estaba ocasionando cierta intranquilidad y decidí dar por concluida mi visita. Pero, justo el día anterior a mi partida, sucedió algo que luego resultó ser de importancia.

Estábamos los tres sentados en unas hamacas en el césped, tomando el sol y admirando la vista, cuando salió la criada para comunicarnos que había un hombre en la puerta que quería ver al señor Trevor.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó mi anfitrión.

—No quiso dármele.

—Entonces ¿qué quiere?

—Dice que usted le conoce y que sólo le entretendrá un momento.

—Hágale pasar aquí.

Instantes después apareció un hombrecillo enjuto, de ademanes apocados y andar rastrero. Vestía una chaqueta abierta con una mancha de brea en la manga, camisa de cuadros rojos y negros, bombachos y recias botas desgastadas. Tenía el rostro delgado y astuto, lucía una perpetua sonrisa que dejaba ver una fila irregular de dientes amarillentos, y mantenía las arrugadas manos en la posición medio cerrada tan típica de los marineros. A medida que avanzaba, encorvado, por el césped, oí que el señor Trevor profería una especie de hipido y de repente se levantó de un salto y corrió hasta la casa. Volvió al momento, y al pasar por delante de mí pude comprobar que olía fuertemente a coñac.

—Bien, buen hombre —dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

El marinero permaneció de pie, mirándole, los ojos fruncidos y la misma sonrisa en los labios.

—¿No me conoce? —preguntó.

—¡Pero, cielo santo, si es Hudson! —dijo el señor Trevor en tono sorprendido.

—El mismo, señor —dijo el marinero—. Hace más de treinta años que no le veía. Y aquí está usted en su casa y yo sigo sacándome la carne salada del barril.

—Bueno, comprobarás que no he olvidado los viejos tiempos —exclamó el señor Trevor y, caminando hacia el marinero, le susurró algo al oído.

—Ve a la cocina —continuó en voz alta—, te darán de comer y beber.

—Gracias, señor —dijo el marinero tocándose la frente—. Acabo de desembarcar, tras pasar dos años en un barco que hacía ocho nudos y con escasa tripulación, y necesito un descanso. Pensé que lo encontraría con usted o con el señor Beddoes.

—¿Sabes dónde está el señor Beddoes?

—Dios le bendiga, señor. Sé dónde encontrar a todos mis viejos amigos —dijo el hombrecillo con una sonrisa siniestra, y con desgana se dirigió tras la criada en dirección a la cocina.

El señor Trevor farfulló algo acerca de que habían sido compañeros de tripulación cuando en una ocasión él regresaba a buscar oro, y después nos dejó y entró en la casa. Cuando una hora más tarde entramos en la casa, le encontramos tendido en el sofá del comedor, borracho como una cuba. El incidente me dio muy mala impresión y no sentí dejar Donnithorpe al día siguiente, pues suponía que mi presencia resultaría embarazosa a mi amigo.

Todo esto sucedió durante el primer mes de las vacaciones de verano. Regresé a mis habitaciones en Londres, donde pasé siete semanas haciendo algunos experimentos de química orgánica. Pero un día, ya muy entrado el otoño y próximas las vacaciones a su fin, recibí un telegrama de mi amigo, suplicándome que fuera a Donnithorpe y diciendo que necesitaba ayuda y mi consejo con urgencia. Por supuesto que lo dejé todo y partí para el norte de nuevo.

Me estaba esperando en la estación con una calesa, y a primera vista comprobé que los últimos dos meses habían sido muy duros para él. Había adelgazado, estaba muy apesadumbrado y ya no tenía la clásica alegría que siempre le había caracterizado.

—El viejo se está muriendo —fueron sus primeras palabras.

—¡Es imposible! —exclamé—. ¿Qué sucede?

—Apoplejía. Un ataque de nervios. Lleva todo el día al borde de la muerte. Dudo que le encontremos vivo.

Como puede imaginarse, Watson, me quedé horrorizado ante estas inesperadas noticias.

—¿Cuál es la causa? —pregunté.

—Ahí, ahí. Sube y te lo contaré mientras vamos. ¿Recuerdas aquel tipo que llegó la noche antes de que te fueras?

—Perfectamente.

—¿Sabes a quién hospedamos aquel día en casa?

—No tengo ni idea.

—¡Al mismísimo diablo, Holmes! —gritó.

Le miré estupefacto.

—Sí. Era el mismísimo diablo. No hemos vivido una hora de paz desde entonces, ni una sola. El viejo no ha levantado cabeza desde aquella noche, y ahora le arrebatan la vida y le rompen el corazón. Todo por este maldito Hudson.

—¿Qué poder ejerce, sobre él, entonces?

—Eso es justamente lo que no sé y daría cualquier cosa por saber. ¡Mi pobre viejo, tan cariñoso y bueno! ¿Cómo pudo haber caído en manos de semejante rufián? Pero estoy muy contento de que hayas venido, Holmes. Confío mucho en tu buen juicio y discreción, y sé que me aconsejarás bien.

Íbamos de prisa por la blanca y llana carretera rural; los Broads, que se extendían ante nosotros, centelleaban a la luz rojiza del sol poniente.

Desde un bosquecillo a nuestra izquierda divisé las altas chimeneas y el asta que señalaba la vivienda del terrateniente.

—Mi padre le empleó de jardinero —dijo mi compañero—, y cuando eso no le satisfizo, le ascendió a mayordomo. La casa parecía estar en sus manos, y hacía en ella todo lo que se le antojaba. Las criadas se quejaban de sus borracheras y de su lenguaje soez. Mi padre les subió a todos el sueldo para compensarles las molestias. El tipo se cogía la barca de mi padre y la mejor escopeta y se regalaba con pequeñas cacerías. Y todo ello con una actitud tan despectiva y una expresión tan insolente, que de haber sido un hombre de mi edad le hubiera tumbado veinte veces. Te aseguro, Holmes, que me he tenido que controlar muchísimo todo este tiempo. Ahora me pregunto si no hubiera sido mejor no aguardar tanto.

»Bueno, la cosa fue de mal en peor, y ese animal de Hudson se volvía cada vez más impertinente, hasta que por fin un día contestó a mi padre de forma muy insolente en presencia mía. Le cogí por el hombro y le hice salir del cuarto. Se marchó encogido, con el rostro lívido, los ojos como dos puntos venenosos que proferían más amenazas de las que pudiera articular lengua alguna. No sé lo que ocurrió entre mi padre y él después de eso, pero al día siguiente vino mi padre y me preguntó si me importaría disculparme con Hudson. Como puedes imaginar, me negué a ello inquiriendo cómo podía tolerar que semejante basura se tomara las libertades que se tomaba con él y con la servidumbre.

—Ay, hijo mío, todo eso está muy bien, pero no sabes la situación en que me encuentro. Pero lo sabrás, Víctor, lo sabrás. Yo me encargaré de ello, pase lo que pase. No creerás nada malo de tu pobre padre, ¿verdad, hijo?

»Estaba muy conmovido y pasó todo el día encerrado en el despacho, donde a través de la ventana le vi escribiendo afanosamente.

»Esa noche aconteció lo que parecía una gran liberación, pues Hudson nos comunicó que nos dejaba. Entró en el comedor donde nos encontrábamos tras acabar

de cenar y nos anunció su intención con la ronca voz de un hombre medio borracho.

—Me he cansado de Norfolk —dijo—. Me iré a Hampshire a casa del señor Beddoes. Me atrevo a decir que estará tan contento como usted de verme.

—Espero, Hudson, que no se marchará usted enfadado —dijo mi padre con una docilidad que me hacía bullir la sangre.

—Aún no se han disculpado conmigo —dijo en tono gruñón y lanzándome una mirada.

—Víctor, reconoce que has abusado un poco de este buen hombre —dijo mi padre volviéndose hacia mí.

—Por el contrario, creo que ambos hemos tenido con él una paciencia inusitada —respondí.

—¿Ah, sí? —aulló—. Pues muy bien, amigo. ¡Ya lo veremos!

»Salió de la habitación y media hora más tarde abandonó la casa, dejando a mi padre en un estado de nervios lamentable. Noche tras noche le oía pasear por su habitación y justo cuando empezaba a recobrar la confianza vino el mazazo.

—¿Cómo fue? —pregunté con ansiedad.

—De la manera más extraña. Llegó una carta ayer por la noche con el matasellos de Fordingbridge. Mi padre la leyó, se echó las manos a la cabeza y empezó a dar vueltas por el cuarto como quien se ha vuelto loco. Cuando conseguí por fin tenderle sobre el sofá tenía la boca y los ojos torcidos hacia un lado y vi que le había dado un ataque. El doctor Fordham vino de inmediato y le metimos en la cama. Pero la parálisis se ha extendido, no da muestras de recobrar el conocimiento y apenas abrigo esperanzas de encontrarle vivo.

—¡Trevor, me dejas espantado! —exclamé—. ¿Qué contenía la carta para provocar tan terrible resultado?

—Nada. Ahí está lo más inexplicable. La nota era de lo más absurdo y trivial. ¡Dios mío, si ya me lo temía yo!

Mientras pronunciaba estas palabras tomábamos una curva que había en la avenida, y a la tenue luz del atardecer vimos que todas las persianas de la casa estaban echadas. Al parar ante la puerta mi amigo, con el rostro transido de dolor, salía un caballero vestido de negro.

—¿Cuándo ocurrió, doctor?

—Casi inmediatamente después de que usted se fuera.

—¿Recobró el conocimiento?

—Sólo por un instante al final.

—¿Dijo algo para mí?



—Sólo que los papeles estaban en el cajón del fondo del bargueño japonés.

Mi amigo subió con el médico a la estancia mortuoria, mientras yo me quedaba en el despacho, dándole vueltas al asunto, sintiéndome más sombrío que nunca en mi vida. ¿Cuál era el pasado de este Trevor, púgil, viajante y buscador de oro? ¿Cómo había caído en poder de aquel marinero de semblante agrio? ¿Por qué le había impresionado tanto mi referencia a unas borrosas iniciales tatuadas en el brazo, y por qué murió de temor al recibir una nota desde Fordingbridge? Entonces me acordé de que Fordingbridge estaba en Hampshire y que el señor Beddoes, a quien había ido a visitar el marinero, seguramente con el propósito de chantajearle, vivía en Hampshire. La carta, pues, podía ser del marinero Hudson, comunicando que había desvelado el acusador secreto que parecía existir, o bien podía ser de Beddoes, avisando a un viejo compañero de que tal traición era inminente. Hasta aquí parecía bastante claro. Pero entonces, ¿cómo podía ser que la carta fuera tan trivial y grotesca como la había descrito el hijo? No debía de haberla leído bien, a no ser que fuera una de esas ingeniosas claves secretas que significan una cosa distinta de lo que parece. Tenía que ver esa carta. Si ocultaba una significación secreta confiaba en poder descifrarla. Durante una hora permanecí en la oscuridad, repensando todo el asunto, hasta que finalmente la criada entró llorando a traer una lámpara, seguida de cerca por mi amigo Trevor, que estaba pálido, pero sereno. Traía en la mano estos mismos papeles que tengo sobre las rodillas. Se sentó frente a mí, acercó la lámpara al borde de la mesa y me pasó una nota, escrita con precipitación en esta cuartilla gris que ve aquí. Decía así:

*La negociación de caza con Londres terminó. El guardabosques Hudson ha recibido lo necesario y ha pagado al contado moscas y todo lo que vuela. Es importante para que podamos salvar con cotos la tan codiciada vida de faisanes.*

Supongo que, cuando leí este mensaje por primera vez, mi rostro reflejaría el mismo asombro que el suyo hace un rato. Lo volví a leer con detenimiento. Evidentemente tenía que ser lo que había supuesto, y un segundo significado debía esconderse en aquella extraña combinación de palabras, o quizá ciertas palabras como «moscas» y «faisanes» tuvieran un significado preestablecido. En tal caso sería imposible deducirlo. Sin embargo me sentía reacio a pensar que fuera así, y la inclusión de la palabra Hudson parecía indicar que el tema de la nota era lo que yo había imaginado y que la había escrito Beddoes y no el marinero. Intenté comenzar a leerla por el final, pero la combinación «faisanes de vida» no prometía mucho. Traté luego de leerla saltándome una palabra, pero ni «la de con» ni «negociación caza Londres el Hudson» me indicaba nada. Y de repente tuve la clave en mis manos y vi que, empezando por la primera, y tomando cada tercera palabra, salía un mensaje que justificaba ampliamente la desesperación del viejo Trevor.

El mensaje que leí a mi amigo era breve y contundente:

*La caza terminó. Hudson lo ha contado todo. Vuela para salvar la vida.*

Víctor Trevor hundió la cabeza entre sus manos temblorosas.

—Eso debe de ser —dijo—. Esto es peor que la muerte, pues además significa la deshonra. Pero ¿qué significan estos «guardabosques» y «faisanes»?

—No significa nada con respecto al mensaje, pero hubieran querido decir mucho de no haber tenido otras posibilidades para saber quién lo enviaba. Ya ves que empezó escribiendo «La... caza... terminó» y demás. Después tuvo que rellenar con dos palabras cualesquiera los espacios, para seguir el acuerdo preestablecido. Lógicamente empleó las primeras palabras que se le ocurrieron y, dado que hay tantas sobre la caza, podemos estar bastante seguros de que era un apasionado de este deporte. ¿Sabes algo de ese Beddoes?



—Pues ahora que lo mencionas —dijo—, recuerdo que mi pobre padre solía recibir cada otoño una invitación para cazar en sus cotos.

—Entonces es indudable que la nota la envió él —dije yo—. Sólo nos resta descubrir el secreto que hacía que estos dos hombres acaudalados y respetados estuvieran a merced del marinero Hudson.

—¡Me temo, Holmes que será un secreto feo y vergonzoso! —exclamó mi amigo—. Pero no quiero tener secretos contigo. Aquí está el escrito que redactó mi padre cuando el peligro era inminente. Lo encontré, tal y como él le indicó al médico, en el bargeño japonés. Léelo tú, pues yo no tengo fuerzas ni valor.

—Y éstos son aquellos mismos papeles, Watson. Se los leeré a usted del mismo modo que se los leí a él aquella noche en el despacho. Como ve, delante llevan una inscripción: «Algunos detalles del viaje del barco *Gloria Scott* desde que salió de Falmouth, el 8 de octubre de 1855, hasta que fue destruido a 15° 20' latitud norte y 25° 14' longitud oeste el 6 de noviembre». Tienen forma epistolar y dicen así:

*Mi queridísimo hijo: Ahora que la deshonra amenaza con enturbiar los últimos días de mi vida, puedo escribir con toda sinceridad y honradez que no es el miedo a la ley, ni la pérdida de mi posición en el condado, ni mi caída ante los ojos de todos quienes me han conocido lo que me duele, sino el pensar que tú pudieras sonrojarte por mi causa, tú que me quieres y que, al*

menos así confío que sea, no has tenido jamás razón alguna para no respetarme. Pero si llega a caer el golpe que desde hace tiempo pende sobre mí, entonces quisiera que leyeras esto, para que sepas por mí directamente hasta qué punto soy culpable. De salir todo bien (¡Dios lo quiera!), y de no haber sido destruido este papel antes, si cayera en tus manos, te ruego por lo más sagrado, por la memoria de tu querida madre, y por el cariño que ha existido entre tú y yo, que lo arrojes al fuego y que no vuelvas a pensar nunca en él.

Si continúas leyendo, es que entonces ya habré sido delatado y obligado a abandonar mi casa, o, lo que es más probable, la muerte habrá sellado mi boca para siempre. En ambos casos, atrás queda ya el tiempo del silencio y cada palabra que escribo es la cruda realidad; lo juro en el mismo momento en que estoy aguardando la clemencia.

Mi nombre, hijo mío, no es Trevor. En mi juventud fui James Armitage. Puedes comprender ahora el susto que me llevé el otro día cuando tu compañero de facultad se dirigió a mí con palabras que parecían indicar que había descubierto mi secreto. Como Armitage entré en una banda de Londres y como Armitage me castigaron por violar las leyes de mi país, y me deportaron. No pienses excesivamente mal de mí, hijo. Era una especie de deuda de honor la que debía pagar y para ello utilicé un dinero que no me pertenecía, con la convicción de que podría reponerlo antes de que se acusara la falta. Pero me persiguió la mala suerte. El dinero con el que había contado nunca llegó a tiempo y un anticipado ajuste del balance arrojó mi déficit. El caso se podía haber juzgado con más tolerancia, pero hace treinta años la aplicación de la ley era bastante más severa que ahora. Tenía veintitrés años cuando me encontré encadenado como un villano, junto a otros treinta y siete condenados, en la segunda cubierta del barco Gloria Scott, rumbo a Australia.

Era el año 55, durante el apogeo de la guerra de Crimea, y los antiguos barcos utilizados para transportar a los cautivos se habían llevado al Mar Negro para servir de cargueros. El Gobierno, pues, se vio obligado a emplear navíos más pequeños y menos adecuados para deportar a sus condenados. El Gloria Scott se había utilizado en el comercio de té con China, pero era un buque anticuado, pesado y anchote, y los clíper más modernos lo habían desplazado. Era un navío de 500 toneladas y, aparte de los treinta y ocho prisioneros, llevaba una tripulación de veintiséis hombres, dieciocho soldados, un capitán, tres oficiales, un médico, un capellán y cuatro vigilantes. Contándonos a todos, éramos casi cien cuando zarpamos de Falmouth.

Las separaciones entre las celdas de los presos, en lugar de ser de grueso doble, como es lo normal en los barcos de cautiverio, eran frágiles laminillas.

El que estaba a mi lado por la popa era uno en quien había reparado especialmente cuando bajamos por el muelle. Era un joven de rostro limpio y afeitado, nariz larga y afilada, y fuerte mandíbula. Llevaba la cabeza muy erguida, andaba con despreocupación y en especial destacaba por su enorme estatura. No creo que ninguno de nosotros le llegáramos al hombro, y estoy seguro de que sobrepasaba el metro noventa. Hacía raro ver, entre tantos rostros apenados y cansados, uno lleno de energía y resolución, y a mí me dio la impresión de un fuego en medio de una tempestad de nieve. Me alegré, por tanto, de descubrir que era mi vecino, y aún más cuando a medianoche escuché un susurro junto al oído y descubrí que había conseguido hacer un agujero en la madera que nos separaba.

—¡Hola, compi! —dijo—. ¿Cómo te llamas y por qué estás aquí?

Le respondí y pregunté a mi vez con quién hablaba.

—Soy Jack Prendergast —dijo—, y juro que aprenderás a bendecir mi nombre antes de que esto acabe.

Recuerdo que había oído algo sobre su caso, pues había causado sensación en todo el país poco antes de mi propio arresto. Era un hombre de buena familia y gran talento, pero con vicios incurables, que, mediante un ingenioso sistema de fraude, conseguía inmensas sumas de dinero de los principales comerciantes de Londres.



—Así que ¿recuerdas mi caso?

—Lo recuerdo muy bien.

—Entonces quizá recuerdes que hubo algo raro, ¿no?

—No.

—Yo tenía cerca del cuarto de millón, ¿verdad?

—Eso es lo que se dijo.

—Pero no se recobró nada, ¿no?

—No.

—Y ¿dónde crees que está? —preguntó.

—No tengo la menor idea —respondí.

—Justo entre mi índice y mi pulgar —exclamó—. Por todos los santos, tengo más libras a mi nombre que pelos tienes en la cabeza. Y si tienes dinero, hijo, y sabes manejarlo y repartirlo, ¡puedes hacer cualquier cosa! No creerás que un hombre, pudiendo hacer lo que quiera, se va a desgastar los

pantalones sentado en este inmundo ataúd de costero chino, plagado de ratas y cucarachas, ¿no? No, señor. Un hombre así vela por sus cosas y por las de sus compinches. ¡Puedes estar seguro! Agárrate fuerte a él y, ¡por la Biblia!, ya verás cómo te saca de ésta.

Éste era su modo de hablar, y al principio creí que no significaba nada pero poco tiempo después, tras haberme sondeado y haberme hecho jurar por lo más solemne, me dio a entender que verdaderamente había un plan para hacerse con el barco. Una docena de los prisioneros lo tenían ya todo pensado antes de subir a bordo; Prendergast era el cabecilla, y su dinero era el motor.

—Yo tenía un socio —dijo—. Un hombre bueno y fiel como un perro. Él tiene la pasta, y ¿sabes dónde se encuentra en estos instantes? ¡Es el capellán de este barco! ¡Nada menos que el capellán! Subió a bordo vestido de negro y con los papeles en regla y suficiente dinero para comprarlos a todos de proa a popa. La tripulación es suya, en cuerpo y alma. Los compró incluso antes de que se alistaran. Tiene a dos de los vigilantes y a Mercer, el segundo oficial, y tendría al mismísimo capitán si creyera que merece la pena.

—¿Qué tenemos que hacer, pues?

—¿Tu qué crees? —dijo—. A estos soldados les vamos a poner las chaquetas más rojas de lo que las tienen.

—Pero van armados —dijo.

—Nosotros también lo estaremos. Hay una ristra de pistolas para cada hijo de madre, y si no podemos con el barco, con la tripulación de nuestro lado, es hora de que nos manden a un internado de señoritas. Tú habla con el de tu izquierda y mira a ver si es de fiar.

Así lo hice. Mi vecino era un joven en situación muy parecida a la mía, cuyo delito era la falsificación. Se llamaba Evans, pero después cambió de nombre igual que yo y es ahora un acaudalado y próspero señor que vive en el sur de Inglaterra. Estaba bien dispuesto a unirse a la conspiración como el único medio de salvarnos, y antes de que cruzáramos el Golfo sólo quedaban dos prisioneros que no estuvieran al corriente del secreto. Uno de ellos era débil mental y no nos atrevimos a confiar en él y el otro padecía ictericia y no podía sernos útil.

Desde un principio no hubo nada que nos impidiera tomar el barco. La tripulación era un atajo de rufianes, seleccionados especialmente para aquel fin. El falso capellán venía a nuestras celdas a exhortarnos y traía una bolsa negra que se suponía estaba llena de breviaros. Y tan a menudo venía, que al tercer día cada uno teníamos escondidos al pie de nuestras camas una lima, varias pistolas, una libra de pólvora y veinte balas. Dos de los vigilantes eran hombres de Prendergast y el segundo oficial era su brazo derecho. No teníamos enfrente más que al capitán, dos oficiales, dos vigilantes, al teniente Martin y sus dieciocho soldados y al médico. Sin embargo, por mucha seguridad que tuviéramos, queríamos tomar las precauciones posibles, y decidimos atacar de noche por sorpresa. Pese a todo, las cosas se precipitaron del siguiente modo:



Una noche, unas tres semanas después de zarpar, el médico había bajado a ver a uno de los prisioneros, que estaba enfermo, y al poner la mano sobre los pies de la cama notó las pistolas. De haberse callado quizá hubiera dado al traste con todo el plan, pero era un tipo nervioso, y lanzó tal grito de sorpresa y se puso tan pálido, que el prisionero supo al instante lo que pasaba y se echó sobre él. Le amordazó antes de que pudiera dar la alarma y le ató a la cama. Como había abierto la

puerta que daba a la cubierta, la traspasamos en un santiamén. Disparamos contra los dos centinelas y contra un cabo que bajó a ver lo que ocurría. Había otros dos soldados a la puerta del camarote y sus mosquetes no debían de estar cargados, pues no dispararon contra nosotros y les disparamos mientras intentaban calar las bayonetas. Entramos en el camarote del capitán, pero así que abrimos la puerta oímos una explosión desde el interior, y allí yacía, con la cabeza sobre el mapa del Atlántico, que estaba encima de la mesa; junto a él el capellán sostenía en la mano una pistola que aún humeaba. La tripulación había capturado a los dos oficiales y todo parecía haber terminado.

El camarote principal estaba al lado del capitán y todos nos hacíamos allí, tirándonos por los sofás y hablando a la vez, pues estábamos como enloquecidos ante la idea de ser libres de nuevo. Estaba lleno de armarios, y Wilson, el falso capellán, forzó uno de ellos y sacó una docena de botellas de jerez. Les rompimos el cuello, las vaciamos en los vasos y estábamos a punto de beber, cuando de repente, sin previo aviso, nos llegó el rugido de los mosquetes y el camarote se llenó de tanto humo que no veíamos el otro lado de la mesa. Cuando se disipó, aquello era una ruina. Wilson y ocho más yacían en el suelo, amontonados unos encima de otros y la mezcla de jerez y sangre sobre aquella mesa aún ahora me produce náuseas. Aquello nos sobrecogió tanto, que de no ser por Prendergast creo que nos hubiéramos entregado allí mismo. Pero él, bramando como un toro, corrió hacia la puerta, arrastrando tras él a los que aún estábamos con vida. Salimos y allí en la popa estaba el teniente con diez hombres. Las claraboyas del camarote, que se encontraban justo encima de la mesa, estaban un poco abiertas y nos habían disparado por ellas. Nos echamos encima antes de que pudieran cargar de nuevo, y aunque se defendieron como hombres, nosotros teníamos la delantera, y a los cinco minutos todo había terminado. ¡Santo cielo!

*¡Jamás habrá existido un matadero semejante! Prendergast parecía un demonio enloquecido; cogía a los soldados como si fueran niños y los echaba por la borda, vivos o muertos. Había un sargento muy malherido que siguió nadando un montón de tiempo, hasta que alguien se apiadó y le voló la tapa de los sesos. Cuando acabó la lucha, no quedaban más enemigos que los vigilantes, los oficiales y el médico.*

*Fue por ellos por los que surgió la gran disputa. Muchos de nosotros ya estábamos más que satisfechos con haber recobrado la libertad, y no queríamos tener un asesinato sobre nuestras conciencias. Una cosa era matar a un soldado con un mosquetón en la mano, y otra muy distinta ver cómo se asesinaba a sangre fría. Ocho de nosotros, cinco prisioneros y tres marineros, dijimos que no queríamos verlo. Pero no había forma de convencer a Prendergast y a los que estaban con él. La única certeza de tener una seguridad total era, según él, acabar con todos, y no estaba dispuesto a dejar una sola lengua capaz de charlar ante un jurado. A punto estuvimos de tener que compartir la suerte de los prisioneros, pero finalmente dijo que podíamos coger un bote y marcharnos. Le cogimos la palabra, pues ya estábamos asqueados de sucesos tan sangrientos y sospechábamos que aún habría más. A cada uno nos dieron un juego de atuendos marineros, un barril de agua, una caja de carne salada, una de galletas y un compás. Prendergast nos tiró un mapa, nos dijo que éramos náufragos cuyo barco se había hundido a 15° de latitud norte y a 25° de longitud oeste, cortó las amarras y nos dejó ir.*

*Y ahora, querido hijo, llego a la parte más sorprendente de la historia. Durante el levantamiento, los marineros habían halado el trinquete, pero así que empezamos a alejarnos de ellos, lo cuadraron de nuevo y, puesto que soplaba un ligero viento del norte y del este, el barco comenzó a separarse lentamente de nosotros. Nuestra barca se mecía entre las suaves olas y Evans y yo que éramos los más*



*cultos del grupo, estábamos sentados en la escota intentando averiguar nuestra posición y hacia qué costa debíamos poner rumbo. Era una buena pregunta, pues las islas de Cabo Verde quedaban a unas quinientas millas al norte y la costa de África a unas setecientas millas al este. En definitiva, como el viento parecía querer cambiar hacia el norte, pensamos que Sierra Leona sería mejor y maniobramos en esa dirección; el barco se encontraba a estribor. De pronto, vimos que surgía de él una densa nube de humo negro*

que se quedó suspendida en el cielo como un monstruoso árbol. Segundos más tarde un rugido nos ensordeció y, cuando se fue aclarando el humo, no quedaba rastro del *Gloria Scott*. Rápidamente maniobramos y nos dirigimos, remando con todas nuestras fuerzas, hacia el punto donde un círculo de espuma sobre las aguas señalaba el lugar de la catástrofe.

Tardamos una hora en llegar y al principio temimos que sería ya demasiado tarde para salvar a nadie. Un bote destrozado y diversos maderos y cajas flotando en la superficie indicaban dónde el barco había hecho agua, pero no había señales de vida, y ya nos marchábamos, cuando oímos un grito de socorro y vimos a cierta distancia un hombre agarrado a un madero. Cuando le metimos en la barca, resultó ser un joven marinero, llamado Hudson, que se encontraba tan exhausto y tenía tantas quemaduras que no pudo contarnos lo ocurrido hasta la mañana siguiente.

Parece ser que cuando nos hubimos marchado, Prendergast y su banda dieron muerte a los cinco prisioneros restantes; habían acribillado a los dos vigilantes y los habían echado por la borda e igualmente habían actuado con el tercer oficial. Prendergast bajó entonces a la segunda cubierta y con sus propias manos cortó el cuello al desdichado médico.

Sólo quedaba ya el primer oficial, hombre valeroso y enérgico. Cuando vio que se le acercaba el prisionero, cuchillo ensangrentado en mano, se deshizo de las ligaduras, que de algún modo había conseguido aflojar, y corrió por la cubierta hasta la bodega.

Una docena de convictos, que bajaron armados en su busca, le encontraron con una caja de cerillas en la mano sentado junto a un barril de pólvora, uno de los cien que iban a bordo, y jurando que haría saltar todo si de alguna forma se le molestaba. La explosión sobrevino un segundo más tarde, aunque Hudson pensaba que la había producido una bala desviada de uno de los prisioneros, y no la cerilla del oficial. Fuera cual fuese la causa, fue el fin del *Gloria Scott* y de la chusma que lo pilotaba.

Ésta es, hijo, en pocas palabras, la historia de este asunto terrible en el que me encontré metido. Al día siguiente nos recogió el *Hotspur*, que iba rumbo a Australia, y cuyo capitán no tuvo dificultad en creernos los supervivientes de un barco de pasajeros que se había hundido. El almirantazgo dio al *Gloria Scott* por desaparecido en alta mar y nada se supo jamás de su verdadero fin. Tras un excelente viaje, el *Hotspur* nos desembarcó en Sydney; allí, Evans y yo nos cambiamos el nombre y nos encaminamos hacia donde multitud de gentes de otros países cavaban en busca de oro, entre los que no tardamos en perder nuestras anteriores identidades.

El resto no hace falta que te lo cuente. Prosperamos, viajamos, volvimos a Inglaterra como ricos colonos y compramos nuestras haciendas. Durante más

*de veinte años hemos llevado una vida tranquila y útil y esperábamos que nuestro pasado estuviera enterrado para siempre. Imagínate, pues, lo que sentí cuando reconocí en el marinero que llegó a nuestra casa al hombre que habíamos salvado del naufragio. De alguna forma había conseguido dar con nosotros y se había propuesto vivir a costa de nuestro miedo. Ahora comprenderás por qué me esforzaba en mantener la paz con él, y de alguna manera te condolerás conmigo por los temores que siento al ver que, con amenazas, se dirige hacia su otra víctima.*

Debajo, escrito con letra tan temblorosa que apenas se podía entender, decía:

*Beddoes escribe en cifra que H. lo ha contado todo. ¡Señor, ten piedad de nuestras almas!*

—Ésa fue la narración que leí al joven Trevor aquella noche, y pienso, Watson, que, dadas las circunstancias, era dramática. El pobre muchacho se quedó desconsolado y partió para las plantaciones de té de Terai, donde tengo entendido que las cosas le van bien. En cuanto al marinero y a Beddoes, nunca más se volvió a saber de ellos después del día en que se escribió la carta de aviso. Ambos desaparecieron completa y absolutamente. La policía no tuvo noticias de nada, de modo que Beddoes confundió una amenaza con un hecho real. A Hudson se le había visto merodear por los alrededores, y la policía creyó que había huido tras matar a Beddoes. Yo personalmente pienso que la verdad era justo al contrario. Pienso que es harto probable que Beddoes, desesperado y creyéndose traicionado, se vengó de Hudson y huyó del país con cuanto dinero pudo conseguir. Ésos son los hechos, doctor, y si le pueden ser de utilidad para su archivo los pongo a su servicio con mucho gusto.

# EL RITUAL DE LOS MUSGRAVE

Una anomalía en el carácter de mi amigo Sherlock Holmes que siempre me sorprendió era que, a pesar de que en su razonamiento se mostraba el más preciso y metódico de los mortales y vestía con cierto remilgo, en cuanto a sus hábitos personales era uno de los hombres más desordenados del mundo, capaz de volver loco a cualquiera que compartiera con él su casa. Y no es que yo sea demasiado convencional a ese respecto, pues mi desorganizado trabajo en Afganistán, unido a una tendencia natural por lo bohemio, han hecho de mí un ser bastante más descuidado de lo que corresponde a alguien que ejerce la medicina. Pero yo tengo un límite, y, cuando tropiezo con una persona que guarda los puros en el cubo del carbón, el tabaco en las babuchas persas y clava la correspondencia sin contestar con un cuchillo en la repisa de madera de la chimenea, comienzo a darme ciertos aires. Siempre he mantenido, además, que practicar con el revólver debía ser, claramente, un deporte exterior; de modo que, cuando Holmes, en uno de sus extraños estados de humor, se sentaba en una butaca, empuñaba su revólver y con un centenar de cartuchos Boxer se dedicaba a agujerear la pared de enfrente con un patriótico «V. R.» a modo de decoración, no podía menos de pensar que ni la atmósfera ni el aspecto de nuestro cuarto salían beneficiados.

Nuestras habitaciones estaban siempre atestadas de productos químicos y reliquias criminales, que solían extraviarse y aparecer en la mantequera o en lugares aún menos deseables. Pero mi mayor cruz la constituían sus papeles. Le horrorizaba destruir documentos, en especial aquellos que guardaban relación con casos pasados y, sin embargo, raro era que encontrara la suficiente energía como para ponerse a ordenarlos más de una vez cada dos años, pues, como ya he mencionado anteriormente en estas desordenadas crónicas, a los ataques de tremenda energía durante los que realizaba las



asombrosas hazañas a las que va vinculado su nombre, seguían periodos de letargo durante los cuales se entretenía con sus libros y su violín, casi inmóvil salvo para ir del sofá a la mesa. Así, mes tras mes, sus papeles se iban amontonando, hasta que

cada esquina de la habitación estaba abarrotada de haces de manuscritos, que en modo alguno se podían quemar y que nadie salvo su dueño podía guardar.

Cierta noche de invierno, en que nos encontrábamos sentados junto a la chimenea, me atreví a sugerirle que, dado que había terminado de clasificar unos recortes, quizá pudiera emplear las dos horas siguientes en asear nuestro cuarto y hacerlo así más habitable. No podía negar la justicia de mi petición, de forma que con el rostro un tanto sombrío marchó hacia su dormitorio y regresó tirando de una gran caja de hojalata. La colocó en el centro de la habitación y, sentándose en un taburete, procedió a levantar la tapa. Pude ver que estaba casi llena de papeles, empaquetados en distintos montones y atados con una cuerda roja.

—Aquí hay suficientes casos, Watson —dijo, mirándome con una picara sonrisa—. Creo que si supiera usted todo lo que hay en esta caja, me pediría que sacara algunos en lugar de meter más.

—¿Son éstos, pues, sus primeros trabajos? —pregunté—. Siempre he deseado tener notas acerca de ellos.

—Sí, señor. Son trabajos hechos prematuramente, antes de que llegara mi biógrafo y me diera la fama —y con ternura, casi acariciándolos, levantó montón tras montón—. No todos son éxitos, Watson —dijo—, pero están incluidos algunos casos muy bonitos. Aquí están las notas del asesinato de Tarleton y el caso de Vamberry, el comerciante de vinos, y la aventura de la mujer rusa, y el curioso asunto de la muleta de aluminio, además del relato completo del zopo Ricoletti y su abominable mujer. Y aquí... bueno, éste sí que es realmente un poco *recherché*.

Hundió el brazo hasta el fondo del baúl y extrajo una pequeña caja de madera con tapa corredera, como las que utilizan los niños para guardar los juguetes. De ella sacó un papel arrugado, una llave antigua de latón, una pinza de madera a la cual estaba atada una pelotita de cuerda y tres discos de metal oxidados.

—Bien, muchacho, ¿qué piensa de todo esto? —preguntó sonriendo al ver la expresión de mi rostro.

—Es una curiosa colección.

—Muy curiosa, y la historia que la rodea lo es aún más.

—Entonces ¿estas reliquias tienen historia?

—Tanto es así que *son* historia.

—¿Qué quiere decir?

Sherlock Holmes las cogió de una en una y las colocó al borde de la mesa. Se arrellanó luego en la silla y las observó con mirada satisfecha.

—Esto —dijo— es todo lo que me queda como recuerdo del *Ritual de los Musgrave*.

En más de una ocasión le había oído mencionar el caso, pero nunca había conseguido reunir los detalles.

—Me gustaría que me lo explicara —dije.

—¿Y dejar todos estos papeles tirados? —exclamó con aire malicioso—. Bueno,

Watson, supongo que podrá soportar el desorden unos días más. Me gustaría que añadiera este caso a sus anales, pues contiene puntos que lo convierten en único en los archivos policiales de éste e incluso de cualquier otro país. Una colección de mis insignificantes logros no estaría completa si no contara con el relato de este asunto tan particular.

Recordará usted cómo el asunto del *Gloria Scott* y mi conversación con aquel pobre hombre cuyo sino le relaté me encaminaron hacia la profesión que se convirtió en mi trabajo diario. Usted me ve ahora, cuando todo el mundo conoce mi nombre y cuando tanto el público como las fuerzas oficiales me consideran una especie de tribunal último al que recurren cuando se trata de casos dudosos. Incluso cuando usted me conoció por primera vez, con motivo del asunto que ha rememorado en *Estudio en Escarlata*, yo ya gozaba de buenas, si no lucrativas, conexiones. No puede usted saber, pues, lo difícil que me resultó al principio, y lo mucho que hube de esperar hasta abrirme paso.

Cuando vine a Londres por primera vez, me alojaba en Montague Street, a la vuelta del Museo Británico, y allí esperaba, ocupando mis interminables horas de ocio en estudiar todas aquellas ramas de la ciencia que podían contribuir a hacerme más eficaz. De cuando en cuando me llegaba algún caso, principalmente a través de antiguos compañeros de carrera, pues durante mis últimos años en la Universidad se habló allí mucho de mí y de mis métodos. El tercero de estos casos fue el del *Ritual de los Musgrave*. Al interés que despertó aquella singular cadena de acontecimientos y los enormes problemas que estaban en juego, debo mis primeros pasos hacia la posición que ahora ostento.

Reginald Musgrave era compañero mío y yo le conocía un poco. No era demasiado popular entre los estudiantes, si bien yo siempre consideré que lo que se tomaba por orgullo era en realidad un intento de ocultar una naturaleza tímida. Tenía un aspecto tremendamente aristocrático, delgado, de nariz aguileña, y ojos grandes y modales lánguidos pero elegantes. De hecho era el vástago de una de las más rancias familias del reino, aunque su rama era la segundona y se había separado de los Musgraves del norte en el siglo XVI. Se había establecido en el oeste de Sussex, donde su casa de Hurlstone es quizá el edificio del condado habitado desde hace más años. Parecía rodearle algo del lugar en que nació y yo nunca le pude mirar sin que su pálido y afilado rostro o el ángulo de su cabeza me recordara las grisáceas arcadas, las ventanas con parteluz y todos los venerables vestigios de una fortaleza feudal. Hablábamos de vez en cuando y recuerdo que en más de una ocasión se interesó vivamente por mis métodos de observación y deducción.

Hacía cuatro años que no le había visto, cuando una mañana se personó en mi habitación de Montague Street. Había cambiado poco, vestía a la moda (siempre fue un dandi), y conservaba los mismos modos tranquilos y suaves que siempre le habían caracterizado.

—¿Cómo le han ido las cosas, Musgrave? —pregunté, después de que nos

hubimos saludado cordialmente.

—Supongo —dijo— que sabrá que mi padre murió hace cosa de dos años. Desde entonces he tenido que hacerme cargo de la hacienda Musgrave y, como también soy miembro del Parlamento por el distrito, he llevado una vida muy ocupada. Tengo entendido, Holmes, que está dedicando a fines prácticos aquellos poderes con los que solía asombrarnos.

—Así es —respondí—. Me dedico a vivir de mi ingenio.

—Me alegra saberlo, pues en este momento su consejo me sería muy valioso. Han pasado cosas muy extrañas en Hurlstone, y la policía no ha conseguido aportar ninguna luz al asunto. Es realmente un caso raro, extraordinario e inexplicable por demás.

Puede imaginarse, Watson, con qué interés le escuché, pues parecía haber llegado la oportunidad que llevaba esperando durante tantos meses de inactividad. En el fondo de mi corazón creía que podía tener éxito donde otros no lo consiguieron y aquí tenía la oportunidad de ponerme a prueba.

—Le ruego me dé los detalles —exclamé.

Reginald Musgrave se sentó frente a mí y encendió el cigarrillo que le ofrecí.

—Debe usted saber —dijo—, que, aunque estoy soltero, he de tener un considerable número de criados en Hurlstone, pues es un antiguo caserón destartado, que necesita muchos cuidados. También tengo un coto y, durante los meses del faisán, suelo dar alguna fiesta, de modo que no puedo ir corto de servicio. En total hay ocho doncellas, un cocinero, el mayordomo, dos criados y un muchacho. El jardín y los establos tienen, por supuesto, un personal diferente.

»De todos ellos el que más tiempo llevaba a nuestro servicio era Brunton, el mayordomo. Mi padre lo tomó cuando era un joven maestro sin trabajo, pero era una persona enérgica, de mucho carácter, y pronto se hizo indispensable en la casa. Era un hombre alto, apuesto, con la frente despejada y, aunque lleva con nosotros veinte años, no tendrá ahora más de cuarenta. Dadas sus cualidades personales y dotes extraordinarias, pues habla varios idiomas y toca casi todos los instrumentos, es maravilloso que durante tanto tiempo se haya sentido satisfecho en su puesto, pero imagino que se encontraba cómodo y que carecía de energía para cambiar. El mayordomo de Hurlstone es algo que todo el que va allí recuerda.

»Pero este dechado de virtudes tiene un defecto. Es un poco donjuán y, como puede imaginarse, para un hombre como él tal papel no resulta difícil en un tranquilo distrito rural. Cuando estaba casado no había problema, pero desde que se ha quedado



viudo hemos tenido un sinfín de ellos. Hace unos meses abrigamos la esperanza de que se casara de nuevo, pues se comprometió con Rachel Howells, la segunda doncella, pero la ha dejado por Janet Tregellis, la hija del guardabosques jefe. Rachel, que es una buena chica pero con un vivo temperamento gales, sufrió un agudo ataque de fiebre y deambula por la casa (o al menos es lo que hacía hasta ayer) como una sombra ojerosa. Ése fue el primer drama en Hurlstone, pero quedó desplazado por un segundo drama, precedido por la deshonra y destitución del mayordomo Brunton.

»Verá lo que ocurrió. Ya he dicho que el hombre era inteligente, y esta misma inteligencia ha ocasionado su ruina, pues parece haberle llevado a una curiosidad insaciable por cosas que no le concernían en absoluto. Yo no tenía ni la menor idea de hasta dónde podía llevarle, hasta que un accidente de lo más trivial me abrió los ojos.

»Ya he dicho que la casa es un poco destartada. Una noche de la semana pasada, el jueves para ser exacto, no podía dormir, pues tontamente me había tomado una taza de *café noir* después de la cena. Después de intentarlo hasta las dos de la madrugada me di cuenta de que era inútil, de modo que me levanté y encendí una vela con la intención de seguir con la novela que estaba leyendo. Pero tenía el libro en el cuarto del billar, así que me puse el batín y me fui a buscarlo.

»Para llegar al cuarto del billar tuve que bajar un tramo de escaleras y luego cruzar el pasillo que conduce hasta la biblioteca y el cuarto de armas. Se puede imaginar mi sorpresa cuando al fondo del pasillo vi una ranura de luz que provenía de la biblioteca. Yo mismo había apagado todas las lámparas antes de irme a la cama. Como es natural, lo primero que pensé fue en que eran ladrones. Los pasillos de Hurlstone tienen la mayoría de las paredes decoradas con trofeos de armas antiguas. Cogí un hacha y, dejando la vela, fui de puntillas por el pasillo y me asomé por la puerta entreabierta.

»Brunton, el mayordomo, estaba en la biblioteca. Estaba sentado en una cómoda butaca, completamente vestido. Sobre las rodillas tenía un papel con aspecto de mapa y hundía la cabeza entre las manos como sumido en profundos pensamientos. Mudo de asombro, me quedé mirándole desde la oscuridad. Una pequeña vela sobre la mesa daba una mortecina luz, que me bastó para ver que estaba vestido. De pronto, mientras le observaba, se levantó de la butaca y caminó hacia un escritorio, lo abrió y tiró de uno de los cajones. Sacó un papel y, volviendo a su asiento, lo extendió junto a la vela encima de la mesa y comenzó a estudiarlo detenidamente. Tal fue mi indignación ante aquel tranquilo examen de los documentos familiares, que di un paso adelante, y Brunton, levantando la vista, me vio en el umbral de la puerta. Se puso en pie de un salto, la cara demudada por el miedo, y escondió en la pechera el papel, parecido a un mapa, que estaba estudiando antes.

—¿De modo que así es como nos paga la confianza que hemos puesto en usted? —dije—. Mañana dejará usted su puesto.

»Con el aspecto de alguien totalmente hundido, hizo una pequeña reverencia y salió sin decir una palabra. La vela seguía encima de la mesa y a su luz miré el papel

que Brunton había sacado del escritorio. Con sorpresa vi que no era nada importante, sino sencillamente una copia de las preguntas y respuestas del curioso ritual antiguo denominado el *Ritual de los Musgrave*. Es una especie de ceremonia, peculiar de nuestra familia, por la cual ha pasado todo Musgrave desde hace siglos al cumplir la mayoría de edad; algo de interés privado, que incluye nuestros cargos y nombramientos, pero carente de uso práctico, excepto quizá como curiosidad para un arqueólogo.

—Luego volveremos al papel —le dije.

—Bueno, si lo cree realmente necesario —contestó dubitativamente—. Pues, continuando mi relato, volví a cerrar el escritorio con la llave que Brunton había dejado y estaba a punto de marcharme, cuando me sorprendió ver que el mayordomo había vuelto y estaba de pie ante mí.

—Señor Musgrave —exclamó con la voz ronca de emoción—, no soporto esta deshonra, señor. Siempre he sido más orgulloso de lo que mi situación aconsejaba y la deshonra me mataría. Sobre su cabeza caerá mi sangre, se lo aseguro, señor, si me aboca a la desesperación. Si después de lo ocurrido no quiere que me quede, por el amor de Dios, déjeme que sea yo el que me despida y me marche dentro de un mes, como si fuera propia voluntad. Eso lo podría soportar, señor, pero no el que todos los que conozco sepan que me han despedido.

—No merece tanta consideración, Brunton —le respondí—. Su conducta ha sido de lo más infame. Sin embargo, ya que lleva tanto tiempo con nosotros, no quiero deshonrarle públicamente. Pero un mes es demasiado. Márchese antes de una semana y alegue el motivo que quiera para hacerlo.

—¿Sólo una semana, señor? —gritó con tono de desesperación—. Quince días, diga al menos quince días.

—Una semana —repetí—. Y considérese tratado con benevolencia.

»Se fue encogido, la cabeza hundida en el pecho como un hombre destrozado, y yo apagué la vela y regresé a mi dormitorio.

»Durante los días siguientes Brunton atendió a sus obligaciones con gran solicitud. Yo no hice referencia alguna a lo ocurrido y esperaba con cierta curiosidad ver cómo saldría del paso. Pero a la tercera mañana no apareció después de desayunar a recibir como de costumbre mis órdenes para el día. Cuando salía del comedor, me encontré con Rachel Howells, la doncella. Ya le he dicho que se acababa de reponer de una enfermedad y tenía un aspecto tan desangelado que le regañé por estar trabajando.

—Debería estar en la cama —dije—. Ya volverá a sus obligaciones cuando esté más restablecida.

»Me miró con una expresión tan extraña que comencé a pensar que estaba algo trastornada.

—Ya estoy bien, señor Musgrave —dijo.

—Veremos lo que dice el médico —respondí—. Ahora váyase a la cama, y,

cuando baje, dígame a Brunton que quiero verle.

—El mayordomo se ha marchado —contestó.

—¿Que se ha marchado? ¿Dónde se ha marchado?

—Se ha marchado. Nadie lo ha visto. No está en su cuarto. Sí, sí, se ha ido.

»Y al decir esto se apoyó en la pared profiriendo gritos y risotadas, mientras yo, horrorizado ante aquel ataque de histeria, corrí en busca de ayuda. La llevaron a su habitación, gritando y sollozando, y yo intenté averiguar algo acerca de Brunton. No había ninguna duda de que había desaparecido. Su cama no estaba deshecha, nadie le había visto desde que se retirara a su habitación la noche anterior. Sin embargo era difícil entender cómo había abandonado la casa, pues tanto ventanas como puertas estaban cerradas por la mañana. En su habitación estaban sus ropas, su reloj e incluso el dinero, y sólo faltaba el traje negro que solía ponerse. Tampoco estaban las zapatillas, aunque sí las botas. ¿Dónde, pues, se había marchado Brunton durante la noche y dónde se encontraba ahora?

»Registramos la casa desde el desván hasta las bodegas, pero no había ni rastro de él. Como ya he dicho, la casa es un laberinto, sobre todo el ala original, que ahora está completamente deshabitada, pero examinamos cada habitación y cada ático sin descubrir la menor señal del hombre desaparecido. Me resultaba increíble que se hubiera marchado sin llevarse sus cosas, pero ¿dónde podía estar? Llamé a la policía local, pero no tuvieron éxito. Había llovido la noche anterior y examinamos los caminos circundantes y el césped de la casa, pero todo en vano. Así estaban las cosas cuando un nuevo incidente desvió nuestra atención de este misterio.

»Rachel Howells llevaba dos días tan enferma, a ratos delirando y a ratos presa de histeria, que habíamos llamado a una enfermera para que estuviera con ella por la noche. La tercera noche después de la desaparición de Brunton, la enfermera vio que la paciente dormía tranquilamente y se echó un sueñecito en la butaca. Cuando despertó por la mañana, encontró la cama vacía, la ventana abierta y ni rastro de la enferma. Me levantaron al momento y con los criados fuimos en busca de la chica. No fue difícil ver la dirección que había tomado, pues, partiendo de su ventana, sus huellas cruzaban el césped hasta el borde del lago, donde desaparecían cerca del camino de gravilla que conduce fuera de la hacienda. El lago en ese punto tiene una profundidad de ocho pies, y se puede figurar lo que pensamos al ver que el rastro de la demente acababa allí.

»Lo dragamos para rescatar el cadáver, pero no lo encontramos. Por el contrario, salió a la superficie un objeto de lo más inesperado. Era una bolsa de lino que contenía un montón de metal descolorido y oxidado y varios trozos de un cristal o una piedra opaca. Este extraño hallazgo es lo único que nos proporcionó el lago y, aunque ayer se buscó y preguntó por doquier, hasta el momento no se sabe nada ni de Rachel Howells ni de Richard Brunton. La policía del condado anda desconcertada y yo he recurrido a usted como último recurso.

Ya puede usted suponer, Watson, el interés con que seguí esta extraordinaria

secuencia de sucesos, e intenté ordenarlos y encajarlos para encontrar algo en común que los hilvanara.

El mayordomo se había ido, la doncella se había ido. La doncella estaba enamorada del mayordomo, pero después tuvo motivos para odiarle. Era galesa, apasionada y temperamental. Se encontraba muy excitada tras la desaparición de Brunton. Había tirado al agua una bolsa llena de contenidos curiosos. Éstos eran los factores que considerar y sin embargo ninguno parecía llegar muy al fondo de la cuestión. ¿Cuál era el punto de arranque de esta cadena? Porque éste era el final de la enmarañada madeja.

—Musgrave —dije—, tengo que ver ese papel que su mayordomo creyó interesante examinar, incluso arriesgándose a perder su empleo.

—Este Ritual nuestro es algo bastante absurdo —respondió—, pero al menos, y a modo de gracia redentora, tiene la excusa de su antigüedad. Tengo aquí una copia de las preguntas y respuestas si quiere verlas.

Me dio este mismo papel que tengo aquí, Watson, y éste es el extraño catecismo al que se debía someter todo Musgrave cuando llegaba a su mayoría de edad. Le leeré las preguntas y las respuestas tal y como vienen:

«—¿A quién pertenecía?

—Al que se ha ido.

—¿Quién la tendrá?

—El que venga.

—¿Cuál era el mes?

—El sexto desde el principio.

—¿Dónde estaba el sol?

—Sobre el roble.

—¿Dónde estaba la sombra?

—Bajo el olmo.

—¿Dónde estaba colocada?

—Al norte diez y diez, al este cinco y cinco, al sur dos y dos, al este uno y uno, y luego debajo.

—¿Qué daremos por ella?

—Todo lo que es nuestro.

—¿Por qué deberíamos hacerlo?

—Para custodiarla».

—El original no tiene fecha —comentó Musgrave—, pero la ortografía es del siglo XVII. Me temo que no le servirá gran cosa para resolver este misterio.

—Al menos nos proporciona otro misterio, incluso más interesante que el primero. Puede que la solución del uno sea la solución del otro. Me disculpará, Musgrave, si le digo que su mayordomo me parece un hombre muy inteligente y que tiene más lucidez que diez generaciones de amos.

—Apenas le entiendo —dijo Musgrave—, y no me parece que el papel tenga

ninguna utilidad práctica.

—Pues a mí me parece enormemente práctico y pienso que Brunton opinó lo mismo. Probablemente lo había visto antes de la noche en que usted le sorprendió.

—Es muy probable. No nos molestábamos en esconderlo.

—Creo que en esa última ocasión simplemente quería refrescarse la memoria. Si he entendido bien, cuando usted apareció tenía en la mano un mapa o algo así que procedió a esconder, ¿no?

—Es cierto. ¿Pero qué tenía él que ver con nuestras antiguas costumbres familiares y qué significado tiene toda esa palabrería?

—No creo que tengamos grandes dificultades en determinarlo —dije—. Con su permiso, tomaremos el primer tren a Sussex y entraremos más de lleno en el asunto allí mismo.

Aquella misma tarde estábamos los dos en Hurlstone. Posiblemente haya visto usted dibujos y leído descripciones del famoso edificio, de modo que limitaré mi relato a decirle que está construido en forma de L, siendo el brazo largo la parte más moderna y el más corto el núcleo antiguo, al cual se le añadió el otro. Sobre el dintel de la achatada puerta, en el centro de esta parte antigua, está cincelada la fecha 1607, pero los expertos coinciden en afirmar que las vigas y las sillerías son muy anteriores. Los gruesos muros y pequeñas ventanas habían forzado a la familia, el siglo pasado, a construir el ala moderna, y la antigua se utilizaba ahora como almacén y bodega. La casa estaba rodeada por un parque espléndido, con buenos árboles, y el lago al que se había referido mi cliente estaba junto a la avenida, a unas doscientas yardas del edificio.

Yo ya estaba muy convencido, Watson, de que aquí no había tres misterios aislados, sino uno solo, y creía firmemente que, si interpretaba bien el *Ritual de los Musgrave*, tendría en mis manos la pista que me conduciría a la verdad respecto al mayordomo Brunton y a la doncella Howells. Así pues, enfoqué todas mis energías en esa dirección. ¿Por qué iba este criado a tener tanto interés en dominar aquella antigua fórmula? Evidentemente porque vio en ella algo que se les había escapado a todas las generaciones de terratenientes rurales y de la cual esperaba sacar provecho propio. ¿Qué era, pues, y cómo había influido en su destino?

Me resultaba evidente, al leer el Ritual, que las medidas debían de referirse a algún lugar al que aludía el resto del documento, y que si encontrábamos ese lugar iríamos bien encaminados hacia conocer cuál era el secreto que los viejos Musgraves habían creído necesario embalsamar de modo tan curioso. Se nos daban dos pistas para empezar, un roble y un olmo. En cuanto al roble no había duda. Justo enfrente de la casa, a la derecha de la avenida, se alzaba un roble patriarcal, uno de los árboles más magníficos que jamás he visto.

—¿Estaba ahí cuando se escribió su ritual? —dije al pasar delante de él.

—Estaba ahí ya con la conquista normanda, seguramente —respondió—. Tiene una circunferencia de más de veintitrés pies.

Uno de mis puntos quedaba asegurado.

—¿Tiene algún olmo antiguo? —pregunté.

—Solía haber uno muy antiguo allí, pero hace diez años le cayó un rayo y cortamos el tocón.

—¿Puede verse aún dónde estaba?

—Sí.

—¿Y no hay más olmos?

—Antiguos no, aunque hay numerosas hayas.

—Me gustaría ver dónde se levantaba.

Habíamos llegado hasta la casa en un carruaje y, sin entrar, mi cliente me condujo al lugar del césped donde se había alzado el árbol. Estaba a medio camino entre el roble y la casa. Mi investigación parecía progresar.

—Supongo que será imposible saber la altura que tenía, ¿no?

—Se la puedo dar ahora mismo. Sesenta y cuatro pies.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté asombrado.

—Cuando de pequeño mi tutor me ponía ejercicios de trigonometría, siempre eran a base de medir alturas, y así me sé la de cada edificio y árbol de la hacienda.

Era éste un golpe de suerte inesperado. Mis datos me llegaban más deprisa de lo que hubiera podido esperar.

—Dígame —pregunté—, ¿no le haría el mayordomo en alguna ocasión la misma pregunta?

Reginald Musgrave me miró sorprendido.

—Ahora que lo menciona —respondió—, Brunton *me preguntó* por la altura de ese árbol hace unos meses, a propósito de una pequeña discusión que había tenido, al parecer, con el mozo de la cuadra.

Esto me animó muchísimo, Watson, pues me demostró que estaba en el buen camino. Miré hacia el sol. Estaba muy bajo y calculé que en menos de una hora estaría justo encima de las ramas más altas del viejo roble. Una de las condiciones mencionadas en el ritual se cumpliría entonces. Y lo de la sombra del olmo debía referirse al final de la sombra, de lo contrario se habría escogido el tronco como guía. Sólo me restaba averiguar dónde caería el final de la sombra cuando el sol acabara de pasar el roble.

—Eso debió de ser difícil, Holmes, pues el olmo ya no estaba allí.

—Bueno, al menos sabía que, si Brunton lo había podido hacer, yo también podría. Además, tampoco hubo tanta dificultad. Fui con Musgrave a su despacho y



localicé esta estaca, a la cual até este cordel, en el que hice un nudo cada yarda.

Luego cogí dos largos de una caña de pescar, que hacían justo seis pies, y volví con mi cliente donde había estado el olmo. El sol rozaba la copa del roble. Sujeté la caña, marqué la dirección de la sombra y la medí. La sombra que proyectaba era de nueve pies. A partir de ahí el cálculo fue muy sencillo. Si una caña que medía seis pies arrojaba una sombra de nueve pies, un árbol de sesenta y cuatro pies daría una de noventa y seis pies, y la línea del uno sería, por descontado, la línea del otro. Medí la distancia, que me llevó hasta casi el muro de la casa, y hundí un palo en el sitio que me indicaba. Puede figurarse mi excitación, Watson, cuando, a dos pulgadas de mi palo, vi una depresión cónica en el terreno. Supe que era la marca que Brunton había hecho como resultado de sus medidas, y que yo seguía su pista.

Desde este punto comencé a caminar, habiendo comprobado los puntos cardinales con una brújula. Diez pasos dados con cada pie me llevaron paralelamente al muro de la casa y de nuevo marqué el lugar con un palo. Luego di cinco pasos al este y dos al sur. Me llevaron al mismo umbral de la puerta. Ahora dos al oeste significaba que debía dar dos pasos pasillo abajo y éste sería el lugar indicado por el Ritual.

Jamás he experimentado una sensación de frustración tan grande, Watson; por un momento me pareció que debía haber un error radical en mis cálculos. El sol poniente caía de lleno sobre el suelo del pasillo y pude ver que las desgastadas y grisáceas piedras de que estaba pavimentado estaban firmemente adosadas con cemento y que no se habían movido en muchos años. Brunton no había estado trabajando allí, pues. Golpeé el suelo pero sonaba igual por todas partes, y no había ninguna ranura. Pero afortunadamente Musgrave, que había comenzado a apreciar el significado de mi proceder y que se hallaba ahora tan emocionado como yo mismo, sacó el manuscrito para comprobar mis cálculos.

—¡Y debajo! —exclamó—. Ha omitido el «y debajo».

Yo había interpretado el «y debajo» como que teníamos que excavar, pero de pronto comprendí mi equivocación.

—¿Hay, pues, una bodega aquí debajo? —exclamé.

—Sí, y tan antigua como la casa. Es por ahí, por esa puerta.

Bajamos por una escalera de caracol de piedra, y mi acompañante prendió una cerilla para encender la lámpara que había sobre un barril en una esquina. Al instante nos dimos cuenta de que por fin llegábamos al sitio correcto y de que no éramos los únicos que habían visitado el lugar recientemente.

Se había utilizado para almacenar madera, pero las astillas que evidentemente habían cubierto el suelo se habían ido apartando para dejar un espacio libre en el centro. Allí había una loseta grande, con una anilla oxidada en el centro, a la que había atada una recia bufanda de cuadros.

—¡Por Júpiter! —exclamó mi cliente—. Es la bufanda de Brunton. Se la he visto puesta, puedo jurarlo. ¿Qué ha estado haciendo aquí ese rufián?

A instancias mías, llamamos a un par de policías del condado para que

presenciaran la escena y entonces intenté levantar la piedra tirando de la bufanda. La pude mover un poco, y sólo conseguí apartarla con la ayuda de uno de los policías. Un agujero negro se abrió a nuestros pies. Todos nos inclinamos para mirar, y Musgrave, de rodillas, introdujo en él la lámpara.

Era una pequeña habitación, de unos siete pies de profundidad y cuatro pies cuadrados de superficie. A un lado se veía una caja de madera, con tachuelas de latón, la tapa levantada y esta anticuada llave en la cerradura. Estaba cubierta de una espesa capa de polvo, y la humedad y los gusanos habían atacado la madera de modo que el interior estaba lleno de hongos. Varios discos de metal, aparentemente antiguas monedas, como las que tengo aquí, cubrían el fondo de la caja, pero no había más.

Sin embargo, en ese momento no pudimos pensar mucho en el viejo cofre, pues teníamos los ojos fijos en lo que estaba agazapado junto a él. Era la figura de un hombre, vestido de negro, que estaba sentado en cuclillas; su cabeza reposaba sobre el borde de la caja y tenía los brazos extendidos a ambos lados de ésta. La postura había hecho que le subiera la sangre y nadie hubiera reconocido aquel rostro distorsionado. Pero la altura, el traje y el pelo bastaron para que, cuando hubimos subido el cadáver, mi cliente reconociera a su mayordomo desaparecido. Llevaba algunos días muerto, pero no había heridas o magulladuras en su cuerpo que demostraran cómo había encontrado su trágico fin. Cuando sacaron el cadáver de la bodega, seguíamos encontrándonos con un problema casi tan mayúsculo como aquél con el que habíamos comenzado.

Confieso, Watson, que hasta el momento me sentía desilusionado de mi investigación. Había contado con solucionar el asunto una vez hubiera encontrado el lugar al cual se refería el Ritual. Pero ahora ya estaba allí y, sin embargo, seguía encontrándome igual de lejos que al principio en cuanto a saber qué era lo que la familia había escondido con tan elaboradas precauciones. Ciertamente había desvelado el misterio de Brunton, pero ahora debía esclarecer cómo le había llegado la muerte y qué papel jugaba en todo esto la mujer que había desaparecido. Me senté en un barrilete y repasé de nuevo todo el asunto.

Ya conoce usted mis métodos en estos casos, Watson: me pongo en el lugar de la persona y, tras haber calibrado su inteligencia, intento imaginarme cómo hubiera actuado yo bajo las mismas circunstancias. En este caso el asunto se simplificaba al ser la inteligencia de Brunton de primer orden, de modo que era innecesario hacer concesiones a la ecuación personal, como dicen los astrónomos. Él sabía que algo de



valor estaba escondido, había encontrado el lugar y descubierto que la piedra que lo tapaba era demasiado pesada para que la levantara un hombre solo. ¿Qué haría entonces? No podía pedir ayuda del exterior, incluso aunque tuviera alguien de confianza, sin forzar alguna puerta, con el correspondiente riesgo de que le descubrieran. Era mejor que su cómplice perteneciera a la casa. Pero ¿a quién recurrir?

La chica siempre le había querido. A un hombre siempre le resulta difícil reconocer que, por muy mal que la haya tratado, una mujer ha dejado de estar enamorada de él. Podía intentar ser un poco amable con la chica y hacer las paces con ella y, así, conseguirla como cómplice. Juntos irían una noche a la bodega y uniendo fuerzas conseguirían levantar la piedra. Hasta ahí podía seguir sus pasos como si realmente los estuviese viendo.

Pero, siendo uno de los dos una mujer, debió de ser muy difícil mover la piedra. A un fornido policía de Sussex y a mí no nos resultó tarea fácil. ¿Qué podían hacer? Seguramente lo mismo que yo hubiera hecho. Me levanté y examiné minuciosamente las distintas astillas esparcidas por el suelo. Casi al instante encontré lo que buscaba. Una, de unos tres pies de larga, tenía una profunda muesca en la punta y varias de las otras estaban aplastadas por los lados, como si un gran peso las hubiera oprimido. Evidentemente, así que habían ido subiendo la piedra, habían ido metiendo las maderas entre la ranura, hasta que finalmente, cuando la abertura fue lo suficientemente grande para que por ella cupiera una persona, la mantuvieron abierta mediante una madera colocada a lo largo. Era lógico que ésta estuviera mellada por una punta, ya que sobre ella descansaba todo el peso de la piedra y la aplastaba contra el borde de la siguiente loseta. Hasta ahí iba bien.

Y ahora, ¿cómo continuar en la reconstrucción de este drama nocturno? Claramente, sólo uno podría entrar por el agujero, y ése era Brunton. La chica debió de esperar arriba. Entonces Brunton abrió el cofre y suponemos que le dio a ella el contenido del mismo, puesto que lo encontramos vacío. ¿Y luego? ¿Qué pasó luego?

¿Qué rescoldos de venganza no se inflamarían en el alma de aquella apasionada mujer celta al ver que tenía en su poder al hombre que había abusado de ella, quizá más de lo que podamos sospechar? ¿Fue casualidad que la madera cediera y que cayera la losa, cerrando lo que iba a ser la sepultura de Brunton? ¿Acaso ella era sólo culpable de guardar silencio en cuanto a la muerte del mayordomo? ¿O fue un manotazo repentino lo que derribó el soporte e hizo que la piedra volviera a su sitio? Fuera como fuere, me pareció ver el rostro de la mujer, agarrando su tesoro y corriendo escalera arriba, oyendo a sus espaldas los gritos soterrados y los frenéticos puñetazos sobre una losa que poco a poco iba acabando con la vida de su amante infiel.

Aquí estaba el secreto de su rostro pálido, de sus nervios y de su risa histérica la mañana siguiente. ¿Pero qué había encerrado en la caja? ¿Qué había hecho con ello? Forzosamente debía ser el viejo metal y aquellas piedras que mi cliente había

encontrado en el lago. Lo había arrojado allí a la primera oportunidad, con el fin de borrar el último rastro de su crimen.

Llevaba pensando el asunto veinte minutos, inmóvil. Musgrave seguía en pie, pálido, mirando el agujero y balanceando la lámpara de un lado a otro.

—Éstas son monedas de Carlos I —dijo, dándome las pocas que habían quedado en la caja—. Ya ve, estábamos en lo cierto al fechar nuestro Ritual.

—Quizá encontremos algo más de Carlos I —exclamé así que se me ocurrió de pronto el probable significado de las dos primeras preguntas del Ritual—. Déjeme ver el contenido de la bolsa que se sacó del lago.

Subimos a su despacho y extendió ante mí aquellos *débris*. Al verlo comprendí que él no le diera ninguna importancia, pues el metal estaba casi negro y las piedras opacas. Pero froté una de ellas en mi manga y brilló como una estrella en la oscura palma de mi mano. La montura era en forma de un doble anillo, pero estaba abollado y deformado y había perdido su forma original.

—Debe tener presente que los partidarios del Rey seguían actuando en Inglaterra incluso tras la muerte de éste y que, cuando finalmente huyeron, seguramente esconderían muchas de sus más preciadas posesiones, con la intención de recuperarlas en tiempos más pacíficos —dije.

—Sir Ralph Musgrave, mi antecesor, fue un destacado partidario del Rey y el brazo derecho de Carlos II en sus andanzas —dijo mi amigo.

—¡Ah! —exclamé—. Creo que eso debiera darnos el último eslabón que precisábamos. Debo felicitarle por la adquisición, si bien de forma trágica, de una reliquia, de gran valor intrínseco, pero de mayor importancia aún como curiosidad histórica.

—¿Qué es? —preguntó asombrado.

—Nada menos que la antigua corona de los reyes de Inglaterra.

—¡La corona!

—Exactamente. Considere lo que dice el Ritual. ¿Cómo era? «¿A quién pertenecía?». «Al que se ha ido». Eso era después de la ejecución de Carlos. Luego venía: «¿Quién la tendrá?». «El que venga». Se refiere a Carlos II, cuya restauración ya se preveía. Creo que no hay duda de que esta informe y abollada diadema en una ocasión ciñó la frente de los Estuardos.

—¿Y cómo llegó al lago?

—Ésa es una pregunta que llevará tiempo contestar.

Y con eso le narré la larga sucesión de hipótesis y pruebas que había reconstruido.



Había anochecido y la luna brillaba en el firmamento cuando concluí mi relato.

—Entonces ¿cómo es que Carlos no recuperó su corona al regresar? —preguntó Musgrave volviendo a meter la reliquia en la bolsa.

—Ahí pone usted el dedo sobre el único problema que probablemente jamás llegaremos a esclarecer. Es probable que el Musgrave que guardaba el secreto muriera en el intervalo y dejara esta guía a su descendiente sin explicarle el significado. De entonces hasta ahora se ha ido transmitiendo de padres a hijos hasta que llegó a manos de un hombre que le arrancó el secreto y perdió la vida en el intento.

Y ésa, Watson, es la historia del *Ritual de los Musgrave*. Tienen la corona en Hurlstone, aunque tuvieron contratiempos legales y hubieron de pagar una considerable suma de dinero antes de que les permitieran quedarse con ella. Estoy seguro de que si usted les menciona mi nombre, se la enseñarán gustosos. De la mujer, nunca más se supo nada y parece probable que saliera de Inglaterra, llevándose consigo a algún país lejano el recuerdo de su crimen.

LAS MEMORIAS  
DE SHERLOCK HOLMES  
Parte II

ES HACENDADOS DE REIGATE  
EL HOMBRE ENCORVADO  
EL PACIENTE RESIDENTE  
EL INTÉRPRETE GRIEGO  
EL TRATADO NAVAL  
EL PROBLEMA FINAL



# LOS HACENDADOS DE REIGATE

**T**ranscurrió algún tiempo antes de que la salud de mi amigo, el señor Sherlock Holmes, mejorara tras la fatiga ocasionada por el enorme esfuerzo de la primavera del 87. La cuestión de la Compañía de Los Países Bajos-Sumatra y las colosales manipulaciones del barón Maupertuis están aún demasiado cercanas en las mentes del público y están demasiado vinculadas a asuntos políticos y financieros como para poderlas incluir en esta serie de crónicas. Sin embargo, y de modo indirecto, dieron lugar a un problema singular y complejo, que le ofreció a mi amigo la oportunidad de demostrar el valor de un arma nueva entre las muchas con que libró una eterna batalla contra el crimen.

Al comprobar mis notas, veo que fue el 14 de abril cuando recibí un telegrama de Lyon, en el que se me informaba que Holmes estaba en el Hotel Dulong, enfermo. Antes de las veinticuatro horas estaba junto a él, tranquilizado al comprobar que los síntomas no eran de gran importancia. Se había quebrado su robustísima constitución bajo el esfuerzo de una investigación que había durado dos meses, periodo durante el cual había trabajado al menos quince horas diarias y, como él mismo me aseguró, en más de una ocasión durante cinco días sin parar. El desenlace triunfal de su labor no impidió la reacción a tan tremendo esfuerzo, y, justo cuando toda Europa no hacía más que hablar de él y tenía la habitación inundada de telegramas de felicitación, le encontré presa de la más terrible depresión. Ni siquiera el saber que había triunfado donde no lo había conseguido la policía de tres países y que había desenmascarado al estafador más sofisticado de Europa conseguían sacarle de su postración nerviosa.

Tres días más tarde estábamos de nuevo los dos en Baker Street, pero era evidente que a mi amigo le sentaría bien un cambio de aires, y la idea de una semana primaveral en el campo me atraía mucho a mí también.

Un viejo amigo mío, el coronel Hayter, que había estado bajo mis cuidados médicos en Afganistán, tenía una casa cerca de Reigate, en Surrey, y con frecuencia me había invitado a ir allí. En la última ocasión me había comentado que, si mi amigo consentía en acompañarme, gustosamente le haría extensiva su hospitalidad. Necesité toda mi diplomacia, pero, cuando Holmes se hizo cargo de que era la casa de un soltero y que tendría toda la libertad del mundo, accedió a mis planes, y una semana después de regresar de Lyon estábamos bajo el techo del coronel. Hayter era un buen soldado, que había visto mucho mundo, y pronto descubrió, tal y como yo había esperado, que él y Holmes tenían mucho en común.

La noche en que llegamos nos encontrábamos sentados en el cuarto de armas

después de la cena. Holmes reposaba en el sofá, mientras Hayter y yo repasábamos su pequeña colección de armas de fuego.

—Por cierto —dijo de repente—, me voy a subir una de estas pistolas conmigo por si tenemos alguna alarma.

—¿Una alarma? —dije yo.

—Sí, nos han dado un susto últimamente. Al viejo Acton, uno de los magnates del condado, le entraron en la casa el lunes pasado. No ocasionaron grandes desperfectos, pero los bandidos aún siguen en libertad.

—¿No hay ninguna pista? —preguntó Holmes mirando al coronel.

—Hasta el momento, ninguna. Pero el asunto no tiene mayor importancia. Es un pequeño caso local que le parecería demasiado insignificante, señor Holmes, tras un crimen internacional.

Holmes pareció no hacer caso del cumplido, aunque su sonrisa demostró que le había halagado.

—¿Había algún punto interesante?

—Creo que no. Los ladrones saquearon la biblioteca y compensaron poco sus esfuerzos. Todo estaba patas arriba, los cajones forzados y todo desvalijado, resultando que lo único que ha desaparecido es un volumen del *Homero* de Pope, dos candelabros de plata, un pisapapeles de marfil, un pequeño barómetro de roble y una bola de bramante.

—¡Qué colección más variopinta! —exclamé.

—Bueno, está claro que los tipos se llevaron lo primero que encontraron.

Holmes profirió un gruñido desde el sofá.

—Debería tener algo de sentido para la policía del condado —dijo—. Es evidente que...

Levanté un dedo en señal amenazadora.

—Querido amigo, está aquí para descansar. Por el amor de Dios, no empiece con nuevos problemas cuando tiene los nervios aún deshechos.

Holmes se encogió de hombros y lanzó al coronel una mirada de cómica resignación, y la conversación derivó hacia canales menos peligrosos.

Sin embargo, mis cuidados profesionales estaban destinados a verse malgastados, pues a la mañana siguiente el problema se nos impuso de tal forma, que fue imposible eludirlo, y nuestra visita al campo se tornó en algo que ninguno de los dos habíamos previsto. Estábamos desayunando, cuando el mayordomo del coronel entró bruscamente, desprovisto de toda compostura.

—¿Ha oído la noticia, señor? ¡En casa de los Cunningham!



—¿Robo? —exclamó el coronel, sosteniendo la taza de café en el aire.

—¡Asesinato!

El coronel lanzó un silbido.

—¡Por Júpiter! —dijo—. ¿A quién han matado? ¿Al Juez de Paz o a su hijo?

—A ninguno de los dos, señor. Fue a William, el cochero. Un tiro le atravesó el corazón y no volvió a hablar.

—¿Quién le disparó?

—El ladrón, señor. Salió escopetado y se escapó. Acababa de entrar por la ventana de la despensa, cuando William le sorprendió y terminó sus días cuidando de la propiedad de su amo.

—¿A qué hora?

—Fue anoche, señor, alrededor de las doce.

—Bien, entonces ya nos acercaremos —dijo el coronel, disponiéndose a continuar su desayuno—. Es un mal asunto —dijo, cuando el mayordomo se hubo retirado—. El viejo Cunningham es el principal terrateniente de por aquí, y una buena persona. Estará muy disgustado, pues el hombre llevaba a su servicio muchos años y era un buen criado. Parece evidente que son los mismos bandidos que entraron en casa de Acton.

—¿Los que se llevaron aquella singular colección? —dijo Holmes pensativamente.

—Exactamente.

—¡Hum! Puede que sea lo más sencillo del mundo, pero de todos modos a primera vista resulta un poco raro, ¿no? Se supone que una banda de ladrones que actúa en el campo debería variar el lugar de sus operaciones y no irrumpir en dos casas del mismo distrito con sólo unos días de diferencia. Cuando usted hablaba anoche de tomar precauciones, pensé que ésta sería la última parroquia de Inglaterra que pudiera interesar a unos ladrones, lo cual demuestra que aún tengo mucho que aprender.

—Me imagino que debe de ser algún aficionado del contorno —dijo el coronel—, en cuyo caso las casas de Acton y de Cunningham serían los sitios más indicados, pues son con mucho las casas más grandes de los alrededores.

—¿Y las más ricas?

—Deberían serlo, pero llevan años con un pleito que les ha chupado a ambos hasta la sangre. El viejo Acton tiene algún derecho sobre la mitad de la hacienda de Cunningham y los abogados están en ello como lobos.

—Si es un bandido local, no habrá demasiada dificultad en encontrarle —dijo Holmes bostezando—. Está bien, Watson. No tengo la intención de inmiscuirme.

—El inspector Forrester —dijo el mayordomo abriendo la puerta. El oficial, un joven apuesto de mirada inteligente, entró en la habitación.

—Buenos días, coronel —dijo—. Espero no molestar, pero sabemos que el señor Holmes, de Baker Street, está aquí.

El coronel señaló con la mano hacia mi amigo y el inspector le hizo una pequeña reverencia.

—Pensábamos que quizá no le importara acercarse, señor Holmes.

—Los Hados están contra usted, Watson — dijo riéndose—. Justamente estábamos hablando del asunto cuando llegó usted, inspector. Quizá pueda darnos algún detalle.

Al recostarse en la silla con esa actitud tan familiar, supe que era inútil que insistiera.

—No teníamos ninguna pista en el caso Acton. Pero aquí hay varias, y no hay duda de que son la misma gente. Vieron al hombre.

—¡Ah!

—Sí, señor. Pero escapó como un gamo después de disparar el tiro que mató al pobre William Kirwan. El señor Cunningham le vio desde la ventana del dormitorio y el señor Alee Cunningham le vio desde el pasillo de detrás. Eran las doce menos cuarto cuando ocurrió. El señor Cunningham estaba en bata fumándose una pipa. Ambos oyeron al cochero, William, pedir auxilio y el señor Alee bajó a ver qué pasaba. La puerta de atrás estaba abierta y al bajar por la escalera vio a dos hombres que luchaban fuera. Uno de ellos disparó y saltó por encima del seto. El señor Cunningham, desde la ventana del dormitorio, vio cómo el hombre llegaba hasta la carretera, pero al momento le perdió de vista. El señor Alee se detuvo a ver si podía ayudar al moribundo y así el criminal se escapó. Los únicos detalles personales que tenemos se reducen a que era un hombre de estatura media y vestía de oscuro, pero estamos llevando a cabo serias investigaciones, y si es un forastero pronto le descubriremos.

—¿Qué estaba haciendo allí William? ¿Dijo algo antes de morir?

—Ni una palabra. Vive con su madre en la casa del guarda y como era un hombre muy fiel, suponemos que se había acercado a la casa para ver si todo andaba bien. Este asunto de Acton ha puesto a todo el mundo en guardia. El ladrón había acabado de derribar la puerta, pues el cerrojo había sido forzado, cuando William le sorprendió.

—¿Le dijo William algo a su madre antes de salir?

—Es muy mayor y está sorda y no conseguimos sacarle ninguna información. El susto debe de haberla dejado medio atontada, pero tengo entendido que nunca fue muy lúcida. Hay algo muy importante, sin embargo. ¡Fíjese en esto!

Sacó un pequeño trozo de papel de una agenda y lo puso sobre su rodilla.

—Esto se halló entre el índice y el pulgar del asesinado. Parece un fragmento de una hoja mayor. Observará que la hora mencionada es la misma en la que el pobre encontró su muerte. Quizá su asesino le arrancase el resto del papel, o al revés, quizá



le arrancó él a su asesino este trozo. Parece casi una cita.

Holmes cogió la esquina de papel que se reproduce aquí.



—Suponiendo que fuera una cita —continuó el inspector—, no es una teoría inconcebible el que este William Kirwan, a pesar de su fama de hombre honrado, estuviera aliado con el ladrón. Pudo reunirse allí con él, incluso pudo ayudarle a derribar la puerta, y luego a lo mejor discutieron entre ellos.

—Esta caligrafía es sumamente interesante —dijo Holmes, que la había estado examinando con gran atención—. Son aguas mucho más profundas de lo que yo había imaginado.

Hundió la cabeza entre las manos, mientras el inspector esbozaba una sonrisa al ver el efecto que causaba su caso en el famoso especialista de Londres.

—Su último comentario —dijo Holmes de repente— acerca de la posibilidad de un entendimiento entre el ladrón y el criado, y que ésta fuera la cita entre ellos, es una suposición ingeniosa y no del todo descabellada. Pero esta caligrafía...

Volvió a hundir la cabeza entre las manos y permaneció unos minutos sumido en profundos pensamientos. Cuando levantó el rostro, me sorprendió ver que tenía las mejillas sonrojadas y la mirada tan viva como antes de su enfermedad. Se puso en pie de un salto con su energía acostumbrada.

—¿Sabe una cosa? —dijo—. Me gustaría ver los detalles del caso más despacio. Hay algo en él que me fascina enormemente. Si me permite, coronel, voy a dejarles a usted y a mi amigo Watson y me iré con el inspector a comprobar una o dos pequeñas fantasías mías. Estaré de nuevo con ustedes en media hora.

Había pasado hora y media cuando el inspector regresó solo.

—El señor Holmes está paseando por el campo ahí fuera —dijo—. Quiere que los cuatro vayamos a la casa.

—¿A casa del señor Cunningham?

—Sí, señor.

—¿Para qué?

El inspector se encogió de hombros.

—No lo sé muy bien, señor. Entre nosotros, creo que el señor Holmes aún no se ha repuesto de su enfermedad. Ha estado comportándose de una manera muy extraña y está muy agitado.

—No creo que deba usted preocuparse —dije—. He solido encontrar que su locura tenía un método.

—Habrà quien le llame a eso método —dijo el inspector—, pero, para empezar, está muy inquieto, así que mejor salimos ya, si están preparados.

Encontramos a Holmes paseando arriba y abajo por el campo, la barbilla hundida en el pecho y las manos en los bolsillos del pantalón.

—El asunto adquiere interés creciente —dijo—. Watson, su idea del viajecito al campo ha sido un éxito. He pasado una mañana maravillosa.

—Tengo entendido que ha estado en la escena del crimen.

—Sí, el inspector y yo hemos estado haciendo un reconocimiento juntos.

—¿Con éxito?

—Bueno, hemos visto cosas muy interesantes. Les contaré lo que hicimos mientras caminamos. Primero vimos el cadáver del pobre hombre. Ciertamente murió de un tiro, como se dijo.

—¿Acaso lo había puesto en duda?

—Conviene comprobarlo todo. Nuestra investigación no fue en vano. Luego tuvimos una entrevista con el señor Cunningham y su hijo, que pudieron indicar justamente el lugar exacto por donde saltó el seto el asesino al huir. Eso fue de gran interés.

—Naturalmente.

—Luego fuimos a ver a la madre de ese pobre hombre. Sin embargo, de ella no obtuvimos información alguna. Es muy mayor y está muy débil.

—¿Y cuál es el resultado de sus investigaciones?

—La convicción de que el crimen es singular. Quizá nuestra visita de ahora ayude a esclarecer algunos puntos. Creo, inspector, que los dos coincidimos en que el trozo de papel hallado en la mano del asesinado y en el que consta escrita la misma hora de su muerte es de vital importancia, ¿no?

—Debería darnos una pista, señor Holmes.

—Y *nos la da*. Quienquiera que escribiese esa nota fue el mismo que sacó de la cama a esa hora a William Kirwan. Pero ¿dónde está el resto de la hoja?

—Examiné con gran minuciosidad el terreno con la esperanza de encontrarla — dijo el inspector.

—Se la arrancaron de la mano al hombre asesinado. ¿Por qué tenía alguien tanto interés en tenerla? Porque le implicaba. ¿Y qué podría hacer con ella? Seguramente metérsela en el bolsillo, sin caer en la cuenta de que una esquina había quedado en posesión del difunto. Si consiguiéramos el resto de la hoja, está claro que tendríamos muy adelantada la resolución del misterio.

—Sí, pero ¿cómo podemos llegar al bolsillo del criminal antes de coger al criminal?

—Bueno, bueno. Merecía la pena pensarlo. Luego hay otro punto evidente. La nota le fue enviada a William. No pudo llevársela el hombre que la escribió, porque de ser así hubiera dado el recado verbalmente. ¿Quién, pues, entregó la nota? ¿O es que vino en el correo?

—He preguntado —dijo el inspector—. Ayer llegó una carta para William en el correo de la tarde. El sobre lo destruyó él mismo.

—¡Excelente! —exclamó Holmes dándole una palmada en la espalda al inspector—. Ya ha visto al cartero. Es maravilloso trabajar con usted. Bien, aquí está la casa del guarda y, si continuamos, coronel, le mostraré el escenario del crimen.

Dejamos atrás la casita donde había vivido el hombre asesinado y caminamos por

una senda bordeada de robles hasta la hermosa casa de estilo Reina Ana que lleva la fecha de Malplaquet sobre el dintel de la puerta. Holmes y el inspector nos hicieron dar la vuelta hasta que llegamos a la vena lateral separada del seto que bordea la carretera por un pequeño trozo de jardín. A la puerta de la cocina había un policía.

—Abra la puerta, oficial —dijo Holmes—. Desde esas escaleras vio el joven Cunningham a los dos hombres luchando justamente aquí, donde nos encontramos nosotros. El viejo señor Cunningham estaba asomado a esa ventana, la segunda por la izquierda, y vio al tipo escaparse por ahí, a la izquierda de ese arbusto. El hijo también. Ambos están seguros por lo del arbusto. Entonces el señor Alee corrió a arrodillarse junto al herido. Como ven, el terreno está muy duro y no hay pisadas que nos sirvan de ayuda.

Mientras hablaba, dos hombres se acercaron por el jardín, procedentes de la esquina de la casa. El uno era un hombre mayor, con el rostro firme surcado de arrugas y con grandes ojeras; el otro, un joven deslumbrante, cuya expresión alegre y sonriente y vestimenta llamativa contrastaba extrañamente con el asunto que nos había llevado allí.

—¿Aún sigue? —le dijo a Holmes—. Creía que ustedes, los de Londres, no tenían un pero. No parecen tan rápidos después de todo.

—Debe darnos un poco de tiempo —dijo Holmes con buen humor.

—Va a necesitarlo —dijo el joven Alee Cunningham—. No parece que tengamos pista alguna.

—Sólo una —respondió el inspector—. Pensamos que si pudiéramos encontrar... Pero ¡Dios mío, señor Holmes! ¿Qué le ocurre?

De repente el rostro de mi pobre amigo había adoptado la expresión más terrible. Tenía los ojos en blanco, las facciones contraídas por el dolor, y con un gemido se desplomó en el suelo. Horrorizados ante lo repentino y serio del ataque, le llevamos a la cocina, donde se recostó en una silla y respiró durante unos momentos con dificultad. Finalmente, se disculpó, avergonzado por su debilidad, y se levantó de nuevo.

—Watson les dirá que me estoy recuperando de una seria enfermedad —explicó—. Aún estoy sujeto a repentinos ataques de este tipo.

—¿Quiere que le lleven a casa en mi calesa? —preguntó el viejo Cunningham.

—Bueno, ya que estoy aquí hay algo de lo que quisiera cerciorarme. Podemos verificarlo sin ninguna dificultad.

—¿Qué es?

—Me parece posible que la llegada del pobre William se produjera después y no antes de la entrada del ladrón en la casa. Parece que usted da por descontado que, aunque la puerta había sido forzada, el ladrón no llegó a entrar.

—Creo que eso es evidente —dijo seriamente el señor Cunningham—. Mi hijo Alee aún no se había ido a la cama y, si alguien hubiera merodeado dentro de la casa, lo hubiera oído.

—¿Dónde estaba sentado?

—Estaba fumando en mi vestidor.

—¿Qué ventana es ésa?

—La última a la izquierda, junto a la de mi padre.

—Ambas tendrían luz, ¿no?

—Indudablemente.

—Hay aquí una cosa muy curiosa —dijo Holmes, sonriendo—. ¿No es extraordinario que un ladrón, con experiencia previa, quisiera entrar en una casa cuando podía ver por las luces de las ventanas que había dos miembros de la familia que aún estaban levantados?

—Debe de ser un tipo con nervios de acero.

—Bueno, si el caso no fuera extraño, no nos hubiéramos dirigido a usted para que nos lo explicara —dijo el señor Alee—. Pero en cuanto a su idea de que el hombre había robado en la casa antes de que le atacara William, me parece de lo más absurdo. ¿No hubiéramos encontrado todo revuelto y echado en falta lo que se hubiera llevado?

—Depende de lo que fuera —dijo Holmes—. Debe recordar que se trata de un ladrón muy especial y que parece seguir modos de actuación muy personales. Mire, por ejemplo, la curiosa colección de cosas que se llevó de casa de Acton. ¿Qué era? ¡Una bola de cuerda, un pisapapeles y no sé qué más cachivaches!

—Bueno, estamos en sus manos, señor Holmes —dijo el viejo Cunningham—. Cualquiera cosa que usted o el inspector sugieran tengan por seguro que se hará.

—En primer lugar —dijo Holmes—, quisiera que ofreciesen una recompensa, fijada por usted mismo, pues puede que la policía tarde un poco en ponerse de acuerdo en la cifra, y estas cosas más vale hacerlas en el momento. Aquí he esbozado la fórmula, si no le molesta firmarla. Pensé que cincuenta libras serían suficientes.

—Con gusto ofrecería quinientas —dijo el Juez de Paz cogiendo el papelito y el lápiz que Holmes le extendió—. Pero esto no es correcto —añadió ojeando el documento.

—Lo escribí muy de prisa.

—Mire, usted empieza: «Cuando a las doce y cuarto se intentó, el martes por la mañana...», y continúa. En realidad fue a las doce menos cuarto.

Me dolió el error, pues sabía cuánto le molestaban a Holmes las imprecisiones. Era su especialidad el ser exacto en los datos, pero su reciente enfermedad le había afectado, y este pequeño incidente me demostraba que aún no era el mismo. Por un momento estuvo como violento, mientras el inspector levantaba las cejas y Alee Cunningham soltaba una carcajada.

El anciano corrigió la falta y le devolvió el papel a Holmes.

—Que lo impriman cuanto antes —dijo—. Creo que es una idea excelente.

Holmes se guardó cuidadosamente el papel en su agenda.

—Y ahora —dijo—, creo que sería conveniente que recorriéramos la casa todos

juntos y nos asegurásemos de que este ladrón tan irregular no se llevó nada en efecto.

Antes de entrar, Holmes examinó la puerta que había sido forzada. Estaba claro que el cerrojo se había abierto introduciendo un formón o un cuchillo grueso, porque la madera mostraba las hendiduras por donde había penetrado.

—¿No tienen barras protectoras?

—Nunca lo hemos creído necesario.

—¿No tienen perro?

—Sí, pero está atado al otro lado de la casa.

—¿A qué hora se acuesta la servidumbre?

—Sobre las diez.

—Tengo entendido que a esa hora William también solía estar en la cama.

—Sí.

—Es curioso que estuviera levantado justo esa noche. Y ahora, señor Cunningham, me gustaría ver la casa.

Un pasillo con suelo de losetas, del cual salían las puertas de las cocinas, daba a una escalera de madera que subía al primer piso. Acababa ésta en un descansillo, al otro lado del cual estaba la escalinata principal que subía desde el vestíbulo de la entrada. A este descansillo daban el cuarto de estar y varios dormitorios, incluidos los del señor Cunningham y su hijo. Holmes andaba despacio, haciéndose cargo de la estructura de la casa. Deduje de su expresión que estaba sobre una pista y, sin embargo, me era imposible averiguar en qué dirección iba.

—Mi querido caballero —dijo el señor Cunningham en tono impaciente—, ¿no es esto un tanto innecesario? Ése es mi dormitorio, al final de las escaleras, y el de más allá es el de mi hijo. Le dejo a su buen criterio el juzgar si le fue posible al ladrón subir aquí sin que le oyéramos.

—Me da la impresión —dijo el hijo con sonrisa maliciosa—, de que va a tener que seguir otro rastro.

—De todas formas voy a tener que pedirles que me complazcan un ratito más. Por ejemplo, me gustaría ver la vista que tienen las ventanas de la parte delantera de la casa. Éste, imagino —dijo abriendo la puerta—, es el dormitorio de su hijo. Y ése, supongo, el vestidor en el cual se encontraba fumando cuando se dio la alarma. ¿Adónde da su ventana?

Cruzó el dormitorio, abrió la otra puerta y echó una ojeada al vestidor.

—Espero que ya esté satisfecho —dijo de mal humor el señor Cunningham.

—Gracias, creo que he visto cuanto quería.

—Pues, si es tan necesario, ya podemos pasar a mi cuarto.

—Si no es demasiada molestia...

El Juez de Paz se encogió de hombros y dirigió sus pasos hacia su dormitorio, una habitación corriente y parcamente amueblada. Mientras lo cruzábamos en dirección a la ventana, Holmes se quedó rezagado hasta que él y yo nos quedamos los últimos. Al pie de la cama había una pequeña mesa cuadrada, sobre la que se encontraba una

jarra de agua y un plato de naranjas.

Justo cuando pasábamos por delante de ella, y ante mi más absoluto asombro, Holmes se inclinó por delante de mí y deliberadamente la tiró. El vaso se hizo añicos y la fruta cayó rodando por todo el cuarto.

—Buena la ha hecho, Watson —dijo con serenidad—. Mire cómo ha puesto la alfombra.

Me detuve confuso y comencé a recoger la fruta, comprendiendo que por alguna razón mi acompañante quería que yo cargara con las culpas. Los demás siguieron mi ejemplo y levantaron la mesa de nuevo.

—¡Pero bueno! —exclamó el inspector—. ¿Dónde se ha metido?

Holmes había desaparecido.

—Esperen aquí un momento —dijo Alee Cunningham—. En mi opinión ese hombre está loco. Venga conmigo, padre, a ver dónde se ha metido.

Salieron del cuarto corriendo dejándonos al inspector, al coronel y a mí mirándonos perplejos.

—Vive Dios que me inclino a estar de acuerdo con el joven señor Alee —dijo el oficial—. Puede que sea efecto de esta enfermedad, pero me da la impresión de que...

Fue interrumpido por un repentino grito de «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Asesinos!»». Con un escalofrío reconocí la voz de mi amigo. Salí corriendo de la habitación hacia el descansillo. Los gritos, que se habían convertido en roncros y oscuros ruidos, provenían de la habitación que habíamos visto primero. Entré y continué hasta el vestidor. Ambos Cunninghams se inclinaban sobre la postrada figura de Sherlock Holmes; el joven le tenía agarrado por la garganta con ambas manos mientras el mayor parecía estarle retorciendo una de las muñecas. En un segundo nosotros tres los separamos y Holmes, tremendamente pálido y cansado, se puso en pie.

—¡Detenga a estos hombres, inspector! —jadeó.

—¿Bajo qué cargo?

—El de asesinar a su cochero, William Kirwan.



El inspector miró desconcertado a su alrededor.

—Vamos, vamos, señor Holmes —dijo por fin—. No pretenderá usted...

—¡Venga, hombre, míreles las caras! —exclamó Holmes secamente.

Ciertamente, jamás vi escrito sobre rostro alguno reconocimiento más claro de su culpabilidad. El hombre más mayor parecía paralizado y aturdido, la expresión hosca. El hijo, por el contrario, había desechado aquel aire bravucón y desenfadado que le caracterizaba, y en sus ojos negros brillaba la fiereza de un peligroso animal salvaje, distorsionando sus hermosas facciones. Sin decir nada, el inspector se acercó a la puerta y tocó el silbato. Acudieron a su llamada dos de sus policías.

—No tengo alternativa, señor Cunningham —dijo—. Confío en que todo esto resulte ser una absurda equivocación, pero ya ve que... ¿Conque esas tenemos? ¡Suéltelo! —Dio un manotazo y el revólver que el joven intentaba montar cayó al suelo.

—Cójalo —dijo Holmes, pisándolo con rapidez—. Le será útil en el juicio. Pero esto era lo que más falta nos hacía —y levantó un trozo de papel arrugado.

—¿El resto de la carta? —gritó el inspector.

—Justamente.

—¿Dónde estaba?

—Donde estaba seguro de encontrarlo. Le explicaré todo en un momento. Creo, coronel, que usted y Watson pueden regresar a casa, y yo me reuniré con ustedes en media hora a lo sumo. El inspector y yo tenemos que hablar con los detenidos. Estaré con usted a la hora de comer.

Sherlock Holmes fue fiel a su palabra, pues era cerca de la una cuando entraba en el cuarto de fumadores del coronel. Le acompañaba un menudo caballero mayor, que me fue presentado como el señor Acton, cuya casa había sido el escenario del primer robo.

—Quería que el señor Acton estuviera presente mientras les explicaba este asunto —dijo Holmes—, pues es lógico que él sienta un gran interés por los detalles. Me temo, coronel, que lamentará la hora en que hospedó a ave tan conflictiva como yo.

—Muy al contrario —dijo el coronel con énfasis—, me considero privilegiado al haber podido estudiar sus técnicas de trabajo. Confieso que superan todas mis esperanzas y que me resulta imposible saber cómo llegó al desenlace. Hasta el momento ni tan siquiera he visto el vestigio de una pista.

—Me temo que la explicación quizá le desilusione, pero ha sido un hábito en mí el no ocultar mis métodos ni a Watson ni a quienes se tomen por ellos un interés inteligente. Pero antes, y puesto que aún estoy un poco conmovido por la contienda en el vestuario, me servirá un poco de su coñac, coronel. Últimamente, mi fortaleza está un poco mermada.

—Confío en que no sufrirá ningún otro ataque nervioso.

Holmes soltó una carcajada.

—Ya llegaremos a ese punto a su debido tiempo —dijo—. Les explicaré

ordenadamente el caso, mostrándoles los diversos puntos que me encaminaron hasta mi decisión final. Les ruego me interrumpan en caso de que haya algo que no les quede del todo claro. En el arte de la deducción es elemento fundamental el saber discernir cuáles, de entre diversos hechos, son relevantes y cuáles son triviales. De otro modo, las energías y la atención, en lugar de concentrarse, se disipan. Bien. En este caso, desde el primer momento, no tuve la más mínima duda de que la clave de todo el asunto se hallaba en el trocito de papel que se encontró en la mano del hombre asesinado.

»Antes de entrar en este punto quisiera atraer su atención sobre el hecho de que, caso de ser cierta la narración de Alee Cunningham, y de haber huido el atacante *justo* después de disparar contra William Kirwan, entonces era evidente que no podía ser él el que le quitara la carta al hombre asesinado. Pero de ser así, debió ser el mismo Alee Cunningham el que lo hiciera, pues cuando su padre bajó ya había varios criados en la escena. El detalle es muy simple, pero al inspector se le había pasado por alto, debido a que partía de la suposición de que estos magnates rurales no tenían nada que ver en el asunto. Yo, sin embargo, tengo a gala no ir con prejuicios nunca y seguir con docilidad el camino que me marcan los hechos. Así, desde el principio de la investigación, observaba con recelo el papel que Alee Cunningham había desempeñado.



»Procedí entonces a un minucioso examen del papelito que nos había dado el inspector. De inmediato me percaté de que era una esquina de un documento singular. Aquí está. ¿No notan ahora algo muy sugerente en él?

—Tiene un aspecto muy irregular —dijo el coronel.

—Mi querido caballero —exclamó Holmes—, no hay la menor duda de que lo han escrito dos personas, alternando las palabras. De inmediato comprobarán esto si observan las «tes»: una es muy débil y otras son muy fuertes. Un somero análisis de las palabras que contienen «t» demuestra enseguida que «cuarto» y «tal» están escritas con una letra más firme, mientras que «tendrá» lo está con una más débil. De las seis palabras, muy pronto observará que «doce», «cuarto», «algo» y «tal» las había escrito una persona, mientras que «menos» y «tendrá» las había escrito otra.

—¡Sí que es verdad! ¡Está más claro que el agua! —exclamó el coronel—. ¿Pero por qué iban a escribir dos hombres una carta?

—Evidentemente era un asunto oscuro, y uno de los hombres, que no confiaba en el otro, estaba decidido a que, se hiciera lo que se hiciera, ambos tuvieran la misma

parte en el asunto. Bien, de los dos hombres, también está claro que el que escribió las palabras «doce» y «cuarto» era el cabecilla.

—¿Cómo deduce eso?

—Se podría desprender del simple carácter de una letra comparada con la otra. Pero hay razones más exactas que la mera suposición para afirmarlo. Si examinamos el retazo de papel con atención, llegarán a la conclusión de que el hombre de trazos más firmes escribió primero todas sus palabras, dejando los huecos para que el otro los rellenara. Estos huecos no eran siempre suficientemente grandes y observarán que el segundo hombre hubo de estrujar su «menos» entre el «doce» y el «cuarto», demostrando así que estas palabras estaban escritas de antemano. El hombre que escribió primero sus palabras es, sin duda, el que planeó todo el asunto.

—¡Excelente! —exclamó el señor Acton.

—Pero muy superficial —dijo Holmes—. Llegamos ahora, sin embargo, a un punto importante. Quizá no sepan que los expertos han llegado a un grado muy fino de exactitud en cuanto a deducir la edad de las personas basándose en su caligrafía. En casos normales, se puede fijar con casi total confianza la década de una persona. Y digo en casos normales porque la falta de salud y la debilidad física reproducen los caracteres de la vejez, incluso aunque el inválido sea joven. En este caso, viendo los rasgos firmes del uno y el aspecto un tanto tembloroso del otro, aunque sigue siendo una escritura legible, podemos asegurar que el uno era un hombre joven y el otro de avanzada edad sin llegar a la senectud.

—¡Excelente! —repitió el señor Acton.

—Sin embargo, hay otro punto, más sutil y de mayor importancia. Hay rasgos comunes en estas dos caligrafías. Pertenecen a personas unidas por lazos de consanguinidad. Quizá a ustedes les resulte más evidente comprobarlo en las «íes» griegas, pero para mí hay muchas indicaciones que apuntan a lo mismo. No albergo ninguna duda respecto de que hay un aire de familia en estas dos muestras de escritura. Por supuesto que ahora sólo les estoy dando los aspectos principales de mi examen del papel. Había otras veintitrés deducciones que les serían de mayor utilidad a los expertos que a ustedes. Todas coincidían en reafirmar mi impresión de que los Cunningham, padre e hijo, habían escrito esta carta.

»Llegado a este punto, mi siguiente paso fue, por supuesto, examinar los detalles del crimen y ver hasta dónde conducían. Subí con el inspector a la casa y vi todo lo que había que ver. La herida del hombre asesinado era, como pude determinar con plena seguridad, consecuencia de un tiro de revólver disparado a una distancia de unas cuatro yardas. Las ropas no estaban chamuscadas. Por tanto, era evidente que Aleo Cunningham había mentido al decir que ambos hombres estaban peleando cuando se disparó el revólver. Otra cosa era que tanto el padre como el hijo estaban de acuerdo en cuanto al lugar por donde había escapado el hombre hacia la carretera. Pero resulta que en ese sitio precisamente hay una acequia con mucha humedad en el fondo. Puesto que allí no encontré huellas de pisadas, me convencí no sólo de que los

Cunningham habían mentido de nuevo, sino de que nunca existió ningún desconocido en el asunto.

»Ahora me quedaba por descubrir el móvil de este crimen singular. A este fin me esforcé primeramente por resolver la razón del primer latrocinio, el que se perpetró en casa del señor Acton. Tenía entendido, por algo que nos contó el coronel, que había un pleito entre usted, señor Acton, y los Cunningham. Inmediatamente se me ocurrió pensar que habían saqueado su biblioteca con la intención de obtener algún documento de importancia para el caso.



—Así es —dijo el señor Acton—. No hay duda posible en cuanto a sus intenciones. Tengo todo el derecho sobre la mitad de su patrimonio, y si hubieran podido encontrar un solo papel, que afortunadamente se encontraba en la caja fuerte de mi abogado, sin duda hubieran echado a perder el caso.

—¡Ahí lo tienen! —dijo Holmes sonriendo—. Fue un intento peligroso y arriesgado, en el cual creí entrever la influencia del joven Alee. No pudiendo encontrar nada, intentaron desviar las sospechas y hacerlo pasar por un robo normal, a cuyo fin se llevaron lo primero que encontraron. Todo esto está claro, pero aún quedaba mucho por esclarecer. Lo que yo quería ante todo era encontrar la parte restante del papel. Estaba convencido de que Alee se la había arrancado de la mano al hombre asesinado y casi seguro de que se la metió en el bolsillo de su batín. ¿Dónde, si no, iba a haberla puesto? Lo único que quedaba por saber era si aún seguía allí. Merecía la pena averiguarlo, y por eso fuimos todos a la casa. Los Cunningham se unieron a nosotros, como sin duda recordarán, a la puerta de la cocina. Por supuesto era de vital importancia que no se les recordara la existencia de este papel, de lo contrario lo destruirían sin demora. El inspector estaba a punto de explicarles la importancia que tenía, cuando, afortunadísimamente, a mí me dio un ataque que provocó un cambio en la conversación.

—¡Santo cielo! —exclamó el coronel riendo—. ¿Quiere decirnos que toda nuestra preocupación fue en balde y que simuló el ataque?

—Desde el punto de vista profesional, lo hizo de maravilla —exclamé yo, mirando con asombro a aquel hombre que no dejaba de sorprenderme con nuevas muestras de su astucia.

—Es un arte que a menudo resulta útil —dijo—. Cuando me recobré, conseguí arreglármelas mediante una estratagema que quizá tuviera el mérito de ser ingeniosa, para que el viejo Cunningham escribiera la palabra «menos» y así compararla con el «menos» que estaba escrito en el papel.

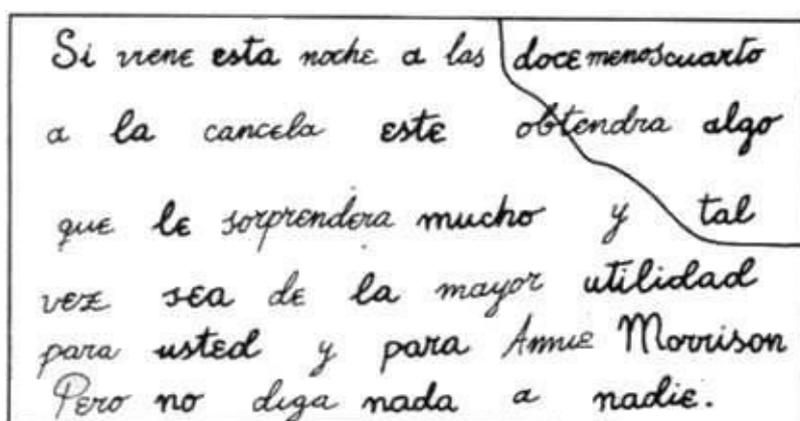
—¡Qué imbécil he sido! —exclamé.

—Ya vi que se compadecía de mí por mi debilidad —dijo Holmes con una carcajada—. Y sentí tener que causarle el pesar que sabía que experimentaría. Entonces subimos juntos al piso de arriba y, tras entrar en la habitación, observé que el batín estaba colgado detrás de la puerta. Conseguí entonces distraer su atención volcando la mesita y yo volví a examinar el bolsillo. Sin embargo, apenas me había hecho con el papel que, como esperaba, estaba allí, cuando los dos Cunningham se me lanzaron encima. Realmente creo que, de no ser por su ayuda expedita, me hubieran asesinado allí mismo. Aún siento las manos de ese joven agarrándome la garganta y el tirón que el viejo le daba a mi muñeca con el fin de hacerme soltar el papel que tenía en la mano. Se dieron cuenta de que lo sabía todo, y el repentino cambio de sentirse completamente seguros a estar desesperados debió de enloquecerlos.

»Posteriormente, tuve una pequeña charla con el viejo Cunningham con respecto al móvil del crimen. Estuvo muy razonable, aunque su hijo es un perfecto demonio, dispuesto a volarse los sesos o los de cualquiera, si hubiera podido echar mano del revólver. Cuando Cunningham vio que todo estaba perdido se derrumbó y lo confesó todo. Parece que William había seguido a sus amos en secreto la noche que robaron en casa del señor Acton y, teniéndolos así en su poder, procedió, bajo la amenaza de delatarlos, a hacerles chantaje. Sin embargo el señor Alee era un sujeto peligroso para jugar con él de esa manera. Fue un golpe de verdadero genio por su parte el ver en el robo que conmovía a toda la vecindad una oportunidad para deshacerse del hombre al que temía. A William se le atrajo con un señuelo y le mató. De haber obtenido la nota entera y de haber prestado algo más de atención a los detalles, es muy posible que nunca se hubiera levantado ninguna sospecha.

—¿Y la nota? —pregunté.

Sherlock Holmes puso ante nosotros el papel completo.



Si viene esta noche a las doce menos cuarto  
a la cancela este obtendrá algo  
que le sorprenderá mucho y tal  
vez sea de la mayor utilidad  
para usted y para Annie Morrison  
Pero no diga nada a nadie.

—Es el tipo de mensaje que yo esperaba —dijo—. Claro que aún no sabemos la relación existente entre Alee Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. El resultado muestra que la trampa estaba muy bien tendida. Estoy seguro de que les encantarán los trazos hereditarios que se aprecian en la «q» y en la «g». La ausencia

de puntos sobre las «íes» y de acentos en la letra del viejo Cunningham es también muy característica. Watson, pienso que nuestra cura de reposo en el campo ha sido un rotundo éxito y mañana regresaré, sensiblemente mejorado, a Baker Street.

## EL HOMBRE ENCORVADO

Sucedió una noche de verano, unos meses después de mi matrimonio; yo estaba sentado junto a la chimenea fumándome una última pipa y cabeceando sobre una novela, porque había tenido un día de trabajo agotador. Mi mujer ya se había retirado, y el ruido de la puerta principal al cerrarse un momento antes me indicó que los sirvientes también se habían retirado. Me levanté del asiento y, cuando ya estaba vaciando la ceniza de la pipa en el cenicero, de repente oí que llamaban repetidamente a la puerta.

Miré el reloj. Eran las doce menos cuarto. No podía tratarse de una visita a tales horas. Evidentemente era un paciente, lo que posiblemente me supondría una noche en vela. Con una expresión malhumorada en el rostro fui al *hall* y abrí la puerta. Para mi asombro, era Sherlock Holmes quien se encontraba ante mí en el umbral.

—¡Ah, Watson! —dijo—. Esperaba que no fuera demasiado tarde para cogerle todavía despierto.

—Mi querido amigo, pase, por favor.

—Parece sorprendido, ¡y no me extraña! Aliviado, también, me imagino. ¡Hum!, así que sigue usted fumando la misma mezcla de tabaco *Arcadia* de sus días de soltero. Esa esponjosa ceniza esparcida sobre su batín no deja lugar a dudas. Se adivina fácilmente que se acostumbró al uniforme, Watson; nunca será considerado como un ciudadano de buena familia, mientras no pierda la costumbre de llevar el pañuelo en la manga. ¿Podría alojarme esta noche?

—Con mucho gusto.

—Me dijo que disponía de espacio como para alojar a un soltero, y veo que por el momento no tiene a ningún caballero de visita; por lo menos eso es lo que está proclamando su perchero.

—Me encantaría que se quedara.

—Gracias. Ocuparé, pues, la percha vacía. Siento ver que ha tenido a algún tipo de operario británico trabajando en la casa. Son un símbolo de desgracia. Espero que no sean las cañerías.

—No, el gas.

—¡Ah! Ha dejado dos huellas de los clavos de sus botas en el linóleo; se ven ahí, donde le da la luz. No, gracias, cené algo en Waterloo; pero con mucho gusto me fumaría una pipa con usted.

Le ofrecí mi petaca y, sentándose frente a mí, fumó un rato en silencio. Yo era totalmente consciente de que nada, salvo un asunto de importancia, le hubiera hecho

venir a verme a tales horas, conque esperé con paciencia hasta que tuviera a bien tocar el asunto.

—Veo que se encuentra ahora bastante ocupado profesionalmente —dijo, mirándome profundamente.

—Sí, he tenido un día muy ocupado —contesté—. Puede parecerle una locura —añadí—, pero no sé realmente cómo ha podido deducirlo.

Holmes se rió entre dientes.

—Tengo la ventaja de conocer sus costumbres, mi querido Watson —dijo—. Cuando tiene que hacer pocas visitas, va usted a pie y, cuando tiene muchas, utiliza un coche de punto. Al ver que sus botas, aunque usadas, no están sucias en absoluto, no me cabe duda de que en este momento está usted lo suficientemente ocupado para que el uso del coche de punto quede justificado.

—¡Excelente! —exclamé.

—Elemental —dijo él—. Se trata de uno de esos casos en los que la persona que los plantea puede producir un efecto que parezca extraordinario a su vecino, sólo porque a este último se le ha escapado precisamente ese puntito que es la base de la deducción. Lo mismo puede decirse, mi querido amigo, de algunas de esas pequeñas crónicas que usted escribe: tienen un efecto totalmente engañoso, dependiendo, como depende, de que usted se reserva para sí algunos factores del problema sin llegar a compartirlos nunca con el lector. En este momento me encuentro en la posición de esos mismos lectores, ya que tengo en las manos varios hilos de uno de los más extraños casos que jamás hayan dejado perpleja a una mente humana y, sin embargo, me faltan esos dos o tres que son totalmente necesarios para completar mi teoría. ¡Pero los tendré, Watson, los tendré!

Le brillaron los ojos y un ligero rubor coloreó sus mejillas. Por un instante, sólo por un instante, había levantado el velo, dejando al descubierto su profunda, su intensa naturaleza. Cuando le miré de nuevo, su cara había vuelto a tomar esa compostura de indio piel roja que hacía que tantos le consideraran más como una máquina que como un ser humano.

—El problema presenta características de interés —dijo—; incluso diría que cuenta con características de un interés fuera de lo corriente. Y he estudiado el asunto y por el momento no le he encontrado una solución. Si usted pudiera acompañarme a dar este último paso, me prestaría una gran ayuda.

—Me encantaría.

—¿Podría acercarse mañana hasta Aldershot?

—Jackson, sin duda, se hará cargo de mi clientela.



—Muy bien. Quiero tomar el tren que sale a las once y diez de Waterloo.

—Me dará tiempo.

—Entonces, si no tiene demasiado sueño, le haré un breve resumen de lo que se ha logrado y de lo que queda por hacer.

—Tenía sueño antes de que usted llegara. Ahora estoy bastante despierto.

—Resumiré la historia todo lo que se pueda sin omitir nada que sea vital al caso. Puede que incluso ya haya usted leído algo sobre el asunto. Se trata del supuesto asesinato del coronel Barclay, de los «Royal Mallows», en Aldershot, caso que estoy investigando.

—No sé nada sobre ese asunto.

—Todavía no ha atraído mucho la atención de la gente, salvo de un modo local. Los hechos datan de dos días atrás. Brevemente son éstos:

»El «Royal Mallows» es, como usted sabe, uno de los regimientos irlandeses más famosos del ejército británico. Hizo prodigios tanto en Crimea como en las insurrecciones de la India y desde entonces ha venido distinguiéndose cada vez que se le ha presentado la ocasión. Hasta el lunes por la noche estaba al mando de James Barclay, un valeroso veterano que inició su carrera como soldado raso y que ascendió al rango de oficial debido a la bravura que demostró con ocasión de las insurrecciones, llegando a mandar el regimiento en el que una vez había desfilado con el mosquetón al hombro.

»El coronel Barclay había contraído matrimonio siendo sargento, y su mujer, cuyo nombre de soltera era Nancy Devoy, era hija de un antiguo sargento del ejército perteneciente al mismo cuerpo. Así pues, hubo, como puede imaginarse, cierto choque cuando la joven pareja (porque todavía eran jóvenes) se encontró en un nuevo medio social. Sin embargo, parece que no tardaron en adaptarse, y creo que la señora Barclay fue siempre muy bien aceptada entre las damas del regimiento, lo mismo que su marido lo era entre sus colegas oficiales. Puedo añadir que era una mujer de una gran belleza y que incluso ahora, cuando ya lleva casada más de treinta años, sigue teniendo una llamativa apariencia.

»La vida familiar del coronel Barclay parece haber sido uniformemente feliz. El mayor Murphy, a quien debo la mayoría de los hechos con los que cuento, asegura que nunca ha habido una falta de entendimiento entre la pareja. En conjunto piensa que el afecto que Barclay sentía por su mujer era mayor que el que esta sentía por Barclay. En cuanto se separaba de ella un día se encontraba profundamente desasosegado. A ella, por otro lado, aunque le quería mucho y le era fiel, el cariño no le suponía ningún obstáculo. Pero en el regimiento se los consideraba como el verdadero modelo de pareja de mediana edad. No había nada en sus relaciones mutuas que pudiera preparar a la gente para la tragedia que se avecinaba.

»El propio coronel Barclay parece haber tenido algunos rasgos singulares en su carácter. Su humor habitual era el de un viejo soldado jovial y dinámico, pero dicen que en alguna ocasión se mostró capaz de una violencia y un rencor considerables.

No obstante, parece ser que nunca había mostrado con su mujer este lado de su carácter. Otro hecho que sorprendió al mayor Murphy y a tres de los cinco oficiales con los que hablé era el particular tipo de depresión que de vez en cuando le sobrevinía. Según la expresión del mayor, a menudo la sonrisa desaparecía de su boca, como arrebatada por una mano invisible, cuando se había unido a las bromas y chanzas de la mesa de oficiales. Durante días sin fin, cuando se sentía prisionero de este humor, se hundía en la más profunda melancolía. Esto y cierto matiz de superstición eran los únicos rasgos inusuales de su carácter que habían observado sus colegas oficiales. Esta última peculiaridad tomaba la forma de una profunda aversión a quedarse solo, especialmente después de anochecer. Esta pueril característica en una naturaleza como la suya, visiblemente varonil, había dado lugar a comentarios y conjeturas.

»El primer batallón de los «Royal Mallows» (que es el antiguo 117) lleva varios años estacionado en Aldershot. Los oficiales casados viven en barracones, y el coronel, durante todo el tiempo que duró su cargo, ocupó una villa llamada Lachine, situada a media milla del North Camp. La casa tiene terreno propio a su alrededor, pero su parte oeste no se encuentra a más de treinta yardas de la carretera. La servidumbre está formada por un cochero y dos criadas. Éstos, con sus señores, eran los únicos ocupantes de Lachine, ya que los Barclay no tenían hijos ni solían alojar visitantes.

»Paso ahora a narrarle lo que sucedió en Lachine entre las nueve y las diez de la noche del lunes pasado.

»La señora Barclay pertenecía, según parece, a la Iglesia Católica y tenía mucho interés en la institución del Gremio de San Jorge, que se había formado en conexión con la Capilla de Watt Street, con el fin de suministrar a los pobres la ropa que otros desechaban. Aquella noche a las ocho tenía lugar una reunión del Gremio, y la señora Barclay se apresuró después de la cena a asistir a ésta. El cochero la oyó, al salir, hacerle a su marido las observaciones de costumbre, asegurándole que en seguida estaría de vuelta. Tras esto fue a buscar a la señorita Morrison, una joven que vive en la villa de al lado, y las dos se encaminaron juntas hacia la reunión. Ésta duró cuarenta minutos, y a las nueve y cuarto la señora Barclay volvió a casa, habiendo dejado al pasar a la señorita Morrison ante la puerta de la suya.

»Hay en Lachine una habitación que se utiliza como cuarto para el desayuno. Da a la carretera y tiene una gran puerta de fuelle acristalada que se abre sobre el césped. Éste tiene treinta yardas y sólo está separado del camino por un bajo muro sobre el que han tendido un alambre. A esta habitación se dirigió la señora Barclay al volver a casa. Las persianas no estaban bajadas, porque la habitación rara vez se usaba por la noche, pero la señora Barclay encendió ella misma la lámpara, llamó después al timbre y le dijo a Jane Steward, la doncella, que le trajera una taza de té, lo cual era algo bastante opuesto a sus costumbres habituales. El coronel estaba sentado en el comedor, pero, al oír que su mujer había vuelto, fue a reunirse con ella en el cuarto de

desayuno. El cochero le vio atravesar el *hall* y entrar en la habitación. Ya no volvieron a verle con vida.

»El té que había pedido ella se le subió al cabo de diez minutos, pero la doncella, al acercarse a la puerta, se sorprendió al oír las voces de sus señores, quienes estaban teniendo un terrible altercado. Llamó a la puerta sin recibir contestación alguna, e incluso giró el pomo de la cerradura, pero sólo para descubrir que estaba cerrada con llave por dentro. Como era natural, bajó corriendo a decírselo a la cocinera, y las dos mujeres y el cochero subieron al *hall*



y escucharon la disputa, que seguía siendo tumultuosa. Todos están de acuerdo en que sólo se oían dos voces, la de Barclay y la de su mujer. El tono de voz de Barclay era bajo y brusco, de modo que ninguno de los que estaban escuchando pudo oír nada de lo que dijo. El de su mujer, por otro lado, era más amargo y, cuando alzaba la voz, se le podía oír claramente: «Cobarde —repetía una y otra vez—. ¿Qué se puede hacer? Devuélveme mi vida. ¡Nunca volveré a respirar el mismo aire que tú respiras! ¡Cobarde! ¡Cobarde!». Éstos eran retazos de su conversación, que terminó al lanzar el hombre un súbito y pavoroso grito y la mujer un chillido penetrante que retumbó por toda la casa. Convencido de que había sucedido alguna tragedia, el cochero se lanzó contra la puerta intentando forzarla, mientras dentro continuaban los chillidos. Le fue imposible, sin embargo, abrirse camino y las muchachas estaban demasiado asustadas para poder prestarle ninguna ayuda. No obstante, tuvo una idea repentina, salió corriendo por la puerta principal y rodeó el césped, llegando hasta el lugar al que se abría la puerta acristalada. Un lado de la puerta estaba abierto, lo cual, creo, es bastante normal en verano, y entró en la habitación sin dificultad. Su señora había dejado de gritar y se encontraba tendida inconsciente en un diván, mientras el infortunado militar, con los pies colgándole por encima del brazo del sillón y la cabeza en el suelo junto al guardafuegos de la chimenea, yacía muerto en medio de un charco formado por su propia sangre.

»Lo primero que se le ocurrió al cochero, tras descubrir que no podía hacer nada por su amo, fue abrir la puerta. Pero aquí se le presentó una inesperada y singular dificultad. La llave no estaba puesta en la cerradura, ni pudo encontrarla en toda la habitación. Así pues, volvió a salir por la ventana y, tras pedir socorro a un policía y a un médico, volvió a la casa. La señora, sobre quien naturalmente recaían todas las sospechas, fue trasladada a su habitación, todavía inconsciente. Acomodaron el cuerpo del coronel sobre el sofá e hicieron un cuidadoso examen del escenario de la tragedia.

»Se descubrió que la herida que había sufrido el coronel era un corte mellado, de dos pulgadas de largo, en la parte posterior de la cabeza, herida evidentemente causada al haberle asestado un golpe fuerte con algún tipo de arma contundente. No fue difícil adivinar qué arma podía haber sido. En el suelo, cerca del cuerpo, estaba tirado un peculiar garrote de madera labrada con un mango de hueso. El coronel poseía una variada colección de armas traídas de los diferentes países en los que había luchado, y la policía supone que el garrote se encontraba entre sus trofeos. Los sirvientes niegan haberlo visto antes, pero es posible que lo hayan pasado por alto entre las numerosas curiosidades que hay en la casa. Ninguna otra cosa de importancia descubrió la policía en la habitación, salvo el hecho inexplicable de que ni en la persona de la señora Barclay, ni en el cuerpo de la víctima, ni en toda la habitación se encontró la llave que faltaba. Finalmente tuvo que abrir la puerta un cerrajero de Aldershot.

»Así estaban las cosas, Watson, cuando el martes por la mañana, a petición del mayor Murphy, fui a Aldershot para ayudar a la policía en sus esfuerzos. Creo que reconocerá que el caso presentaba ya un cierto interés, pero en seguida mis observaciones me hicieron darme cuenta de que, en realidad, era todavía más extraordinario de lo que hubiera podido parecer a primera vista:

»Antes de examinar la habitación, hice un interrogatorio cruzado a los criados, pero sólo conseguí sacar los hechos que ya he dado a conocer. Jane Stewart, la doncella, recordó otro detalle de interés. Recordará que, al oír la disputa, ella bajó y volvió con los otros criados. Dice que, en ese momento, cuando estaba todavía sola, las voces de sus amos eran tan bajas que apenas oyó nada y más por sus tonos que por sus palabras juzgó que habían reñido. Sin embargo, al presionarla, recordó que había oído la palabra «David» pronunciada dos veces en boca de la dama. Este punto es de máxima importancia, ya que puede llevarnos hasta las razones de la inesperada disputa. El nombre del coronel, como recordará, era James.

»Lo que más profundamente impresionó tanto a los criados como a la policía era la contorsión de la cara del coronel. Según sus declaraciones, ésta se había quedado con la expresión de miedo y horror más espantosa que pueda manifestar un semblante humano. Más de uno se desmayó con sólo verlo, de tan terrible como era el efecto que producía. Era casi seguro que había previsto su destino y que éste le había causado el mayor de los horrores. Esto, por supuesto, encajaría totalmente con la teoría de la policía, si el coronel pudiera haber visto a su mujer atacarle con fines asesinos. Ni siquiera suponía una objeción fatal el hecho de que estuviera herido por detrás, ya que pudiera haberse vuelto para evitar el golpe. Ninguna información pudo conseguirse de la dama, que se encontraba en ese momento aquejada de un ataque agudo de encefalitis.

»Supe por la policía que la señorita Morrison, quien, como recordará usted, salió aquella noche con la señora Barclay, negaba tener conocimiento alguno sobre lo que hubiera podido provocar el mal humor con el que su compañera había vuelto a casa.

»Habiendo recopilado estos hechos, Watson, me fumé varias pipas mientras los consideraba, tratando de separar los que eran cruciales de los que tan sólo eran circunstanciales. No cabía duda de que la parte del caso más distintiva y sugestiva era la peculiar desaparición de la llave de la puerta. Una búsqueda minuciosa no había conseguido encontrarla en la habitación. Así pues, debían de habérsela llevado. Pero ni el coronel ni su esposa podían haberla cogido. Esto estaba absolutamente claro. Por tanto, tenía que haber entrado en la habitación una tercera persona. Y esa tercera persona sólo podía haber entrado por la ventana. Me pareció que un cuidadoso examen de la habitación y del césped posiblemente revelaría algunas huellas de esa misteriosa persona. Ya conoce usted mis métodos, Watson. No dejé ni uno sólo sin utilizar en mi investigación, terminándola con el descubrimiento de ciertas huellas, aunque éstas eran muy distintas a las que yo hubiera esperado. Hubo un hombre en la habitación y éste cruzó el césped desde la carretera. Pude conseguir cinco claras huellas de sus pies: una en la misma carretera, en el punto en donde había saltado el bajo muro; dos en el césped, y dos, muy débiles, en la vidriera de la ventana por la que había entrado. Aparentemente había cruzado el césped corriendo, porque las marcas de las punteras eran mucho más profundas que las de los talones. Pero no era el hombre el que me sorprendía. Era su acompañante.

—¡Su acompañante!

Holmes sacó del bolsillo una hoja de papel de seda y la desenvolvió con cuidado sobre sus rodillas.

—¿Qué opina de esto?

El papel estaba cubierto de huellas de pisadas de algún animal pequeño. Tenía cinco holladuras bien marcadas, un indicio de uñas largas y toda la huella no sería más larga que una cuchara de postre.

—Es un perro —dije yo.

—¿Ha oído alguna vez que los perros se suban por las cortinas? Encontré huellas evidentes de que esta criatura había hecho tal cosa.

—¿Un mono, entonces?

—Pero esto no es la huella de un mono.

—¿Qué puede ser, en ese caso?

—Ni un perro, ni un gato, ni un mono, ni ninguna criatura que nos sea familiar. He intentado reconstruirla por las medidas. Aquí tiene cuatro huellas en las que el animal ha estado parado. Ya ve que no mide menos de quince pulgadas desde las patas delanteras a las traseras. Añádale a esto la longitud del cuello y la cabeza y tendrá una criatura de no mucho menos de dos pies de largo, posiblemente más si tiene cola. Pero ahora observe estas otras medidas. El animal ha estado moviéndose y



aquí tenemos la medida de su zancada. En todos los casos no mide más de tres pulgadas. Esto nos da, como usted ve, una indicación de un cuerpo largo con unas cortas patas pegadas a éste. No han tenido con nosotros la consideración de dejar tras de sí algún pelo de su cuerpo. Pero su aspecto general debe de ser como he indicado, puede subir por una cortina y es un carnívoro.

—¿Cómo deduce esto?

—Porque trepó por la cortina. En la ventana había colgada una jaula con un canario y su objetivo parece haber sido llegar hasta el pájaro.

—¿Qué animal era entonces?

—¡Ah! Si le pudiera dar un nombre, habría avanzado considerablemente hacia la resolución del caso. En conjunto era probablemente una criatura de la familia de la comadreja o del armiño, aunque todavía más larga que cualquiera de las que yo he visto.

—¿Pero qué tiene que ver con el crimen?

—También eso está todavía oscuro. Pero se dará usted cuenta de que hemos avanzado mucho. Sabemos que un hombre estuvo en la carretera observando la pelea de los Barclay: las persianas estaban subidas y la luz encendida. Sabemos también que atravesó el césped corriendo, entró en la habitación, acompañado por un extraño animal y que, o bien golpeó al coronel o, lo que es igualmente posible, que el coronel se desmayó de miedo al verlo, hiriéndose en la cabeza con una esquina del guardafuegos del hogar. Finalmente contamos con el curioso hecho de que el intruso se llevó la llave al abandonar el lugar.

—Parece que sus descubrimientos han terminado por oscurecer el asunto más de lo que estaba —dije yo.

—Bastante. Lo que sin duda han mostrado mis descubrimientos es que el caso es mucho más profundo de lo que se conjeturó en un principio. He examinado detenidamente la cuestión y he llegado a la conclusión de que tengo que abordar el problema desde otro lado. Pero así, Watson, no le dejo irse a la cama cuando en realidad podría decirle todo esto mañana camino de Aldershot.

—Gracias, pero ha ido demasiado lejos para detenerse ahora.

—Estaba casi seguro de que cuando la señora Barclay salió de casa a las siete y media no estaba en absoluto reñida con su marido. Nunca se mostraba ostentosamente afectiva, como creo haber indicado ya, pero el cochero la oyó charlar con el coronel en términos amistosos. Ahora bien, es igualmente cierto que, inmediatamente después de su vuelta, se dirigió a la habitación en la que tenía menos posibilidades de ver a su marido, se refugió en una taza de té, como haría una mujer que se sintiera nerviosa y, finalmente, cuando él vino a su encuentro, estalló en violentas recriminaciones. Así pues, entre las siete y media y las nueve sucedió algo que había modificado completamente sus sentimientos hacia él. Pero la señorita Morrison estuvo con ella durante esa hora y media. Era absolutamente cierto que, pese a sus negativas, tenía que saber algo sobre el asunto.

»Mi primera conjetura fue que posiblemente había habido alguna historia entre esa joven y el viejo soldado, historia que quizá esta última había confesado ahora a la mujer del coronel. Esto explicaría tanto el enfado con que había regresado la dama, como la negativa de la muchacha a que hubiera ocurrido algo. Tampoco sería totalmente incompatible con la mayoría de las palabras que se les había sorprendido diciendo. Pero estaba la referencia a David y estaba también el reconocido afecto que el coronel sentía por su mujer, hechos ambos que pesaban en contra de dicha conjetura; y ¿qué decir de la trágica intrusión del otro hombre, que, por supuesto, podría no tener conexión alguna con lo que había sucedido antes? No es fácil orientarse, pero en conjunto me incliné a desechar la idea de que hubiera habido algo entre el coronel y la señorita Morrison, aunque estaba más convencido que nunca de que la joven tenía la pista que nos llevaría a descubrir qué era lo que había hecho que la señora Barclay empezara a odiar a su marido. Tomé, por tanto, la determinación de ir a ver a la señorita Morrison y explicarle que estaba perfectamente seguro de que ella conocía los hechos, asegurándole que, de no aclararse el asunto, su amiga, la señora Barclay, podría verse en el banquillo de los acusados con una pena capital sobre ella.

»La señorita Morrison es una muchacha tímida, etérea, de ojos tímidos y cabello rubio; no encontré, sin embargo, que le faltara perspicacia y sentido común. Se sentó y recapacitó durante un rato después de que yo hubiera hablado y luego, volviéndose hacia mí con un enérgico aire de resolución, rompió a hablar haciendo una importante declaración, la cual resumiré en beneficio suyo.

—Prometí a mi amiga que no diría nada del asunto y una promesa es una promesa —dijo—. Pero, si de verdad puedo ayudarla cuando recae sobre ella una acusación tan seria y cuando la enfermedad, pobrecita, ha sellado su boca, en ese caso creo que no tengo por qué mantener mi promesa. Le diré exactamente lo que sucedió el lunes por la noche. Volvíamos de la misión de Watt Street a eso de las nueve menos cuarto. Teníamos que pasar en nuestro camino de vuelta por Hudson Street, que es una calle muy tranquila. Sólo hay un farol en toda la calle, situado en el lado izquierdo y, al acercarnos a éste, vi a un hombre que venía hacia nosotras; tenía la espalda muy encorvada y acarreaba algo parecido a una caja colgado de un hombro. Parecía deforme, porque llevaba la cabeza gacha y caminaba con las rodillas dobladas; íbamos a adelantarle, cuando alzó la vista hacia nosotras justo en el lugar alumbrado por el farol, y al hacerlo se detuvo y, con una voz espantosa, exclamó: «¡Dios mío, pero si es Nancy!». La señora Barclay se puso pálida y, de no haberla sujetado a



tiempo aquella horrorosa criatura, hubiera caído desmayada. Iba yo a llamar a la policía, pero ella, para mi sorpresa, le habló de un modo bastante cortés: «Pensé que habías muerto hace treinta años, Henry», dijo con voz temblorosa. «Y así ha sido», dijo él, y fue algo horrible oír el tono en que lo dijo. Tenía un rostro oscuro, temible, y un brillo en los ojos que se me aparecen en sueños. El cabello y las patillas empezaban a blanquearle y tenía el rostro lleno de arrugas como una manzana seca. «Adelántate un poco, querida —dijo la señora Barclay—. Quiero tener unas palabras con este hombre. No hay nada que temer». Trataba de hablar con entereza, pero seguía estando muy pálida, y las palabras salían con dificultad de sus temblorosos labios. Hice lo que me dijo y hablaron durante unos minutos. Tras esto avanzó por la calle hacia mí con la mirada ardiente, y entonces vi al desgraciado tullido que, parado junto a la farola, agitaba en el aire sus puños cerrados con fuerza. Ella no dijo nada hasta que llegamos a mi puerta, cuando, cogiéndome de la mano, me rogó que no le contara a nadie lo que había sucedido. «Es un viejo amigo mío que ha venido a menos», dijo. Tras prometerle que no se lo diría a nadie, me dio un beso y desde entonces no he vuelto a verla. Ahora ya le he contado toda la verdad y sepa usted que, si se lo oculté a la policía, fue porque no me di cuenta del peligro en que se encontraba mi querida amiga. Ahora sé que el que se sepa todo no puede ser sino un beneficio para ella.

»Aquí estaba su declaración, Watson, y para mí, como usted puede imaginar, era como un poco de luz en una noche oscura. Todo lo que hasta entonces habían sido hechos sin conexión alguna empezaron a ocupar un lugar en una secuencia que yo comenzaba a vislumbrar. Obviamente, el siguiente paso que di fue buscar al hombre que había producido semejante impresión en la señora Barclay. No sería muy difícil encontrarlo, si todavía estaba en Aldershot. No tiene muchos habitantes y era bastante seguro que un hombre deforme hubiera atraído la atención. La búsqueda me llevó un día, y por la noche, esta misma noche, Watson, he dado con él. El hombre se llama Henry Wood y vive en una pensión, en la misma calle en que lo encontraron las damas. Sólo lleva cinco días en el lugar. Haciéndome pasar por un agente de registros, tuve ocasión de cotillear un poco con la patrona. El hombre tiene el oficio de actor y prestidigitador, y anda por la noche de una cantina en otra representando su pequeño espectáculo. Acarrea en la caja cierta criatura que parecía causar no poca inquietud a la patrona. La usa, según ésta, en algunos de sus trucos. Esto es lo que la mujer fue capaz de contarme, como también que, viendo lo torcido que está, se maravilla uno de que este hombre pueda seguir viviendo, y que en algunas ocasiones habla una lengua extraña y que las dos noches pasadas le había oído gemir y llorar en su habitación. En lo que se refiere al dinero, todo estaba en orden, pero al pagar el depósito, le había dado algo que parecía un florín falso. Me lo enseñó, y se trataba de una rupia india.

»Así que ahora, querido amigo, ya puede usted ver exactamente la situación y por qué lo necesito. Está totalmente claro que, después de que las damas lo dejaran, ese

hombre las siguió de lejos, vio la disputa entre marido y mujer por la ventana, entró precipitadamente, y la criatura que llevaba en la caja se le escapó. Todo eso es cierto. Pero él es la única persona en el mundo que puede decirnos lo que sucedió en esa habitación.

—¿Y pretende preguntarle?

—Desde luego; pero en presencia de un testigo.

—¿Y soy yo ese testigo?

—Si es usted tan amable de prestarse a ello. Si él puede aclarar el asunto, tanto mejor. Si se niega, no nos quedará otra alternativa que pedir una orden de detención.

—Pero ¿cómo sabe que seguirá allí cuando vayamos nosotros?

—Puede estar seguro de que he tomado precauciones. Tengo a uno de mis chicos de Baker Street montando guardia; se le habrá pegado como una lapa e irá donde él vaya. Nos reuniremos con él mañana en Hudson Street; y, mientras tanto, sería yo el criminal si no le dejara irse a dormir ya.

Era mediodía cuando nos encontramos en el escenario de la tragedia y, bajo la dirección de mi compañero, en seguida nos encaminamos a Hudson Street. Pese a su capacidad para ocultar sus sentimientos, no me costó darme cuenta de que Holmes se encontraba en un estado de contenida emoción, mientras que yo sentía ese hormigueo de placer, medio deportivo, medio intelectual, que experimento cuando me uno a sus investigaciones.

—Ésta es la calle —dijo él, al entrar en una corta calle en la que se alineaban dos hileras de casas de ladrillos de dos pisos—. ¡Ah!, aquí viene Simpson a darnos noticias.

—Está en casa y sin novedad, señor Holmes —gritó un pequeño golfillo, que vino corriendo hacia nosotros.

—Está bien, Simpson —dijo Holmes, dándole unas palmaditas en la cabeza—. Entremos, Watson. Ésta es la casa.

Le hizo pasar su tarjeta con un mensaje de que había venido para un asunto importante, y un momento después nos encontrábamos cara a cara con el hombre que habíamos venido a ver. A pesar de que hacía un tiempo cálido, estaba acurrucado junto al fuego, y la pequeña habitación parecía un horno. El hombre estaba sentado en una silla, totalmente torcido y encogido de un modo tal, que daba una sensación de deformidad indescriptible, pero el rostro que volvió hacia nosotros, aunque estropeado y atezado, debió de haber sido en su momento considerablemente bello. Nos miró con desconfianza desde sus biliosos ojos y, sin hablar o levantarse, señaló dos sillas.

—Creo que es usted el señor Henry Wood, recién llegado de la India —dijo Holmes afablemente—. He venido para hablar con usted sobre ese asuntillo de la muerte del coronel Barclay.

—¿Por qué tengo yo que saber algo de eso?

—Eso es lo que quiero comprobar. Supongo que ya sabe usted que, a no ser que

el asunto se aclare, la señora Barclay, que es una vieja amiga suya, será con toda probabilidad juzgada por asesinato.

El hombre se estremeció violentamente.

—No sé quién es usted —exclamó—, ni cómo ha llegado a saber lo que sabe, pero ¿juraría que es verdad lo que está diciendo?

—Como que sólo están esperando a que vuelva en sí para detenerla.

—¡Dios mío! ¿Es usted de la policía?

—No.

—¿A qué se dedica, pues?

—El ver que la justicia se cumple es un asunto que nos atañe a todos.

—Le doy mi palabra de que ella es inocente.

—¿Entonces es usted el culpable?

—No, no lo soy.

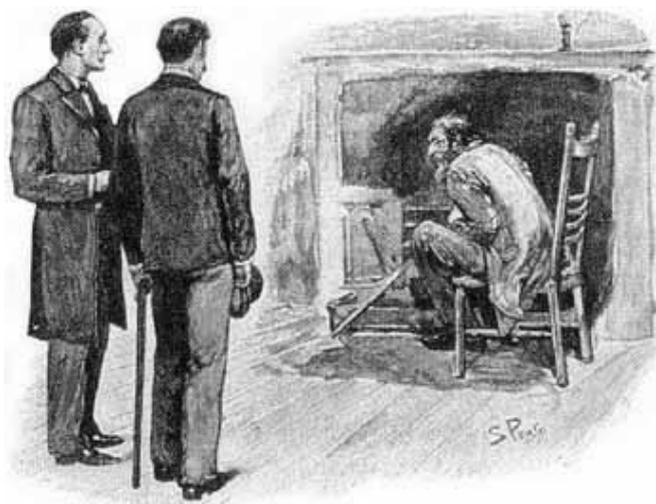
—¿Quién mató entonces al coronel Barclay?

—Fue la justa Providencia quien lo mató. Pero piense que, si le hubiera destrozado el cráneo, como mi corazón me lo pedía, no le hubiera dado más que su merecido. De no haber sido su propia conciencia de culpa la que le fulminó, es muy probable que su sangre pesara ahora sobre mis espaldas. ¿Quiere que le cuente la historia? Bueno, no sé por qué no voy a hacerlo, ya que no hay nada en ello que pueda avergonzarme.

»Fue así, caballero. Usted me ve ahora con las espaldas como un camello y las costillas torcidas, pero hubo un tiempo en el que el cabo Henry Wood era el hombre más elegante del batallón 117 de Infantería. Estábamos en la India entonces, acuartelados en un lugar que llamaremos Bhurtee. Barclay, el que murió el otro día, era sargento en la misma compañía que yo, y la reina del regimiento —¡ay!, y la muchacha más delicada que haya pisado aquella tierra— era Nancy Devoy, la hija del sargento del regimiento. La amaban dos hombres y ella amaba a uno; va usted a sonreír cuando, viendo esta pobre cosa acurrucada junto al fuego, me oiga decir que me quería por mi belleza.

»Bueno, aunque ella me quería a mí, su padre la instigaba a que se casara con Barclay. Yo no era sino un chico atolondrado, imprudente, y él poseía una educación y ya estaba destinado a lucir el sable. Pero la muchacha me era fiel, y parece que la hubiera conseguido, cuando estallaron las insurrecciones y todo el país se soliviantó.

»Nuestro regimiento estaba sitiado en Bhurtee con media batería de artillería, una compañía de *sikhs* y cantidad de civiles y mujeres. Nos rodeaban diez mil rebeldes, tan ansiosos como una jauría de *terriers* alrededor de una rata enjaulada. Hacia la



segunda semana de sitio se nos acabó el agua y empezamos a plantearnos el intentar comunicar con la columna del general Neill que estaba avanzando por el país. Era nuestra única posibilidad, porque con todas aquellas mujeres y niños no podíamos esperar abrirnos camino luchando; así pues, me ofrecí voluntario para salir y prevenir al general Neill de nuestro peligro. Aceptaron mi ofrecimiento, y discutí el asunto con el sargento Barclay, quien se suponía que conocía el terreno mejor que cualquier otro hombre, y me dibujó una ruta por la que



conseguiría pasar a través de las líneas rebeldes. Esa misma noche, a las diez, emprendí mi viaje. Había mil vidas que salvar, pero sólo pensaba en una cuando salté el muro aquella noche.

»Seguí un camino que corría por una torrentera seca, que me resguardara de los centinelas enemigos, pero al torcer un recodo reptando fui a dar con seis de ellos que me estaban esperando agazapados en la oscuridad. En ese mismo instante me dieron un golpe que me dejó totalmente aturdido y me ataron de pies y manos. Pero el verdadero golpe lo sentí en el corazón y no en la cabeza, porque al volver en mí escuché todo lo que pude entender de su conversación, y fue suficiente para comprender que mi camarada, el mismo que había decidido el camino que tenía que seguir, me había traicionado por medio de un criado nativo, lanzándome en manos del enemigo.

»Bueno, no es necesario que me demore en esta parte. Ahora ya sabe usted de lo que era capaz James Barclay. Bhurtee fue liberado al día siguiente por el general Neill, pero los rebeldes me llevaron con ellos en su retirada y pasaron largos años antes de que volviera a ver un rostro blanco. Me torturaron, intenté escapar y me capturaron y torturaron de nuevo. Ustedes mismos pueden ver el estado en que me dejaron. Algunos que huían a Nepal me llevaron con ellos y después pasamos a Darjeeling. Allí los habitantes de las colinas asesinaron a los rebeldes que me tenían y me hicieron su esclavo por algún tiempo, hasta que conseguí escapar: pero en lugar de ir hacia el sur, tuve que ir hacia el norte, hasta que me encontré entre los afganos. Anduve errante por allí durante varios años y finalmente volví al Punjab, donde viví casi siempre entre los nativos, ganándome la vida con los trucos de prestidigitación que había aprendido. ¿De qué me serviría a mí, un desgraciado tullido, volver a Inglaterra o darme a conocer a mis camaradas? Ni siquiera mi deseo de venganza me impulsó a hacerlo. Prefería que Nancy y mis antiguos camaradas pensaran que Harry Wood había muerto con la espalda derecha a que le vieran vivir y arrastrarse con un bastón como un chimpancé. Nunca dudaron de que yo hubiera muerto y contribuí a

ello. Supe que Barclay se había casado con Nancy y que estaba ascendiendo rápidamente, pero ni siquiera eso me hizo hablar.

»Pero, cuando uno se va haciendo viejo, añora la tierra. Durante años no dejé de soñar con los brillantes prados y verdes setos de Inglaterra. Por último decidí volver a verlos antes de morir. Ahorré lo suficiente para poder llegar, viniéndome después aquí, donde están los soldados, porque conozco sus costumbres y sé cómo divertirlos, y de este modo poder ganar lo suficiente para mantenerme.

—Su narración es de lo más interesante —dijo Sherlock Holmes—. Ya conozco su encuentro con la señora Barclay y su mutuo reconocimiento. Tras lo cual, pienso yo, usted la siguió hasta su casa y vio por la ventana un altercado entre ella y su marido, durante el que ella sin duda le echó en cara su comportamiento con usted. Le vencieron sus propios sentimientos, cruzó el césped corriendo e irrumpió delante de ellos.

—Lo hice, señor, y, al verme, él se puso como no había visto nunca hasta ahora ponerse a un hombre, y cayó dándose con la cabeza en el guardafuegos de la chimenea. Pero ya había muerto antes de caer. Leí la muerte en su cara tan claramente como puedo leer lo que hay escrito sobre el fuego. La simple visión de mi persona fue como una bala que atravesó su culpable corazón.

—¿Y después?

—Entonces Nancy se desmayó y yo le arrebaté de las manos la llave de la puerta para abrirla y pedir ayuda. Pero cuando iba a hacerlo me pareció mejor dejarla tranquila e irme, porque el asunto podría ponerse oscuro, y de todos modos mi secreto se sabría si me cogían. En mi apresuramiento me eché la llave al bolsillo y dejé caer un bastón mientras intentaba coger a Teddy, que se había subido por la cortina. Cuando conseguí meterlo en su caja, de la que se había escapado, eché a correr lo más rápido que pude.

—¿Quién es Teddy? —preguntó Holmes.

El hombre se inclinó y levantó un tipo de conejera que había en el rincón. Al instante se deslizó una bella criatura de un color marrón rojizo, delgada, ágil, con las patas de un armiño, una larga nariz y el par de ojos más delicado que yo haya visto en la cabeza de animal alguno.

—Es una mangosta —exclamé.

—Bueno, algunos los llaman así, otros los llaman icneumon —dijo el hombre—. Cazadores de serpientes es como yo los llamo, y Teddy es sorprendentemente rápido con las cobras. Tengo aquí una sin colmillos, y Teddy la caza todas las noches para delicia de la gente en las cantinas. ¿Algo más, señor?

—Bueno, tendríamos que recurrir de nuevo a usted si la señora Barclay se encontrara en apuros.

—En ese caso, por supuesto, acudiría con mucho gusto.

—Pero, en caso contrario, no hay razón para levantar un escándalo contra un hombre muerto, por muy ilícitamente que haya obrado. Tiene usted, al menos, la

satisfacción de saber que durante treinta años de su vida su conciencia le estuvo reprochando amargamente su perversa acción. Ah, por ahí va el mayor Murphy. Adiós, Wood; quiero saber si ha sucedido algo desde ayer.

Nos dio tiempo de alcanzar al mayor Murphy antes de que llegara a la esquina.

—Ah, Holmes —dijo—, supongo que sabrá que todo este lío no ha terminado en nada.

—¿Qué ha sucedido, pues?

—La investigación acaba de finalizar. Las pruebas médicas mostraron que la muerte se debió a una apoplejía. Ya ve, era un caso bastante sencillo, después de todo.

—¡Oh, sí!, muy superficial —dijo Holmes sonriendo—. Vamos, Watson, creo que ya no somos necesarios en Aldershot.

—Hay una cosa —dije yo, cuando nos dirigíamos hacia la estación—. Si el nombre del marido era James y el otro era Henry, ¿a qué venía hablar de un tal David?

—Sólo esa palabra debería haberme bastado para explicar toda la historia, de haber sido yo ese razonador ideal que a usted tanto le gusta describir. Era evidentemente un reproche.

—¿Un reproche?

—Sí, David se descarriaba un poco de vez en cuando, ¿no es verdad?, y en una ocasión en la misma dirección que el sargento Barclay. ¿Recuerda usted el asunto de Urías y Betsabé? Mis conocimientos bíblicos están un poco oxidados, pero encontrará usted la historia en el primero o en el segundo libro de Samuel.



## EL PACIENTE RESIDENTE

**A**l echar una mirada a las, en cierto modo, incoherentes series de historias con las que he procurado ilustrar unas cuantas de las peculiaridades mentales de mi amigo, el señor Sherlock Holmes, me he quedado impresionado al comprobar todas las dificultades que he encontrado para escoger ejemplos que ilustren todos los aspectos de mi objetivo. Se debe esto a que en aquellos casos en los que Holmes llevó a cabo ciertos *tour-de-force* de razonamiento analítico y demostró el valor de sus métodos de investigación, los propios hechos habían sido tan leves o tan comunes, que no me sentía justificado al exponerlos ante el público. Por otro lado, ha sucedido a menudo que él se ha visto metido en investigaciones en las que se presentaban hechos de una importancia y un dramatismo notables, pero en los que el intercambio de opiniones —algo que él siempre hace a la hora de determinar las causas— fue menos pronunciado de lo que yo —como biógrafo suyo— hubiera podido desear. Un pequeño asunto cuya crónica escribí bajo el título de *Estudio en Escarlata*, y aquel otro posterior conectado con la pérdida del *Gloria Scott*, pueden servir de ejemplo de estos Escila y Caribdis que siempre amenazarán a su historiador. Puede ser que, en el asunto que estoy a punto de empezar, el papel jugado por mi amigo no sea muy destacado; pero, aun así, el hilo de los acontecimientos es tan notable, que no puedo resignarme a omitirlo en esta serie.

No puedo estar seguro de la fecha exacta, pues algunos de mis memorandos al respecto se han extraviado, pero debió de ser hacia el final del primer año durante el cual Holmes y yo compartimos habitaciones en Baker Street.

Había sido un día de octubre cerrado y lluvioso, hacía un tiempo tempestuoso propio de octubre y los dos nos habíamos quedado todo el día en casa, yo porque temía enfrentarme al cortante viento otoñal con mi quebrantada salud, mientras que él estaba sumido en una de aquellas complicadas investigaciones químicas que tan profundamente le absorbían mientras se entregaba a ellas. Al atardecer, sin embargo, la rotura de un tubo de ensayo puso un final prematuro a su búsqueda y le hizo abandonar su silla con una exclamación de impaciencia y el ceño fruncido.



—¡Qué día más poco saludable, Watson! —dijo mi amigo—. Pero la tarde ha traído algo de brisa. ¿Le apetecería salir a dar una vuelta por Londres?

Yo estaba harto de nuestro pequeño cuarto de estar y consentí encantado. Estuvimos vagando durante tres horas viendo el siempre cambiante calidoscopio de la vida tal como fluye y refluye por Fleet Street y el Strand. La característica charla de Holmes, con su profunda observación de los detalles y su sutil poder de deducción, me mantenía divertido y cautivado.

Dieron las diez antes de que estuviéramos de vuelta en Baker Street. Una berlina esperaba a la puerta.

—¡Hum!, es la de un médico, y un médico de cabecera, según veo —dijo Holmes—. No hace mucho que ejerce, pero ha tenido la ocasión de hacer un buen negocio. Imagino que viene a consultarnos. ¡Qué suerte que hayamos vuelto!

Yo estaba lo bastante familiarizado con los métodos de Holmes para poder seguir su razonamiento y para ver que la naturaleza y estado de los diversos instrumentos médicos que había en la cesta de mimbre que colgaba de la lámpara dentro de la berlina le habían proporcionado los datos para su rápida deducción. La luz encendida arriba en nuestra ventana mostraba que esta tardía visita era de verdad para nosotros. Con cierta curiosidad sobre lo que podría hacer venir a un colega médico a vernos a tales horas, seguí a Holmes al interior de nuestro sanctasanctórum.

Un hombre pálido, de rostro afilado y con patillas rojizas, se levantó de una silla al lado del fuego cuando entramos. Su edad no pasaba de los treinta y tres o treinta y cuatro años, pero su expresión ojerosa y su mal color hablaban por él de una vida que le había agotado todas las fuerzas, robándole su juventud. Sus maneras demostraban cierto nerviosismo y timidez, como las de un caballero sensible, y la fina y blanca mano que posó en la repisa de la chimenea al levantarse era más de un artista que de cirujano. Su indumentaria era sobria y un poco triste; una levita negra, pantalones oscuros y un toque de color en la corbata.

—Buenas noches, doctor —dijo Holmes vivamente—. Me alegra ver que sólo

lleva unos minutos esperando.

—¿Ha hablado ya con mi cochero?

—No, ha sido la vela que hay en ese velador la que me lo ha indicado. Le ruego que vuelva a sentarse y me haga saber en qué puedo servirle.

—Me llamo Percy Trevelyan —dijo nuestro visitante—, soy médico y vivo en el 403 de Brook Street.

—¿Es usted el autor de una monografía sobre ciertas oscuras lesiones del sistema nervioso? —pregunté yo.

Sus pálidas mejillas se sonrojaron de placer al oír que yo conocía su obra.

—Oigo tan raramente hablar de este trabajo, que pensé que ya sería algo muerto —dijo—. Mis editores me han dado un descorazonador informe sobre su venta. Presumo que usted es médico, ¿no es así?

—Cirujano de la Armada retirado.

—Mi *hobby* han sido siempre las enfermedades nerviosas. Desearía que éstas constituyeran mi especialidad, pero, por supuesto, un hombre ha de tomar al principio lo que puede conseguir. Sin embargo, esto está al margen del problema, señor Holmes, y yo aprecio bastante su valioso tiempo. El hecho es que en mi casa de Brook Street se ha venido sucediendo una singular cadena de acontecimientos y hoy ha llegado a tal extremo, que sentí que no podía esperar ni una hora más sin pedirle consejo y ayuda.

Sherlock Holmes se sentó y encendió su pipa.

—Sea usted bienvenido para ambas cosas —dijo—. Le ruego que me dé un informe detallado de cuáles son las circunstancias que le han perturbado.

—Una o dos son tan triviales —dijo el doctor Trevelyan—, que realmente me da casi vergüenza mencionarlas. Pero el asunto es tan inexplicable y el reciente giro que ha tomado el asunto es tan elaborado, que se lo expondré todo para que juzgue usted lo que es esencial y lo que no.

»Para empezar, me veo obligado a decir algo sobre mi carrera. Estudié en la Universidad de Londres, sabe usted, y estoy seguro de que no va a pensar que me alabo indebidamente si le digo que mis profesores consideraban que mi carrera era prometedora. Después de graduarme, continué dedicándome a la investigación, ocupando un puesto sin importancia en el hospital de King's College, y tuve la fortuna de levantar un considerable interés por mi investigación sobre la patología de la catalepsia, ganando finalmente el premio y la medalla Bruce Pinkerton por la monografía sobre las lesiones nerviosas a la que su amigo acaba de aludir. No exageraría demasiado si dijera que en aquel momento la impresión general era que una distinguida carrera se presentaba ante mí.

»Pero para esto tenía que sortear el grandísimo escollo de la falta de dinero. Como en seguida comprenderán, un especialista que quiera apuntar alto está obligado a iniciar su consulta en una de las calles de la docena que componen el barrio de Cavendish Square, lo cual significa pagar una enorme renta y hacer un gran

desembolso inicial para el mobiliario. Además de esos gastos preliminares, ha de contar con mantenerse durante algunos años y con alquilar un carruaje presentable y un caballo. Esto estaba más allá de mis posibilidades y lo único que podía hacer era esperar que tras diez años habría ahorrado lo suficiente para permitirme colgar la placa de médico especialista a mi puerta. Sin embargo, de repente, un inesperado incidente hizo que se abrieran ante mí nuevas perspectivas.

»Éste fue la visita de un caballero de nombre Blessington, absoluto desconocido para mí. Apareció en mi habitación una mañana y en un instante se metió de lleno en el negocio que le traía.

—¿Es usted el mismo Percy Trevelyan que ha hecho una carrera tan brillante y que ha ganado recientemente un gran premio? —dijo.

»Yo asentí con la cabeza.

—Contésteme con franqueza —continuó—, porque va en su propio interés, como en seguida verá. Cuenta usted con la inteligencia precisa para ser un hombre de éxito. ¿Tiene el mismo tacto?

»No pude evitar el sonreír ante la brusquedad de la pregunta.

—Confío en tener la parte que me corresponde.

—¿Alguna mala costumbre? ¿No tiene inclinación a la bebida?

—¡Por Dios, señor!

—¡Bien, pues! ¡Eso está pero que muy bien! Pero quería preguntarle algo. Con todas esas cualidades, ¿por qué no ejerce?

»Me encogí de hombros.

—Venga, venga —dijo con su característica rapidez—. La vieja historia. Más en su cabeza que en sus bolsillos, ¿no? ¿Qué diría si yo le propusiera abrirle una consulta en Brook Street?

»Le miré atónito.

—Oh, es por mi propio bien, no por el suyo —exclamó—. Le seré totalmente franco y, si le va bien lo que voy a proponerle, a mí también me irá. Tengo unos cuantos cientos de libras para invertir, sabe, y creo que lo haré con usted.

—Pero ¿por qué? —dije con un hilo de voz.

—Bueno, es igual que cualquier especulación y más segura que la mayoría.

—¿Y qué tengo que hacer yo?

—Se lo diré. Yo cogeré la casa, la amueblaré, pagaré el servicio y me encargaré de llevarla. Todo lo que usted tiene que hacer es gastar el sillón de la consulta. Le daré dinero de bolsillo y todo lo que necesite. De lo que gane me dará a mí las tres cuartas partes y usted se quedará con el resto.



»Era extraño, señor Holmes, el ofrecimiento con que se me acercaba aquel hombre. No voy a aburrirle con la narración de todo lo que regateamos y negociamos. Terminó con que yo me fui a vivir a esa casa cerca del día de la Anunciación y empecé a ejercer casi de acuerdo con las mismas condiciones que él había sugerido. Él se vino a vivir conmigo en calidad de paciente residente. Al parecer, tenía el corazón débil, y necesitaba una supervisión médica constante. Convirtió las dos mejores habitaciones del primer piso en un cuarto de estar y un dormitorio para él. Todas las tardes a la misma hora entraba en la consulta, examinaba los libros, dejaba cinco chelines y tres peniques por cada guinea que yo había ganado y se llevaba el resto a la caja fuerte de su habitación.

»Puedo decir con seguridad que nunca tuvo la ocasión de lamentar su especulación. Fue un éxito desde el principio. Unos cuantos buenos casos y la reputación que había ganado en el hospital me pusieron rápidamente a la cabeza de la especialidad, convirtiéndole en estos dos últimos años en un hombre muy rico.

»Esto es lo que puedo decirle, señor Holmes, respecto a mi historia pasada y a mis relaciones con el señor Blessington. Sólo me queda por contarle lo que ha sucedido para hacerme venir aquí esta noche.

»Hace unas semanas el señor Blessington bajó a la consulta a verme; venía, según me pareció entonces, en un estado de agitación considerable. Me habló de que habían cometido un robo, dijo, en el West End y recuerdo que parecía estar innecesariamente preocupado por ello, llegando a decir que no podíamos dejar pasar ni un día sin poner cerrojos en las ventanas y en las puertas. Durante una semana siguió teniendo este peculiar estado de inquietud, vigilando continuamente por las ventanas, y dejó de dar el corto paseo que solía anunciar la hora de su cena. Lo que me sorprendía de su comportamiento era que tenía un miedo mortal a algo o a alguien, pero cuando le preguntaba acerca de ello se ponía tan ofensivo conmigo que me vi obligado a abandonar el tema. Según fue pasando el tiempo pareció que sus miedos se fueron desvaneciendo, y ya había renovado sus antiguas costumbres, cuando un nuevo acontecimiento le redujo al lastimoso estado de postración en el que ahora se encuentra.

»He aquí lo sucedido: hace dos días recibí la carta que ahora le leeré. No trae fecha ni la dirección del remitente.

*«Un noble ruso que ahora reside en Inglaterra —dice— estaría encantado de ponerse en las manos del doctor Percy Trevelyan. Lleva varios años siendo víctima de ataques de catalepsia en los que, como todo el mundo sabe, el doctor Trevelyan es una autoridad. Propone ir a verle mañana a eso de las seis y cuarto de la tarde, si es que es ésta una hora conveniente para el doctor Trevelyan».*

»Esta carta me interesó profundamente, porque la principal dificultad en el

estudio de la catalepsia la constituye la propia rareza de la enfermedad. Puede usted creer, pues, que yo estaba en el consultorio cuando a la hora fijada el criado hizo entrar al paciente.

»Era un hombre mayor, delgado, recatado y vulgar, en ningún aspecto la concepción que uno se forma de un noble ruso. Pero todavía me asombró más el aspecto de su acompañante. Era un joven alto, sorprendentemente guapo, con un rostro oscuro y agresivo y unos miembros y un tórax hercúleos. Iba sujetando al otro por el brazo cuando entraron y le ayudó a sentarse con una ternura que no hubiera esperado de un hombre con semejante aspecto.

—Perdone que haya entrado, doctor —dijo en un inglés balbuciente—. Éste es mi padre y su salud es para mí un problema agobiante.

»Me emocionó esta ansiedad del hijo para con el padre.

—¿Le gustaría quizá quedarse durante la consulta? —dije.

—Por nada del mundo —exclamó con un gesto de horror—. Es para mí más doloroso de lo que puedo expresar. Si tuviera que ver a mi padre con uno de esos horribles ataques que le dan, estoy seguro de que no podría seguir viviendo. Mi propio sistema nervioso es muy sensible. Con su permiso, me quedaré en la sala de espera mientras examina a mi padre.

»Asentí, por supuesto, y el joven se retiró. El paciente y yo nos sumergimos en una conversación sobre su caso, y fui tomando notas exhaustivas. Su inteligencia no era muy sobresaliente y sus respuestas eran frecuentemente oscuras, cosa que atribuí a su limitado conocimiento de la lengua. Sin embargo, de repente, mientras yo estaba escribiendo sentado a mi mesa, dejó de contestar a mis preguntas y, al volverme hacia él, me chocó ver que estaba sentado muy derecho en la silla y me miraba con un rostro absolutamente inexpresivo y rígido. Esta misteriosa enfermedad había vuelto a apoderarse de él.

»Tuve en primer lugar, como acabo de decir, un sentimiento de lástima y horror. Mi segundo sentimiento me temo que fue más bien de satisfacción profesional. Tomé las notas del pulso y la temperatura de mi paciente, probé la rigidez de sus músculos y examiné sus reflejos. No había nada anormal en todo ello, lo cual concordaba con mis experiencias anteriores. Había obtenido buenos resultados en casos parecidos con la inhalación de nitrito de amilo, y al presente parecía una oportunidad admirable para probar sus virtudes. Tenía la botella abajo, en mi laboratorio; corrí a buscarla escaleras abajo. Tardé un poco en encontrarla, pongamos cinco minutos, y volví. Imagine mi sorpresa al encontrar que la habitación estaba vacía y que el paciente se había ido.

»Por supuesto, lo primero que hice fue abalanzarme a la sala de espera. El hijo también se había ido. La puerta de la calle estaba cerrada, pero no con llave. El criado que abre la puerta a los pacientes es un chico nuevo y bastante lento. Espera abajo y sube para acompañar a los pacientes hasta la puerta, cuando yo toco el timbre de la consulta. No oyó nada y el asunto quedó en un misterio. El señor Blessington volvió

de su paseo poco después; últimamente he conseguido la costumbre de comunicarme con él lo menos posible.

»Bueno, pensé que nunca más volvería a saber del ruso y de su hijo, conque puede usted imaginarse mi sorpresa cuando esta tarde a la misma hora entraron ambos en mi consultorio, tal como habían hecho antes.

—Sentía que debía pedirle excusas por mi brusca desaparición de ayer, doctor —dijo mi paciente.

—Confieso que me quedé muy sorprendido —dije yo.

—Bueno —observó él— el hecho es que, cuando vuelvo en mí tras los ataques, se me forma una especie de nube en la mente que me impide recordar lo que ha sucedido antes. Me desperté en la que me pareció una habitación muy extraña y me encaminé hacia la calle como mareado mientras usted estaba ausente.

—Y yo —dijo el hijo—, al ver a mi padre pasar por delante de la sala de espera, pensé naturalmente que la consulta había terminado. Hasta que llegamos a casa no nos dimos cuenta del verdadero estado de las cosas.

—Bueno —dije yo riéndome—, no ha pasado nada, salvo que me dejaron terriblemente sorprendido; así que, si usted, señor, tuviera la bondad de entrar en la sala de espera, yo con mucho gusto continuaría la consulta que ayer interrumpimos de un modo tan brusco.

»Durante media hora más o menos estuve hablando con el anciano caballero sobre sus síntomas, tras lo cual, habiéndole hecho una receta, le vi marcharse del brazo de su hijo.

»Como he dicho, el señor Blessington generalmente escoge esta hora del día para salir a hacer un poco de ejercicio. Entró poco después y subió. Al cabo de un momento le oí bajar corriendo las escaleras y se precipitó en mi consultorio con el aspecto de un hombre que se ha vuelto loco por el pánico.

—¿Quién ha estado en mi habitación?

—exclamó.

—Nadie —dije yo.

—¡Eso es mentira! —vociferó—. Suba y mire.

»Hice caso omiso de su grosería, porque parecía que el miedo le hubiera sacado de sus casillas. Cuando subí con él, me señaló varias pisadas marcadas en la liviana alfombra.

—¿Intenta usted decir que son mías?

—gritó.

»Eran ciertamente mucho más grandes que las que él pudiera haber dejado y evidentemente bastante recientes. Ha llovido mucho durante esta tarde, como sabe, y mis pacientes eran la única gente que había venido. Debía de haberse dado el caso,



pues, de que el hombre que estaba esperando en la sala había subido, por alguna razón desconocida, mientras yo estaba ocupado con el otro, a la habitación de mi paciente residente. No habían tocado ni cogido nada, pero las pisadas mostraban que la intrusión era un hecho del que no cabía duda.

»El señor Blessington parecía más excitado por el asunto de lo que yo hubiera creído posible, aunque, por supuesto, esto bastaba para perturbar la paz de cualquiera. De hecho, se sentó en un sillón y se puso a llorar, y apenas pude conseguir que hablara coherentemente. Sugirió que viniera a verle a usted y yo, por supuesto, en seguida vi que era algo apropiado, porque el incidente es ciertamente bastante especial, aunque él parece estar dándole más importancia de la que tiene. Sólo con que viniera conmigo en la berlina, conseguiría al menos calmarlo un poco, aunque difícilmente espero que pueda explicar este notable acontecimiento.

Sherlock Holmes había escuchado este largo relato con una intensidad que me indicaba que le había interesado profundamente. Su rostro estaba más impasible que nunca, pero los párpados le caían más pesadamente que de costumbre sobre los ojos, y las volutas de humo que salían de su pipa se hacían más espesas, como si quisiera enfatizar con ello los momentos importantes en la narración del doctor. Cuando nuestro visitante concluyó, Holmes saltó de la silla sin decir una palabra, me dio mi sombrero, cogió el suyo de encima de la mesa y siguió al doctor Trevelyan hacia la puerta. En un cuarto de hora nos dejaba ante la residencia del doctor en Brook Street, una de esas casas sombrías de fachada lisa que uno asocia con la clientela del West End. Nos abrió la puerta un pequeño criado y en seguida empezamos a subir por una escalera ancha y bien alfombrada.

Pero una singular interrupción nos hizo detenernos. La luz que había en lo alto de la escalera se apagó de golpe, y en la oscuridad se oyó una voz aguda, temblorosa.

—Tengo una pistola —gritó—. Les doy mi palabra de que dispararé si se acercan.

—Esto es realmente indignante, señor Blessington —gritó el doctor Trevelyan.

—Ah, ¿es usted, doctor? —dijo la voz, dando un suspiro de alivio—. Pero esos caballeros, ¿son lo que pretenden ser?

Éramos conscientes de que nos escrutaba detenidamente en la oscuridad.

—Sí, sí, está bien —dijo la voz por último—. Pueden subir, y lo siento si mis precauciones los han molestado.

Volvió a encender la luz de gas de la escalera y vimos ante nosotros un hombre de una apariencia singular; su aspecto, así como su voz, revelaban que estaba como un cencerro. Estaba muy gordo, pero, al parecer, en algún momento lo había estado más, porque la piel de la cara le colgaba en flojas bolsas como si se tratara de las mejillas de un sabueso. Tenía un color enfermizo y su fino cabello rubio parecía que se le había puesto de punta con la intensidad de su emoción. Tenía una pistola en la mano, pero se la echó al bolsillo al acercarnos nosotros.

—Buenas noches, señor Holmes —dijo—. Puede estar seguro de que le estoy muy agradecido por haber venido. Nadie ha necesitado nunca su consejo más de lo

que lo necesito yo ahora. Supongo que el doctor Trevelyan ya le habrá hablado de esta injustificable intrusión en mis habitaciones, ¿no es así?

—Más o menos —dijo Holmes—. ¿Quiénes son esos dos hombres, señor Blessington, y por qué desean molestarle?

—Bueno, bueno —dijo nervioso el paciente residente—, por supuesto es difícil decirlo. Difícilmente puede esperar que yo conteste a eso, señor Holmes.

—¿Quiere decir que no lo sabe?

—Pase, por favor. Tenga la bondad de entrar aquí.

Nos condujo hasta su habitación, que era grande y cómodamente amueblada.

—¿Ve usted esto? —dijo señalando a una gran caja negra situada en la cabecera de su cama—. Nunca he sido un hombre rico, señor Holmes; no he hecho más que una inversión en mi vida, como les puede muy bien decir el doctor Trevelyan. Pero no creo en los banqueros. Nunca confiaré en un banquero, señor Holmes. Entre nosotros, lo poco que tengo está en esa caja, conque ya puede comprender lo que significa para mí el que unos desconocidos consigan entrar por la fuerza en mi habitación.

Holmes miró a Blessington de ese modo interrogante que es característico en él y sacudió la cabeza.

—No puedo ayudarle si intenta engañarme —dijo.

—Pero si le he dicho todo.

Holmes, con una expresión de indignación en el rostro, se dio media vuelta.

—Buenas noches, doctor Trevelyan —dijo.

—¿Y no me aconseja nada? —exclamó Blessington, quebrándosele la voz.

—Lo que le aconsejo, señor, es que diga la verdad.

Al cabo de un minuto nos encontrábamos en la calle caminando hacia casa. Habíamos cruzado Oxford Street y ya habíamos llegado a la mitad de Harley Street sin que yo hubiera conseguido sacarle ni una palabra a mi amigo.

—Siento haberle traído a semejante empresa descabellada, Watson —dijo por último—. De todos modos, es un caso interesante en el fondo.

—No sé qué pensar —confesé.

—Bueno, es bastante evidente que hay dos hombres, más quizá, pero dos al menos, que por alguna razón están determinados a hacerse con este tal Blessington. No me cabe la menor duda de que tanto en la primera ocasión como en la segunda ese hombre entró en la habitación de Blessington, mientras su compinche, por medio de una ingeniosa estratagema, mantenía al doctor alejado de toda interferencia.



—¿Y la catalepsia?

—Una imitación fraudulenta, Watson, aunque no me atrevería a insinuarle tal cosa a nuestro especialista. Yo mismo lo he hecho.

—¿Y entonces?

—Por pura casualidad Blessington estaba fuera en ambas ocasiones. La razón de que escogieran una hora tan inusual para la consulta era obviamente para asegurarse de que no habría otro paciente esperando en la sala de espera. Lo único que sucedió, sin embargo, es que esta hora coincidía con la del paseo de Blessington, lo que demuestra que no conocen bien sus costumbres cotidianas. Por supuesto, si hubieran ido simplemente en busca de un botín, habrían hecho, al menos, algún intento para encontrarlo. Además puedo leer en los ojos cuándo un hombre teme por su pellejo. Es posible que este tipo se haya hecho dos rencorosos enemigos, cual parecen serlo éstos, sin enterarse. No obstante, tengo por cierto que él sí sabe quiénes son esos hombres y que, por razones que sólo él conoce, lo calla. Es posible que mañana lo encontremos más comunicativo.

—¿No habría otra alternativa —sugerí yo—, grotescamente improbable, sin duda, pero con todo concebible? ¿Podría ser que toda la historia del ruso cataléptico y su hijo no fuera sino una maquinación del doctor Trevelyan, quien estuvo, para sus propios fines, en las habitaciones de Blessington?

Vi a la luz de las farolas de gas que Holmes sonreía, divertido por esta salida mía.

—Mi querido amigo —dijo—, ésta fue una de las primeras soluciones que se me ocurrieron, pero en seguida pude estar en situación de corroborar la narración del doctor. Ese joven dejó huellas en la alfombra de la escalera, lo cual hizo innecesario el que yo pidiera que me enseñaran las que había dejado en la habitación. Si le digo que los zapatos de este intruso terminaban en punta cuadrada en vez de hacerlo, como los de Blessington, en una aguda punta redondeada y que eran casi una pulgada y tres tercios más largos que los del doctor, reconocerá que no hay lugar a dudas sobre su individualidad. Pero ahora dejemos dormir el asunto, porque mucho me sorprendería que mañana por la mañana no tuviéramos nuevas noticias de Book Street.

La profecía de Sherlock Holmes se cumplió rápidamente y de un modo dramático. Al día siguiente a las siete y media de la mañana, con las primeras tenues y borrosas luces del día, allí estaba de pie junto a mi cama, en batín.

—Tenemos una berlina esperándonos, Watson —dijo.

—¿Qué pasa, pues?

—El asunto de Brook Street.

—¿Hay alguna noticia?

—Trágicas, pero ambiguas —dijo subiendo la persiana—. Mire esto —era una hoja de un cuaderno de notas en la que se leía: «Por Dios, vengan rápidamente: P. T»., garabateado a lápiz—. Nuestro amigo el doctor se encontraba en un apuro cuando escribió esto. Vamos, querido amigo, porque es un asunto urgente.

En un cuarto de hora más o menos estábamos de nuevo en la casa del médico. Él

salió corriendo a nuestro encuentro con una expresión de horror en el rostro.

—¡Menudo asunto! —exclamó, echándose las manos a la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—¡Blessington se ha suicidado!

Holmes soltó un silbido.

—Sí, se ha colgado durante la noche.

Habíamos entrado, y el doctor nos condujo a lo que evidentemente era su sala de espera.

—Casi no sé ni lo que hago —exclamó—. La policía ya está arriba. Esto me ha trastornado terriblemente.

—¿Cuándo lo descubrieron?

—Todas las mañanas le suben una taza de té a la habitación. Cuando la doncella entró esta mañana a eso de las siete, se encontró con que el infortunado tipo estaba colgado en medio de la habitación. Había atado la cuerda al gancho del que solía colgar la pesada lámpara y había saltado desde la misma caja que nos enseñó ayer.

Holmes se quedó profundamente pensativo durante un momento.

—Con su permiso —dijo por último—, me gustaría subir y estudiar el asunto.

Subimos ambos seguidos por el doctor.

Al atravesar el umbral de la habitación, tuvimos una visión horrorosa. Ya he hablado de la impresión de flaccidez que daba Blessington. Ésta se exageraba e intensificaba al verlo balancearse colgado del gancho, hasta tal punto que su apariencia casi había dejado de ser humana. El cuello se le había alargado, como el de un pollo desplumado, y contrastaba con el resto de su cuerpo, haciéndolo parecer más obeso y deforme si cabe. No llevaba más que la larga camisa de dormir, de la que sólo sobresalían sus hinchados tobillos y desgarrados pies. De pie, tras él, un elegante inspector de policía tomaba notas en su cuadernillo.

—Ah, señor Holmes —dijo cuando entró mi amigo—. Encantado de verlo por aquí.

—Buenos días, Lanner —contestó Holmes—. Estoy seguro de que no pensaré que soy un intruso. ¿Sabe algo de los acontecimientos que han desembocado en este asunto de hoy?

—Algo me han dicho.

—¿Se ha formado alguna opinión?

—Por lo que veo, el miedo hizo que este hombre perdiera la razón. La cama muestra indicios de haber sido usada; la huella dejada es lo suficientemente profunda para saberlo. A eso de las cinco de la mañana es cuando más frecuentes son los suicidios. Debió de ser sobre esa hora cuando se colgó. Parece haber sido algo bastante deliberado.

—Yo diría que lleva unas tres horas muerto, a juzgar por la rigidez de sus músculos —dije yo.

—¿Ha notado algo particular en la habitación? —preguntó Holmes.

—Encontré un destornillador y algunos tornillos en el lavabo. También parece que ha fumado mucho. Aquí tengo cuatro colillas que recogí de la chimenea.

—¡Hum! —dijo Holmes—. ¿Tiene usted su boquilla?

—No, no he visto ninguna boquilla.

—¿Su pitillera, entonces?

—Sí, estaba en el bolsillo de su levita.

Holmes la abrió y olió el único cigarro que quedaba.

—Oh, éste es un puro habano y estos otros son puros de esos que importan los holandeses de sus colonias occidentales. Van normalmente envueltos en paja, sabe usted, y, para su largura, son más finos que los de cualquier otra marca.

Tomó las cuatro colillas y las examinó con su lupa de bolsillo.

—Dos de éstos han sido fumados con boquilla y dos sin ella. Dos han sido cortados con un cuchillo poco afilado y los otros dos tienen marcas de haber sido mordidos por unos buenos dientes. Esto no es un suicidio, señor Lanner. Es un asesinato profundamente planeado a sangre fría.

—¡Imposible! —examinó el inspector.

—¿Por qué?

—¿Por qué iba alguien a asesinar a un hombre de un modo tan torpe como ahorcándolo?

—Eso es lo que tenemos que descubrir.

—¿Cómo entraron?

—Por la puerta principal.

—Estaba atrancada esta mañana.

—Entonces la atrancaron después de que se fueran.

—¿Cómo lo sabe?

—Vi sus huellas. Perdone un momento, quizá le pueda dar más información sobre el asunto.

Se encaminó hacia la puerta y girando la cerradura la examinó metódicamente como es su costumbre. Después sacó la llave, que estaba por dentro, y también la examinó. La cama, la alfombra, las sillas, la repisa de la chimenea, el cuerpo muerto y la cuerda fueron uno tras otro examinados, hasta que por último se consideró satisfecho, y con mi ayuda y la del inspector desató al desventurado y lo tendió respetuosamente en el suelo cubriéndolo con una sábana.

—¿Qué me dice de esta cuerda? —pregunté.

—La han cortado de aquí —dijo el doctor Trevelyan, sacando un largo rollo de debajo de la cama—. El fuego le ponía muy nervioso y siempre tenía esto a su lado con el fin de poder escapar por la ventana en el caso de que las escaleras estuvieran



en llamas.

—Esto debe de haberles evitado problemas —dijo pensativo Holmes—. Sí, los hechos reales son muy sencillos y me sorprendería que no pudiera darles asimismo esta tarde las razones que los han producido. Me llevaré esa fotografía de Blessington que está sobre la repisa, porque puede ayudarme en mi investigación.

—Pero no nos ha dicho nada —exclamó el doctor.

—Oh, no hay ninguna duda en lo que se refiere a la secuencia de los acontecimientos —dijo Holmes—. Había tres personas involucradas en el asunto: el joven, el viejo y un tercero sobre cuya identidad no tengo ninguna pista. Los dos primeros, apenas preciso decirlo, son los mismos que se hicieron pasar por un conde ruso y su hijo, de modo que podemos dar una descripción de ellos bastante completa. Un compinche les abrió la puerta de la casa. Si me permite darle un consejo, inspector, éste sería que arrestara usted al criado, quien, según creo, acaba de entrar a su servicio, doctor.

—Nadie ha podido encontrar a ese joven pícaro —dijo el doctor Trevelyan—. La doncella y la cocinera han estado buscándolo hasta ahora.

Holmes se encogió de hombros.

—Ha jugado un papel no carente de importancia en este drama —dijo—. Los tres hombres, tras subir la escalera de puntillas, el más viejo, primero; el joven, detrás, y el desconocido detrás de ambos...

—¡Querido Holmes! —salté yo.

—Oh, no cabe ninguna duda a juzgar por la superposición de las pisadas. Tenía la ventaja de que ayer por la noche estuve viendo de quién era cada cual. Subieron, pues, al cuarto del señor Blessington, cuya puerta encontraron cerrada con llave. No obstante, sirviéndose de un alambre, forzaron la cerradura. Incluso sin lupa podrán ustedes ver, por los rasguños que tiene esta muesca, el lugar en el que presionaron.

»Al entrar en la habitación lo primero que hicieron debió de ser amordazar al señor Blessington. Él debía de estar dormido, o puede que se quedara tan paralizado por el terror que no fuera capaz de gritar. Estas paredes son muy gruesas y es probable que su chillido, si es que tuvo tiempo de darlo, nadie lo oyera.

»Tras haberle sujetado, es evidente que mantuvieron una conversación de un tipo u otro. Probablemente fue algo parecido a un proceso judicial. Tuvo que haber durado un rato, porque fue entonces cuando se fumaron estos cigarros. El viejo se sentó en esa silla de mimbre; fue él quien utilizó la boquilla. El joven se sentó en algún lugar por esa zona; estuvo echando la ceniza contra la cómoda. El tercer tipo estuvo paseándose arriba y abajo de la habitación. Blessington, creo, estaba sentado en la cama; pero de esto no tengo una absoluta certeza.

»Bueno, todo acabó tras coger a Blessington y colgarlo. Tenían el asunto tan preparado de antemano, que para mí que trajeron con ellos algún tipo de polea que les sirviera de horca. El destornillador y los tornillos eran, a mi modo de ver, para colocarla. Sin embargo, al ver el gancho de la lámpara se evitaron esta tarea. Una vez

terminado su trabajo se fueron, y su compinche atrancó la puerta tras ellos.

Todos habíamos escuchado con gran interés este esquema de los hechos que habían tenido lugar la noche pasada; hechos que Holmes había deducido partiendo de signos tan sutiles y minúsculos que, incluso tras habérmolos indicado, apenas podíamos seguir sus razonamientos. El inspector se marchó corriendo al instante a investigar sobre el paradero del criado, mientras Holmes y yo volvíamos a desayunar a Baker Street.

—Volveré sobre las tres —dijo cuando terminamos de comer—. Me reuniré aquí a esa hora con el inspector y con el doctor y espero haber aclarado para entonces todos los puntos oscuros que el caso pueda todavía presentar.

Nuestros visitantes llegaron a la hora prevista, pero hasta las cuatro menos cuarto mi amigo no hizo su aparición. No obstante, por la expresión que traía al entrar, vi que todo le había ido bien.

—¿Nuevas noticias, inspector?

—Hemos cogido al chico, señor.

—Excelente; y yo los he cogido a ellos.

—¡Los ha cogido! —exclamaron los tres.

—Bueno, al menos tengo su identidad. El llamado Blessington es, según creo, muy conocido en los cuarteles generales de la policía, y lo mismo lo son sus agresores. Sus nombres son Biddle, Hayward y Moffat.

—La banda del Banco Worthingdon —exclamó el inspector.

—Justamente —dijo Holmes.

—Entonces Blessington tiene que haber sido Sutton.

—Exacto —dijo Holmes.

—¡Vaya! Visto así, el asunto queda más claro que el agua.

Pero Trevelyan y yo nos mirábamos asombrados.

—Posiblemente recuerden ustedes el gran asunto del Banco Worthingdon —dijo Holmes—; había cinco hombres implicados, estos cuatro y un quinto llamado Cartwright. Asesinaron a Robin, el vigilante, y los ladrones huyeron llevándose setecientas libras. Esto fue en 1875. Arrestaron a los cinco, pero no se pudieron demostrar pruebas definitivas contra ellos. Este Blessington o Sutton, que era el peor de la banda, se hizo confidente de la policía. A partir de su declaración, ahorcaron a Cartwright y los otros tres fueron condenados a penas de quince años cada uno. Cuando salieron el otro día, lo que ha ocurrido algunos años antes del final de su pena, se dispusieron, como pueden ustedes darse cuenta, a darle caza al traidor y a vengar en él la muerte de su camarada. Dos veces



intentaron dar con él y fracasaron; la tercera, como ven, les salió bien. ¿Hay algo más que pueda explicarles?

—Creo que lo ha dejado todo muy claro —dijo el doctor—. No me cabe duda de que aquel día que estaba tan inquieto era el mismo día en que había leído en el periódico su puesta en libertad.

—Seguro. Todo lo que dijo sobre el robo no era más que un pretexto.

—¿Pero por qué no podía decírselo a usted?

—Bueno, mi querido amigo, conociendo el rencoroso carácter de sus asociados, estaba intentando ocultárselo a todo el mundo mientras pudiera. Su secreto era algo vergonzoso y no podía resignarse a divulgarlo. Por muy malvado que fuera, seguía, no obstante, viviendo bajo la protección de las leyes británicas, y no dudo, inspector, y usted convendrá conmigo en ello, que aunque esa protección puede fracasar en el ejercicio de su custodia, la espada de la justicia sigue estando levantada para vengar la maldad.

Tales fueron los singulares hechos en relación con el paciente residente y el doctor de Brook Street. Desde aquella noche la policía no ha vuelto a ver a los tres asesinos, y en Scotland Yard se supone que se encontraban entre los pasajeros del desafortunado vapor *Norah Creina* que se perdió hace algunos años con todo el mundo a bordo junto a las costas portuguesas, algunas millas al norte de Oporto. El proceso contra el criado se desestimó por falta de pruebas y hasta ahora ningún periódico o similar había tratado en toda su extensión lo que se denominó *El misterio de Brook Street*.

## EL INTÉRPRETE GRIEGO

**D**urante mi largo y profundo conocimiento del señor Sherlock Holmes nunca le había oído hablar de sus familiares y casi nunca de sus primeros años. Esta reticencia por su parte había ayudado a aumentar el efecto, en cierto modo inhumano, que me producía, hasta tal punto que algunas veces me encontré observándolo como si se tratara de un fenómeno aislado, un cerebro sin corazón, tan carente de comprensión por los problemas humanos como superior en inteligencia. Su aversión por las mujeres y sus pocas ganas de hacer nuevos amigos eran ambos rasgos típicos de su carácter, pero ninguno de ellos tan acusado como su tendencia a suprimir toda referencia a su propia familia. Llegué a creer que era un huérfano al que no le quedaba ningún pariente vivo; pero un día, para mi sorpresa, empezó a hablarme de su hermano.

Fue una tarde de verano después del té; la conversación, que había ido saltando de modo inconexo desde los clubes de golf hasta las causas del cambio en la oblicuidad de la eclíptica, vino a dar por último a la cuestión del atavismo y de las aptitudes hereditarias. El punto que discutíamos era hasta qué punto un don determinado en una persona se debe a la herencia o a su primer aprendizaje.

—En su caso —dije yo—, por todo lo que usted me ha dicho, parece obvio que su facultad para la observación y su peculiar facilidad para la deducción se deben a su propio aprendizaje sistemático.

—Hasta cierto punto —contestó pensativo—. Mis antepasados pertenecían a la aristocracia del campo y parecen haber tenido un modo de vida similar al que es normal entre la gente de esa clase. Sin embargo, el que yo haya salido así es algo que llevo en las venas y puede que proceda de mi abuela, que era hermana de Vernet, el artista francés. Cuando el arte corre por las venas de alguien, puede tomar las formas más extrañas. —¿Pero cómo sabe que es hereditario?

—Porque mi hermano Mycroft lo posee y en un grado más alto que yo.

Esto era realmente nuevo para mí. Si había en Inglaterra otro hombre con semejantes poderes, ¿cómo podía ser que ni la policía ni el público en general hubieran oído hablar de él? Se lo pregunté, dejando caer que era la modestia de mi amigo la que le hacía reconocer que su hermano era superior a él. Holmes se rió ante mi sugerencia.

—Querido Watson —dijo—, no estoy de acuerdo con aquellos que ponen a la modestia entre las virtudes. Para la mente lógica todas las cosas han de verse exactamente como son, y cuando uno se minusvalora, se aparta tanto de la verdad

como cuando exagera sus propios poderes. Por tanto, al decir yo que Mycroft tiene mejores facultades de observación que yo, debe usted dar por supuesto que estoy diciendo la verdad exacta y literal.

—¿Es más joven que usted?

—Siete años mayor.

—¿Y cómo es que resulta desconocido?

—Oh, es muy conocido en su propio círculo.

—¿Cuál es, pues?

—Bueno, en el «Club Diógenes», por ejemplo.

Nunca había oído hablar de esa institución y se me debió de notar en la cara porque Sherlock Holmes sacó un reloj.

—El «Club Diógenes» es el club más raro de Londres, y Mycroft uno de sus miembros más raros. Siempre está allí entre las cinco menos cuarto y las ocho menos veinte. Son las seis ahora, así que, si le apetece dar una vuelta aprovechando esta bella tarde, le enseñaría con mucho gusto las dos curiosidades.

Cinco minutos más tarde estábamos en la calle, caminando hacia Regent Circus.

—Se preguntará —dijo mi amigo— por qué Mycroft no usa sus facultades para trabajar de detective. Es incapaz.

—¡Pero si pensé que usted había dicho...!

—Dije que era superior a mí en observación y deducción. Si el arte del detective empezara y terminara en el razonamiento desde un sillón, mi hermano sería el mejor agente que haya existido nunca. Pero no tiene ambiciones ni energía. No se movería para verificar sus propias soluciones y preferiría que pensarán que estaba en un error a tomarse la molestia de demostrar que tenía razón. Una y otra vez le he planteado problemas, obteniendo siempre una explicación que más tarde me demostraría que era la acertada. Y, sin embargo, fue absolutamente incapaz de resolver la parte práctica a la que tiene uno que dedicarse antes de poder exponer el caso ante un juez o un jurado.

—¿No es su profesión, pues?

—En absoluto. Lo que para mí es un medio de vida no es para él sino el simple *hobby* de un diletante. Tiene una extraordinaria facilidad para los números y trabaja revisando la contabilidad de cierto departamento gubernamental. Mycroft vive en Pall Mall, y todas las mañanas, con sólo dar la vuelta a la esquina, ya está en su trabajo, en Whitehall. Lleva años sin hacer otro ejercicio que éste y no se le ve en otro lugar



excepto en el «Club Diógenes», que está justo enfrente de sus habitaciones.

—No recuerdo ese nombre.

—Con toda probabilidad. Hay muchos hombres en Londres que ya sea por su timidez, ya sea por misantropía, no desean encontrarse con sus semejantes. Pero esto no quita para que les guste leer las últimas noticias arrellanados en cómodos sillones. En provecho de este tipo de personas se creó el «Club Diógenes» y ahora cuenta entre sus miembros a los hombres más insociables de toda la ciudad. No se permite que ningún miembro repare en la presencia de otro. No se permite charlar bajo ninguna circunstancia y tres ofensas puestas en conocimiento del comité directivo exponen al charlatán a la expulsión. Mi hermano fue uno de los fundadores y yo mismo encuentro esa atmósfera muy relajante.

Así hablando llegamos a Pall Mall, tomándolo por el lado de St. James. Sherlock Holmes se paró ante una puerta a poca distancia del Carlton y, advirtiéndome que no hablara, entró delante en el *hall*. A través del panel de cristal eché una mirada a una grande y lujosa habitación, en la que un considerable número de hombres se encontraban leyendo el periódico, cada uno en su propio rinconcito. Holmes me hizo pasar a una pequeña habitación que daba a Pall Mall y, luego de dejarme solo un momento, volvió con una persona a la que en seguida identifiqué como su hermano.

Mycroft era mucho más alto y robusto que Sherlock. Su cuerpo era muy voluminoso, pero su cara, aunque maciza, seguía conservando algo de esa agudeza que es tan característica en la de su hermano. Sus ojos, de un gris claro acuoso, parecían no perder nunca esa mirada lejana e introspectiva que yo había observado en los de Sherlock cuando ejercía a fondo sus facultades.

—Encantado de conocerlo —dijo, alargando hacia mí su ancha y suave mano, parecida a una aleta de foca—. Desde que usted es su cronista, oigo hablar de Sherlock por todas partes. A propósito, Sherlock, esperaba que hubieras venido por aquí la semana pasada a consultarme sobre el caso de Manor House. Pensé que debías de andar un poco perdido.

—No, lo resolví —dijo mi amigo sonriendo.

—Fue Adams, por supuesto.

—Sí, era él.

—Estaba seguro desde el principio —se sentaron juntos al lado de la ventana—. Éste es el lugar adecuado para el que desee estudiar a la humanidad —dijo Mycroft—. ¡Mira qué tipos tan magníficos! Mira esos dos hombres que vienen hacia acá.

—¿El marcador de billar y el otro?



—Exacto. ¿Qué piensas del otro?

Los dos hombres se pararon enfrente de la ventana. Unas manchas de tiza en el bolsillo del chaleco eran los únicos signos que percibí en uno de ellos que tuvieran algo que ver con los billares. El otro era un tipo pequeño, oscuro; llevaba el sombrero echado hacia atrás y varios paquetes debajo del brazo.

—Un soldado, por lo que veo —dijo Sherlock.

—Recién licenciado —observó el otro.

—Sirvió en la India, veo.

—Un oficial sin mando.

—Imagino que en la Artillería Real —dijo Sherlock.

—Es viudo.

—Con un hijo.

—Hijos, hermano, hijos.

—¡Venga ya! —dije yo sonriendo—. Esto es demasiado.

—Ciertamente —contestó Holmes—, no es difícil saber que un hombre con ese porte, con esa expresión de autoridad y que está tan quemado por el sol, es algo más que un soldado raso y que acaba de volver de la India.

—El que no hace mucho que ha abandonado el servicio nos lo indica el hecho de que todavía lleva las «botas de munición», como suelen llamar al tipo que él lleva puestas —observó Mycroft.

—No camina como lo hacen los de caballería, pero solía llevar el sombrero a un lado de la cabeza, según lo indica esa rayita de piel más clara que tiene junto a la ceja. Por su peso sabemos que no puede ser un zapador. Está en Artillería.

—Además, por supuesto, de su riguroso luto deducimos que ha perdido a alguien muy querido. El hecho de que esté haciendo él mismo la compra parece indicar que pudiera ser su mujer. Ha comprado cosas para niños, como podrá usted observar. Lleva un sonajero, lo cual indica que uno de ellos es todavía muy pequeño. La mujer murió probablemente de parto. Del hecho de que lleve un cuaderno de dibujo bajo el brazo deducimos que tiene otro hijo en quien pensar.

Empecé a entender lo que quería decir mi amigo cuando dijo que su hermano poseía facultades todavía más profundas que las que él mismo tenía. Me miró de reojo y sonrió. Mycroft tomó rapé de una caja hecha con un caparazón de tortuga y sacudió los granos que le habían caído sobre el abrigo con un gran pañuelo de seda rojo.

—A propósito, Sherlock —dijo—, tengo algo que va a gustarte. Se trata de un singularísimo problema sobre el que me han pedido que dé mi opinión. Realmente no tengo fuerza suficiente para seguirlo, salvo que lo hiciera de un modo bastante incompleto, pero me dio la base para ciertas agradables especulaciones. Si te apetece oír los hechos...

—Mi querido Mycroft, me encantaría.

El hermano escribió unas palabras en una hoja de su cuadernillo de notas y,

tirando de la campanilla, se lo dio al camarero.

—Le he pedido al señor Melas que cruce la calle —dijo—. Vive encima de mi casa y le conozco un poco, lo cual hizo que un día viniera a verme totalmente perplejo. El señor Melas es de origen griego, según creo, y es un notable lingüista. Se gana la vida en parte como intérprete en los tribunales y en parte como gula de esos ricos orientales que van a parar a los hoteles de Northumberland Avenue. Creo que dejaré que él mismo les cuente su extraordinaria experiencia a su manera.

Al cabo de unos minutos se nos unió un hombre bajo y corpulento cuya tez olivácea y cabello negro como el carbón proclamaban su origen sureño, aunque su modo de hablar era el de un caballero educado en Inglaterra. Le estrechó con impaciencia la mano a Sherlock Holmes y sus oscuros ojos despidieron destellos de placer cuando se dio cuenta de que el especialista estaba ansioso por oír su historia.

—Creo que la policía no me cree, palabra que no —dijo lamentándose—. Sólo porque nunca han oído hablar de algo semejante, piensan que no puede ser. Pero sé que no volveré a estar a gusto hasta que no sepa qué ha sido de aquel pobre hombre con la escayola pegada a la cara.

—Soy todo oídos —dijo Sherlock Holmes.

—Estamos a miércoles por la tarde —dijo el señor Melas—; bueno, entonces fue el lunes por la noche, sólo hace dos días, como ve, cuando sucedió todo esto. Yo soy intérprete, como quizá mi vecino, aquí presente, ya le haya dicho. Traduzco todos los idiomas, o casi todos, pero como soy griego de nacimiento y tengo apellido griego, me han asociado especialmente con esta lengua. Durante muchos años fui el principal intérprete griego de Londres y mi nombre se conoce en todos los hoteles.

»Sucede, y bastante a menudo, que, ya sea a causa de extranjeros que se encuentran en dificultades, o de viajeros que llegan a altas horas de la madrugada, envían a buscarme a horas muy raras. No me sorprendí, por tanto, cuando el lunes por la noche un tal señor Latimer, un joven que iba vestido muy a la moda, subió a mis habitaciones y me pidió que le acompañara en un taxi que nos estaba esperando a la puerta. Había venido a verlo por asuntos de negocios un amigo griego, dijo, y como éste no hablaba su lengua materna, se hacían indispensables los servicios de un intérprete. Me dio a entender que su casa estaba un poco lejos, en Kensington, y parecía tener mucha prisa, apresurándome para que entrara en el taxi no bien habíamos bajado a la calle.

»Digo en el taxi, pero en seguida me sobrevino la duda de si no había montado en un carruaje particular. Era ciertamente más espacioso que los coches de punto ordinarios, que son la deshonra de Londres, y los accesorios, aunque un poco raídos, eran de muy buena calidad. El señor Latimer se sentó frente a mí y partimos cruzando Charing Cross y subiendo por Shaftesbury Avenue. Salimos a Oxford Street, y yo iba ya a aventurar una observación a propósito de la vuelta que estábamos dando para ir a Kensington, cuando ante la extraña conducta de mi compañero contuve las palabras.

»Empezó por sacar de su bolsillo una formidable cachiporra rellena de plomo y la

agitó varias veces de arriba a abajo como si estuviera probando su peso y su fuerza. Después la dejó sin decir una sola palabra al lado suyo en el asiento. Tras esto subió las ventanas de ambos lados, las cuales, para mi sorpresa, estaban recubiertas de papel, con el fin de impedir que alguien viera que yo iba dentro.

—Siento mucho taparle la vista, señor Melas —dijo—. El hecho es que no tengo la intención de que usted vea hacia dónde nos dirigimos. Sería para mí un trastorno el que usted consiguiese volver allí en otra ocasión.

»Como puede imaginarse, me quedé totalmente estupefacto ante semejantes modales. Mi compañero era un tipo fuerte y de anchas espaldas y yo no tenía la menor posibilidad de salir victorioso en una pelea con él, eso sin contar el arma.

—Es un modo de comportarse muy raro, señor Latimer —tartamudeé—.

Supongo que será usted consciente de que lo que está haciendo es ilegal.

—Sin duda me estoy tomando ciertas libertades —dijo—, pero será recompensado. Ahora bien, tengo que advertirle, señor Melas, que si en cualquier momento de esta noche intenta dar una alarma o hacer algo que vaya contra mis intereses, se encontrará metido en un lío. Le ruego que recuerde que nadie sabe dónde está y que tanto en este carruaje como en mi casa, usted está en mi poder.

»Sus palabras eran pausadas, pero había algo de amenazante en su chirriante modo de decirlas. Me quedé sentado en silencio, preguntándome qué demonios sería la razón que le llevaba a raptarme de un modo tan extraordinario. Fuera la que fuese, estaba claro que no me serviría de nada resistirme, y lo único que podía hacer era esperar y ver lo que sucedía.

»Estuvimos viajando durante casi dos horas, sin que yo tuviera el menor indicio de hacia dónde nos dirigíamos. A ratos, por el traqueteo de las piedras, sabía que íbamos por un camino adoquinado; otras veces la suave y silenciosa manera de avanzar me sugería que lo estábamos haciendo por asfalto, pero salvo estas variaciones de sonido, no había nada que me pudiera ayudar a hacerme una idea de dónde estábamos. El papel que tapaba las ventanas era impenetrable a la luz, y en el cristal delantero habían echado una cortina azul. Eran las siete y cuarto cuando salimos de Pall Mall y mi reloj señalaba las nueve menos diez cuando por fin paramos. Mi compañero bajó la ventanilla y yo vislumbré un portón bajo en forma de arco, sobre el que había una lámpara encendida. Se abrió de golpe, al mismo tiempo que me daban prisa para que descendiera del carruaje, y me encontré en el interior de la casa con una vaga impresión de haber atravesado un césped con árboles a los lados



al entrar. No me aventuraría a decir si se trataba de un terreno público o privado.

»Dentro había una lámpara de gas coloreada, pero estaba tan baja, que pude ver muy poco excepto que el *hall* tenía un respetable tamaño y había cuadros colgados. A la mortecina luz pude distinguir que la persona que nos había abierto la puerta era un hombre de mediana edad, bajo, de aspecto mezquino y ligeramente encorvado de hombros. Cuando se volvió, me di cuenta de que llevaba gafas, porque éstas se reflejaron a la luz de la lámpara.

—¿Es éste el señor Melas, Harold? —dijo.

—Sí.

—¡Bien hecho, bien hecho! Espero que no tenga mala voluntad, señor Melas, pero no podemos continuar sin usted. No le pesará tratarnos lealmente; pero ¡Dios le libre de intentar alguna artimaña con nosotros!

»Hablaba de un modo espasmódico y nervioso, soltando de vez en cuando una tonta risita, pero en cierto modo me inspiró más miedo que el otro.

—¿Qué quieren de mí? —pregunté yo.

—Sólo que le haga unas preguntas a un caballero griego que nos visita y que nos traduzca las respuestas. Pero no le diga más de lo que se le ordena que le diga —y aquí volvió a soltar una de sus tontas risitas—; o más le valdría no haber nacido.

«Mientras hablaba abrió la puerta y me condujo a una habitación que parecía estar ricamente amueblada, pero aquí de nuevo la única luz que había era la que daba una lámpara encendida sólo a medias. Ciertamente se trataba de una gran estancia y la manera de hundirse mis pies en la alfombra al avanzar me daba una idea del lujo del lugar. Pude vislumbrar algo de las sillas de terciopelo, de la alta chimenea de mármol blanco y de lo que parecía ser un juego de armaduras japonesas en uno de los lados de la habitación. Había una silla justo debajo de la lámpara, y el hombre de más edad me hizo una seña para



que me sentara en ella. El joven nos había dejado, pero volvió a aparecer de repente por otra puerta, conduciendo a un caballero ataviado con un batín que le quedaba bastante holgado. Éste avanzó lentamente hacia nosotros. Cuando llegó al círculo que formaba la mortecina luz de la lámpara y al verlo con más claridad, me quedé horrorizado de su aspecto. Estaba terriblemente pálido y demacrado y tenía los ojos saltones y brillantes de un hombre cuyo espíritu es mayor que sus fuerzas; pero, más que cualquier signo de debilidad física, lo que me impresionó fue que su cara estaba grotescamente entrecruzada con escayola y que un gran amasijo de lo mismo le sellaba la boca.

—¿Tienes la pizarra, Harold? —exclamó el hombre de más edad, después de que aquel extraño se dejara caer más que sentarse en una silla—. ¿Le has desatado las manos? Entonces, ahora dale el lápiz. Usted le hará las preguntas, señor Melas, y él escribirá las respuestas. Pregúntele en primer lugar si está dispuesto a firmar los papeles.

»El hombre lanzó fuego por los ojos.

—Nunca —escribió en griego en la pizarra.

—¿Bajo ninguna condición? —pregunté yo, ordenado por nuestro tirano.

—Sólo si un sacerdote griego que conozco la casara en mi presencia.

»El hombre soltó una malévol risita.

—¿Sabe lo que le espera en ese caso?

—No me preocupa lo que pueda sucederme.

»Éstos son ejemplos de las preguntas y respuestas que compusieron nuestra extraña conversación medio hablada, medio escrita. Tuve que preguntarle una y otra vez si firmaría el documento. Una y otra vez obtuve la misma respuesta. Pero de repente tuve una feliz idea. Empecé a añadir algunas frases de mi cosecha a cada pregunta, inocentes al principio, para probar si nuestros compañeros sabían algo de griego, y después, al ver que no daban signos de saber nada, inicié un juego más peligroso. Nuestra conversación fue más o menos así.

—No saca nada con su obstinación. ¿Quién es usted?

—No me importa. Soy un extranjero en Londres.

—Su destino depende de usted. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Que suceda lo que tenga que suceder. Tres semanas.

—La propiedad no puede ser suya. ¿Qué le aflige?

—No cederé ante la villanía. Me están matando de hambre.

—Le dejaremos en libertad si firma. ¿Qué casa es ésta?

—Nunca firmaré. No lo sé.

—No le está haciendo ningún favor a ella. ¿Cómo se llama?

—Deje que ella me lo diga. *Kratides*.

—La verá si firma. ¿De dónde es usted?

—Entonces no la verá nunca. *Atenas*.

»Cinco minutos más, señor Holmes, y le hubiera sonsacado toda la historia delante de sus narices. Mi siguiente pregunta iba destinada a aclarar el asunto, pero en ese momento se abrió la puerta y entró en la habitación una mujer. No la pude ver



con la suficiente claridad para poder decirle algo más que era alta y grácil, tenía el pelo negro e iba ataviada con un traje blanco largo y flojo.

—¡Harold! —dijo en un inglés chapurreado—, no puedo estar alejada un rato más. Me siento tan sola allá arriba solamente con... ¡Oh, Dios mío, pero si es Paul!

»Estas últimas palabras las dijo en griego, y en ese mismo momento el hombre, haciendo un convulsivo esfuerzo, rompió la escayola que le tapaba la boca y, gritando: «¡Sophy! ¡Sophy!», se lanzó a sus brazos. No obstante, su abrazo no duró más que un instante, porque el joven agarró a la mujer y la empujó fuera de la habitación, mientras el viejo dominó fácilmente a su demacrada víctima y la arrastró fuera por la otra puerta. Me dejaron solo un momento en la habitación y salté del asiento con la vaga idea de que quizá podría conseguir una pista sobre la casa en que me encontraba. Afortunadamente, sin embargo, no di paso alguno porque, al mirar hacia arriba, vi al hombre de más edad en el umbral de la puerta con los ojos clavados en mí.

—Esto será todo, señor Melas —dijo—. Supongo que se dará cuenta de que hemos depositado en usted nuestra confianza sobre un asunto privado. No le hubiéramos molestado de no haber sido porque el amigo nuestro que habla griego y que fue quien inició estas conversaciones se ha visto forzado a volver al Este. Nos era bastante necesario encontrar a alguien que ocupara su puesto y tuvimos la suerte de enterarnos de sus facultades como intérprete.

»Yo hice una ligera inclinación de cabeza.

—Aquí tiene usted cinco soberanos —dijo acercándose a mí—, los cuales, espero, serán un honorario suficiente. Pero recuerde —añadió, dándome unos golpecitos en el pecho y riéndose con aquella tonta risa suya— que, si se entera una persona, una sola persona, fíjese bien, de algo de todo esto, bueno, en ese caso ¡que Dios se apiade de su alma!

»No puedo decirles el horror y la repugnancia que me inspiraba aquel hombre de aspecto insignificante. Lo veía mejor ahora al darle directamente la luz de la lámpara. Sus rasgos eran inquisitivos y cetrinos y tenía una rala barbita puntiaguda. Echaba la cabeza hacia adelante al hablar y los labios y párpados se le crispaban continuamente como los de un hombre con el baile de San Vito. No pude evitar el pensar que su insidiosa risita era asimismo un síntoma de alguna enfermedad nerviosa. Sin embargo, el terror que provocaba su cara residía en los ojos; éstos eran fríos, con el color y el brillo del acero, y miraban desde lo más profundo con una maligna, inexorable crueldad.

—Sabremos si se lo dice a alguien —dijo—. Tenemos nuestros propios medios de información. Ahora el carruaje está esperándolo y mi amigo le acompañará en su viaje de regreso.

»Me hicieron atravesar el *hall* y entrar en el vehículo a toda prisa, y de nuevo tuve una visión momentánea de los árboles y del jardín. El señor Latimer iba pisándome los talones y ocupó su lugar frente a mí sin decir una palabra. Volvimos a hacer un

interminable recorrido, con las ventanas subidas, hasta que por último, justo después de medianoche, el carruaje se detuvo.

—Bájese aquí, señor Melas —dijo mi compañero de viaje—. Siento dejarle tan lejos de su casa, pero no hay otra alternativa. Cualquier intento por su parte de seguir el carruaje, no terminaría sino en un grave daño para usted.

»Abrió la puerta mientras hablaba y apenas había tenido tiempo de bajarme, cuando el cochero hizo sonar su fusta y el carruaje desapareció traqueteando. Miré alrededor sorprendido. Me encontraba en una especie de terreno comunal baldío, en el que sobresalían oscuras matas de aliaga. A lo lejos se extendía ante mí una hilera de casas, con alguna luz encendida aquí y allá en las ventanas de los dormitorios. Por el otro lado vi las señales rojas del ferrocarril.



»El carruaje que me había llevado hasta allí ya se había perdido de vista. Estaba parado, mirando a mi alrededor y preguntándome dónde demonios estaría, cuando vi que alguien venía hacia mí en la oscuridad. Al acercarse me di cuenta de que era un maletero de los ferrocarriles.

—¿Podría decirme qué lugar es éste? —pregunté.

—Es el terreno comunal de Wandsworth —dijo él.

—¿Hay trenes desde aquí a Londres?

—Si corriera una milla más o menos, hasta Clapham Junction —dijo—, llegaré a tiempo de coger el último tren a la estación Victoria.

»Éste fue el final de mi aventura, señor Holmes. No sé dónde estuve ni con quién hablé, salvo lo que le he contado. Pero sé que está teniendo lugar un juego sucio y quiero ayudar a ese infeliz si puedo. Le conté la historia al señor Mycroft Holmes a la mañana siguiente y posteriormente a la policía.

Tras escuchar esta extraordinaria narración nos quedamos un rato en silencio. Luego, Sherlock miró a su hermano.

—¿Has dado algún paso? —preguntó.

Mycroft cogió un *Daily News* que estaba sobre el velador.

—«Se recompensará a quien pueda dar alguna información sobre el paradero de un caballero griego llamado Paul Kratides de Atenas, que no habla inglés. Igualmente se recompensará a quien dé información sobre una dama griega cuyo nombre de pila es Sophy. X 2473». Esto ha aparecido en todos los periódicos. Sin respuesta.

—¿Qué te parece la embajada griega?

—He preguntado. No saben nada.

—En ese caso un cable a la policía de Atenas.

—Sherlock tiene la energía de toda la familia —dijo Mycroft volviéndose hacia mí—. Bueno, coge tú el caso y dime lo que saques en limpio.

—Ciertamente —contestó mi amigo, levantándose de la silla—. Te lo diré y al señor Melas también. Mientras tanto, señor Melas, yo que usted estaría en guardia, porque está claro que ellos deben de saber por estos anuncios que usted los ha traicionado.

Al volver hacia casa, Holmes se paró en una oficina de Telégrafos y envió varios cables.

—Ya ve, Watson, que no hemos echado a perder la tarde —observó—. Algunos de mis casos más interesantes me han llegado a través de Mycroft. El caso que acabamos de oír, aunque no tiene más que una explicación posible, no deja por ello de contar con algunas características interesantes.

—¿Tiene alguna esperanza de resolverlo?

—Bueno, sabiendo lo que sabemos, sería raro que no consiguiéramos descubrir el resto. Usted mismo debe de haberse formado ya alguna teoría que explique los hechos que acabamos de oír.

—De un modo bastante vago, sí.

—¿Qué idea tiene, pues?

—Me parece obvio que esa muchacha griega ha sido raptada por el joven inglés llamado Harold Latimer.

—¿Raptada de dónde?

—De Atenas, quizá.

Sherlock Holmes movió la cabeza.

—Ese joven no hablaba ni una palabra de griego. La muchacha hablaba inglés bastante bien, de lo que se deduce que ella llevaba algún tiempo en Inglaterra y que él no había estado nunca en Grecia.

—Bien, entonces podemos presuponer que ella había venido a Inglaterra de visita y que ese Harold la persuadió a huir con él.

—Eso es más probable.

—Entonces el hermano (porque ésa es, supongo, la relación que hay entre ellos) llega desde Grecia e interfiere. Imprudentemente se pone en las manos del joven y de su socio de más edad. Se apoderan de él y utilizan la violencia con el fin de hacerle firmar unos documentos según los cuales la fortuna de la muchacha, de la cual él debe de ser el administrador, pasaría a ser de ellos. Él se niega a hacerlo. Con el fin de poder negociar con él, tienen que conseguir un intérprete y se deciden por este señor Melas, después de haberlo intentado previamente con otro. A la muchacha no le dicen nada de la llegada de su hermano, descubriéndolo por un mero accidente.

—Excelente, Watson —exclamó Holmes—. Realmente pienso que no está usted lejos de la verdad. Ya ve que tenemos todas las cartas en la mano y que lo único que tenemos que temer es un acto de violencia repentino por su parte. Si nos dan tiempo

daremos con ellos.

—¿Pero cómo vamos a descubrir dónde se encuentra la casa?

—Bueno, si nuestras conjeturas son correctas y si el nombre de la muchacha es, o era, Sophy Kratides, no deberíamos encontrar muchas dificultades para seguirle la pista. Ésa tiene que ser nuestra principal esperanza, porque el hermano es un recién llegado. Está claro que ha pasado algún tiempo desde que este Harold inició sus relaciones con la muchacha, algunas semanas seguramente, ya que al hermano le dio tiempo de enterarse y venir. Si han estado viviendo en el mismo lugar durante este tiempo, es posible que tengamos alguna respuesta al anuncio que puso Mycroft.

Así hablando, habíamos llegado a nuestra casa de Baker Street; Holmes subió las escaleras primero y, al abrir la puerta de nuestra habitación, dio un respingo de sorpresa. Al mirar por encima de su hombro, yo me quedé igualmente sorprendido. Su hermano Mycroft estaba sentado en el sillón fumando.



—¡Pasa, Sherlock! ¡Entre usted, caballero! —dijo de un modo afable, sonriendo ante nuestros sorprendidos rostros—. No esperabas semejante energía por mi parte, ¿verdad, Sherlock? Pero en cierto modo este caso me atrae.

—¿Cómo has venido hasta aquí?

—Os adelanté en un coche de punto.

—¿Ha sucedido algo nuevo?

—He tenido una respuesta al anuncio.

—¡Ah!

—Sí, llegó unos minutos después de que os hubierais ido.

—¿Y con qué efecto?

Mycroft Holmes sacó una hoja de papel.

—Aquí está —dijo—; escrita a pluma en un lujoso papel color crema por un hombre de mediana edad de débil constitución.

*Señor —dice—, en respuesta a su anuncio con fecha de hoy, tengo a bien informarle que conozco muy bien a la dama en cuestión. Si no tuviera inconveniente en visitarme, le podría dar algunos detalles relativos a su penosa historia. En este momento vive en The Myrtles, Beckenham. Suyo afectísimo,*

*J. Davenport.*

—La carta tiene el matasellos de Lower Brixton —dijo Mycroft Holmes—. ¿No crees, Sherlock, que deberíamos ir allí ahora y enterarnos de esos detalles?

—Mi querido Mycroft, la vida del hermano vale más que la historia de la hermana. Creo que lo que debemos hacer es ir a Scotland Yard a buscar al inspector Gregson e irnos derechos a Beckenham. Sabemos que están conduciendo a un hombre a la muerte y una hora puede ser vital.

—Mejor recogemos al señor Melas de camino hacia allá —sugerí yo—; podríamos necesitar un intérprete.

Mientras hablaba abrió el cajón de la mesa y me di cuenta de que se metía furtivamente un revólver en el bolsillo.

—Sí —dijo en contestación a mi mirada—. Por lo que sabemos, yo diría que vamos a enfrentarnos con una banda muy peligrosa.

Ya casi había oscurecido cuando nos encontramos en Pall Malí, en las habitaciones del señor Melas. Un caballero acababa de venir a buscarlo y se había ido.

—¿Puede usted decirme adónde? —preguntó Mycroft Holmes.

—No lo sé, señor —contestó la mujer que había abierto la puerta—. Lo único que sé es que se alejó en un carruaje con un caballero.

—¿Dio algún nombre el caballero?

—No, señor.

—¿No era un hombre joven, alto, guapo y de piel oscura?

—Oh, no, señor, era un hombre bajito, con gafas, delgado de cara, pero muy agradable en sus maneras; no paraba de reírse mientras hablaba.

—¡Vamos! —exclamó Sherlock Holmes bruscamente—. Esto se está poniendo serio —observó cuando nos dirigíamos hacia Scotland Yard—. Estos hombres han vuelto a apoderarse de Melas. No es un hombre que tenga mucha fuerza física, como ellos bien saben por su experiencia de ayer por la noche. Ese villano fue capaz de aterrorizarle en cuanto estuvo delante de él. Sin duda quieren sus servicios profesionales; pero, tras haberle utilizado, están dispuestos a castigarle por lo que consideran una traición.

Esperábamos que cogiendo el tren llegaríamos a Beckenham antes que si íbamos en el carruaje, o por lo menos nos llevaría el mismo tiempo. Al llegar a Scotland Yard, sin embargo, pasó más de una hora antes de que consiguiéramos dar con el

inspector Gregson y de que completáramos las formalidades legales que nos permitirían entrar en la casa. Eran las diez menos cuarto cuando llegamos al puente de Londres y las diez y media cuando los cuatro nos apeamos en el andén de Beckenham. Tras un recorrido de media hora en coche de punto llegamos a The Myrtles, una gran casa oscura que se levantaba a espaldas de la carretera en medio de su propio terreno. Allí despedimos al taxi y subimos juntos el camino que llevaba hasta la casa.

—No hay luz en las ventanas —observó el inspector—. La casa parece desierta.

—Nuestros pájaros han volado y el nido está vacío —dijo Holmes.

—¿Por qué dice usted eso?

—Un carruaje con mucho peso de equipaje ha pasado por aquí durante la última hora. El inspector se rió:

—Ha visto las huellas de las ruedas a la luz de la lámpara del portón, ¿pero de dónde sale el equipaje?

—Puede ser que usted se haya dado cuenta de las mismas huellas en la dirección de llegada. Pero las de salida son mucho más profundas, tanto, que podemos decir con certeza que el carruaje llevaba un peso considerable.

—Va usted un poco más lejos que yo —dijo el inspector encogiéndose de hombros—. No será fácil forzar esta puerta. Pero lo intentaremos si no conseguimos hacer que alguien nos conteste.

Golpeó con fuerza el llamador y tiró de la campanilla sin éxito alguno. Holmes había desaparecido, pero volvió al cabo de unos minutos.

—He abierto una ventana —dijo.

—Es una suerte que esté usted del lado de la justicia y no en contra —observó el inspector al ver de qué modo tan inteligente había forzado mi amigo el pestillo—. Bueno, creo que en estas circunstancias podemos entrar sin esperar a que nos inviten.

Uno tras otro nos fuimos abriendo paso en el gran apartamento, que era evidentemente el mismo que aquél en el que se había encontrado el señor Melas. El inspector había encendido su linterna y con esa luz pudimos ver las dos puertas, la cortina, la lámpara y el juego de armaduras japonesas, tal como él lo había descrito. Sobre la mesa había dos vasos vacíos, una botella de *brandy* vacía y los restos de una comida.

—¿Qué es eso? —preguntó Holmes de repente.

Todos nos quedamos quietos y escuchamos. Desde algún lugar por encima de nuestras cabezas nos llegó el lejano sonido de alguien que se estaba quejando. Holmes corrió hacia la puerta y salió al *hall*. El lúgubre ruido provenía del piso de arriba. Se lanzó escaleras arriba, el inspector y yo pisándole los talones, mientras que su hermano Mycroft nos seguía todo lo rápido que le permitía su pesado cuerpo.

En el segundo piso nos dimos de cara con tres puertas y era de la del centro de donde salía el siniestro sonido, que a ratos se hundía en un monótono murmullo para volver después a subir hasta un agudo gimoteo. Holmes abrió de golpe la puerta y se

precipitó en el interior, pero volvió a salir al cabo de un momento con una mano en la garganta.

—¡Es carbón! —exclamó—. Dejemos que se aclare.

Al asomarse vimos que la única luz que había en la habitación la daba una débil llama azul que ardía vacilante en un pequeño brasero de latón en medio de la habitación. A su alrededor, en el suelo, se percibía un oscuro círculo con una tonalidad plomiza, artificial, mientras que entre las sombras vimos las vagas siluetas de dos figuras acurrucadas contra la pared. De la puerta abierta humeaba una horrible exhalación venenosa que nos hizo toser y jadear. Holmes se abalanzó a abrir el tragaluz de la escalera para que entrara aire fresco y luego, precipitándose en el interior de la habitación, subió la ventana y arrojó el trípode de latón al jardín.



—En seguida podremos entrar —jadeó saliendo flechado de nuevo—. ¿Dónde hay una vela? Dudo que podamos encender una cerilla en esta atmósfera. Mantén la luz en la puerta, y los sacaremos. ¡Venga, Mycroft!

De una carrera llegamos a donde estaban los hombres y los arrastramos fuera, al descansillo. Ambos tenían los labios azules y estaban inconscientes, con las caras hinchadas y congestionadas y los ojos protuberantes. De hecho, sus rasgos estaban tan deformados, que, a no ser por la negra barba y corpulenta figura, no habiéramos reconocido nunca en uno de ellos al intérprete griego, del que tan sólo hacía unas pocas horas nos habíamos despedido en el «Club Diógenes». Estaba atado de pies y manos y tenía un ojo marcado por un golpe violento. El otro, que estaba atado de un modo similar, era un hombre alto y estaba demacrado hasta el último extremo; le habían pegado en la cara varias tiras de escayola, lo cual le daba un aspecto grotesco. Había dejado de quejarse cuando le sacamos, y con una sola mirada me di cuenta de que nuestra ayuda había llegado demasiado tarde, por lo menos para él. El señor Melas, sin embargo, todavía vivía, y en menos de una hora, con la ayuda de amoníaco y *brandy*, tuve la satisfacción de verle abrir los ojos y de saber que mi mano le había rescatado del oscuro valle al que llevan todos los caminos.

Lo que tenía que contarnos era una historia muy sencilla. El visitante, al entrar en sus habitaciones, se había sacado de la manga un vergajo, asustándole tanto con la amenaza de una muerte inevitable e instantánea, que había conseguido raptarle por segunda vez. Verdaderamente aquel risueño rufián había producido un efecto casi mesmeriano sobre el infortunado lingüista, porque éste no podía hablar de él sin que

le temblaran las manos y le palidecieran las mejillas. Le habían llevado con toda rapidez a Beckenham, sirviendo de nuevo como intérprete en una segunda entrevista, todavía más dramática que la anterior, en la que los dos ingleses habían amenazado a su prisionero con una muerte instantánea si no se avenía a sus peticiones. Finalmente, viendo que de nada valían las amenazas con él, le arrojaron de nuevo a su prisión y, tras reprochar al señor Melas su traición, que había aparecido en los anuncios de los periódicos, le dejaron inconsciente de un bastonazo, no recordando él nada de lo sucedido después hasta que nos vio inclinados a su alrededor.

Y éste fue el singular caso del intérprete griego, cuya explicación se halla todavía envuelta en cierto misterio. Pudimos descubrir, tras ponernos en contacto con el caballero que había respondido al anuncio, que la infortunada muchacha provenía de una rica familia griega y que había venido a Inglaterra a visitar a unos amigos. Una vez aquí, había conocido a un joven llamado Harold Latimer, que había llegado a tener cierto ascendiente sobre ella, terminando por convencerla de que huyera con él. Sus amigos, extrañados por este suceso, se habían quedado tranquilos tras avisar a su hermano en Atenas y se habían lavado las manos en el asunto. El hermano, al llegar a Inglaterra, se puso imprudentemente en manos de Latimer y de su socio, cuyo nombre era Wilson Kemp, un hombre con oscuros antecedentes. Estos dos, al darse cuenta de que, debido a su desconocimiento de la lengua, éste estaba totalmente desamparado en sus manos, le habían hecho prisionero, intentando, mediante la crueldad y el hambre, que les cediera las propiedades suyas y de su hermana. Le habían tenido en la casa sin el conocimiento de la muchacha, y la escayola que le habían pegado en la cara tenía la finalidad de que ésta no lo pudiera reconocer en caso de un encuentro fortuito. No obstante, su intuición femenina le reconoció rápidamente a través del disfraz, cuando, con ocasión de la primera visita del intérprete, le había visto por primera vez. La pobre muchacha, sin embargo, también estaba prisionera, porque no había nadie más en la casa salvo el hombre que hacía de cochero y su mujer, ambos instrumentos de los conspiradores. Al ver que se sabía el secreto y dándose cuenta de que el prisionero no se iba a dejar coaccionar, los dos villanos habían huido, con la chica, de la casa amueblada que habían alquilado, avisando sólo con unas horas de anticipación. Antes se habían vengado, según creían, tanto del hombre que los había desafiado, como del que los había traicionado.

Meses después nos llegó, procedente de Budapest, un curioso recorte de periódico. Hablaba del trágico final que habían encontrado dos ingleses que viajaban acompañados de una mujer. Parece ser que habían aparecido apuñalados y la policía húngara es de la opinión de que habían tenido una disputa en la que se habían herido entre sí mortalmente. Holmes, sin embargo, me parece que tiene una opinión diferente sobre este asunto y sigue manteniendo todavía hoy que, si se pudiera dar con la muchacha, se sabría de qué modo llegaron a ser vengadas las injusticias infligidas contra ella y su hermano.

# EL TRATADO NAVAL

**E**l mes de julio que siguió a mi boda se hizo digno de mención por tres casos en los que tuve el privilegio de verme asociado con Sherlock Holmes y estudiar de cerca sus métodos. Tengo estos casos recogidos en mis notas bajo los encabezamientos de *La aventura de la segunda mancha*, *La aventura del Tratado Naval* y *La aventura del capitán cansado*. El primero de éstos, sin embargo, trata de asuntos de tal importancia e implica a tantas de las primeras familias del reino, que hasta pasados muchos años no podrá hacerse público. No obstante, ningún otro caso de los que Sherlock Holmes haya llevado ha ilustrado de un modo tan claro el valor de sus métodos analíticos o ha impresionado tan profundamente a quienes trabajaban con él en ese momento. Todavía conservo un informe casi literal de la entrevista en la que demostró la verdad de los hechos en relación con dicho caso a *Monsieur Dubuque*, de la policía de París, y a *Fritz von Waldbaum*, el conocido especialista de Dantzig, quienes habían malgastado sus energías en lo que se demostraría que no eran sino cuestiones secundarias. Habrá que esperar, pues, al inicio de un nuevo siglo para poder contar la historia con seguridad. Entre tanto, paso al segundo, el cual también prometía en su momento tener una importancia nacional y que fue notable por ciertos incidentes que le otorgaron un carácter bastante singular.

Durante mis días escolares tuve como íntimo amigo a un muchacho llamado Percy Phelps, que era exactamente de mi misma edad, aunque iba dos clases por delante de mí. Era un chico brillante, que arrambló con todos los premios que daba la escuela, y terminó sus proezas escolares ganando una beca que le llevaría a terminar su triunfante carrera en Cambridge. Recuerdo que estaba muy bien relacionado e incluso, cuando no éramos más que unos niños, sabíamos muy bien que el hermano de su madre era *Lord Holdhurst*, el gran político conservador. Poco bien le hacía en la escuela este llamativo parentesco; por el contrario, se nos antojaba que andar persiguiéndolo por todo el patio, dándole con el aro de *croquet* en las espinillas, era un juego bastante divertido. Pero todo cambió cuando salió al mundo. Supe vagamente que sus aptitudes y la influencia que tenía en su mano le habían ganado una buena posición en el Foreign Office; después se borró de mi mente, hasta que la siguiente carta me recordó su existencia:

*Briarbrae, Wokig*

*Mi querido Watson: Sin duda recordará al «Renacuajo» Phelps que hacía quinto curso en el mismo año en que usted hacía tercero. Es incluso posible*

*que haya sabido que, por medio de las influencias de mi tío, pude conseguir un buen puesto en el Foreign Office y que me encontraba en una situación de confianza y honor, hasta que un horrible infortunio vino a destrozarme de repente mi carrera.*

*De nada sirve que le escriba ahora los detalles de ese horrible suceso. En el caso de que usted acceda a la petición que voy a hacerle, es probable que tenga que narrárselos entonces. Acabo de recobrar de una encefalitis que me ha durado nueve semanas y todavía me encuentro extremadamente débil. ¿Cree usted que podría traer a su amigo, el señor Holmes, a verme aquí? Me gustaría tener su opinión sobre el caso, aunque las autoridades me aseguran que ya no hay nada que hacer. Por favor, intente hacerlo venir lo antes posible. Cada minuto que pasa parece una hora mientras siga viviendo en este horrible suspense. Dígale que, si no le he pedido consejo antes, no ha sido debido a que no tuviera en consideración su talento, sino a que desde que me sobrevino este duro golpe no he estado totalmente en mis cabales. Ahora vuelvo a estar en disposición de pensar, aunque no me atrevo demasiado a hacerlo por temor a una recaída. Estoy todavía tan débil que, como ve, he tenido que escribirle al dictado. Inténtelo y tráigamelo aquí.*

*Su antiguo compañero de escuela,*

*Percy Phelps*

Al leer esta carta hubo algo que me emocionó; esas reiteradas súplicas para que le llevara a Holmes tenían algo de lastimoso. Así que, con lo emocionado que estaba, incluso aunque hubiera sido un asunto difícil, lo hubiera intentado; pero, por supuesto, sabía perfectamente que Holmes amaba tanto su trabajo, que estaba siempre tan dispuesto a prestar ayuda, como dispuesto estaba su cliente a recibirla. Mi mujer estaba de acuerdo conmigo en que no se debía perder un momento en exponerle el asunto, así que una hora después de desayunar me encontraba de nuevo, una vez más, en las viejas habitaciones de Baker Street.

Holmes, ataviado con un batín, estaba sentado en su mesa de trabajo, trabajando afanosamente en una investigación química. Una larga y curvada retorta estaba hirviendo furiosamente sobre la llama azulada del mechero de Bunsen y las gotas destiladas se iban condensando en una medida de dos litros. Mi amigo apenas levantó la vista cuando entré y, viendo que su investigación debía de tener mucha importancia, me senté en un sillón y esperé. Introducía su pipeta de cristal en una botella y en otra, extrayendo de ellas unas cuantas gotas, y finalmente puso sobre la mesa un tubo de ensayo que contenía cierta solución. En la mano derecha tenía un trocito de papel de tornasol.

—Llega en un momento crítico, Watson —dijo—. Si el papel permanece azul, es que todo va bien. Si se pone rojo, significa la vida de un hombre —lo introdujo en el

tubo de ensayo y el papel adquirió un color carmesí apagado y sucio—. ¡Hum!, ya me lo había imaginado yo —exclamó—. En seguida estoy con usted, Watson. Encontrará tabaco en la babucha persa.

Se volvió hacia su escritorio y escribió varios telegramas, que entregó al botones. Tras esto se dejó caer en la silla que estaba enfrente de mí, levantando las rodillas hasta que sus manos estrecharon sus largos y finos tobillos.

—Un pequeño asesinato de lo más común —dijo—. Imagino que usted tiene algo mejor. Parece anunciar un crimen. ¿Qué pasa, Watson? Le alargué la carta, que leyó con la máxima atención.

—No dice mucho, ¿verdad? —observó, mientras me la devolvía.

—Casi nada.

—Y, sin embargo, la caligrafía es interesante.

—Pero si no es la suya.

—Precisamente por eso, es la de una mujer.

—¡No, seguro que es la de un hombre!

—No, la de una mujer; una mujer de carácter singular. Mire, al inicio de una investigación tiene su importancia saber si el cliente tiene una relación íntima con alguien que, para bien o para mal, posee una naturaleza excepcional. Esto me ha despertado un interés en el caso. Si está usted preparado, partiremos en seguida para Woking y veremos a ese diplomático cuya situación es tan funesta y a la dama a quien dictó su carta.

Tuvimos la suerte de pillar uno de los primeros trenes en Waterloo, y en menos de una hora nos encontrábamos entre los bosques de abetos y los brezos de Woking. Briarbrae resultó ser una amplia casa construida en medio de una gran extensión de terreno, a pocos minutos de la estación. Tras entregar nuestras tarjetas de visita, nos hicieron pasar a un salón elegantemente decorado, donde a los pocos minutos se nos unió un hombre bastante corpulento, que nos recibió con gran hospitalidad. Estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, pero sus mejillas eran tan sonrosadas y sus ojos tan alegres, que seguía dando la impresión de un muchacho regordete y travieso.

—Qué contento estoy de que hayan venido —dijo, dándonos efusivamente la mano—. Percy lleva toda la mañana preguntando por ustedes; pobre hombre, se agarra a un clavo ardiendo. Su padre y su madre me pidieron que los recibiera yo, ya que para ellos es en extremo dolorosa la sola mención del asunto.

—Todavía no tenemos detalles —observó Holmes—. Veo que usted no es un miembro de la familia.

Nuestro conocido pareció sorprendido y, mirando el suelo, empezó a reír.

—Por supuesto se ha fijado usted en las iniciales «J. H». de mi medallón —dijo—. Por un momento pensé que se le había ocurrido algo inteligente. Mi nombre es Joseph Harrison y, como Percy va a casarse con mi hermana Annie, seremos al menos parientes políticos. Encontrará a mi hermana en la habitación de Percy; ha

estado entregada a sus cuidados durante estos dos últimos meses. Quizá sería mejor que entráramos cuanto antes, porque sé cuan impaciente está.

La estancia a la que fuimos introducidos se hallaba en el mismo piso que el salón. Estaba amueblada en parte como un cuarto de estar y en parte como un dormitorio; había jarrones de flores dispuestos con un gusto exquisito en todos los rincones de la habitación. Un hombre joven, muy pálido y como agotado, yacía en un sofá junto a la ventana abierta, por donde entraban el agradable aroma del jardín y la suave brisa del verano. Una mujer estaba sentada a su lado y se levantó al entrar nosotros.

—¿Me retiro, Percy? —preguntó.

Él agarró con fuerza su mano para detenerla.

—¿Cómo está usted, Watson? —dijo cordialmente—. Nunca lo hubiera reconocido con ese bigote y me atrevería a decir que usted no juraría que la persona que está viendo soy yo. Supongo que él es su célebre amigo, el señor Sherlock Holmes, ¿no es así?

Les presenté con pocas palabras y nos sentamos. El hombre corpulento nos había dejado, pero su hermana permanecía allí con su mano entre las del inválido. Era una mujer de una apariencia impresionante, un poco baja y gruesa, pero con un hermoso cutis aceitunado, unos ojos grandes y oscuros, como de italiana, y un cabello abundante de un negro oscurísimo. Su magnífica tez contrastaba con la palidez de su compañero, quien a su lado parecía todavía más fatigado y ojeroso.

—No les haré perder tiempo —dijo él, levantándose del sofá—. Entraré sin más preámbulos en el tema. Yo era un hombre feliz y de éxito, señor Holmes, y a punto de casarme, cuando un inesperado y horroroso infortunio vino a echar por tierra todas mis esperanzas.

»Trabajaba, como ya le habrá dicho Watson, en el Foreign Office, donde rápidamente ascendí hasta una posición de responsabilidad. Cuando esta Administración hizo a mi tío ministro de Asuntos Exteriores, él empezó a darme misiones de importancia y, como yo las resolviera con éxito, llegó por último a tener la máxima confianza en mi habilidad y tacto.

»Hace aproximadamente diez semanas (para ser más exacto el 23 de mayo pasado) me llamó a su despacho privado y, tras felicitar me por el buen trabajo que había hecho, me informó de que tenía para mí una nueva misión de confianza.

—Esto —dijo, tomando de su escritorio un rollo de papel gris— es el original de ese tratado secreto entre Inglaterra e Italia, sobre el cual siento decir que ya corren



rumores en la prensa. Es extremadamente importante que no haya ninguna filtración más. Las embajadas francesas o rusas pagarían enormes cantidades de dinero por conocer el contenido de estos documentos. No deberían salir de mi despacho, pero es absolutamente necesario hacer una copia de ellos. ¿Tienes escritorio en tu oficina?

—Sí, señor.

—Entonces, coge el tratado y guárdalo allí. Daré instrucciones para que tengas que quedarte cuando se vayan los otros, de modo que puedas hacerlo a tus anchas sin temor a que alguien te esté vigilando. Cuando termines, vuelve a guardar bajo llave en tu escritorio tanto el original como la copia y entrégamelos personalmente mañana por la mañana.



»Tomé los documentos y...

—Perdóneme un inciso —dijo Holmes—. ¿Estaban solos durante aquella conversación?

—Absolutamente.

—¿Es una estancia amplia?

—Treinta pies en cada dirección.

—¿En el centro?

—Sí, más o menos.

—¿Hablando bajo?

—La voz de mi tío es siempre muy baja. Yo casi no hablé.

—Gracias —dijo Holmes, entornando los ojos—. Por favor, tenga la bondad de seguir.

—Hice exactamente lo que me había indicado y esperé hasta que los otros empleados se marcharon. Uno de ellos, que trabaja en el mismo despacho que yo, Charles Gorot, tenía que terminar un trabajo atrasado, así que le dejé allí y me fui a

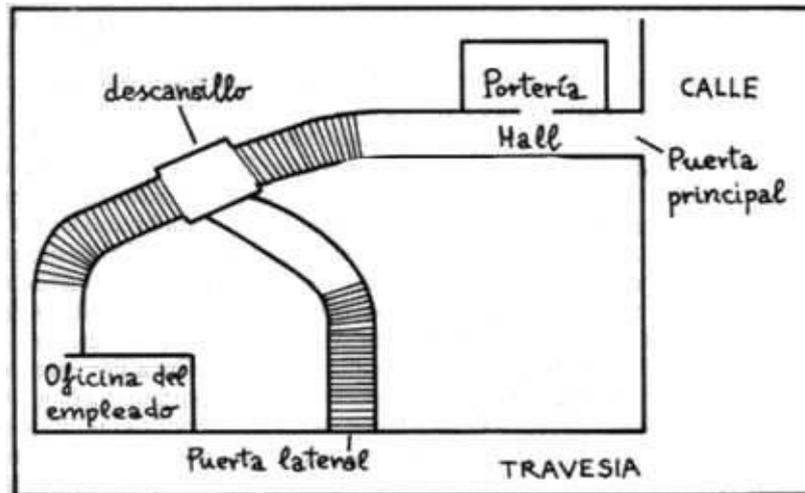
cenar. Cuando volví se había ido. Quería terminar cuanto antes mi trabajo, porque sabía que el señor Harrison, a quien acaban ustedes de ver, estaba en la ciudad y tomaría el tren de las once para volver a Woking y yo quería cogerlo también. Cuando me puse a examinar el tratado, en seguida me di cuenta de que tenía una importancia tal, que mi tío no había exagerado nada con lo que había dicho. Sin entrar en detalles, puedo decir que definía la posición de Gran Bretaña en relación con la Triple Alianza y predecía la política que iba a llevar este país en el caso de que la flota francesa aventajara en importancia a la italiana en el marco del Mediterráneo. Las cuestiones tratadas eran puramente navales. Al final estaban las rúbricas de los altos dignatarios que lo habían firmado. Les eché una mirada y me apliqué a la tarea de copiarlo.

»Era un largo documento, escrito en francés, y contenía veintiséis artículos separados. Copiaba lo más deprisa que podía, pero a las nueve sólo había terminado nueve artículos y perdí las esperanzas de poder coger el tren. Me sentía soñoliento y estúpido, en parte debido a la cena y en parte también debido a un largo día de trabajo. Una taza de café me despejaría. Hay un portero que se queda toda la noche en un pequeño garito situado al pie de las escaleras; éste tiene la costumbre de preparar café en su infiernillo de alcohol para los oficiales que se quedan haciendo horas extraordinarias. Toqué el timbre, pues, para que viniera.

»Para mi sorpresa, fue una mujer la que respondió a la llamada; una mujer de edad, grande, de cara tosca, que llevaba un delantal. Me explicó que era la mujer del portero, que hacía los recados; le pedí que me subiera un café.

»Escribí dos artículos más y, entonces, sintiéndome todavía más soñoliento, me levanté y paseé arriba y abajo de la habitación para estirar las piernas. El café seguía sin venir y me preguntaba cuál sería la causa de este retraso. Abrí la puerta y me encaminé por el pasillo con el fin de descubrirlo. Era un corredor poco iluminado que partía de la habitación en la que había estado trabajando, constituyendo su única salida. Terminaba en una escalera curva con el garito del portero en el corredor que está al final de la escalera. A mitad de camino de la escalera hay un descansillo al que da otro corredor formando un ángulo recto con éste. Este segundo corredor lleva, a través de una escalera, a una puerta lateral que es usada por los sirvientes y también como atajo por los empleados cuando entran desde Charles Street.

»Aquí tiene un plano esquemático del lugar.



—Gracias. Creo que le sigo bastante bien.

—Es muy importante que tenga en consideración este punto. Bajé las escaleras y llegué al *hall*, donde encontré al portero profundamente dormido en su garito y el agua hirviendo furiosamente en el hervidor sobre el infiernillo, salpicando todo el suelo. Alargué la mano y estaba a punto de darle un meneo al hombre, que seguía plácidamente dormido, cuando sonó con fuerza una de las campanillas situadas sobre su cabeza y se despertó sobresaltado.

—Señor Phelps, ¡señor! —dijo, mirándome atónito.

—He bajado a ver si mi café estaba preparado.

—Estaba hirviendo el agua cuando me quedé dormido, señor.

»Me miró a mí y luego miró hacia arriba, a la campanilla que todavía seguía estremeciéndose, y su asombro iba en aumento.

—Si usted está aquí, señor, ¿quién ha tocado entonces la campanilla? —preguntó.

—La campanilla —dije yo—. ¿De qué campanilla se trata?

—Es la campanilla de la habitación en la que usted estaba trabajando.

»Me quedé helado. Alguien, pues, estaba en mi habitación donde el precioso tratado estaba extendido encima de mi mesa. Subí frenéticamente las escaleras y avancé corriendo por el corredor. No había nadie en éste, señor Holmes. No había nadie en la habitación. Todo estaba tal como lo había dejado, salvo que alguien había cogido de mi escritorio el documento que me había sido encomendado. La copia estaba allí, pero el original había desaparecido.

Holmes se arrellanó en su asiento y se frotó las manos. Me di cuenta de que el problema le llegaba al corazón.

—Dígame, por favor, ¿qué hizo usted entonces? —murmuró.

—Al momento me di cuenta de que el ladrón debía de haber subido las escaleras desde la puerta lateral. Tenía que haberme encontrado con él si hubiera venido por el otro lado.

—¿Estaba convencido de que no podía haber estado durante todo el rato oculto en la habitación, o en el corredor que usted acaba de describir como mal iluminado?

—Es absolutamente imposible. Ni siquiera una rata podría ocultarse ni en la

habitación ni en el pasillo. No hay escondite posible.

—Gracias. Le ruego que siga.

—El portero, viendo en la palidez de mi rostro que había algo que temer, me había seguido escaleras arriba. Echamos los dos a correr por el pasillo y por las escaleras que llevaban a Charles Street. La puerta al pie de la escalera estaba cerrada, pero no tenía la llave echada. La abrimos de un golpe y nos precipitamos fuera. Recuerdo claramente que al hacerlo oímos tres campanadas en el carillón de una iglesia vecina. Eran las diez menos cuarto.

—Esto tiene mucha importancia —dijo Holmes, tomando nota en el puño de la camisa.

—La noche era muy oscura y caía una lluvia fina y cálida. No había nadie en Charles Street, pero al fondo, en Whitehall, el tráfico, como es normal allí, era muy denso. Corrimos por la acera, sin que nos importara el ir descubiertos, y en la última esquina de la calle encontramos un policía que estaba allí parado.

—Acaba de haber un robo —dije jadeando—. Un documento de mucho valor ha sido robado del Foreign Office. ¿Ha pasado alguien por aquí?

—Llevo un cuarto de hora aquí parado —dijo—; solamente ha pasado una persona en este tiempo, una señora mayor, alta, que llevaba un chal de cachemira.

—¡Ah!, ésa es mi mujer —exclamó el portero—. ¿No ha pasado nadie más?

—Nadie.

—Entonces el ladrón debe de haber seguido el otro camino —exclamó mi compañero, tirándome de la manga.

»Pero yo no estaba satisfecho con esto, y los intentos que hacía para alejarme de allí aumentaban mis sospechas.

—¿Qué camino siguió la señora? —exclamé.

—No lo sé, señor. La vi pasar, pero no tenía ninguna razón especial para fijarme en ella. Parecía llevar prisa.

—¿Cuánto tiempo hace de esto?

—Oh, no hace mucho rato.

—¿Durante estos últimos cinco minutos?

—Pues sí, no pueden haber pasado más de cinco.

—Está perdiendo el tiempo, señor —gritó el portero—, y ahora un minuto puede ser muy importante. Le doy mi palabra de que mi mujer no tiene nada que ver en esto; vayamos ahora al otro extremo de la calle. Bueno, si no quiere usted, lo haré yo —y con esto salió corriendo en la otra dirección.

»Pero al cabo de un momento le había alcanzado y le cogí por la manga.

—¿Dónde vive? —dije yo.

—En el número 16 de Ivy Lane, Brixton —contestó él—; pero no se deje llevar por un rastro falso, señor Phelps. Vamos hacia el otro extremo de la calle y veamos si se oye algo.

»No perdía nada siguiendo su consejo. Con el policía nos apresuramos calle

abajo, pero sólo para descubrir otra calle rebosante de tráfico, mucha gente yendo y viniendo, pero todos ellos iban apresurados, deseosos de encontrar un lugar donde guarecerse en una noche tan húmeda. No había un gandul que nos pudiera decir quién había pasado.

»Entonces volvimos a la oficina y buscamos sin resultado por las escaleras y por el pasillo. El pasillo que lleva hasta la habitación está cubierto por un linóleo color cremoso que muestra fácilmente cualquier tipo de huella, pero no encontramos ni un rasguño ni una pisada.

—¿Había estado lloviendo toda la noche?

—Desde las siete, más o menos.

—¿Cómo puede ser, entonces, que la mujer que entró a eso de las nueve no dejara ninguna huella de sus embarradas botas?

—Me alegra que toque ese punto. Se me ocurrió entonces. Las asistentas que se encargan de hacer los recados tienen la costumbre de quitarse las botas en la garita del portero, poniéndose zapatillas de suela lisa.

—Eso lo deja claro. Así que no había huellas, aunque la noche estaba siendo húmeda, ¿no? La sucesión de los acontecimientos tiene un interés extraordinario. ¿Qué hizo después?

—También examinamos la habitación. No había posibilidad de que hubiera una puerta secreta, y las ventanas están a casi treinta pies del suelo. Las dos estaban cerradas por dentro. La alfombra impedía la posibilidad de un trampilla y el techo está sencillamente encalado. Apostaría por mi vida que quien quiera que fuese el que robó mis documentos sólo pudo entrar por la puerta.

—¿Qué me dice de la chimenea?

—No la hay. Hay en cambio una estufa. El cordón de la campanilla cuelga de un alambre colocado justo a la derecha de mi escritorio. El que llamara tuvo que venir directamente a mi escritorio para hacerlo. ¿Pero para qué quiere hacer sonar la campanilla un criminal? Es un misterio insoluble.

—Ciertamente el incidente no es habitual. ¿Qué pasos dio después? ¿Examinó la habitación, como supongo que hizo, para ver si el intruso había dejado algún tipo de rastro tras de sí, una colilla o un guante tirado en el suelo, una horquilla del pelo o cualquier otra baratija?

—No había nada de eso.

—¿Ningún olor especial?

—No pensamos en ello.

—Ah, un aroma de tabaco nos serviría de mucho en una investigación de este tipo.

—Yo no fumo nunca, de modo que me hubiera dado cuenta si hubiera olido a tabaco. No había ninguna pista de este tipo. El único hecho tangible era que la mujer del portero, la señora Tangey, se había apresurado a abandonar el lugar. Él no dio ninguna explicación de este hecho, salvo que ésta era más o menos la hora en la que

la mujer solía volver a casa. El policía y yo estábamos de acuerdo en que el mejor plan era dar caza a la mujer antes de que pudiese deshacerse de los documentos, en la presunción de que era ella quien los tenía.

»A esas alturas la alarma había llegado ya a Scotland Yard y el señor Forbes, el detective, llegó rápidamente y tomó en sus manos el caso, dando muestras de una gran energía. Alquilamos un simón y a la media hora llegamos a la dirección que nos habían dado. Abrió la puerta una joven, que resultó ser la hija mayor de la señora Tangey. Su madre todavía no había vuelto y nos hizo pasar al cuarto delantero de la casa a esperar.

»Al cabo de diez minutos aproximadamente llamaron a la puerta de la casa con los nudillos, y aquí cometimos un error del que me siento culpable. En vez de abrir nosotros la puerta, dejamos a la chica que lo hiciera. La oímos decir: «Madre, hay dos hombres esperándola», y un instante después oímos los pasos de alguien que avanzaba precipitadamente por el pasillo hacia el interior de la casa. Forbes abrió la puerta de golpe y ambos corrimos a la habitación trasera o cocina, pero la mujer había llegado antes que nosotros.

—Pero ¡cómo!, si es el señor Phelps, el de la oficina —exclamó.

—Vamos, vamos, ¿quién creyó que éramos cuando huyó de nosotros? —preguntó mi compañero.

—Pensé que eran los agentes de seguros —dijo ella—; hemos tenido problemas con un vendedor.

—Ésa no es razón suficiente —contestó Forbes—. Tenemos razones para creer que usted ha cogido unos importantes documentos en el Foreign Office y corrió hasta aquí para dejarlos. Tiene que venir con nosotros a Scotland Yard para ser cacheada.

»Protestó y se resistió en vano. Trajeron un carruaje y los tres volvimos en él. Previamente habíamos inspeccionado la cocina, y especialmente el fuego, con el fin de saber si ella no habría intentado eliminar los papeles mientras estuvo sola. No había indicios, sin embargo, de cenizas o trozos de papel.

«Cuando llegamos a Scotland Yard fue conducida de inmediato a la mujer que efectúa los cacheos a las mujeres. Esperé en una agonía de suspense hasta que ésta volvió con el informe. No había indicios de los documentos.

»Entonces, por primera vez, me hice plenamente consciente del horror de mi situación. Hasta aquí había estado tan seguro de que recuperaría los documentos rápidamente, que no me había atrevido a pensar en cuáles serían las consecuencias si no lo conseguía. Pero ahora ya no quedaba nada por hacer y tenía tiempo para darme cuenta de mi situación. ¡Era horrible! Watson le habrá dicho que en la escuela yo era un chico nervioso y sensible. Es mi naturaleza. Pensé en mi tío y en sus colegas del Gabinete; en la vergüenza que tendría que pasar por mi culpa, en la que tendría que pasar yo y todos los que tenían relación conmigo. ¿Qué importaba que yo fuera la víctima de un extraordinario accidente? No hay lugar para los accidentes cuando los intereses diplomáticos están en juego. Estaba arruinado; vergonzosamente,

desesperadamente arruinado.

No sé lo que hice. Imagino que debí de hacer una escena. Tengo un vago recuerdo de un grupo de oficiales apiñados en torno a mí intentando aplacarme. Uno de ellos me condujo hasta Waterloo y me metió en un tren. Creo que hubiera hecho todo el camino a mi lado de no ser porque el doctor Ferrier, que vive aquí al lado, volvía a la ciudad en ese mismo tren. El doctor se hizo amablemente cargo de mí, y menos mal que lo hizo, porque tuve un ataque en la estación y antes de que llegara a mi casa me había vuelto ya un maníaco delirante.

»Puede usted imaginarse el estado de cosas aquí cuando el doctor, al llamar a la puerta, los sacó de la cama y me encontraron a mí en semejante estado. La pobre Annie, a quien ven ustedes aquí, y mi madre, tenían el corazón destrozado. El detective había dado al doctor Ferrier la información suficiente en la estación para que éste pudiera darles una idea de lo que había sucedido, y su narración no echaba ningún parche al problema. Era evidente que yo había caído enfermo con una enfermedad que sería larga; así que Joseph fue desalojado de su alegre habitación, que convirtieron en un cuarto de enfermo para mí. Aquí he yacido durante más de nueve semanas, señor Holmes, inconsciente y delirante debido a la fiebre. De no haber sido por la señorita Harrison y por los cuidados del doctor, no estaría ahora hablando con ustedes. Ella me ha cuidado durante el día, y por la noche contrataron los servicios de una enfermera, porque en mis ataques era capaz de cualquier cosa. Poco a poco fui recobrando la razón, pero no ha sido sino en estos tres últimos días cuando he recuperado la memoria. Algunas veces deseo no haberla recobrado nunca. La primera cosa que hice fue telegrafiar al señor Forbes, en cuyas manos estaba el caso. Este vino y me aseguró que, aunque se había hecho todo lo posible, no se habían encontrado pruebas ni pistas. Habían interrogado al portero y a su mujer de todos los modos posibles, sin conseguir hacer un poco de luz sobre el asunto. Las sospechas de la policía fueron a recaer entonces sobre el joven Gorot que, como usted recordará, se quedó fuera de hora en la oficina aquella noche. El haberse quedado y su apellido francés eran los dos únicos puntos que podían sugerir una sospecha; pero de hecho yo no empecé a trabajar hasta que él ya se había ido; y su gente, aunque de ascendencia hugonota, tiene una simpatía y unas costumbres tan inglesas como las de usted y como las mías. No se encontró nada por lo que pudiera estar implicado en el asunto y aquí renunciaron a seguir investigando. He recurrido a usted, señor Holmes, como mi última esperanza; si me falla, perderé para siempre mi honor y mi posición.

El inválido se hundió de nuevo en los cojines, agotado por el largo monólogo, mientras su enfermera le servía un vaso de cierto medicamento estimulante. Holmes estaba sentado en silencio con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, en una actitud que podría parecer apática a un extraño, pero que yo sabía que denotaba la más intensa abstracción.

—Su informe ha sido tan explícito —dijo por último—, que me ha dejado poco lugar a que le haga más preguntas. Queda, sin embargo, una de suma importancia.

¿Le había dicho usted a alguna persona algo sobre la especial tarea que tenía que llevar a cabo?

—No, a nadie.

—¿Ni siquiera a la señorita Harrison, aquí presente, por ejemplo?

—No. No volví a Woking en el espacio de tiempo que hubo entre recibir la orden y ejecutarla.

—¿Y nadie de sus familiares o amigos había estado, por casualidad, a verle?

—Nadie.

—¿Alguno de ellos sabe el camino que hay que seguir para llegar a su oficina?

—Oh, ¡claro! Todos ellos han sido introducidos por mí alguna vez.

—De todos modos, por supuesto, si no dijo nada a nadie sobre ese trabajo, estas preguntas son irrelevantes.

—No dije nada.

—¿Sabe usted algo sobre el portero?

—Nada, excepto que es un soldado retirado.

—¿De qué regimiento?

—Oh, me parece haber oído que de los «Coldstream Guards».

—Gracias. No me cabe duda de que podré conseguir más detalles por medio de Forbes. Las autoridades son excelentes a la hora de amontonar hechos, aunque no siempre los usan en su propio beneficio. ¡Qué cosa más bonita es una rosa!

Fue detrás del diván, abrió la ventana y, tomando en su mano el tallo inclinado de una rosa cubierta de musgo, contempló la exquisita mezcla del carmesí con el verde. Esta faceta de su carácter era nueva para mí, porque nunca le había visto demostrar un interés profundo por los objetos naturales.

—No hay nada donde la deducción sea tan necesaria como en la religión —dijo, recostándose en las contraventanas—. El razonador puede construir con ella una ciencia exacta. Siempre me ha parecido que la seguridad suprema en la bondad de la Providencia descansa en las flores. Todas las demás cosas, nuestros poderes, nuestros deseos, nuestro alimento, todos son realmente necesarios en primera instancia para nuestra existencia. Pero esta rosa se nos da por añadidura. Su aroma y su color son un adorno de la vida, no una condición de ésta. Sólo la bondad se da por añadidura y por eso, repito, tenemos mucho que esperar de las flores.

Percy Phelps y su enfermera miraron a Holmes durante esta demostración con sorpresa y un tanto de desilusión escrita en sus rostros. Él había caído en una ensoñación, con la rosa entre sus dedos. Pasó un rato antes de que la joven rompiera el silencio.

—¿Ve usted alguna posibilidad de solucionar este misterio, señor Holmes? —



preguntó con cierta aspereza.

—Oh, ¡el misterio! —contestó él, volviendo con un sobresalto a las realidades de la vida—. Sería absurdo negar que el caso es oscuro y complicado; pero puedo prometerles que estudiaré el asunto y que les haré saber los puntos que me impresionen.

—¿Ve alguna pista?

—Me ha proporcionado usted siete, pero, por supuesto, debo comprobarlas antes de pronunciarme sobre su valor.

—¿Sospecha de alguien?

—Sospecho de mí.

—¿Qué?

—De llegar a conclusiones demasiado rápidas.

—Entonces vaya a Londres y compruebe sus conclusiones.

—Su consejo es excelente, señorita Harrison —dijo Holmes, levantándose—. Creo, Watson, que no podemos hacer nada mejor. No se deje llevar por falsas esperanzas, señor Phelps. El asunto está muy enmarañado.

—Estaré en un estado febril hasta que le vuelva a ver —exclamó el diplomático.

—Bueno, vendré en el mismo tren mañana, aunque es más que probable que mi informe sea negativo.

—Dios le bendiga por su promesa de venir —exclamó nuestro cliente—. Me hace cobrar nuevos ánimos el saber que se está haciendo algo. A propósito, tuve una carta de *Lord Holdhurst*.

—¡Ah!, ¿qué decía?

—Se mostraba frío, pero no severo. Me atrevería a decir que mi grave enfermedad ha evitado que lo fuera. Volvía a repetir que el asunto era de suma importancia y añadía que no se daría paso alguno en relación con mi futuro (con lo cual, por supuesto, se refería a mi destitución) hasta que me hubiera recuperado y tuviera la oportunidad de reparar mi infortunio.

—Bueno, fue razonable y considerado —dijo Holmes—. Vamos, Watson, que tenemos un buen día de trabajo ante nosotros.

El señor Joseph Harrison nos condujo a la estación, y en seguida nos encontramos inmersos en el rápido traqueteo de un tren que venía de Portsmouth. Holmes se hundió en sus pensamientos y apenas abrió la boca hasta que pasamos Clapham Junction.

—Qué agradable es llegar a Londres a través de una de estas líneas que le permiten a uno ver las casas desde arriba, como en este caso.

Pensé que bromeaba, porque la visión era bastante sórdida, pero en seguida se explicó.

—Mire esos grandes grupos de edificios que se levantan aislados por encima de los tejados de pizarra; parecen islas de ladrillo en un mar plomizo.

—Son los internados.

—¡Los faros, muchacho, los faros! ¡Almenaras del futuro! Cápsulas con cientos de pequeñas, brillantes semillas en cada una; de ellas surgirá el inglés del mañana, más inteligente, mejor. Supongo que ese hombre, Phelps, no beberá, ¿no?

—No creo.

—Ni yo tampoco. Pero estamos obligados a tener en cuenta todas las posibilidades. El pobre diablo se ha metido en aguas demasiado profundas y la cuestión que ahora se plantea es si podremos o no sacarle a flote sano y salvo. ¿Qué piensa usted de la señorita Harrison?

—Es una muchacha con un carácter muy fuerte.

—Sí, pero, o yo estoy equivocado, o se trata de una muchacha bastante sensata. Ella y su hermano son los únicos hijos de un fabricante de hierro asentado en algún lugar camino de Northumberland. Phelps se comprometió con ella con ocasión de un viaje que realizó el año pasado; ella vino después, con su hermano como escolta, para que él le presentara a su familia. Entonces sucedió este accidente y ella se quedó a cuidar a su amado, mientras que su hermano Joseph, encontrándose cómodo, decidió quedarse también. He estado haciendo alguna investigación por mi cuenta. Pero hoy ha de ser un día lleno de ellas.

—Mi clientela... —empecé a decir yo.

—Oh, si usted encuentra sus casos más interesantes que los míos... —dijo Holmes con aspereza.

—Iba a decir que mi clientela bien puede ir tirando sin mí por un día o dos; al fin y al cabo es el periodo más tranquilo del año.

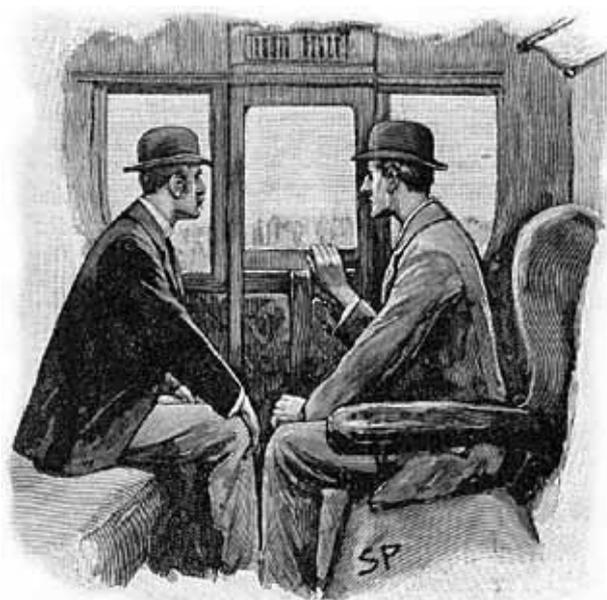
—Excelente —dijo él, recobrando su buen humor—. Entonces estudiaremos juntos este asunto. Creo que debemos empezar por ir a ver a Forbes. Probablemente él podrá darnos todos los detalles que precisamos, hasta que sepamos por dónde ha de abordarse el asunto.

—Usted dijo que tenía una pista.

—Bueno, tenemos varias, pero sólo podremos saber si valen para algo mediante una investigación posterior. El crimen más difícil de rastrear es el que carece de un objetivo claro. Ahora bien, éste sí que tiene objetivo. ¿Quién va a beneficiarse? Están el embajador francés y el ruso; está asimismo quienquiera que sea el que vaya a vendérselo al uno o al otro, y está *Lord Holdhurst*.

—¡*Lord Holdhurst*!

—Bueno, se puede concebir que un hombre de estado se encuentre en una situación en la que no le importaría que cierto documento desapareciera de un modo



accidental.

—No un hombre de estado con un historial tan honorable como el de *Lord Holdhurst*.

—Es una posibilidad y no podemos permitirnos el lujo de desecharla. Veremos a este honorable *Lord* hoy y descubriremos si puede decirnos algo. Entretanto ya he puesto en marcha algunas investigaciones.

—¿Ya?

—Sí, envié telegramas desde la estación de Woking a todos los periódicos de la tarde de Londres. Este anuncio aparecerá en todos ellos.

Me tendió una hoja de papel arrancada de su cuaderno de notas. En ésta aparecía escrito a lápiz:

*Diez libras de recompensa a quien pueda dar información sobre el número del vehículo que depositó a un pasajero en la puerta, o alrededores, del Foreign Office en Charles Street, a las diez menos cuarto de la noche del pasado 23 de mayo. Dirigirse al 221B de Baker Street.*

—¿Cree usted que el ladrón fue en simón?

—Si no fue así, tampoco nos perjudica el intentar saberlo. Pero, si el señor Phelps tiene razón al afirmar que no hay escondite posible ni en la habitación ni en los pasillos, la persona debe de haber venido desde el exterior. Si entró desde la calle en una noche tan pasada por agua, sin dejar, no obstante, huella alguna sobre el linóleo, que fue examinado pocos minutos después de que esa persona hubiera pasado, en ese caso es altamente probable que viniera en un simón. Sí, creo que podemos deducir con seguridad que vino en un simón.

—Suenan probable.

—Ésta es una de las pistas de que hablaba. Puede llevarnos hasta algo. Y, por supuesto, está además la campanilla, que es la característica más distintiva del caso. ¿Por qué tenía que sonar la campanilla? ¿Intentaba llevar a cabo una fanfarronada el ladrón que lo hizo? ¿O lo hizo alguien que estaba con el ladrón con la intención de evitar el crimen? ¿O fue un accidente? ¿O fue...?

Se hundió de nuevo en la intensa y profunda reflexión de la que había salido; pero a mí me pareció, acostumbrado como estaba a todos sus estados de ánimo, que había caído en la cuenta de una nueva posibilidad.

Eran las tres y veinte cuando llegamos al final de nuestro recorrido y, tras un breve almuerzo en la cantina de la estación, rápidamente nos pusimos en camino en dirección a Scotland Yard. Holmes ya había telegrafiado a Forbes, y lo encontramos esperándonos: un hombre pequeño, de aspecto zorruno, con una expresión aguda, pero no por ello más amable, en el rostro. Fue decididamente seco en su comportamiento con nosotros, especialmente cuando supo el motivo que nos llevaba a él.

—Conozco sus métodos, señor Holmes —dijo agriamente—. Está dispuesto a usar toda la información que la policía puede poner a disposición para intentar terminar el caso por sí mismo y desacreditarla.

—Todo lo contrario —dijo Holmes—. De los cincuenta y tres últimos casos que he tenido, mi nombre sólo ha aparecido en cuatro, llevándose toda la fama la policía en los otros cuarenta y nueve. No le culpo por no saber esto, porque es joven y sin experiencia; pero, si desea progresar en su nuevo cargo, trabaje conmigo, no contra mí.

—Estaría encantado de que me diera alguna otra indicación —dijo el detective cambiando sus modales—. Hasta ahora no he tenido ningún éxito con este caso.

—¿Qué pasos ha dado?

—Hemos seguido la pista a Tangey, el portero. Dejó el ejército con un buen informe sobre su conducta y no podemos encontrar nada contra él. Su mujer es una mala persona, sin embargo. Imagino que sabe más del asunto de lo que intenta aparentar.

—¿La han seguido?

—Tenemos a una de nuestras mujeres detectives tras ella. La señora Tangey bebe, y nuestro detective ha estado con ella en dos ocasiones en las que estaba bastante chispa, pero no pudo sacarle nada.

—Creo que tuvieron a los agentes de seguros en casa.

—Sí, pero les pagaron.

—¿De dónde procedía el dinero?

—No vimos nada irregular en lo que a dinero se refiere. Les debían la pensión de él; no han dado muestras de que les sobre el dinero.

—¿Qué explicación dio al hecho de que acudiera ella cuando el señor Phelps llamó para pedir un café?

—Dijo que su marido estaba muy cansado y quería ayudarlo.

—Bueno, esto estaría ciertamente de acuerdo con el hecho de que él fue encontrado, un poco más tarde, dormido en la silla. No hay nada contra ellos, pues, salvo el carácter de la mujer. ¿Le preguntó por qué llevaba tanta prisa aquella noche? Su apremio llamó la atención del número de policía.

—Era más tarde de lo habitual y quería llegar a casa.

—¿Le hizo ver que usted y el señor Phelps, que salieron por lo menos veinte minutos después de ella, llegaron allí antes?

—Ella lo explica por diferencia entre un coche de punto y el tranvía.

—¿Hizo alguna aclaración de por qué cuando llegó a casa se precipitó hacia la cocina?

—Porque tenía allí el dinero con el que pagar a los corredores.

—Por lo menos tiene una respuesta para todo. ¿Le preguntó si al salir se había encontrado con alguien o había visto a alguien merodeando sospechosamente por Charles Street?

—No vio a nadie, salvo al número de policía.

—Bueno, parece que le ha hecho un concienzudo interrogatorio cruzado. ¿Qué más ha hecho?

—El empleado, Gorot; le hemos estado siguiendo la pista durante estas últimas nueve semanas, pero sin resultado. No tenemos ninguna prueba contra él.

—¿Algo más?

—Bueno, no contamos con ningún otro hecho sobre el que podamos seguir una investigación.

—¿Se ha formado usted ya alguna teoría sobre cómo pudo llegar a sonar esa campanilla?

—Bueno, tengo que confesar que ese asunto me puede. Quienquiera que lo haya hecho tiene que tener una sangre fría impresionante para así, sin más, ir y hacer sonar la alarma.

—Sí, es algo bastante extraño. Muchas gracias por todo lo que me ha dicho. Sabrá de mí en el caso de que pueda entregarle al hombre. ¡Vamos, Watson!

—¿Dónde vamos a ir ahora? —pregunté al dejar la oficina.

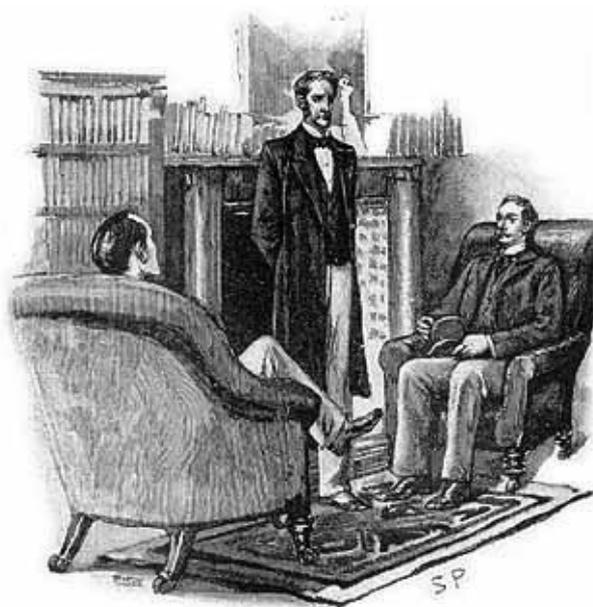
—Vamos a ir a entrevistarnos con *Lord Holdhurst*, el ministro del Gabinete y futuro primer ministro de Inglaterra.

Tuvimos la suerte de que *Lord Holdhurst* estaba todavía en su despacho de *Downing Street* y, tras hacerle llegar *Holmes* su tarjeta de visita, nos hizo pasar al instante. El político nos recibió con esa extremada cortesía un poco pasada de moda, que le caracteriza; nos ofreció asiento en dos lujosos y cómodos sillones situados a ambos lados de la chimenea. Él, de pie sobre la alfombra que se extendía entre ambos, con su esbelta y ligera figura, su rostro agudo y pensativo y su rizado cabello prematuramente cano, parecía representar el tipo, ya no demasiado común, del noble que es noble de verdad.

—Su nombre me es muy familiar, señor *Holmes* —dijo sonriendo—. Y, por supuesto, no puedo fingir que desconozco el objeto de su visita. Sólo ha habido un suceso en estas oficinas que puede haber requerido su presencia aquí. Pero, permítame que le pregunte por cuenta de quién actúa.

—Del señor *Percy Phelps* —contestó *Holmes*.

—¡Ah, mi infortunado sobrino! Como usted puede comprender, nuestro parentesco me hace todavía más difícil el intentar protegerle de un modo u otro. Temo que este incidente tendrá un efecto muy perjudicial en su carrera.



—Pero ¿y si encontramos el documento?

—¡Ah!, en ese caso sería diferente.

—Me gustaría hacerle unas preguntas, *Lord Holdhurst*.

—Estaré encantado de poder ofrecerle toda la información que se encuentra en mi poder.

—¿Fue en esta habitación en donde le dio a su sobrino las instrucciones de cómo debía llevarse a cabo la copia del documento?

—Ésta era.

—Entonces difícilmente pudo haber alguien que sorprendiera su conversación.

—Por supuesto.

—¿Le había mencionado a alguien que tenía la intención de entregar el tratado a alguien con el fin de hacer una copia?

—Nunca.

—¿Está seguro de ello?

—Absolutamente.

—Bueno, puesto que ni usted se lo dijo a nadie, ni el señor Phelps se lo dijo a nadie, ni nadie más sabía algo sobre el asunto, la presencia del ladrón en la habitación fue, pues, algo puramente accidental. Vio una posibilidad y no la dejó escapar.

El político sonrió:

—Eso ya no es de mi competencia —dijo. Holmes se quedó un momento pensativo.

—Hay otro aspecto del asunto, también muy importante, que me gustaría comentar con usted —dijo—. Tengo entendido que usted temía las graves consecuencias que acarrearía el hecho de que se llegaran a conocer ciertos detalles del tratado, ¿no es así?

Una sombra cubrió el expresivo rostro del político.

—Verdaderamente, graves consecuencias.

—¿Y las ha habido ya?

—No, todavía no.

—¿Si el tratado hubiera llegado, pongamos por caso, al Ministerio de Asuntos Exteriores francés o ruso, lo sabría?

—Sí, tendría que saberlo —dijo *Lord Holdhurst*, poniendo una expresión de disgusto en el rostro.

—Entonces, puesto que han pasado casi diez semanas y todavía no se sabe nada, ¿sería incierto suponer que el tratado no ha llegado a ellos?

*Lord Holdhurst* se encogió de hombros.

—No podemos suponer que el ladrón cogió el tratado para enmarcarlo y colgarlo de la pared.

—Posiblemente esté esperando a poder venderlo a mejor precio.

—Si espera un poco más, ya no podrá venderlo en absoluto. Dentro de unos cuantos meses el tratado dejará de ser secreto.

—Eso es muy importante —dijo Holmes—. Por supuesto, no está fuera de lo posible que el ladrón se encuentre aquejado de una súbita enfermedad.

—¿Un ataque de encefalitis, por ejemplo? —preguntó el político, lanzándole una rápida mirada.

—Yo no diría eso —dijo Holmes imperturbable—. Y ahora nos vamos, *Lord Holdhurst*; ya le hemos quitado mucho de su valioso tiempo, y sólo nos queda desearle que tenga usted un buen día.

—Le deseo suerte en su investigación, sea quien sea el criminal —contestó el noble caballero, al tiempo que nos despedía con una reverencia.

—Es un buen tipo —dijo Holmes cuando salimos a Whitehall—. Pero tiene enormes dificultades para mantener su posición. Anda lejos de ser rico y tiene muchos gastos. ¿Se dio cuenta de que sus botines tenían echadas medias suelas? Ahora, Watson, no quiero tenerle alejado más tiempo de sus obligaciones. No haré nada más hoy, a no ser que alguien conteste al anuncio que puse en el periódico. Pero le estaría agradecido en extremo si quisiera acercarse mañana conmigo a Woking: cogeremos el mismo tren que hemos cogido hoy.

Me reuní, pues, con él a la mañana siguiente e hicimos el viaje juntos hasta Woking. Nadie había contestado al anuncio, dijo, y nada había sucedido que arrojara nueva luz sobre el asunto. Tenía, cuando así lo deseaba, la profunda inexpresividad de un piel roja. Y yo no pude deducir por su aspecto si estaba o no satisfecho con la situación del caso. Recuerdo que su conversación giró en torno al sistema Bertillon de medidas y expresó una entusiasta admiración por el sabio francés.

Encontramos a nuestro cliente todavía bajo los cuidados de su fiel enfermera, pero tenía mucho mejor aspecto que antes. Cuando entramos, se levantó sin dificultad del sofá y nos saludó.

—¿Alguna novedad? —preguntó con vehemencia.

—Mi informe, como esperaba, es negativo —dijo Holmes—. He visto a Forbes y a su tío y he puesto en marcha una o dos investigaciones que nos pueden llevar hasta algo.

—¿No está, pues, descorazonado?

—En absoluto.

—¡Dios le bendiga por decir tal cosa! —exclamó la señorita Harrison.

—La verdad terminará por salir a la luz si seguimos siendo valerosos y no perdemos la paciencia.

—Nosotros podemos darle más noticias de las que usted ha podido darnos —dijo Phelps volviéndose a sentar en el sofá.

—Esperaba que tuvieran algo que decirme.

—Sí, ayer por la noche nos sucedió algo que podría ser serio —su expresión se fue haciendo más grave según hablaba y su mirada expresaba un tipo de sentimiento parecido al miedo—. ¿Sabe usted —dijo— que empiezo a creer que estoy siendo, sin darme cuenta, el centro de una monstruosa conspiración que no sólo atenta contra mi

honor sino también contra mi propia vida?

—¡Ah! —exclamó Holmes.

—Parece increíble, porque no tengo, que yo sepa, un solo enemigo en este mundo. Y sin embargo, a partir de la experiencia de ayer por la noche, no puedo llegar a otra conclusión.

—Por favor, tenga la bondad de contarme cómo fue.

—Tiene que saber que ayer por la noche fue la primera vez que dormí sin una enfermera en la habitación. Me encontraba muchísimo mejor que los días pasados, tanto, que decidí que podía pasar sin ella. Tenía, no obstante, una lamparilla encendida. Bueno, a eso de las dos de la madrugada me había hundido en un sueño ligero, cuando un ruidito me despertó de repente. Era similar al ruido que hacen los ratones al roer las tablas del entarimado y me quedé un rato escuchando, pensando que ésa debía de ser la causa. Entonces se hizo más fuerte, hasta que al final oí en la ventana un golpe agudo y metálico. Me senté asombrado. Ahora ya no había duda sobre la procedencia del ruido. Los más débiles los había producido alguien al intentar forzar los bastidores de la ventana y el segundo lo produjo el pestillo al saltar.

»Tras esto, todo quedó en silencio durante unos minutos, como si la persona estuviera esperando a ver si el ruido me había despertado o no. Entonces oí un tenue chirrido, al tiempo que la ventana se iba abriendo lentamente. No pude aguantar más, porque mis nervios ya no son lo que eran, y, saltando de la cama, abrí de golpe las contraventanas. Había un hombre agazapado en la ventana. Apenas pude verlo, porque echó a correr con la velocidad del relámpago. Iba envuelto en algo parecido a una capa, que le ocultaba la parte inferior del rostro. Sólo estoy seguro de una cosa, y es de que llevaba un arma en la mano. Me pareció un cuchillo. Vi claramente el brillo de éste cuando él se volvió antes de echar a correr.

—Esto es de lo más interesante; y dígame, ¿qué hizo usted entonces?

—Habría saltado por la ventana y le hubiera seguido, si me hubiera sentido más fuerte. Lo que hice fue tocar la campanilla y levantar a toda la casa. Me llevó un rato, porque las campanillas suenan en la cocina y todos los sirvientes duermen arriba. Grité, por tanto, lo cual hizo bajar Joseph, que se encargó de despertar al resto. Joseph y el mozo de cuadra encontraron pisadas en el macizo de flores que está debajo de la ventana, pero el tiempo ha sido tan seco últimamente, que pensaron que sería imposible seguirlas por todo el césped. No obstante, me han dicho que hay un lugar en la cerca de madera que bordea la carretera, que muestra signos como si alguien hubiera pasado por encima rompiendo un listón al hacerlo. Todavía no he dicho nada a la policía local, porque pensé que haría mejor en saber primero su



opinión sobre el asunto.

Este relato de nuestro cliente pareció tener un efecto extraordinario sobre Sherlock Holmes. Se levantó de su asiento y se puso a ir y venir por la habitación en un estado incontrolable de excitación.

—Las desgracias nunca vienen solas —dijo Phelps sonriendo, aunque era evidente que este suceso le había dejado un tanto estremecido.

—Ya ha sufrido usted lo suyo, verdaderamente —dijo Holmes—. ¿Cree que sería capaz de dar una vuelta conmigo alrededor de la casa?

—¡Oh, sí! Me agradaría mucho que me diera un poco el sol. Joseph vendrá también.

—¡Y yo también! —dijo la señorita Harrison.

—Siento mucho tener que decirle que no —dijo Holmes moviendo la cabeza—. Creo que tengo que pedirle que se quede sentada exactamente en el mismo lugar en el que está ahora.

La joven dama volvió a ocupar su asiento con cierto aire de disgusto. Sin embargo, su hermano se había unido a nosotros y salimos los cuatro juntos. Dimos la vuelta por el césped que bordea la casa hasta llegar a la ventana de la habitación que ocupaba el joven diplomático. Había, como él había dicho, algunas huellas en el macizo de flores, pero eran totalmente borrosas e imprecisas. Holmes se inclinó un momento sobre ellas, tras lo cual se irguió de nuevo encogiéndose de hombros.

—No creo que nadie pueda sacar mucho en claro de esto —dijo—. Demos una vuelta entera a la casa y veamos por qué el ladrón escogió esta habitación en particular. Yo pensaría que las amplias ventanas del salón y del comedor le habrían atraído más.

—Se ven más desde la carretera —sugirió el señor Joseph Harrison.

—¡Ah, sí, claro! Hay aquí una puerta por la que quizá haya intentado pasar. ¿Para qué la usan?

—Es la puerta lateral, que utilizan los comerciantes. Por supuesto, por la noche está cerrada con llave.

—¿Les había sucedido algo parecido en alguna otra ocasión?

—Nunca —dijo nuestro cliente.

—¿Tienen en casa plata o algo que pueda atraer a los ladrones?

—Nada de valor.

Holmes se dio un paseo alrededor de la casa. Llevaba las manos en los bolsillos y mostraba un aspecto bastante negligente, algo inusual en él.

—A propósito —le dijo a Joseph Harrison—, creo que ha encontrado usted un



lugar por donde el tipo pudo haber saltado la cerca; echémosle un vistazo.

El joven nos condujo hasta un lugar en donde podía verse que la parte superior de uno de los listones que formaban el cercado estaba resquebrajada. Había un trocito de madera colgando. Holmes lo arrancó y lo examinó con aire crítico.

—¿Cree usted que esto lo hicieron anoche? Parece que tiene bastante tiempo, ¿no?

—Bueno, posiblemente.

—No hay huellas que indiquen que alguien haya saltado desde el otro lado. No, no creo que este lugar vaya a sernos útil en nuestra búsqueda. Volvamos al dormitorio y recapacitemos sobre el asunto.

Percy Phelps caminaba despacio, apoyándose en el brazo de su futuro cuñado. Holmes atravesó la pradera a paso ligero y llegamos junto a la ventana abierta mucho antes que los otros dos.

—Señorita Harrison —dijo Holmes, poniendo mucho cuidado en su modo de dirigirse a ella—, tiene usted que quedarse todo el día en el lugar en el que está ahora. No consienta que nada le impida hacerlo. Esto tiene una importancia vital.

—Claro que lo haré, si así lo desea usted —dijo la muchacha asombrada.

—Cuando se vaya a dormir, cierre por fuera la puerta de esta habitación y guarde la llave. Prométame que lo hará.

—Pero ¿y Percy?

—Vendrá a Londres con nosotros.

—¿Y yo voy a quedarme aquí?

—Es por su bien, ¡puede serle usted muy útil! ¡Rápido! ¡Prométamelo!

Asintió con la cabeza en el mismo momento en que llegaban los otros.

—¿Por qué te quedas ahí haciendo muecas, Annie? —le gritó su hermano—. Sal a que te dé el sol.

—No, gracias, Joseph, tengo un ligero dolor de cabeza y esta habitación es deliciosamente fresca y sedante.

—¿Qué propone que hagamos ahora, señor Holmes? —dijo nuestro cliente.

—Bueno, no debemos perder de vista la investigación principal por andarnos preocupando de un asuntillo sin importancia. Me prestaría una gran ayuda si pudiera usted venir a Londres con nosotros.

—¿Ahora mismo?

—Bueno, lo antes posible, siempre que no le suponga un trastorno. Digamos dentro de una hora.

—Me siento lo bastante fuerte, si es que de verdad puedo serle útil en algo.

—Utilísimo.

—Posiblemente quiera que me quede a pasar la noche allí.

—Eso es lo que iba a proponerle.

—En ese caso, si mi amigo nocturno vuelve a visitarme, verá que el pájaro ha volado. Estamos todos en sus manos, señor Holmes: tiene usted que decirnos lo que

quiere que hagamos. ¿A lo mejor prefiere que Joseph venga con nosotros para hacerse cargo de mí?

—Oh, no; mi amigo Watson es médico, sabe, y se ocupará de usted. Comeremos aquí, si nos lo permite, y después partiremos juntos hacia la ciudad.

Se decidió hacerlo tal como él lo había sugerido, si bien la señorita Harrison, de acuerdo con la sugerencia de Holmes, se excusó por no abandonar la habitación. Yo no podía concebir cuál era el objeto de la maniobra de mi amigo, a no ser que se propusiera mantener a la dama alejada de Phelps, quien, lleno de alegría por haber recobrado la salud y por las perspectivas de acción, comió con nosotros en el comedor. Holmes nos tenía reservada, sin embargo, otra sorpresa todavía más grande, porque, tras acompañarnos hasta la estación e introducirnos en el vagón, nos anunció con toda calma que no tenía la intención de abandonar Woking.

—Hay todavía dos o tres pequeñas cuestiones que me gustaría aclarar antes de ir —dijo—. Su ausencia, señor Phelps, me será de alguna manera útil. Watson, cuando lleguen a Londres, hágame el favor de dirigirse rápidamente con nuestro amigo a Baker Street y de quedarse allí con él hasta que volvamos a vernos. Es una suerte que sean antiguos compañeros de escuela, porque así tendrán mucho de que hablar. El señor Phelps puede ocupar el cuarto de huéspedes y yo volveré a estar con ustedes mañana a la hora del desayuno, ya que hay un tren que me dejará a las ocho en la estación de Waterloo.

—¿Pero qué pasará con nuestra investigación en Londres? —preguntó Phelps pesaroso.

—Podremos hacerla mañana. Creo que en este momento puedo ser más útil aquí.

—Dígales en Briarbrae que espero estar de vuelta mañana por la noche —gritó Phelps cuando el tren empezaba a dejar el andén.

—No espero volver a Briarbrae —contestó Holmes, despidiéndonos con la mano mientras el tren iba saliendo cada vez más deprisa de la estación.

Phelps y yo hablamos de ello durante el viaje, pero ninguno de los dos pudo imaginarse una razón satisfactoria que explicara este nuevo acontecimiento.

—Supongo que querrá encontrar alguna pista relativa al robo de anoche, si es que se trataba de un robo. Por mi parte, no creo que se tratara de un robo ordinario.

—¿Qué idea tiene usted, pues, del asunto?

—Puede usted achacárselo o no a la debilidad de mis nervios, pero palabra que creo que soy el centro de una profunda intriga política y que, por alguna razón que se me escapa, los conspiradores apuntan contra mi vida. Suena exaltado y absurdo, pero ¡considere los hechos! ¿Por qué iba un ladrón a intentar forzar la ventana de un dormitorio en el que no podía haber posibilidad de robo y por qué iba a llevar un cuchillo en la mano?

—¿Está usted seguro de que no era una ganzúa?

—Oh, no; era un cuchillo. Vi claramente el brillo de la hoja.

—Pero ¿por qué demonios le van a perseguir con tal animosidad?

—¡Ah!, ésa es la cuestión.

—Bueno, si Holmes tiene el mismo punto de vista, eso estaría conforme con el hecho de que él se haya quedado allí, ¿no? Suponiendo que su teoría sea correcta, si puede echarle el guante a quien le amenazó a usted anoche, habrá avanzado mucho en la búsqueda de la persona que se llevó el tratado naval. Es absurdo suponer que tiene usted dos enemigos; uno que le roba mientras el otro atenta contra su vida.

—Pero el señor Holmes dijo que no iba a ir a Briarbrae.

—Le conozco desde hace algún tiempo —dije yo—, y sé que nunca hace nada si no cuenta con una buena razón para hacerlo.

Y con esto nuestra conversación saltó a otros tópicos.

Pero fue un día agotador para mí. Phelps estaba todavía muy débil tras su larga enfermedad y sus infortunios le habían vuelto quejica y nervioso. En vano me propuse atraer su interés hacia otros temas tales como Afganistán, India, los problemas sociales; cualquier cosa que le quitara de la cabeza el problema que le tenía obsesionado. Siempre terminaba volviendo al desaparecido tratado; preguntándose, haciendo conjeturas, especulando sobre lo que estaría haciendo Holmes, lo que decidiría *Lord Holdhurst*, las noticias que tendríamos por la mañana. Al ir avanzando la tarde, su excitación se hizo casi dolorosa.

—¿Tiene una fe implícita en Holmes? —preguntó.

—Le he visto llevar a cabo hechos asombrosos.

—¿Pero logró esclarecer alguna vez algún otro asunto tan oscuro como éste?

—Oh, sí; le he visto resolver casos que presentaban menos pistas que el suyo.

—¿Pero alguno en el que tantos intereses estuvieron en juego?

—Eso no lo sé. Lo que sí sé seguro es que ha actuado en representación de tres de las casas reinantes de Europa en asuntos vitales.

—Pero usted lo conoce bien, Watson. Es un tipo tan inescrutable, que nunca sé qué pensar de él. ¿Cree que tiene esperanzas? ¿Cree que cuenta con acabar el asunto con éxito?

—No ha dicho nada.

—Eso es un mal signo.

—Por el contrario, me he dado cuenta de que cuando no sabe por dónde va, lo dice. Es cuando huele algo, pero todavía no está lo bastante seguro de que está en lo cierto, cuando se muestra más taciturno. Ahora, querido amigo, no podemos evitar los problemas poniéndonos nerviosos con ellos, así que le suplico que se acueste con el fin de que pueda estar usted fresco para lo que nos aguarde mañana, sea lo que sea.

Finalmente pude persuadir a mi compañero de que siguiera mi consejo, aunque sabía, por el estado de excitación en que se encontraba, que no dormiría nada. En realidad, su estado de ánimo era contagioso, porque yo me pasé la mitad de la noche dando vueltas en la cama, rumiando aquel extraño asunto e inventándome cientos de teorías, cada una de ellas, si cabe, más imposible que la anterior. ¿Por qué se había quedado Holmes en Woking? ¿Por qué le había pedido a la señorita Harrison que se

quedara en la habitación del enfermo todo el día? Me devané los sesos hasta que me quedé dormido en el empeño de encontrar una explicación que abarcara todos los hechos.

Eran las siete cuando me desperté, y rápidamente me encaminé al cuarto de Phelps, encontrándolo ojeroso y agotado tras haber pasado la noche en blanco. Su primera pregunta fue si Holmes había llegado ya.

—Estará aquí a la hora prometida —dije yo—, y ni un instante antes o después.

Y mis palabras fueron ciertas, porque poco después de las ocho un taxi se paró ante la casa y nuestro amigo salió de él. De pie, junto a la ventana, vimos que traía vendada la mano izquierda y que su rostro estaba pálido y con un aire lúgubre. Entró en la casa, pero pasó un rato antes de que subiera.

—Parece un hombre vencido —exclamó Phelps. Me vi forzado a contestar que era verdad.

—Después de todo —dije yo—, la clave del asunto es probable que se encuentre aquí en la ciudad. Phelps exhaló un gemido.

—No sé cómo será —dijo él—, pero había esperado tanto su vuelta... Pero ayer no llevaba la mano vendada, ¿verdad? ¿A qué puede deberse?

—¿No estará usted herido, Holmes? —pregunté yo, cuando nuestro amigo entró en la habitación.

—¡Qué va! Sólo es un rasguño debido a mi propia torpeza —contestó, dándonos los buenos días—. Este caso suyo, señor Phelps, es ciertamente uno de los más oscuros que yo haya investigado.

—Temía que lo encontrara más allá de sus posibilidades.

—Ha sido una importante experiencia.

—Esta venda habla por sí sola de las aventuras que ha corrido —dije—. ¿No nos contará lo que sucedió?

—Después del desayuno, mi querido Watson. Recuerde que vengo de respirar el aire matutino de Surrey. Supongo que ningún taxista habrá contestado a mi anuncio, ¿no? Bueno, bueno, no podemos esperar estar marcando tantos todo el rato.

La mesa estaba puesta y, en el mismo momento en que yo iba a hacer sonar la campanilla, entró la señora Hudson con el té y el café. Unos minutos después trajo las bandejas cubiertas y todos nos sentamos a la mesa; Holmes hambriento, yo curioso y Phelps en un estado de profunda depresión.

—La señora Hudson se ha superado para la ocasión —dijo Holmes destapando una fuente de pollo al *curry*—. Su cocina es un poco limitada pero, como escocesa que es, tiene una buena idea de lo que debe ser un auténtico desayuno. ¿Qué tiene usted ahí, Watson?

—Jamón y huevos —contesté yo.

—¡Bien! ¿Qué va usted a tomar, señor Phelps? ¿Pollo al *curry*, huevos o se servirá de la bandeja que tiene a su lado?

—Gracias, no puedo comer nada —dijo Phelps.

—Bueno, entonces —dijo Holmes haciéndome un travieso guiño—, supongo que no tendrá ningún inconveniente en servirme de esa bandeja que tiene a su lado, ¿no es así?

Phelps destapó la bandeja y, al hacerlo, lanzó un grito y se quedó mirándola con el rostro tan pálido como el plato que tenía ante sí. En el centro de la bandeja había un pequeño cilindro de papel color azul grisáceo. Lo cogió, lo



devoró con la mirada y después se puso a bailar locamente por toda la habitación, cayendo después en un sillón tan debilitado y exhausto por la emoción, que tuvimos que echarle *brandy* por la garganta para evitar que se desmayara.

—¡Venga! ¡Venga! —decía Holmes, intentando calmarlo mientras le daba unos ligeros golpecitos en el hombro—. Ha sido demasiado esto de lanzárselo así de sorpresa; pero Watson, aquí presente, sabe que no puedo resistirme a dar un toque de dramatismo a las cosas.

Phelps cogió su mano y se la besó.

—Dios le bendiga —exclamó—. Ha salvado usted mi honor.

—Bueno, el mío también estaba en juego, ¿sabe? —dijo Holmes—. Le aseguro que es para mí tan odioso el fracasar en un caso, como puede serlo para usted el cometer un error en algo que se le ha encargado.

Phelps metió el precioso documento en el bolsillo más escondido de su levita.

—No me atrevo a seguir interrumpiéndoles el desayuno por más tiempo, y sin embargo me muero por saber cómo lo consiguió y dónde estaba.

Sherlock Holmes se bebió una taza de café, aplicándose después a los huevos con jamón. Tras esto se levantó, encendió su pipa y se acomodó en su sillón.

—Les diré lo que hice en primer lugar y cómo me las apañé después —dijo—. Tras dejarlos en la estación me fui, dando un encantador paseo por el maravilloso escenario de Surrey, hasta un bonito pueblecito llamado Ripley, donde tomé el té y tuve la precaución de llenar mi cantimplora y echarme al bolsillo una bolsa de bocadillos. Me quedé allí hasta la tarde y, tras emprender el camino de regreso a Woking, me encontré en la carretera a la puerta de Briarbrae, justo después de la puesta del sol.

»Bueno, esperé hasta que no hubo nadie en la carretera (no es una carretera muy frecuentada a ninguna hora) y después trepé por la cerca.

—Seguramente la cancela de la cerca estaría abierta, ¿no? —exclamó de repente Phelps.

—Sí; pero tengo un gusto peculiar en estos asuntos. Escogí el sitio en el que se levantan los tres abetos y, amparado por su protección, salté dentro, seguro de que no

existía la menor posibilidad de que alguien pudiera verme desde la casa. Me agaché en los matorrales que hay a ese lado de la cerca, y fui reptando de uno a otro (el lamentable estado de las rodilleras de mis pantalones es testigo de ello), hasta que alcancé el macizo de rododendros que está justo enfrente de la ventana de su habitación. Allí me quedé agazapado y esperé el desarrollo de los acontecimientos.

»Todavía no habían bajado la persiana de su habitación y veía a la señorita Harrison sentada allí, leyendo junto a la mesa.

Eran las diez y cuarto cuando cerró el libro, atrancó las contraventanas y se retiró. La oí cerrar la puerta y tuve la casi absoluta seguridad de que había dado la vuelta a la llave.

—¿La llave? —exclamó Phelps.

—Sí, le había dado instrucciones a la señorita Harrison para que cerrara la puerta por fuera y se llevara la llave cuando se fuera a la cama. Llevó a cabo mis instrucciones al pie de la letra y, sin su cooperación, no tendría usted ahora ese documento en el bolsillo de su levita. Ella se fue, las luces se apagaron y yo me quedé solo, en cuclillas, tras el macizo de rododendros.

»Hacía una buena noche, pero de todos modos fue una espera aburrida. Por supuesto, había en ella algo de esa suerte de excitación que siente el cazador cuando está tumbado en su puesto junto al agua esperando el comienzo de la gran caza. Fue muy larga, sin embargo, casi tan larga, Watson, como aquella vez en la que usted y yo tuvimos que esperar en una horripilante habitación, cuando andábamos investigando aquel problemilla de *La banda de lunares*. El reloj de una iglesia de Woking daba los cuartos y más de una vez pensé que se había parado.

Por fin, no obstante, a eso de las dos de la madrugada, oí de repente el suave sonido de un cerrojo que se abría y el chirrido de una llave. Un momento después se abrió la puerta de servicio y el señor Joseph Harrison salió a la luz de la luna.

—¡Joseph! —exclamó Phelps.

—Iba descubierto, pero se había echado una capa sobre los hombros con el fin de poder ocultar su rostro rápidamente en caso de emergencia. Caminaba de puntillas, amparándose en la sombra que hacían las paredes de la casa y, cuando llegó a la ventana, metió un cuchillo de hoja muy larga por la ranura y levantó el pestillo, abriendo entonces la ventana de golpe, tras lo cual metió el cuchillo por la ranura de las contraventanas, hizo saltar la tranca y las abrió de par en par.

»Desde el lugar en el que estaba veía perfectamente el interior de la habitación y pude seguir todos y cada uno de sus movimientos. Encendió las dos velas que estaban en la repisa de la chimenea y entonces procedió a levantar una esquina de la alfombra



cerca de la puerta. De repente se paró y sacó una pieza cuadrada del entarimado, de esas que se dejan para que los fontaneros puedan acceder a los empalmes de las tuberías del gas. Ésta cubría, de hecho, el empalme en forma de «T» donde se une la tubería que abastece de gas a la cocina, que está justo debajo de esa habitación. Sacó el cilindro de papel fuera del escondite, volvió a poner la pieza del entarimado, arregló la alfombra dejándola como estaba, apagó las velas, y cayó en mis brazos al estar yo esperándole bajo la ventana.

»Bueno, el señorito Joseph tiene más maldad de la que yo le hubiera adjudicado, sí señor, mucha más. Se lanzó contra mí blandiendo el cuchillo y tuve que golpearle hasta tumbarle por dos veces, cortándome en los nudillos antes de dominarle. Cuando terminó la pelea parecía querer «asesinarme» con la mirada del único ojo que le había quedado sano, pero se atuvo a razones y soltó los papeles. Tras haberlos conseguido le dejé ir, pero esta mañana he teleografiado a Forbes dándole una información completa. Si es lo suficientemente rápido y consigue cazar al pájaro, ¡tanto mejor! Pero si, como sospecho, el pájaro abandona el nido antes de que él llegue, ¡pues bien, mucho mejor para el Gobierno! Imagino que *Lord Holdhurst*, por un lado, y el señor *Percy Phelps* por otro preferirían con mucho que el asunto no llegara nunca hasta un tribunal policial.

—¡Dios mío! —dijo nuestro cliente con la voz entrecortada—. ¿Está usted diciéndome que durante estas diez largas semanas de agonía los documentos robados estuvieron todo el rato conmigo en la misma habitación?

—Así fue.

—¡Y Joseph! ¡Joseph un traidor y un ladrón!

—¡Hum! Lamento tener que decirle que el carácter de Joseph es más profundo y peligroso de lo que uno juzgaría por su aspecto. Por lo que esta mañana he podido enterarme, he sacado la conclusión de que ha perdido mucho dinero, por meterse sin saber nada en el mundo de la Bolsa, y está dispuesto a hacer cualquier cosa para sanear su fortuna. Como es un hombre totalmente egoísta, cuando se le presentó la ocasión, ni la felicidad de su hermana, ni la reputación de usted le hicieron detenerse.

*Percy Phelps* se hundió en la silla.

—La cabeza me da vueltas —dijo—, sus palabras me han mareado.

—La principal dificultad en su caso —observó *Holmes*, con el didactismo que le caracteriza— estaba en el hecho de que había demasiados datos. Lo que era vital estaba cubierto y oculto por lo irrelevante. De todos los hechos que se nos presentaron, tuvimos que escoger los que juzgamos esenciales y entonces juntarlos dándoles un orden con el fin de reconstruir esta especialísima cadena de acontecimientos. Yo ya había empezado a sospechar de Joseph a partir del hecho de que usted tenía la intención de viajar con él aquella noche, y por tanto era bastante probable que, conociendo bien el *Foreign Office* como lo conocía, él hubiera ido a buscarle de camino. Cuando supe que había habido alguien que había intentado entrar en su dormitorio de un modo tan desesperado, en el cual nadie sino Joseph podía

haber ocultado algo (usted nos había dicho en su relato cómo había echado a Joseph de la habitación la noche en que llegó con el doctor), mis sospechas se convirtieron en una certeza total, especialmente cuando el intento se hizo en la primera noche que la enfermera estaba ausente, lo cual mostraba que el intruso estaba bien informado de lo que sucedía en la casa.

—¡Qué ciego he sido!

—Los hechos, hasta donde yo he podido descubrir, son éstos: Joseph Harrison entró en la oficina por la puerta de Charles Street y, como conocía el camino, se dirigió directamente a su habitación un momento después de que usted la hubiera abandonado. Al no encontrar a nadie allí, hizo sonar la campanilla y, al hacerlo, se fijó en el documento que estaba sobre la mesa. Con una sola mirada se dio cuenta de que la suerte había puesto en su camino un documento de inmenso valor y, sin perder un segundo, se lo metió en el bolsillo y se fue. Pasaron, como usted recordará, unos cuantos minutos antes de que el portero le llamara a usted la atención sobre la campanilla, y éstos bastaron para darle al ladrón tiempo de escapar.

»Hizo el camino hasta Woking en el primer tren y, tras examinar su botín y asegurarse de que realmente tenía un inmenso valor, lo escondió en lo que pensó sería un lugar seguro, con la intención de volverlo a sacar en un día o dos y llevarlo a la Embajada francesa o a cualquier sitio que pensara que le harían un buen precio. Entonces vino su precipitado regreso. Él, sin previo aviso, se vio obligado a abandonar su habitación y, desde ese momento, siempre hubo al menos dos personas para impedirle rescatar su tesoro. Debe de haber sido algo enloquecedor entrar en la habitación, pero su insomnio frustró este intento. Recordará usted que no tomó aquella noche su droga de costumbre.

—Lo recuerdo.

—Imagino que él había tomado sus medidas para acrecentar la eficacia de la droga y que confiaba en que usted estuviera inconsciente. Por supuesto, me di cuenta de que repetiría el intento cuando pudiera llevarlo a cabo con seguridad. La posibilidad que andaba buscando se la proporcionó el hecho de que usted abandonara la habitación. Mantuve a la señorita Harrison allí durante todo el día, con el fin de que él no se nos anticipara. Tras esto, tras haberle hecho creer que no había moros en la costa, hice guardia del modo que les he descrito. Yo ya sabía que los documentos probablemente estaban en la habitación, pero no deseaba destrozar todo el entarimado y todo el zócalo en su búsqueda. Por tanto, dejé que él mismo los sacara del escondite, evitándome así muchos problemas. ¿Desean que les aclare algo más?

—¿Por qué intentó entrar por la ventana en la primera ocasión —dije yo—, cuando podía haberlo hecho por la puerta?



—Hubiera tenido que pasar por delante de siete dormitorios para alcanzarla. Por otro lado, podía salir con facilidad al césped. ¿Algo más?

—¿No piensa usted —preguntó Phelps— que tenía intenciones asesinas? Sólo se ha referido usted al cuchillo como herramienta.

—Puede ser —contestó Holmes encogiéndose de hombros—. Lo único que puedo decir con certeza es que el señor Joseph Harrison es un caballero a cuya clemencia por nada del mundo me encomendaría.

## EL PROBLEMA FINAL

Con extremada tristeza tomo hoy mi pluma para escribir estas últimas palabras, con las que dejaré para siempre constancia de los singulares dones que distinguían a mi amigo, el señor Sherlock Holmes. De un modo incoherente y, viéndolo ahora en profundidad, totalmente inadecuado, me propuse dar cuenta de las extrañas experiencias que tuve en su compañía: desde el primer encuentro casual que nos uniría en la época de *Estudio en Escarlata* hasta los tiempos de su intervención en el asunto de *El Tratado Naval*, una intervención que tuvo el incuestionable efecto de evitar un serio embrollo internacional. Tenía la intención de haberme detenido aquí y de callarme todo lo relativo a aquel suceso que dejó un vacío tal en mi vida, que un lapso de dos años no ha podido llenar. Me veo forzado, no obstante, a continuar, debido a las recientes cartas en las que el coronel Moriarty defiende la memoria de su hermano; no me queda más remedio que exponer los hechos ante el público exactamente como ocurrieron. Sólo yo sé toda la verdad sobre el asunto y me alegra que haya llegado el momento en el que deja de ser bueno y provechoso el callarse. Por lo que sé, solamente se han dado tres informes en la prensa pública: el del *Journal de Genève* del 6 de mayo de 1891; el del despacho de noticias Reuter, aparecido en los periódicos ingleses del 7 de mayo, y finalmente las cartas a las que acabo de aludir. Los dos primeros eran extremadamente concisos, mientras que el último es, como en seguida pasaré a demostrar, una absoluta desnaturalización de los hechos. De mí depende que por primera vez se cuente lo que de verdad tuvo lugar entre el profesor Moriarty y el señor Sherlock Holmes.

Debe recordarse que, tras mi matrimonio y mi posterior inicio en la práctica privada de la medicina, la relación verdaderamente íntima que había existido entre Holmes y yo quedó hasta cierto punto modificada. Seguía viniendo a verme de cuando en cuando, siempre que necesitaba que alguien le acompañara en las investigaciones; pero estas visitas se fueron haciendo cada vez más raras, hasta que en el año 1890 fueron tan escasas, que sólo hubo tres casos de los que yo pudiera guardar alguna anotación. Durante el invierno de ese año y en el inicio de la primavera de 1891 leí en los periódicos que el gobierno francés le había contratado por un asunto de suprema importancia y recibí dos pequeñas notas suyas; la una fechada en Narbonne y la otra en Nimes, de lo que deduje que su estancia en Francia iba a ser probablemente larga. Me sorprendió, por tanto, verle entrar en mi consultorio la noche del 24 de abril. Me chocó su aspecto, porque parecía más delgado y más pálido de lo normal en él.

—Sí, me he estado cuidando muy poco últimamente —observó en respuesta a mi mirada más que a mis palabras—. Estos últimos días han sido muy agitados. ¿Le importaría que cerrara las contraventanas?

La lámpara sobre la mesa en la que yo había estado leyendo era la única luz que había en la habitación. Holmes, caminando pegado a la pared, llegó junto a ellas y las cerró de golpe, echando después el pestillo.

—¿Tiene miedo de algo? —pregunté yo.

—Pues sí, lo tengo.

—¿De qué?

—De las pistolas de aire comprimido.

—Mi querido Holmes, ¿qué quiere usted decir con esto?

—Creo que me conoce lo suficiente, Watson, para saber que no soy en absoluto un hombre nervioso. Al mismo tiempo, es una estupidez más que una valentía el negarse a reconocer que uno corre peligro. ¿Podría darme una cerilla?

Sacó su pitillera como si agradeciera el efecto relajante del tabaco.

—Debo excusarme por aparecer a semejante hora —dijo—, y además tengo que pedirle que por una vez sea tan poco convencional como para permitirme que salga de su casa saltando por el muro posterior de su jardín.

—¿Pero qué significa todo esto? —pregunté.

Alargó la mano y a la luz de la lámpara vi que tenía dos nudillos quemados y que le sangraban.

—Ya ve que no se trata de una nadería —dijo sonriendo—. Por el contrario, es algo lo suficientemente importante como para que un hombre se deje en ello sus manos. ¿Está la señora Watson en casa?

—Está de visita fuera de la ciudad.

—¡Estupendo! ¿Está usted solo, pues?

—Más o menos.

—Esto me facilita el proponerle que se venga conmigo una semana al continente.

—¿Adónde?

—¡Oh!, a cualquier lado. Me es igual.

Había algo extraño en todo esto. No era normal en Holmes tomarse unas vacaciones sin más, y había algo en la palidez y en el cansancio de su rostro que me decía que debía de estar sufriendo una fuerte tensión nerviosa. Vio la pregunta en mi mirada y, juntando las manos y apoyando los codos en las rodillas, me explicó la situación.

—Es posible que nunca haya oído hablar del profesor Moriarty —dijo.

—Nunca.



—Sí, ahí está lo maravilloso del asunto —exclamó—. La maldad de ese hombre impregna todo Londres y nadie ha oído hablar de él. Esto es lo que le coloca en la cumbre del crimen. Le digo, Watson, hablando con toda seriedad, que, si pudiera derrotar a ese hombre, si pudiera librar a la sociedad de él, me parecería haber alcanzado la cima de mi carrera y podría disponerme a llevar una vida más plácida. Entre nosotros, los recientes casos en los que he prestado mis servicios a la Familia Real de Escandinavia y a la República Francesa me han dejado en situación de poder llevar una vida apacible, lo que me sería muy grato, y de poder concentrarme en mis investigaciones químicas. Pero no podría descansar, Watson, no podría sentarme tranquilamente en un sillón, sabiendo que un hombre como el profesor Moriarty se está paseando libremente por las calles de Londres.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Hizo una carrera extraordinaria. Es un hombre de buena familia y recibió una esmerada educación; tiene además, por naturaleza, unas excepcionales dotes para las matemáticas. A la edad de veintiún años escribió un tratado sobre el Teorema del Binomio, que estuvo muy en boga en Europa. Fundándose en esto, ganó una cátedra de matemáticas en una de esas pequeñas universidades nuestras y todo parecía indicar que tenía ante sí una brillantísima carrera. Pero ese hombre tenía una tendencia hereditaria de lo más diabólica. Llevaba en la sangre un instinto criminal que, en lugar de atenuarse, se acentuó, haciéndose infinitamente más peligroso, debido a sus extraordinarias facultades mentales. En la Universidad empezaron a correr rumores sobre él, obligándole por último a renunciar a la cátedra y volver a Londres, en donde se estableció como tutor en el ejército. Esto es lo que sabe la gente, pero lo que voy a contarle es lo que yo he descubierto.

»Como bien sabe usted, Watson, no hay nadie en Londres que conozca tan bien como yo el mundo del crimen. Durante años no he dejado de ser consciente de que tras el malhechor existe un poder oculto, un cierto poder organizado, que actúa en la sombra sin salirse de la ley y que siempre ampara al delincuente. Una y otra vez, en los casos diferentes —casos de falsificación, robos, asesinatos—, he sentido la presencia de esta fuerza y he colegido que había actuado en muchos de esos crímenes sin descubrir, en los que no fui directamente consultado. Durante todos estos años he puesto todo mi empeño en atravesar el velo que lo envuelve, y por último me llegó el momento, y dando con el hilo lo seguí; éste me llevó, tras un sinfín de astutas vueltas y revueltas, hasta el exprofesor Moriarty, la celebridad matemática.

»Es el Napoleón del crimen. Es la mente organizativa de la mitad de los hechos depravados de los que se tiene conocimiento y de casi todos los que pasan desapercibidos en esta gran ciudad. Es un genio, un filósofo, un pensador abstracto. Tiene un cerebro de primer orden. Permanece sentado, inmóvil, como una araña en el centro de su red; pero esta red tiene miles de hilos y él conoce muy bien el modo de vibrar de cada uno. Él mismo hace poco. Sólo planea. Pero sus agentes son numerosos y están espléndidamente organizados. Que hay un crimen que cometer,

pongamos por caso un documento que hacer desaparecer, una casa que desvalijar, un hombre que quitar de en medio; se le hace llegar al profesor y el asunto se organiza y se lleva a cabo. Pueden coger al agente. En ese caso se encuentra el dinero necesario para su fianza o defensa. Pero nunca se coge al poder central que se sirve de él; nunca pasa más allá de la sospecha. Ésta era la organización que yo había deducido, Watson, y a la que dediqué toda mi energía con el fin de sacarla a la luz y acabar con ella.

»Pero el profesor estaba rodeado de medidas de seguridad tan bien concebidas que, hiciera lo que hiciera, parecía imposible conseguir una evidencia que pudiera declararle culpable en presencia de un tribunal. Usted conoce mis facultades, mi querido Watson, y sin embargo al cabo de tres meses tuve que confesarme a mí mismo que por fin había dado con un antagonista que era intelectualmente igual a mí. Mi horror por sus crímenes se perdió en medio de mi admiración por su habilidad. Pero finalmente cometió un error, sólo un pequeño, un mínimo error, que era más de lo que podía permitirse, estando yo tan cerca de él. No deseché la oportunidad y, partiendo de ese punto, he tejido mi red en torno a él, teniendo ahora todo dispuesto para cerrarla. Dentro de tres días, es decir, el próximo martes, el asunto estará maduro, y el profesor, con todos los miembros principales de su banda, estará en manos de la policía. Después vendrá el mayor juicio del siglo, la aclaración de más de cuarenta misterios y la horca para todos ellos. Pero, si actuamos prematuramente, ¿comprende usted?, podrían escaparse de nuestras manos incluso en el último momento.

»Ahora bien, si pudiera haber hecho esto sin el conocimiento del profesor Moriarty, todo hubiera ido bien. Pero él era demasiado astuto para eso. Siguió todos los pasos que yo di para extender mis redes en torno suyo. Una y otra vez luchó para escaparse de ellas, pero una y otra vez le gané la partida. Le diré, amigo mío, que, si se escribiera un informe detallado de esta silenciosa competición, ocuparía su lugar como el fragmento escrito sobre la caza y captura más brillante de la historia detectivesca. Nunca llegué tan alto, nunca un oponente me había seguido tan de cerca. Él hilaba fino, pero yo aún más. Esta mañana di el último paso y sólo necesitaba tres días para dar por concluido el asunto. Estaba sentado en mi habitación reflexionando sobre ello, cuando se abrió la puerta y vi al profesor Moriarty ante mí.

«Tengo unos nervios a toda prueba, Watson, pero tengo que confesar que tuve un sobresalto cuando vi al mismo hombre que tanto lugar había ocupado en mis pensamientos parado en el umbral de mi puerta. Su aspecto me era casi familiar. Es extremadamente delgado y alto, con la frente muy blanca y protuberante y los ojos profundamente hundidos. Va cuidadosamente afeitado, lo que resalta su palidez, dándole una apariencia casi ascética; conserva en sus rasgos algo del catedrático que fue. Tiene la espalda curvada por el mucho estudio, y lleva el rostro echado para delante, no parando éste nunca de oscilar lentamente de un lado a otro de un modo curiosamente reptilisco. Me observó con gran curiosidad desde sus fruncidos ojos.

—Tiene usted menos desarrollo frontal del que yo hubiera esperado —dijo finalmente—. Es una costumbre muy peligrosa esa de tener el dedo en el gatillo de un arma cargada metida en el bolsillo del batín.

»El hecho es que, al entrar él en la habitación, me di cuenta al instante del gran peligro personal en que me encontraba. El único escape que él podía concebir en ese momento era el de cerrarme la boca. En un instante saqué el revólver del cajón y me lo metí en el bolsillo, y en ese momento le estaba apuntando a través de la tela. Tras su observación, saqué el arma y la deposité amenazante sobre la mesa. Él seguía sonriendo y pestañeando, pero había algo en su mirada que me hizo sentirme encantado de tener el arma a mano.

—Evidentemente usted no me conoce —dijo.

—Todo lo contrario —contesté yo—, creo que es evidente que le conozco bastante bien. Le ruego que tome asiento. Dispone de cinco minutos si tiene algo que decir.

—Todo lo que tengo que decir ya ha pasado por su pensamiento —dijo.

—Entonces tal vez mi respuesta ha pasado por el suyo —contesté.

—¿Se mantiene firme en su propósito?

—Absolutamente.

»Se echó la mano al bolsillo y yo cogí la pistola de encima de la mesa. Pero no sacó de este sino una agenda en la que tenía descuidadamente anotadas algunas fechas.

—Se cruzó usted en mi camino el 4 de enero —dijo—. El 23 me molestó; a mediados de febrero volvió usted a causarme un serio trastorno; a finales de marzo obstaculizó absolutamente mis planes y ahora, cuando ya va a finalizar abril, su continua persecución me ha puesto en una situación en la que corro serio peligro de perder mi libertad. La situación se está haciendo imposible.

—¿Qué sugiere usted? —dije.

—Debe renunciar a lo que se propone, señor Holmes —dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Realmente, debe hacerlo, ¿sabe?

—Después del lunes —dije yo.

—¡Venga ya! —dijo—. Estoy seguro de que un hombre de su inteligencia en seguida se dará cuenta de que este asunto no tiene más que una solución. Es necesario que se aparte de mi camino. Ha hecho usted que las cosas tomaran un cariz tal, que ahora sólo nos queda una salida. Ha supuesto para mí un placer el verle luchar a brazo partido en este asunto y puedo decir, sin exagerar, que me causaría una gran pena el verme forzado a tomar medidas extremas. Sonríe usted, caballero, pero le aseguro que es así.



—El peligro forma parte de mi trabajo —observé.

—No se trata de peligro —dijo—. Es la destrucción inevitable. Está usted obstaculizando el paso no de una sola persona, sino de toda una poderosa organización, cuyo alcance, con toda su inteligencia, sería usted incapaz de conseguir. Quítese de en medio, señor Holmes, si no quiere ser aplastado.

—Lo siento —dije yo, levantándome—, pero el placer de la conversación me ha hecho olvidar que un asunto de importancia me está esperando en otro lugar.

»Se levantó y me miró en silencio moviendo tristemente la cabeza.

—Bueno, bueno —dijo finalmente—. Es una pena, pero yo he hecho lo que he podido. Conozco todos los movimientos de su juego. No puede hacer nada antes del lunes. Ha sido un duelo entre usted y yo, señor Holmes. Usted esperaba verme sentado en el banquillo de los acusados y yo le digo que nunca me verá. Esperaba vencerme y yo le digo que nunca lo hará. Si cuenta con la suficiente inteligencia como para acarrear la destrucción, esté seguro de que yo no me quedaré atrás.

—Me ha hecho usted varios cumplidos, señor Moriarty —dije yo—. Déjeme devolvérselos a mi vez diciéndole que, si me asegurara lo primero, estaría encantado de aceptar, en interés público, lo segundo.

—Puedo prometerle lo uno pero no lo otro —dijo gruñendo y luego, volviendo hacia mí su curvada espalda, salió de la habitación, husmeándolo todo sin dejar de parpadear.

»Ésta fue mi singular entrevista con el profesor Moriarty. Confieso que me dejé bastante perturbado. Su suave y precisa manera de hablar da una idea de sinceridad, que un simple fanfarrón no podría producir. Por supuesto, usted se dirá: ¿Por qué no tomar precauciones policiales contra él? La razón es que yo estoy totalmente convencido de que el golpe lo darán sus agentes. Tengo todas las pruebas de que será así.

—¿Le han atacado ya alguna vez?

—Mi querido Watson, el profesor Moriarty no es un hombre que deje crecer la hierba bajo sus pies. Salí a eso del mediodía por unos asuntos que tenía que arreglar en Oxford Street. Al pasar la esquina que va desde Bentinck Street hasta el cruce de Welbeck Street, apenas tuve tiempo de ver un furgón de dos caballos que venía zumbando hacia mí, cuando se me echó encima a la velocidad del rayo. Salté a la acera y me salvé por una fracción de segundo. El furgón giró rápidamente en Marylebone Lane y desapareció en un instante. Tras esto no volví a salirme de la acera, Watson, pero, cuando bajaba por Veré Street, un ladrillo vino a caer desde el tejado de una de las casas y se hizo añicos a mis pies. Llamé a la policía e hice que examinaran el lugar. Había tejas y ladrillos acumulados en el tejado, preparados para hacer una reparación, y me habrían convencido de que el viento había hecho caer uno de éstos. Por supuesto yo sabía algo más, pero no tenía ninguna prueba. Tras esto tomé un simón y me fui a las habitaciones de mi hermano en Pall Mall, donde he pasado el día. Ahora he venido a verle a usted, y en el camino me atacó un matón

armado de una porra. Le derribé y ahora está custodiado por la policía; pero puedo decirle con toda seguridad que nunca se establecerá conexión alguna entre el tipo contra cuyos dientes me acabo de despellejar los nudillos y el catedrático de matemáticas retirado, quien, me atrevería a decir, se encuentra a diez millas de distancia solucionando problemas en una pizarra. No se preguntará ahora, Watson, por qué lo primero que hice al entrar en su casa fue cerrar las contraventanas y por qué me he visto obligado a pedirle permiso para salir de su casa utilizando una salida menos llamativa que la puerta principal.

A menudo había sentido admiración por el valor de mi amigo, pero nunca más que ahora, al verle examinar la serie de incidentes cuya combinación debía de haber constituido un día de horror para él.

—¿Pasaré aquí la noche? —dije.

—No, amigo mío; sería un huésped peligroso para usted. Ya he hecho mis planes y todo irá bien. Las cosas han llegado tan lejos, que pueden seguir avanzando sin mi ayuda siempre y cuando se lleve a cabo el arresto; mi presencia será empero necesaria a la hora de dictar sentencia. Es obvio, por tanto, que lo mejor que puedo hacer ahora es alejarme durante los pocos días que quedan, antes de que la policía esté en libertad de actuar. Sería para mí un gran placer, pues, si pudiera usted acompañarme al continente.

—Mi clientela me está dando poco trabajo estos días —dije—. Y además tengo un colega en el vecindario que me sustituiría de buen grado. Me encantaría ir.

—¿Y salir mañana por la mañana?

—Si fuera necesario.

—¡Oh, sí, de lo más necesario! Entonces éstas son sus instrucciones y le ruego, mi querido Watson, que las cumpla al pie de la letra, porque desde este momento es usted mi pareja en una partida de dobles en la que usted y yo nos enfrentamos con el granuja más inteligente y el sindicato del crimen más poderoso de Europa. Ahora escuche. Enviará usted por un recadero de confianza el equipaje que tengo intención de llevar, sin dirección, a la estación Victoria esta noche. Mañana por la mañana enviará a buscar un simón pidiéndole a la persona que vaya que no coja ni el primero ni el segundo que le salgan al encuentro. Se montará en ese simón y se dirigirá a la Lowther Arcade, en donde ésta da al Strand, dándole la dirección escrita al cochero y pidiéndole que no la tire. Tenga preparado el importe, y en el momento en que se detenga el carruaje precipítese en la Arcade y atraviésela, calculando el tiempo que va a llevarle, para estar en el otro lado a las nueve y cuarto. Encontrará una pequeña berlina esperándole pegada al bordillo y conducida por un tipo vestido con un pesado abrigo negro con el cuello ribeteado de rojo. Se subirá en ésta y llegará a la estación Victoria a tiempo de coger el *Continental express*.

—¿Dónde me encontraré con usted?

—En la estación. El segundo compartimento de primera clase empezando por la cabeza del tren está reservado para nosotros.

—¿El compartimento es nuestro lugar de cita?

—Sí.

En vano le pedí a Holmes que se quedara a pasar la noche. Era evidente que pensaba que podría causar problemas en el techo bajo el que se hallaba, y éste era el motivo que le obligaba a partir. Con algunas precipitadas palabras respecto a nuestros planes para el día siguiente se levantó y salió conmigo al jardín, escalando el muro que da a Mortimer Street; inmediatamente después le oí llamar a un taxi y alejarse en él.

A la mañana siguiente obedecí sus órdenes al pie de la letra. Me procuré un simón, tomando todas las precauciones para evitar que fuera uno que hubieran podido situar allí a propósito para engañarme, e inmediatamente después del desayuno me dirigí a Lowther Arcade y la atravesé a toda la velocidad que me permitieron las piernas. Me esperaba una berlina con un corpulento cochero envuelto en un abrigo oscuro; éste, no bien hube yo subido, hizo sonar el látigo y al instante empezamos a traquetear hacia la estación Victoria. Al llegar allí giró el carruaje y se alejó a toda prisa sin mirarme siquiera.

Hasta aquí todo había ido admirablemente. Tenía el equipaje esperándome y no tuve dificultad en encontrar el compartimento que Holmes me había indicado; tanto menos cuanto que era el único en todo el tren con el cartel de «Reservado». Mi única fuente de ansiedad era ahora el que Holmes no acababa de aparecer. En el reloj de la estación faltaban siete minutos para la hora de salida del tren. En vano busqué entre los grupos de viajeros y acompañantes la ágil figura de mi amigo. No había signos de su presencia. Pasé cinco minutos ayudando a un venerable sacerdote italiano, quien se empeñaba en hacerle comprender a un maletero en un inglés chapurreado que su equipaje tenía que ser registrado vía París. Luego, tras echar otro vistazo alrededor, volví a mi compartimento, en donde encontré que el maletero, a pesar del cartel de reservado, me había puesto a mi decrepito amigo italiano como compañero de viaje. De nada me valió explicarle que su presencia allí era una intrusión, porque mi italiano era todavía más limitado que su inglés; conque me encogí de hombros resignadamente y seguí buscando ansiosamente con la mirada a mi amigo. Me dio un escalofrío al pensar que su ausencia podría significar que algo le había sucedido durante la noche. Ya habían cerrado las puertas y el tren empezaba a silbar cuando...

—Mi querido Watson —dijo una voz—, ni siquiera ha tenido el detalle de decirme buenos días.

Me volví asombrado. El anciano sacerdote había vuelto su cara hacia mí. En un instante se le suavizaron las arrugas, la nariz se le separó de la barbilla; el labio inferior dejó de sobresalir y la boca de temblar; los apagados ojos se le iluminaron y la encogida figura se estiró. Tras esto, todo el montaje se derrumbó y Holmes reapareció con la misma rapidez con que había desaparecido.

—¡Santo cielo! —exclamé—. ¡Qué susto me ha dado!

—Todas las precauciones siguen siendo necesarias —susurró—. Tengo razones

para pensar que nos siguen de cerca. ¡Ah! ¡Mire, ahí está en persona Moriarty!

El tren ya había empezado a moverse cuando Holmes empezó a hablar. Mirando hacia atrás vi a un hombre alto que se abría paso a empujones entre la muchedumbre, agitando la mano como si con esto indicara su deseo de que el tren se detuviera. Era demasiado tarde, sin embargo, porque íbamos ganando velocidad rápidamente y un momento después salíamos de la estación.

—Con todas las precauciones que hemos tomado, nos hemos salvado por poco — dijo Holmes riéndose.

Se levantó y, quitándose la negra sotana y el sombrero que habían constituido su disfraz, los metió en una bolsa de mano.

—¿Ha leído el periódico, Watson?

—No.

—¿No ha leído nada, entonces, de lo que ha pasado en Baker Street?

—¿Baker Street?

—Prendieron fuego a nuestra casa ayer por la noche. No causó grandes daños.

—¡Santo cielo! Esto es intolerable.

—Debieron de perderme por completo la pista después de que arrestaran al matón. De no ser así, no hubieran pensado que yo había de volver a mi casa. Habían tomado la precaución de vigilarle a usted, y eso es lo que ha traído a Moriarty hasta la estación Victoria. ¿Cometió usted algún error al venir hacia aquí?

—Hice exactamente lo que me aconsejó.

—¿Encontró la berlina esperándole?

—Sí, me estaba esperando.

—¿Reconoció al cochero?

—No.

—Era mi hermano Mycroft. Es una ventaja el poder apañárselas en casos semejantes sin tener que tomar un mercenario. Pero ahora tenemos que planear lo que vamos a hacer con Moriarty.

—Puesto que esto es un expreso y los horarios del barco están en correspondencia con éste, creo que nos lo hemos quitado de encima de un modo bastante efectivo.

—Mi querido Watson, evidentemente usted no se da cuenta de lo que significan mis palabras cuando digo que se puede considerar a este hombre en el mismo plano intelectual que yo. No se imaginará usted que, si yo fuera el perseguidor, iba a dejar que me detuviera un obstáculo tan mínimo. ¿Por qué, pues, va usted a considerarlo como un hombre mediocre?

—¿Qué hará?

—Lo que yo haría.

—¿Qué haría usted, pues?

—Tomar un tren particular.

—Pero ya será tarde.

—En absoluto. El tren se para en Canterbury y siempre hay por lo menos un

cuarto de hora de retraso en la salida del barco. Nos cogerá allí.

—Uno pensaría que somos nosotros los criminales. Hagamos que lo arresten al llegar nosotros.

—Eso echaría a perder el trabajo de tres meses. Cogeríamos al pez gordo, pero los pequeños saldrían disparados, escapándose de la red. El lunes los tendremos a todos. No, no podemos permitirnos un arresto ahora.

—¿Entonces, qué?

—Nos apearemos en Canterbury.

—¿Y entonces?

—Bueno, entonces tendremos que hacer el recorrido hasta Newhaven en esos trenes de vía estrecha que se paran en todas las estaciones y desde allí cruzaremos a Dieppe. Moriarty volverá a hacer lo que yo haría. Continuará hasta París, señalará nuestro equipaje y esperará dos días en el depósito. Mientras tanto, nosotros nos compraremos un par de bolsos de viaje, iremos favoreciendo con todas nuestras compras a los fabricantes de todos los países por los que pasemos y seguiremos nuestro apacible camino hacia Suiza, vía Luxemburgo y Basilea.

Soy un viajero lo bastante experimentado para que me preocupara la pérdida de mi equipaje, pero debo confesar que me incomodaba un poco la idea de verme forzado a andarme zafando y escondiendo de un hombre cuyo negro historial estaba plagado de crímenes. Era evidente, sin embargo, que Holmes entendía la situación más claramente que yo. Así pues, nos apeamos en Canterbury sólo para descubrir que teníamos que esperar una hora para coger un tren con dirección a Newhaven.

Estaba todavía mirando con pesar hacia el furgón de equipaje que desaparecía rápidamente de mi vista con todo mi guardarropa en su interior, cuando Holmes me tiró de la manga y me señaló la vía.

—Mire, ya viene —dijo.

A lo lejos, por entre los bosques de Kentish, surgía una fina columna de humo. Un minuto después vimos un vagón con su máquina tomando a toda velocidad la abierta curva de entrada en la estación. Apenas habíamos tenido tiempo de ocultarnos tras una pila de equipajes cuando éste pasó por delante con su estrepitoso traqueteo y nos lanzó una bocanada de aire caliente a la cara.

—Ahí va —dijo Holmes, mientras mirábamos cómo el tren se alejaba balanceándose al pasar por las agujas—. La inteligencia de nuestro amigo, como ve, tiene sus límites. Hubiera dado un *coup-de-maitre* de haber deducido y obrado en consecuencia con lo que yo hubiera deducido.

—¿Y qué es lo que hubiera hecho en el caso de que nos hubiera adelantado?

—No cabe duda de que hubiera atacado con fines asesinos. Sin embargo, es éste un juego que admite dos jugadores. Lo que nos debemos plantear ahora es si almorzamos aquí a una hora que sería la propia del desayuno o corremos el riesgo de morirnos de hambre antes de llegar a la cantina de la estación de Newhaven.

Esa noche hicimos el camino hasta Bruselas, donde pasamos dos días, llegando el

tercer día hasta Estrasburgo. En la mañana del lunes Holmes telegrafió a la policía de Londres, y por la noche teníamos la respuesta aguardándonos en el hotel. Holmes rasgó el sobre y luego, maldiciendo, lo echó a la chimenea.

—¡Debería haberlo supuesto! —gruñó—. ¡Se ha escapado!

—¡Moriarty!

—Han atrapado a todos los de su banda menos a él. Se les ha escapado de las manos. Evidentemente, al irme yo unos días fuera del país, no hubo nadie capaz de enfrentarse con él. Pero de verdad pensaba que les había dejado todo hecho. Creo que lo mejor que puede hacer es volver a Inglaterra, Watson.

—¿Por qué?

—Porque yo sería para usted una compañía peligrosa si se quedara. Este hombre se ha quedado sin ocupación; está perdido si vuelve a Londres. Si le conozco bien, creo que dedicará todas sus energías a vengarse de mí. Así lo dijo en nuestra breve entrevista y creo que lo decía en serio. De verdad, le recomiendo que vuelva junto a su clientela.

No era muy acertado darle un consejo semejante a alguien que, además de ser un veterano del ejército, era un viejo amigo suyo. Nos sentamos en la *salle-à-manger* de la estación de Estrasburgo y discutimos la cuestión durante media hora, pero esa misma noche ya habíamos reanudado viaje y nos dirigíamos hacia Ginebra.

Estuvimos durante una encantadora semana vagabundeando por el Valle del Ródano y luego, dejando éste a un lado en Leuk, nos encaminamos hacia el puerto de Gemmi, todavía cubierto de nieve y, una vez atravesado éste, hacia Meiringen, pasando por Interlaken. Fue un viaje precioso, con el delicado verde primaveral en la llanura y la virginal blancura invernal en lo alto de las montañas; pero yo me daba perfecta cuenta de que Holmes no olvidaba ni siquiera un solo instante la sombra que le perseguía. Puedo incluso decir, por su manera de escrutar con una rápida mirada las caras con que nos cruzábamos, que él parecía estar convencido de que, estuviéramos donde estuviéramos, ya fuera en los hogareños pueblecitos alpinos como en el solitario puerto de montaña, no podíamos pasear libres del peligro que nos iba siguiendo los pasos.

En una ocasión recuerdo que nos encontrábamos paseando, tras atravesar el puerto de Gemmi, a orillas del melancólico Daubensee, cuando una gran roca que se había desprendido de las crestas que se levantaban a nuestra derecha cayó, rodando estrepitosamente, al lago justo detrás de donde estábamos nosotros. En un momento Holmes se subió a la cresta y, de pie en un elevado pináculo, estiraba el cuello en todas las direcciones. De nada le sirvió a nuestro guía el asegurarle que el desprendimiento de rocas era algo bastante común en aquel lugar en primavera. No dijo nada, pero me sonrió con la cara del hombre que acaba de ver el cumplimiento de lo que estaba esperando.

Y, sin embargo, a pesar de toda esta vigilancia, no se deprimió nunca. Por el contrario, no recuerdo haberle visto nunca de tan buen humor. Una y otra vez volvía

al hecho de que, si pudiera estar seguro de que la sociedad estaba libre del profesor Moriarty, con sumo gusto daría por concluida su carrera.

—Creo que puedo decir sin estar muy desencaminado, Watson, que no he vivido completamente en vano —observó en una ocasión—. Si mi historial se cerrara esta noche, no dejaría de ser ecuánime al examinarlo. El aire de Londres es más dulce con mi presencia. En más de mil casos nunca he utilizado mis facultades en beneficio del mal. Últimamente me está tentando el investigar los problemas que nos proporciona la naturaleza más que aquéllos más superficiales de los que es responsable nuestro artificial estado de sociedad. Sus memorias llegarán a su punto final, Watson, el día en el que yo corone mi carrera con la captura o extinción del criminal más peligroso y competente de Europa.

Seré breve, pero exacto, en lo poco que me queda por contar. No es un tema en el que me guste demorarme y, sin embargo, soy consciente de que es mi deber no omitir ningún detalle.

Fue el 3 de mayo cuando llegamos al pueblecito de Meiringen, donde nos alojamos en la *Englischer Hof*, llevada entonces por el viejo Peter Steiler. Nuestro patrón era un hombre inteligente y hablaba un inglés excelente, por haber trabajado tres años como camarero en el *Grosvenor Hotel* de Londres. Siguiendo su consejo, en la tarde del 4 salimos juntos con la intención de cruzar las colinas y de pasar la noche en el *Hamlet* de Rosenlauri. No obstante, nos dio instrucciones para que, bajo ningún concepto, pasáramos las cataratas de Reichenbach, que están a medio camino de la colina, sin dar una pequeña vuelta para verlas.

Es, de verdad, un lugar que impone terror. El torrente acrecentado por las nieves fundidas se sume en un tremendo abismo del que sube una fina lluvia que lo envuelve todo como si se tratara del humo de una casa ardiendo. El lecho por el que se precipita el propio río es una inmensa sima limitada por unas rocas negras y resbaladizas que se estrecha en un pozo de incalculable profundidad, de aspecto cremoso e hirviente, en el que se arremolina la corriente al pasar por entre sus mellados bordes. El continuo movimiento de la corriente verdosa cayendo desde lo alto, y la espesa cortina de siseante agua pulverizada que no deja de subir desde el abismo, marean a un hombre con su torbellino y clamor constantes. Nos quedamos en el borde, observando el brillo del agua que se estrellaba contra las rocas muy por debajo de donde estábamos y escuchando el grito casi humano, parecido a un intenso gemido,



que producía la nube de agua que subía desde el abismo.

Han abierto un camino que rodea media catarata con el fin de permitir una vista completa, pero éste acaba bruscamente y el viajero ha de volver por donde ha venido. Ya nos habíamos dado la vuelta para disponernos a regresar, cuando vimos a un muchacho suizo que venía corriendo por éste con una carta en la mano. Llevaba el membrete del hotel que acabábamos de abandonar, y el patrón la enviaba a mi nombre. Decía que a los pocos minutos de salir nosotros había llegado una dama inglesa que se encontraba al borde de la muerte. Había pasado el invierno en Davos Platz y se encontraba de viaje ahora para reunirse con unos amigos en Lucerna, cuando le había sobrevenido una súbita hemorragia. Pensaban que sólo viviría unas horas, pero supondría un gran consuelo para ella que la viera un médico inglés y, si yo fuera tan amable de volver, etc., etc. El bueno de Steiler me aseguraba en una postdata que él mismo consideraría mi asentimiento como un gran favor, ya que la dama se había negado en redondo a que la viera un médico suizo, y él se encontraba en una situación de gran responsabilidad.

No se podía ignorar tal llamada. Era imposible negarse al requerimiento de una compatriota que se encontraba al borde de la muerte en tierra extraña. Y, sin embargo, sentía escrúpulos de dejar a Holmes. Finalmente acordamos que el muchacho suizo se quedaría con él haciéndole de guía y compañero y yo volvería a Meiringen. Mi amigo dijo que se quedaría un rato en la catarata y luego iría paseando tranquilamente por las colinas hasta Rosenlauri, donde yo me reuniría con él por la noche. Al alejarme vi a Holmes apoyado en una roca con los brazos cruzados y la mirada fija en el correr tumultuoso de las aguas. Ésta sería la última visión que tendría de él en este mundo.

Cuando estaba casi al pie del camino de bajada miré hacia atrás. Era imposible ver las cataratas desde allí, pero se veía el serpenteante sendero que sube por la ladera de la colina hasta ésta. Recuerdo que vi a un hombre que iba caminando a toda prisa por el sendero. Me fijé en él por la energía con que caminaba, pero desapareció de mi mente, apresurado como iba a cumplir mi encargo.

Debió de llevarme un poco más de una hora llegar a Meiringen. El viejo Steiler estaba en el porche del hotel.

—Bien —dije corriendo hacia él—, espero que no esté peor.

Hizo un gesto de sorpresa y empezó a parpadear sin saber de qué le estaba hablando, y en ese momento me dio un vuelco el corazón.

—¿No ha escrito usted esto? —dije, sacando la carta de mi bolsillo—. ¿No hay una mujer enferma en el hotel?

—Pues claro que no —exclamó—. Pero la carta lleva el membrete del hotel. ¡Ajá! Debe de haberla escrito el caballero inglés que llegó después de que ustedes se fueran. Dijo...

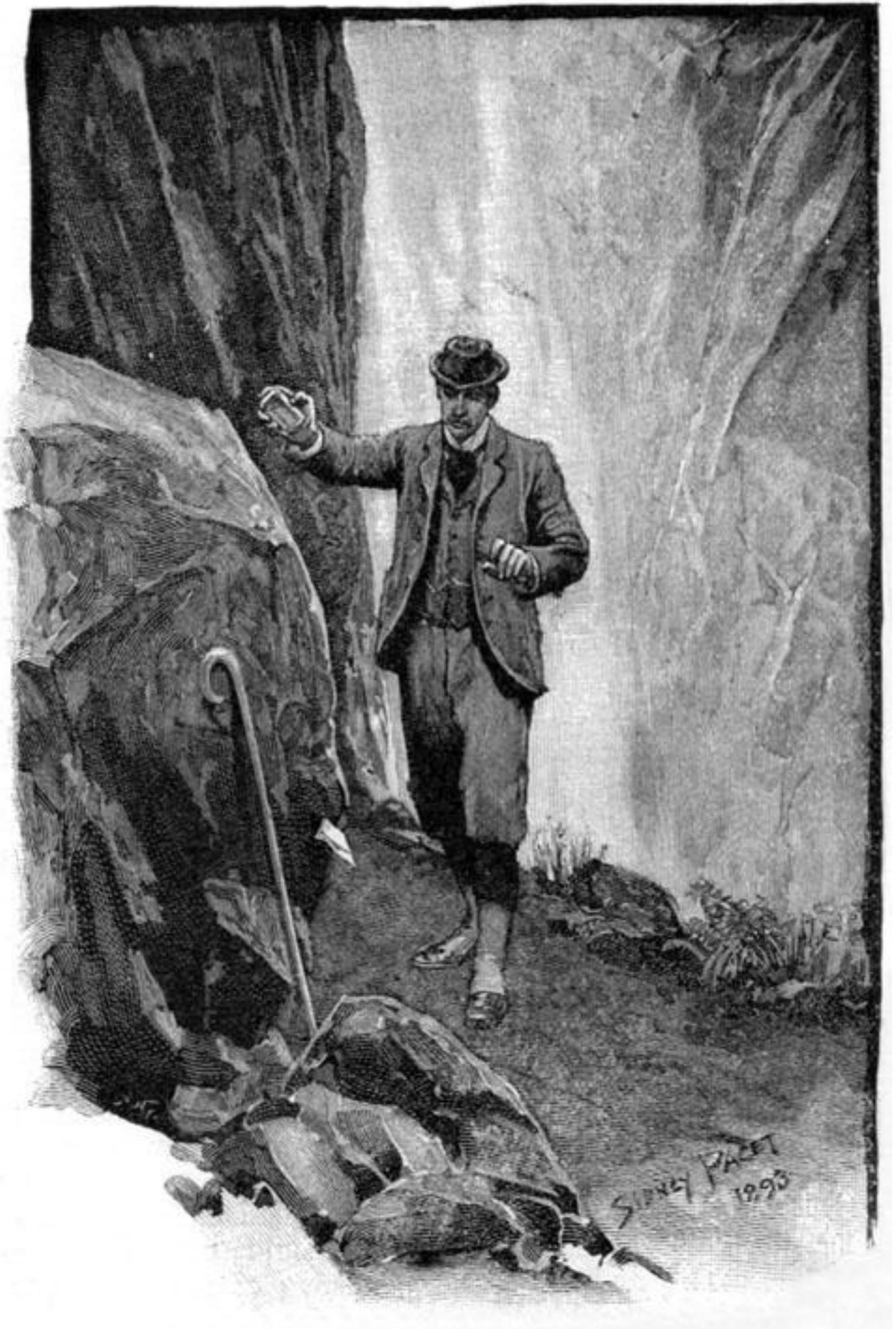
Pero yo no esperé a las explicaciones del patrón. Con un estremecimiento de miedo eché a correr calle abajo y me encaminé al sendero del que acababa de descender. Me había llevado una hora bajar. A pesar de todos mis esfuerzos pasaron

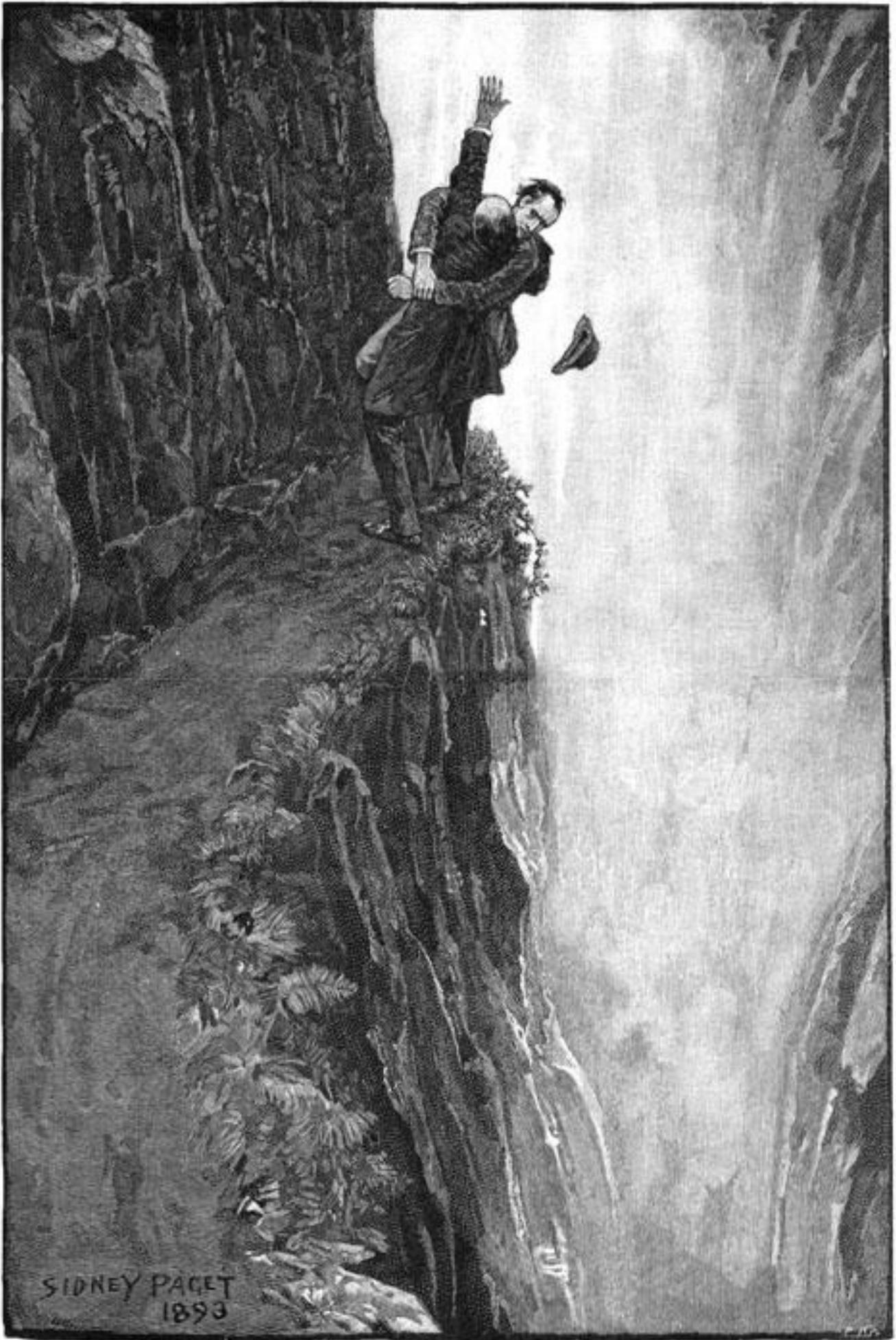
otras dos antes de que me volviera a encontrar en la catarata de Reichenbach. El bastón de paseo de Holmes seguía apoyado en la roca donde yo le había dejado. Pero no había indicios de su presencia y de nada me sirvió gritar. La única respuesta que obtuve era mi propia voz, que multiplicaba el eco de los riscos que me rodeaban.

Fue la visión del bastón de paseo lo que me dejó frío. No había ido, pues, a Rosenlauri. Se había quedado en aquel estrecho sendero de no más de tres pies de anchura con una pared que se levantaba a pico a un lado y una caída semejante por el otro, hasta que su enemigo lo había alcanzado. El joven suizo había desaparecido también. Lo más probable es que también él trabajara para Moriarty y los hubiera dejado solos. ¿Y qué había sucedido después? ¿Quién nos lo iba a decir?

Me quedé quieto un rato, intentando recobrar el dominio de mí mismo, porque estaba totalmente aturdido por el horror. Luego empecé a pensar en los propios métodos de Holmes y a ponerlos en práctica interpretando esta tragedia. Sólo que, ¡ay!, era demasiado sencillo. Durante nuestra conversación no habíamos ido hasta el final del sendero y el bastón señalaba el lugar en el que nos habíamos quedado. La tierra negruzca está siempre blanda, debido a la incesante lluvia, y un pájaro hubiera dejado sus huellas en ella. Dos líneas de pisadas estaban claramente impresas a lo largo del camino y ambas seguían el camino hasta más allá de donde yo estaba. No había ninguna que volviera hacia mí. A unas yardas del final el suelo era un amasijo de barro totalmente surcado de pisadas, y las zarzas y los helechos del borde del abismo estaban todos arrancados y aplastados. Me tumbé boca abajo y ahora no podía ver sino el brillo de la humedad aquí y allí en las negras paredes y allá abajo en las profundidades del abismo el brillo de las aguas tumultuosas. Grité, pero sólo me respondió el grito casi humano de la catarata.

Pero el destino había previsto que, después de todo, tuviera una última palabra de agradecimiento de mi amigo y compañero. Ya he dicho que su bastón de paseo estaba apoyado en la roca que sobresalía del sendero. Vi algo que brillaba encima de ésta y, levantando la mano, descubrí que el brillo procedía de la pitillera de plata que solía llevar consigo. Al cogerla, cayó al suelo un cuadrado de papel sobre el que esta había sido depositada. Lo desplegué y vi que consistía en tres páginas arrancadas de su libro de notas y que estaban dirigidas a mí. Como correspondían a su carácter, la dirección era tan precisa y la escritura tan firme y clara como si las hubiera escrito cómodamente sentado en su estudio.



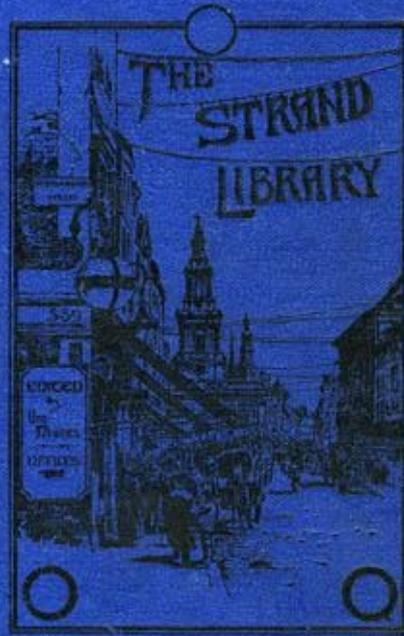


*Mi querido Watson —decía—, le escribo estas líneas gracias a la cortesía del señor Moriarty, que me ha dejado elegir el momento para discutir por última vez cuestiones que se interponen entre nosotros. Me ha hecho un breve resumen de los métodos que ha seguido para esquivar a la policía inglesa y mantenerse al tanto de nuestros movimientos. Estos confirman la ya muy alta opinión que me había formado de sus habilidades. Estoy contento de saber que podré librar a la sociedad de los efectos de su presencia, aunque me temo que sea a un precio que supondrá un gran dolor para mis amigos y en especial, mi querido Watson, para usted. No obstante, ya le he explicado que mi carrera había llegado, en cualquier caso, a su momento crítico, y ninguna otra solución posible sería tan de mi agrado como ésta. De hecho, si puedo serle totalmente sincero, estaba casi seguro de que la carta procedente de Meiringen era una treta y permití que se fuera con la convicción de que sería algo así lo que sucedería a continuación. Dígale al inspector Patterson que los documentos que necesita para declarar culpable a la banda están en el casillero «M», guardados en un sobre azul en el que está escrito «Moriarty». Dispuse el reparto de mis propiedades antes de abandonar Inglaterra, cediéndole todo a mi hermano Mycroft. Salude en mi nombre a la señora Watson y créame, querido amigo, que nunca he dejado de serlo suyo sinceramente,*

*Sherlock Holmes*

Pocas palabras bastan para contar el resto. Tras el examen del lugar llevado a cabo por expertos, no quedó duda de que una pelea personal entre los dos hombres terminó, como no habría podido ser de otro modo en semejante lugar y situación, en un despeñarse en el abismo abrazados el uno al otro. Todo intento de recuperación de los cuerpos era una imposibilidad, y allí, en la profundidad de aquella horrorosa caldera de aguas turbulentas, yacerán para siempre el más peligroso de los criminales y el más grande defensor de la ley de su generación. Nunca se volvió a encontrar al joven suizo y no cabe la menor duda de que era uno de los numerosos agentes que trabajaban para Moriarty. En cuanto a la banda, todavía hoy ha de estar en la memoria de las gentes cómo los hechos que Holmes había ido acumulando ponían totalmente al descubierto su organización y cómo pesaba sobre ellos la mano del hombre ahora muerto. Pocos detalles relativos a éste salieron a la luz durante el proceso, y el que ahora me haya visto obligado a hacer una exposición exacta de su carrera se debe a esos imprudentes paladines que intentan limpiar su memoria, atacando a aquél a quien siempre consideraré como el mejor y el más inteligente de los hombres que yo haya conocido.

THE  
MEMOIRS OF  
SHERLOCK HOLMES



By A. CONAN DOYLE.

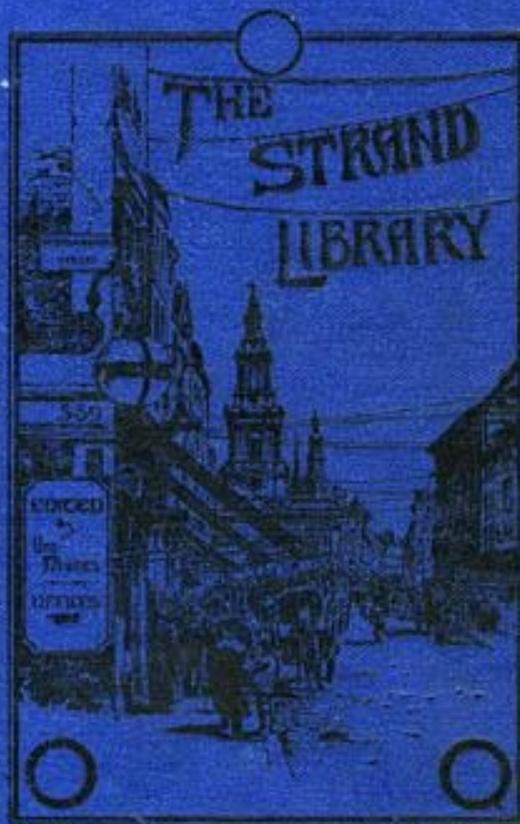
APÉNDICES

## Historia y primeras ilustraciones

# Apéndice 1

Portada de *The Memoirs of Sherlock Holmes*, con ilustraciones de Sidney Paget, publicado por George Newnes Ltd. el 13 de diciembre de 1893.

THE  
MEMOIRS OF  
SHERLOCK HOLMES



By A. CONAN DOYLE.

## Apéndice 2

Ilustraciones de Sidney Paget, W. H. Hyde y Richard Gutschmidt no integradas en el texto de esta edición digital.

# ESTRELLA DE PLATA

(W. H. Hyde)



(Sidney Paget)



# LA CAJA DE CARTÓN

(Richard Gutschmidt)









# EL ROSTRO AMARILLO

(W. H. Hyde)





# EL OFICINISTA DEL CORREDOR DE BOLSA

(W. H. Hyde)





# LA CORBETA GIORIA SCOTT

(W. H. Hyde)





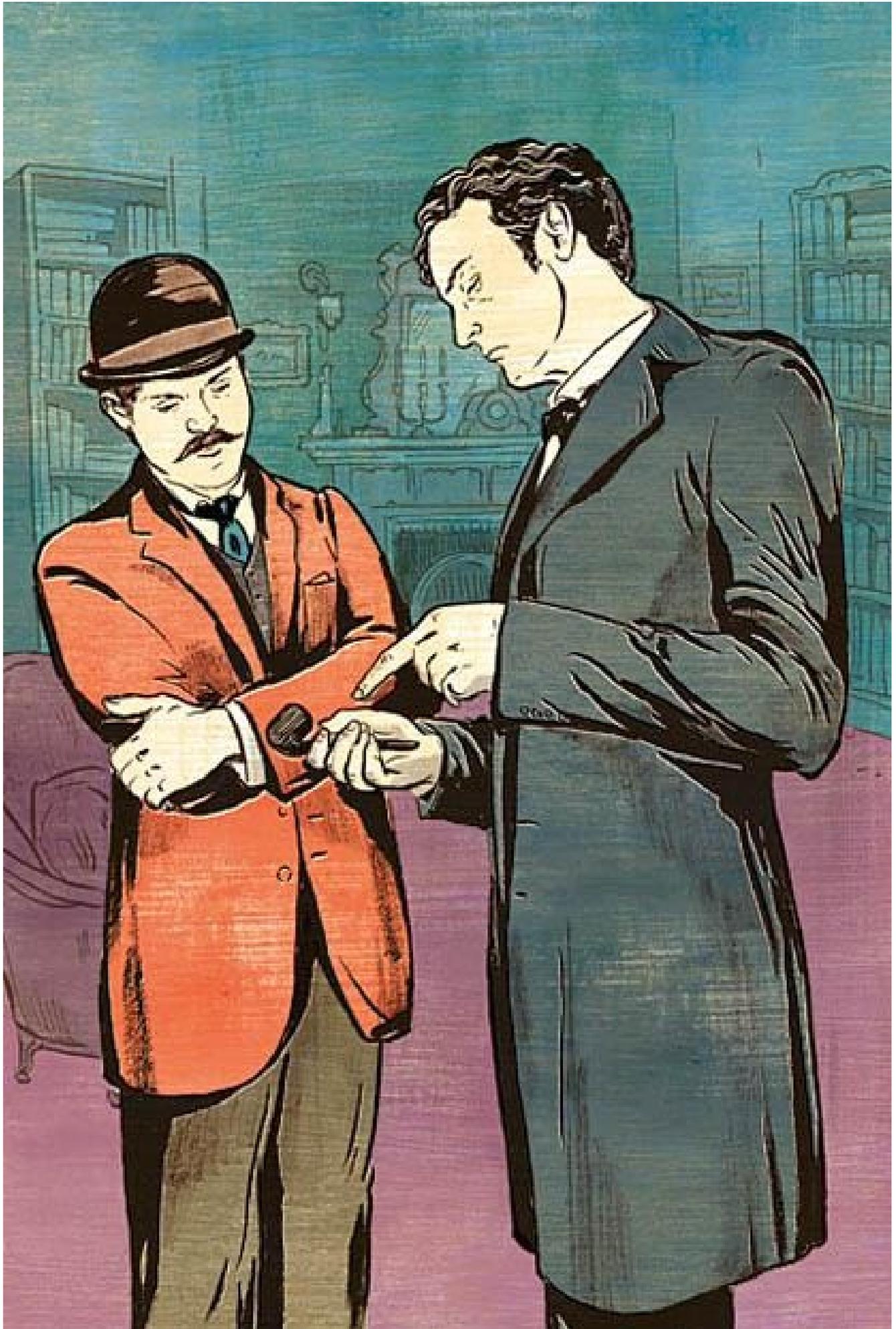
# EL RITUAL DE LOS MUSGRAVE

(W. H. Hyde)



## Apéndice 3

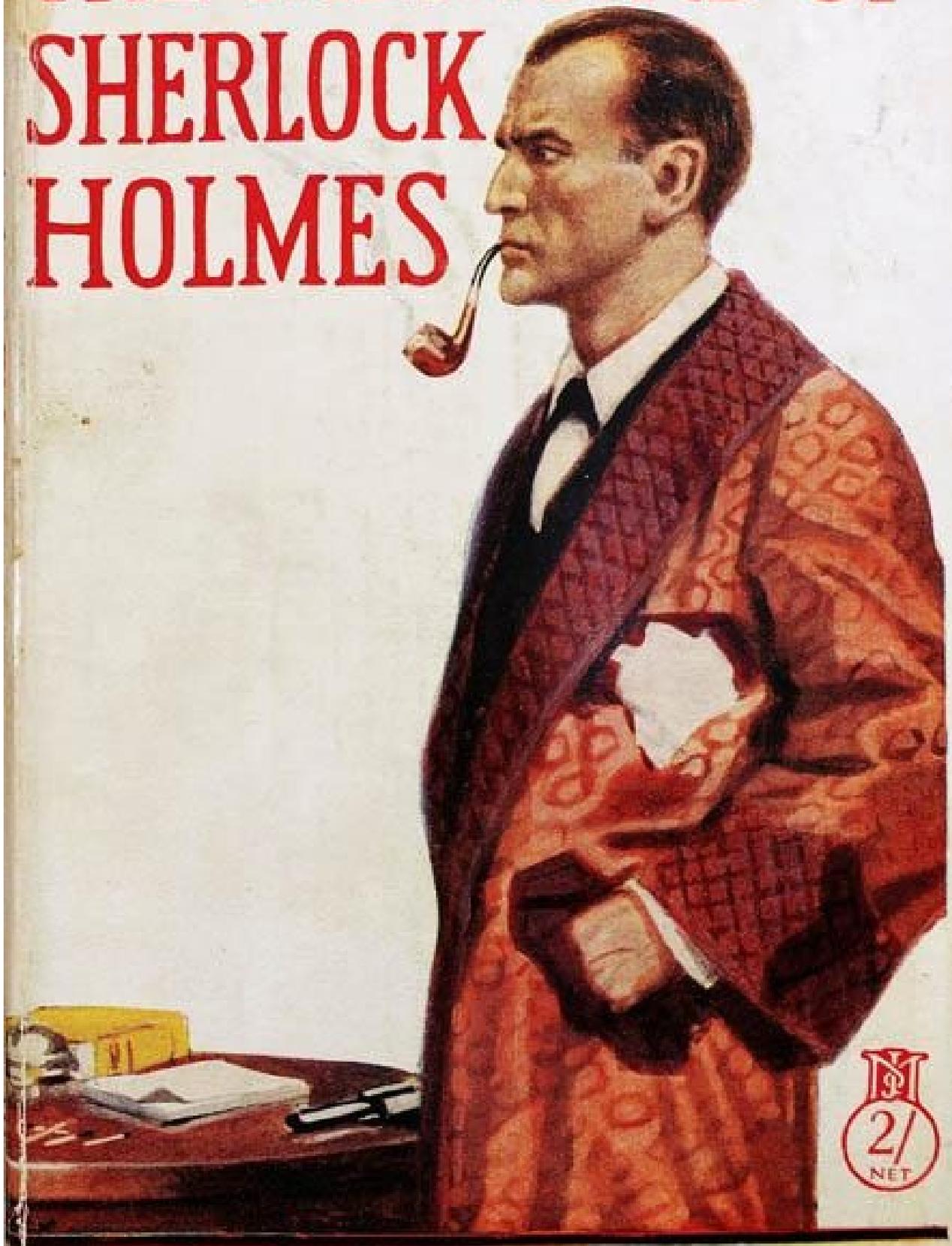
Ilustración de Jacqui Oakley. *The Complete Sherlock Holmes*; Thomas & Mercer; Box edition, vol. 2, 6 de noviembre de 2012. La ilustración pertenece a *El rostro amarillo*.



# Apéndice 1

Portada de *The Memoirs of Sherlock Holmes*, publicado por John Murray (Murray's Fiction Library 2/-) en octubre de 1917.

# THE MEMOIRS OF SHERLOCK HOLMES



**Arthur Conan Doyle**

## Apéndice 2

Ilustraciones de Sidney Paget y W. H. Hyde no integradas en el texto de esta edición digital.

# LOS HACENDADOS DE REIGATE

(W. H. Hyde)





# EL HOMBRE ENCORVADO

(Sidney Paget)



(W. H. Hyde)



# EL PACIENTE RESIDENTE

(W. H. Hyde)





# EL INTÉRPRETE GRIEGO

(W. H. Hyde)



# EL TRATADO NAVAL

(W. H. Hyde)



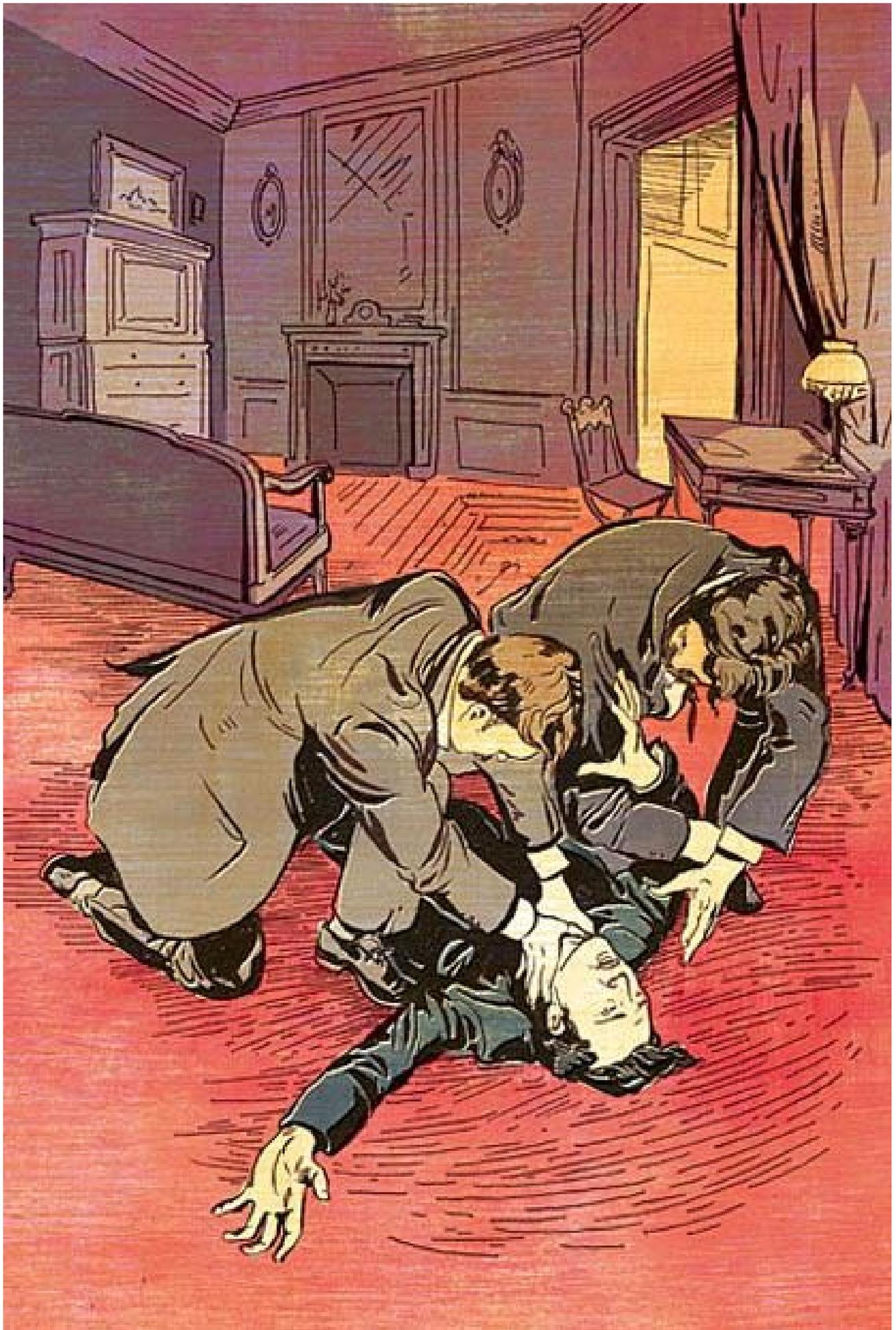






## Apéndice 3

Selección de ilustraciones de Jacqui Oakley. *The Complete Sherlock Holmes*; Thomas & Mercer; Box edition, vol. 2, 6 de noviembre de 2012. Las ilustraciones pertenecen a *Los hacendados de Reigate* y *El problema final*.





# Apéndice 4

## Curiosidades

Estampa de época de las Cataratas de Reichenbach:  
*Chute Supérieure du Reichenbach dans la vallée  
d'Ober-Hasli*; Gottfried Engelmann, 1820.



C. Sturiger del. 1830.

Lith. de G. Engelmann

*Chute supérieure du Reichenbach.  
Dans la vallée d'Ober-Hausli.  
Canton de Berne.*



ARTHUR CONAN DOYLE. Médico, novelista y escritor de novelas policiacas, creador del inolvidable maestro de detectives Sherlock Holmes. Conan Doyle nació el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo y estudió en las universidades de Stonyhurst y de Edimburgo. De 1882 a 1890 ejerció la medicina en Southsea (Inglaterra). *Estudio en Escarlata*, el primero de los 68 relatos en los que aparece Sherlock Holmes, se publicó en 1887. El autor se basó en un profesor que conoció en la universidad para crear al personaje de Holmes con su ingeniosa habilidad para el razonamiento deductivo. Igualmente brillantes son las creaciones de los personajes que le acompañan: su amigo bondadoso y torpe, el doctor Watson, que es el narrador de los cuentos, y el archicriminal profesor Moriarty. Conan Doyle tuvo tanto éxito al principio de su carrera literaria que en cinco años abandonó la práctica de la medicina y se dedicó por entero a escribir. Los mejores relatos de Holmes son *El signo de los cuatro* (1890), *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), *El sabueso de Baskerville* (1902) y *Su último saludo en el escenario* (1917), gracias a los cuales se hizo mundialmente famoso y popularizó el género de la novela policiaca. Surgió, y todavía pervive, el culto al detective Holmes. Gracias a su versatilidad literaria, Conan Doyle tuvo el mismo éxito con sus novelas históricas, como *Micah Clarke* (1888), *La compañía blanca* (1890), *Rodney Stone* (1896) y *Sir Nigel* (1906), así como con su obra de teatro *Historia de Waterloo* (1894). Durante la guerra de los bóers fue médico militar y a su regreso a Inglaterra escribió *La guerra de los Bóers* (1900) y *La guerra en Suráfrica* (1902), justificando la participación de su país. Por estas obras se le concedió el título de *sir* en 1902. Durante la I Guerra Mundial

escribió *La campaña británica en Francia y Flandes* (6 volúmenes, 1916-1920) en homenaje a la valentía británica. La muerte en la guerra de su hijo mayor le convirtió en defensor del espiritismo, dedicándose a dar conferencias y a escribir ampliamente sobre el tema. Su autobiografía, *Memorias y aventuras*, se publicó en 1924. Murió el 7 de julio de 1930 en Crowborough (Sussex).